

T
199

84365



Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
División de Ciencias Sociales y Humanidades
Doctorado en Ciencias Sociales

***Una aproximación a las prácticas sociales de apropiación
espacial en Tlacotalpan, Ver.***

Vicente Guzmán Ríos

Tesis para optar por el Grado de Doctor en Ciencias Sociales
Especialidad en Sociedad y Territorio

México D. F.
Julio de 1999

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
División de Ciencias Sociales y Humanidades
Doctorado en ciencias Sociales

***Una aproximación a las prácticas sociales de apropiación
espacial en Tlacotalpan, Ver.***

Vicente Guzmán Ríos

Tesis para optar por el Grado de Doctor en Ciencias Sociales
Especialidad en Sociedad y Territorio

México D. F.
Julio de 1999

Tutor de Tesis: Dr. Sergio Tamayo Flores-Alatorre

Tesis doctoral

Una aproximación a las prácticas sociales de apropiación espacial en Tlacotalpan, Ver

Vicente Guzmán Ríos

Julio de 1999

Sinodales:

Dra. Elí Bartra

Dra. Diana Villarreal

Dra. Clara Salazar

Dr. Carlos Santoyo

Dra. Blanca E. Ramírez

Reconocimientos

Trabajar al interior de la academia a la vez que permite crecer intelectualmente, impone compromisos. Lo primero se da casi de modo natural cuando se tiene el privilegio de colaborar dentro de una entidad universitaria como la UAM. Lo segundo demanda mantener un permanente estado de conciencia. En correspondencia a ello me parece que es de elemental justicia testimoniar lo que sigue.

Hace algunos años este trabajo ni remotamente hubiera sido sospechado por mí, nunca hubiera creído que fuera a formar parte de mis atrevimientos existenciales. Su realización se debe, en primer lugar, a la motivación fraterna de un amigo entrañable a cuya ausencia profeso mi recuerdo permanente, el Dr. Luis Ma. Fernández. Es a él a quien debo, no sólo la decisión (o acaso atrevimiento) de haberme inscrito y adscrito al proyecto doctoral que se iniciaba en la UAM-Xochimilco, sino también, el tesón por intentar mejorar las formas de sistematizar las experiencias íntimas de todo orden y, consecuentemente, hacer el esfuerzo por reanimar las posturas personales de darse ante la vida.

Por otro lado, está la aparición de muchas presencias *auráticas* a lo largo del proceso que supone este esfuerzo. A todas ellas debo mi reconocimiento académico o afectuoso, o de ambos tipos. Ahí están, por ejemplo, las vigorosas y joviales ideas del profesor y del amigo Ricardo Yocelévsky; el invaluable apoyo y asesoría de Lourdes Fournier en los análisis estadísticos. La participación de las y los hoy colegas, Hugo Salinas y David Téllez quienes me apoyaron como prestadores de Servicio Social y de Alicia Lara como ayudante. Ana María Hernández paciente *desfacedora* de los entuertos del documento final.

Junto al de ellos y ellas, mi agradecimiento profundo a los muchos y muchas tlacotalpeñas que colaboraron abierta y desinteresadamente en los trabajos de campo; es a ellos y ellas a quienes realmente pertenece este esfuerzo. No puedo menos que hablar de los Tamayo Márquez y los Márquez Tamayo, cuyo aliento artístico e intelectual me hizo retomar el rumbo cuando estuvo apunto de desvanecerse. Asimismo, a la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, gracias por los apoyos diversos que hubo de procurarme para desarrollar el Posgrado. Y por supuesto, a Angélica a quien dedico siempre el más insignificante de mis pensamientos, porque fue mi estoica acompañante en las mil y una noches agrias que a lo largo del desarrollo supe prodigarle.

No obstante mis intentos vanos por convencerme de lo contrario, no puedo dejar de mencionar reconocidamente la paciencia de mis sinodales, y pesar de Eco y de quienes como él consideran de mal gusto dar las gracias al tutor, quiero reiterarlas al Dr. Sergio Tamayo Flores-Alatorre, cuya sensible y sesuda guía fue la resonancia que impidió que el trabajo abortara en lo más crucial del proceso.

Vicente Guzmán

Tlalpan, D. F., julio de 1999.

Índice de gráficos

Planos

Plano II.1. Zonas o Barrios de Tlacotalpan	52
Plano II.2. Traza prehispánica en la Zona Intermedia	53
Plano II.3. Usos del suelo	67
Plano II.4. Densidad de población	70
Plano II.5. El Núcleo Central y el Parque Zaragoza	84
Plano II.6. Núcleo Aglutinador de la Zona Intermedia	92
Plano II.7. La Alameda	92
Plano II.8. Localización de la Plaza de Doña Marta	94
Plano III.1. Bordos e hitos	145
Plano III.2. Nodos	148
Plano IV.1. El parque Zaragoza y la Plaza de La Candelaria	164

Figuras

Figura II.1. Dos ejemplos de fachadas de casas con lotificación subdividida	54
Figura II.2. Esquema de acciones en el Parque Zaragoza y el tiempo	78
Figura II.3. Foto de la fiesta en el Parque Zaragoza	89
Figura II.4. Foto de la Plaza de Doña Marta	64
Figura II.5. Esquema en perspectiva de la Plaza de Doña Marta	65
Figura III.1. Propaganda a favor de la limpieza de la ciudad	102
Figura III.2. Dibujos realizados por la población encuestada	110
Figura III.3. Foto de Pintura de José Tito Salomón	111
Figura III.4. Dibujos realizados por la población encuestada	115
Figura III.5. Esquema en perspectiva de la Plaza de Doña Marta	121
Figura III.6. Foto ¿Chisme o comunicación?	132
Figura III.7. Dibujos realizados por la población encuestada	150
Figura IV.1. Foto de la panorámica del Parque Zaragoza	165
Figura IV.2. Foto de la Plaza de La Candelaria	165
Figura IV.3. Fotos del cine antes y hoy	165
Figura IV.4. Esquemas en plano de las concentraciones de los días ordinarios y domingos en el Parque Zaragoza	168
Figura IV.5. Esquema en planta y perspectiva de emisor-receptor de saludo verbal distante de 2:00 a 10:00 M	170
Figura IV.6. Esquema en planta y perspectiva: cesión de paso, forma de cortesía en previsión de un choque entre dos personas (unidades vehiculares)	171
Figura IV.7. Esquema en planta de parejas de cónyuges adultos en relación anclada	172
Figura IV.8. Esquema en plano de las concentraciones de los días de fiesta en el Parque Zaragoza	173
Figura IV.9. Esquema en planta de la concentración en acceso de la parroquia	175
Figura IV.10. Esquema frontal y en perspectiva de la correspondencia entre la altura de la puerta y ancho del área virtual externa	176
Figura IV.11. Esquema en perspectiva de la concentración en el Palacio Municipal	179
Figura IV.12. Esquema en planta de la interacción frontal y hacia el interior y exterior, de un participante	183
Figura IV.13. Esquema en perspectiva de unidades participativas e interactivas en un juego de dominó	184
Figura IV.14. Esquema en perspectiva de interacción en una mesa	185
Figura IV.15. Esquema en perspectiva de la concentración de las partidas de dominó en los portales y bares	186
Figura IV.16. Esquema en planta y perspectiva de concentraciones frente a la	192

capilla de La Candelaria en la fiesta	
Figura IV.17. Foto de la Plaza de La Candelaria	195
Figura IV.18. Esquema en planta y perspectiva de la Plaza de Doña Marta	197
Figura IV.19. Esquema en perspectiva de la concentración en la Plaza de Doña Marta los días de fiesta	197
Figura IV.20. Esquema frontal de la evolución cronológica de la imagen arquitectónica	205
Figura IV.21. Fotos de casas tipo de la Zona Central	206
Figura IV.22. Esquemas en planta y perspectiva de las interacciones dadas en el umbral de la puerta, el portal y la banquetta	208
Figura IV.23. Fotos interacción después de la siesta	209
Figura IV.24. Foto en espera del ritual	212
Figura IV.25. Esquemas en perspectiva de concentraciones en sedes de la Zona Intermedia	213
Figura IV.26. Esquema en perspectiva de formas de interacción en el portal	214
Figura IV.27. Fotos de casas de la Zona Periférica	216
Figura IV.28. Esquemas en perspectiva de encuentros en el lavadero y en el estanquillo	217
Figura IV.29. Esquemas en perspectiva de las interacciones en la banquetta fuera del portal barrera de la Zona Central	219
Figura IV.30. Foto de portal frontera en la Zona Central: amplitud, limpieza, mantenimiento y soledad	221
Figura IV.31. Fotos del portal cobijo de la Zona Intermedia	224
Figura IV.32. Fotos de concentraciones en el portal cobijo de la Zona Intermedia	225
Figura IV.33. Foto de casa y enramada de la Zona Intermedia	226

Cuadros

Cuadro III. 1. Movilidad local de estudiantes en Tlacotalpan, por centro educativo y sexo	126
Cuadro III.2. Recorridos de la población en Tlacotalpan, según frecuencia diaria, semanal y eventual, por sexo	128
Cuadro IV.1. Las plazas y su relación socio-temporal	161

Gráficas

Gráfica III.1. Recorridos de la población en Tlacotalpan, según frecuencia diaria, semanal y eventual, por sexo	129
---	-----

Índice

Introducción	11
Capítulo I	
Forma y espacio, aproximación teórica y metodológica	21
Capítulo II	
Forma urbana y forma social: la apropiación del espacio urbano	51
La traza urbana. Segregación socio-espacial. Límites físicos y correspondencia social. El núcleo central, corazón y cerebro de la ciudad. Las plazas, puntos nodales de la estructura urbana.	
Capítulo III	
Límites sociales y espaciales: la percepción del espacio urbano	97
El cuerpo y los sentidos. El territorio. Centro-periferia. La movilidad personal local. Distancia social (proximidad y lejanía). El lugar. Los mapas mentales: bordos, nodos e hitos.	
Capítulo IV	
El espacio y el tiempo urbanos: el significado del aquí y el ahora en la interacción social	151
1. La plaza. 2. La calle. 3. El portal	
Conclusiones	227
Bibliografía	246

Introducción

*Mi Tlacotalpan querido
con mi canto yo lo arrullo
aquí me crié y he vivido
puedo decir con orgullo
en tus brazos no he nacido
pero me siento hijo tuyo*
Copla popular

Tlacotalpan es una ciudad de origen insular, con una añeja historia que se remonta a los tiempos prehispánicos, que alcanzó su máximo esplendor en el siglo XIX. Ciudad que puede ser percibida con distintos encuadres, así como considerarse un espacio de privilegios o como una ciudad de paradojas. Espacio privilegiado por sus características naturales como sociales, aún apreciables, y porque fue un centro portuario de importancia internacional, con reconocido desarrollo socioeconómico y cultural, comparativamente ventajoso con respecto al resto de la región sur del estado de Veracruz. El desarrollo que alcanzó la ciudad se vio cobijado por los lazos de amistad con el gobierno del país, relaciones que, paradójicamente, habrían de dar cuenta también de la declinación de la isla, ya que tales lazos amistosos no alcanzaron a favorecer la llegada del moderno medio de transportación ferroviaria impulsada fuertemente por el deseo modernizador de Porfirio Díaz. Esto dio origen a la declinación de Tlacotalpan como importante puerto naviero en su tiempo, que servía de apoyo a la actividad comercial concentrada en el puerto de Veracruz. Es por ello que Tlacotalpan refleja dos expresiones antagónicas de la modernidad promovida por Díaz, amigo de Tlacotalpan; por un lado, el auge de la ciudad cristalizado en diversas tradiciones aún visibles y, por otro, su caída en términos económicos, de la que no ha conseguido recuperarse.

Hoy en día, Tlacotalpan aparece como la heredera de tradiciones compartidas por la totalidad de las y los tlacotalpeños, de acuerdo con ciertos rasgos visibles y no visibles de

identidad social. Rasgos que se expresan en la cotidianidad, en el apego a su arquitectura, en el cultivo de algunas expresiones artísticas como la pintura, la música, la poesía, en la rica cocina y en su artesanía, así como también en algunos cambios de rumbo de la política local, que se ha alejado de una tradicional tutela unipartidista. Así, el panorama que hoy ofrece Tlacotalpan constituye un territorio urbano fértil para el trabajo de investigación, alentado por un atractivo paisaje y una fuerte herencia histórica y cultural.

En un inicio mis intereses sólo eran de carácter estético, por tratarse de una ciudad hermosa, que había atrapado la mirada de un arquitecto interesado en las formas arquitectónicas de autoría colectiva.¹ Como resultado de frecuentes visitas, fue madurando la idea de abordar a la ciudad de manera más amplia y, al mismo tiempo, con mayor fuerza y rigor. Fue así como mis viejos apremios se oxigenaron de otras nuevas motivaciones, que finalmente maduraron en los objetivos de este trabajo.

La selección de Tlacotalpan como caso de estudio pasó primeramente por un aspecto afectivo y después, a lo pragmático, dos condiciones inseparables, que prefijaron la mirada del trabajo, tal como podrá ser verificado. Al aspecto afectivo corresponden cuestiones de orden estético, como las características paisajísticas y morfológicas de la ciudad, así como las particularidades socioculturales de las personas que lo habitan. Esto es, que cristalizan la expresión de un vaivén de formas arquitectónicas² y formas sociales, y porque sus características morfológicas constituyen un conjunto de atributos que le confieren a la localidad el genius loci definido por Norberg-Schultz (1980:33) como

¹ A esta etapa corresponde un texto que elaboré en relación con aspectos pictóricos (véase Guzmán, 1993).

² Las *formas arquitectónicas* relacionadas con Tlacotalpan las asumo como una expresión material que corresponde a un tipo no planificado de arquitecturas. Sería resultado de una expresión colectiva del hacer social, mayoritario, casi unánime y homogéneo en esa ciudad.

identidad del lugar y por Maffesoli (1990:225), en términos de la correspondencia espacial y social “ese sentimiento colectivo que moldea un espacio [que] retroactúa en el sentimiento”.

El aspecto pragmático de esta tesis se refiere a las ventajas relativas del tamaño de la población, a su distribución y sus dimensiones urbanas, que permitieron la realización del trabajo empírico y un nivel de detalle medular.

Ahora bien, el tema surgió de un viejo apremio personal por acercarme al conocimiento de las relaciones que se dan entre la vida de la gente y la ciudad. Al conocimiento de las redes sociales que día a día tejen las personas en y con el entorno urbano que les ha tocado, o han seleccionado para vivir. Al respecto, intento realizar una mirada a la complejidad de las relaciones espacio y sociedad, incorporando no sólo las condiciones paisajísticas de Tlacotalpan, sino también los afanes transdisciplinarios recientemente vigorizados en las ciencias sociales. Es así como el estudio de las relaciones espacio-sociedad lo asumo a partir de varias premisas. La primera se refiere a dos cuestiones ligadas entre sí: una visión o punto de vista desde la arquitectura hasta el urbanismo, que incursione en una reflexión teórica sobre el espacio, apoyándose en la sociología comprensiva para que ponga en equilibrio los procesos humanos, como una forma de explicar el desarrollo y la significación de la acción social sobre el territorio. La segunda premisa se refiere a los propósitos del acercamiento interdisciplinario —en el sentido de Giddens—, que considera fundamentales las relaciones espacio-temporales para la producción y reproducción de la vida social (Cfr. Giddens, 1995:72). Es importante, entonces, continuar la tradición de las ciencias sociales por ampliar el contexto de la investigación que incluya al espacio de acuerdo con una aproximación metodológica

cualitativa en el sentido interdisciplinario, como lo han realizado, por ejemplo, Rapoport, Amerlink y Bontempo.³ Asimismo, intentaré reformar los estudios arquitectónicos y urbanísticos, la tradición del análisis sobre el espacio y el comportamiento que rompa epistemológicamente los vestigios del carácter unidimensional con que suelen ser tratados todavía los temas de referencia. Es importante subrayar lo anterior ya que en la literatura arquitectónica cuando los sujetos sociales llegan a hacerse explícitos, suelen aparecer en el discurso sólo desde el punto de vista fisiológico, es decir, como usuarios o "clientes", y casi nunca como actores sociales.⁴

En el campo de estudio sobre localidades de rango medio, existe un gran menú de opciones para su clasificación y definición precisas. Algunas corresponden al nivel descriptivo de catalogación, de corte esteticista, ubicadas dentro de la perspectiva donde los factores socioculturales no forman parte de sus objetivos (Cfr. Flores, 1973, Yampolsky, 1982, Laprade, 1981). Otros que consideran que las ciudades o expresiones arquitectónicas, deben ser llevadas por una concepción positivista, entendidas como hechos naturales o espontáneos, cuyas definiciones regatean el valor intrínseco en ellas (Cfr. García Ramos, 1961, Tuero Ángel, 1977). Otros más, registran atributos culturales estéticos sobrevalorados (Cfr. Villanueva, *Arquitectura popular de Sinaloa*, s/f), como si para

³ En las ciencias sociales y las ciencias naturales los enfoques han tenido un cambio importante al incorporar el análisis espacial como un factor fundamental en la investigación. La geografía con sus debates acerca de región, territorio y espacio; la sociología y la antropología interesadas en la inclusión explícita del espacio, como "la correspondencia física y social" (Cfr. Maffesoli, 1993:119), de lo que da cuenta también la etnobotánica que ha retomado nociones y metodologías de la etnología.

⁴ Printz, 1986. Cullen, 1974. Mackay, 1972. Kultermann, 1969 y 1989. Galardi, 1972. Quilliot y Guerrand, 1989. March, 1984. García Ramos, 1961. Mausbach, H. 1973. Y algunos más con un contenido analítico unilateral: Mansbridge, 1969. Sharp, 1990. Benito Araluce, 1993.

esas ciudades o tales arquitecturas no fuera suficiente su propio valor y necesitaran de alguna legitimación o privilegio estamental.⁵

Metodo
En tal sentido, esta investigación intentó trasponer los umbrales disciplinarios, abriendo su visión a la complejidad de la vida cotidiana. Se trata de beber de varios ámbitos del conocimiento, con el fin de aportar ideas respecto a los comportamientos de los individuos *en y con* la ciudad. El enfoque con el que intento abordar el tema conlleva implicaciones adicionales, de ahí que su desarrollo se cobije en la interrelación siguiente:

1. en trabajos interesados en el estudio del diseño, como “la reapropiación de tradiciones locales y regionales” (véase Huyssen en Casullo, 1989:276),
2. en posturas que rechazan los enfoques acrílicos de la denominada modernidad, que se ubican dentro de una ambivalencia originada por los fenómenos sociales mismos (Cfr. Wellmer en Casullo, 1989:328),
3. en posiciones críticas al trabajo antropológico que afirman que el antropólogo, a pesar de estar enmarcado en una clara connotación espacial, no ha explorado los principios arquitectónicos ni sus implicaciones tridimensionales, en un sentido dinámico que haga evidente la interrelación espacio–cultura, de tal modo que sea posible resolver la dificultad que representa el manejo de lenguajes distintos, por ejemplo, para describir una casa. Es igualmente dificultoso para un arquitecto dibujar una casa descrita por un

⁵ Algunos textos ejemplificativos son: *Habitación rural*, Instituto Nacional de la Vivienda, 1969. *Vivienda campesina en México*, Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, 1978. *Arquitectura Popular de Sinaloa*, Gobierno del Estado de Sinaloa, S/F. *La vivienda rural en el Sureste de México*, Comisión Nacional de los Estados Unidos Mexicanos para la UNESCO, Gobierno de Tabasco, 1978. Carlos Flores. *Arquitectura popular española*, Madrid, Aguilar, 1973. Bardou y Arzoumanian, *Arquitecturas de adobe*, Barcelona, Gustavo Gili, 1979. Juan Artigas B. *La arquitectura de San Cristóbal de las Casas*, México, UNAM, Gobierno del Estado de Chiapas, 1991. Víctor José Moya Rubio. *La vivienda indígena de México y el mundo*, México, UNAM, 1982.

antropólogo, que para un antropólogo describir una casa mediante el dibujo hecho por un arquitecto (Cfr. Amerlinck, 1994:18).

Es así, como este trabajo recrea el mundo de la vida cotidiana, con *su doble tensión entre el individuo y la historia o entre voluntarismo y determinismo*.⁶ Con el ámbito local como categoría de análisis; tradición propuesta en los debates de geografía con respecto a las relaciones entre lo social y el espacio,⁷ de la microhistoria,⁸ así como en los estudios de género.⁹ Para las nociones de lo local y la vida cotidiana retomo a Shumacher (1978), cuando señala que lo pequeño es hermoso recreando el concepto foucaultiano de lo intelectual local y específico en contra de lo intelectual universal típico de la modernidad. En este sentido se abren las posibilidades para escapar del encierro de nuestras tradiciones culturales, reconociendo sus límites (Cfr. Huyssen en Casullo, 1989:312).

Sobre el análisis de la relación espacio-sociedad, me interesé en las formas que buscan comprender e interpretar la realidad, que incorporan lo subjetivo en el análisis, sin menoscabo del rigor científico, con base en tipos o constructos metodológicos, que tienen por finalidad revivir la conducta ajena para interpretarla (Cfr. Weber, 1964:5-10). Lo anterior, parece sugerir visiones con el objetivo de llegar a una interpretación compleja de la realidad. Al respecto se asume una sociología interpretativa, resultado del estudio de casos concretos, así como el intento por formular nuevas proposiciones originales. En tal

⁶ "La sociologie de la vie quotidienne [...] se trouve traversée par une double tension [...] entre l'histoire et l'individu [...] entre déterminisme et volontarisme..." Claude Javeau. *La société au jour le jour*, Bruselas, De Boeck Université, 1991. Elena Estrada de Gerleso, et. al., *El arte en la vida cotidiana*, México, UNAM, 1995. Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.

⁷ Véase Blanca E. Ramírez. "Modernización y reestructuración territorial", en *Ciudades* N° 13, México, 1992.

⁸ Véase Luis González y González. *Pueblo en vilo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

sentido, se combinan los aspectos subjetivos con los pragmáticos y objetivos, como dos partes indisolubles de una unidad de análisis que encarna tanto las motivaciones individuales de prácticas sociales como los factores externos, dos componentes sólo divisibles en términos analíticos; y en el caso de considerar que alguno de los dos puede cobrar mayor presencia en una acción específica, el énfasis se daría de acuerdo con el contexto o esfera de intereses que influyan sobre los individuos.

Por otra parte, intento recuperar algunas nociones de la visión incluyente de la psicología comunitaria que retoma la perspectiva de la psicología ecológica (Cfr. Montero, 1984) y la ecología social (Cfr. Holahan, 1977:123-124 y 289-290) que consideran fundamental el papel del contexto y los procesos, la reciprocidad en las relaciones entre las personas con su medio ambiente.

apropiación del espacio Existen, al menos, dos formas de apropiación del espacio en Tlacotalpan, una tradicional y la otra expresada en el consumo, que es influido por los medios de comunicación. Es importante aclarar desde un principio, que precisamente en este referente analítico, entre espacio y sociedad, es donde surgen claros cuestionamientos indicativos acerca de las identidades urbanas: ¿cómo se expresa la apropiación social del espacio público en plazas y calles? ¿cómo lo hace en el espacio privado de la casa, representado por el portal tradicional? ¿De qué manera esta apropiación cotidiana del espacio público y privado reproduce una cultura propia cargada de simbolismos y reticencias al cambio? ¿Será, por el contrario, que en la lentitud del tiempo tlacotalpeño se generan transformaciones imperceptibles al sentido común, o en medio de profundas

⁹ Véase Ma. del Carmen Feijoó e Hilda Ma. Herzer (Comp.). *Las mujeres y la vida de las ciudades*, Buenos Aires, Gpo. Editor Latinoamericano, 1991. Claude Meillassoux. *Mujeres, graneros y capitales*, México, Siglo XXI, 1993.

dinámicas e interacciones sociales? ¿Cuáles son esos aspectos visibles y no visibles de interacción que crean y recrean una cultura urbana específica? ¿Es la repetición de las rutinas, como dice Giddens, el fundamento de la reproducción social? ¿No será que en las situaciones cara a cara, prototípicas de la interacción social, según Berger, podría observarse una cambiante vida cotidiana? En suma ¿cómo transcurre el tiempo en una ciudad de rango medio, mancillada por la historia y la tradición, envilecida por la modernidad y enfrentada a la tensión de cambiar para progresar o mantenerse para sobrevivir?

Esas son algunas de las preguntas que justifican la elaboración de esta tesis. Estudiar esa forma de compartir la vida entre los y las tlacotalpeñas, en y con el espacio público de la plaza, la calle y el portal, y su relación con el tiempo calendario y el tiempo del reloj. Comprender cómo se expresa la influencia de lo social y lo cultural en el imaginario colectivo, a través de la percepción del espacio.

De acuerdo con lo anterior el trabajo pretende una aproximación analítica a:

- a) las formas sociales que definen los modos de intervención o comportamiento individual en los procesos de apropiación,
- b) la influencia mutua entre actores y espacio, en los procesos de apropiación,
- c) las relaciones que guardan las formas de apropiación con la identidad cultural, y
- d) la participación de los factores subjetivos, que le dan significado al espacio mediante su percepción y apropiación.

e) En función de esto, estudio las relaciones entre las y los tlacotalpeños, en y con su ciudad, en las rutinas diarias, retroalimentadas a través de su “carácter habitual”.¹⁰ También analizo los factores sociales y el entorno construido que juega en los procesos de transferencia recíproca de valores culturales, asumiendo que las personas a la vez que individualizan el espacio al apropiárselo, éste les transmite un reconocimiento social que se integra a las personas a través de su actividad (*Cfr.* Hiernaux, 1995). El entorno construido o espacio físico es una expresión de reciprocidad, que confiere reconocimiento estatutario a los sujetos que se lo apropian, lo moldean, y le crean valor (*Cfr.* Norberg-Shulz, 1975:18) a aquél. Las relaciones que se crean entre el espacio y los individuos se expresan en una situación cara a cara, mediante la cual se da tal apropiación. El entorno construido, que en este caso se ejemplifica a través de las plazas, las calles y el portal, son escenarios que propician o controlan la interacción social en una definida situación cara a cara. Asumo que el entorno construido es algo más que ese encuentro que reúne los productos y las actividades del contorno, que actualizan y desacralizan. En un espacio físico se condensa el paisaje como si fuera una obra de trabajo cuya forma hubiese sido impuesta a la naturaleza en un territorio dado (véase a Lefebvre, 1972:219-220), al que se suman sueños y expectativas, luchas e influencias de la sociedad. Por otro lado, los agentes humanos o actores sociales son aquellos que interactúan entre sí sobre una base social que tiende a vincular conjuntamente a aquellos que estuviesen participando en unidades distintas para conformar una identidad social global donde los miembros del grupo esperan ciertas formas de conducta (*Cfr.* Giddens, 1992:305-306).

¹⁰ Giddens (1992:328) dice que “se da por supuesto, del grueso de las actividades de [la] vida social cotidiana [en tanto que] estilos y formas familiares de conducta que sustentan un sentimiento de seguridad ontológica y que reciben sustento de éste”.

Esta tesis se integra por tres capítulos que desarrollan la exposición general: el Capítulo II. *Forma urbana y forma social: la apropiación del espacio urbano*; el Capítulo III. *Límites sociales y espaciales: la percepción del espacio urbano*, y el Capítulo IV. *Espacio y tiempo urbanos: el significado del aquí y el ahora en la interacción social*.

En el Capítulo II realizo una descripción de la ciudad desde el punto de vista físico y social. Destaco cómo las formas de segregación social expresan también formas específicas de segregación espacial. El análisis inicia con la descripción de algunos elementos de la estructura urbana como son: la traza, la segregación socio-espacial, los límites físicos y su correspondencia social, y la apropiación del espacio. Asimismo, analizo el Núcleo Central y las plazas como puntos nodales de la estructuración urbana.

El Capítulo III examina el uso de los sentidos en la percepción física y cultural del territorio, las diferencias que se crean entre el centro y la periferia de la ciudad, el tránsito de las personas a nivel local, y la distancia social que se expresa en el lugar.

El Capítulo IV se refiere a las relaciones del tiempo en Tlacotalpan, los tipos de apropiación y el cuerpo, los tipos de apropiación y el comportamiento como expresión nítida de la correspondencia entre lo físico y lo social; se indican los trayectos, concentraciones y condiciones ambientales en la plaza, la calle y el portal; el Parque Zaragoza aparece como caso prototípico y su topomorfología como sistema de lugares, foros y sedes, que dan sentido diferenciado en días ordinarios, domingos y en días de fiesta.

En suma, trabajar en Tlacotalpan, con sus paisajes y su gente, fue ante todo un verdadero placer.

Capítulo I

Forma y espacio,
aproximación teórica
y metodológica

Por los propósitos antes señalados, intento recuperar aquellos aspectos subjetivos que encarnan las formas de apropiación del espacio físico. Los aspectos subjetivos aquí representados son los afectos y emociones que acompañan ineludiblemente a los intereses pragmáticos. Afecto e intereses se convierten en una pareja indisoluble que da sentido, y matiz, a las acciones de los individuos. En ese orden, vinculo la tradición de la sociología comprensiva y la perspectiva de la geografía de la percepción. De la primera, las ideas de Simmel y Maffesoli (Simmel, 1927 y Maffesoli, 1993; Cfr. Hiernaux, 1993:95) son fundamentales para entender el espacio como condición de existencia sin determinismos, sin decretar cómo debe ser y cómo puede alcanzarse un fin predeterminado (Cfr. Maffesoli, 1993:115). De los segundos, la perspectiva desde la geografía de la percepción, ubico al espacio en el plano de las percepciones de los individuos, como *espacio receptáculo*, en donde el espacio existe en la medida en que es captado por cada individuo, mucho más allá de su delimitación objetiva (Cfr. *Id.*:96). Asimismo la interacción entre naturaleza y cultura puede observarse en la apropiación social del espacio y la conformación de sus propios límites y fronteras diferenciales. Cultura y territorio contribuyen a la creación de identidades y territorios identificadas tanto individual como colectivamente (Cfr. Hoffman, 1992). Las relaciones de reciprocidad entre el espacio y los individuos (Cfr. *Id.*:14), conciben al espacio como elemento sustantivo de los procesos sociales, donde las formas físicas y culturales se conjugan, sin dejar fuera la dimensión individual que es regulada por las otras dimensiones social y cultural.

En tal sentido, en un primer plano, he construido un andamiaje teórico y metodológico, desde las nociones de *forma social*, de Simmel y el redimensionamiento maffesoliano de la correspondencia físico espacial con la identidad.¹

Simmel es claro al subrayar el fascinante acontecer del mundo de la vida cotidiana, que puede verse reflejado en las acciones recíprocas que se producen entre los individuos. Donde cada uno de ellos, como los átomos de la sociedad, son asequibles al microscopio psicológico; pero son los individuos quienes a la vez engendran múltiples formas de interacción social que denotan resistencia y elasticidad, abigarramiento y unidad de la vida social, que a su vez puede ser clara y enigmática (*Cfr.* Simmel, 1977:30). Maffesoli, por su parte, al rescatar los fundamentos de las nociones simmelianas, se preocupa más por lo *banal*, porque suele ser un mecanismo de identidad. La complejidad se cristaliza en lo insignificante, en el soporte sensible de un hecho social en el que la socialidad encuentra su fuerza de cohesión en la reversibilidad que se establece con la experiencia, la sensación y los aspectos anodinos de la vida social. Es como si se generara ahí una ética de resistencia a la imposición del poder, una reivindicación de lo minúsculo y de la polivalencia que le atribuye la socialidad (*Cfr.* Maffesoli en Chihu, 1995:17-19).

A decir de Habermas (véase Simmel, 1988:274-278), Simmel contribuyó más como un intérprete de su época; a la que interpretaba y analizaba en clave desde una perspectiva de la ciencia social no conforme con los modos convencionales. Simmel se vio, efectivamente, fascinado por la complejidad que representa lo *pequeño*; por ello colocaba a la sociedad bajo el microscopio para indagar los elementos moleculares de la misma. Ello

¹ Entre otros autores interesados en esta perspectiva socio-espacial, que también han sido considerados son: Rapoport (1978), Amerlinck (1994), Giddens (1992 y 1995), Goffman (1979), Heller (1977), Rossi (1982), Fernández Alba (1990) y Lynch (1984).

se finca, a decir de Simmel, en que todas las acciones de los individuos aparecen como minúsculas, porque son una repetición del mundo de la vida cotidiana. Son los lazos competitivos, el saludo, la mirada de soslayo, la atracción o antipatía recíprocas; la admiración, el amor, amarse, el cuidado y arreglo personal, todo ello establece una conexión proporcional entre la unidad histórica, la experiencia y la unidad social (la interacción), igual que las acciones recíprocas de persona a persona, establecen la conexión de la unidad social (*Cfr.* Simmel, 1977:30). En este sentido, Simmel afirma que existe siempre en los hechos *societarios*, un contenido objetivo múltiple, que permite que se produzca la totalidad de la vida social. Ese contenido objetivo múltiple puede ser de un carácter socialmente encarnado, ya sea sensitivo, perceptivo, intelectual, técnico o psicológico. El planteamiento de Simmel, en general, se refiere al concepto de sociedad, la cual se caracteriza por la distinción entre forma y contenido. La forma social es una manera de acción recíproca entre los individuos. Encuadra la noción de forma social en un número infinito de acciones minúsculas que colman la puesta en escena de las prácticas cotidianas. Lo importante es la intersubjetividad que se reproduce en las relaciones por medio de la comunicación. De ese modo, la forma está presente en todos los hechos sociales, en los que puede verse la reciprocidad de conductas de los individuos. El contenido es la fuente de la socialización. Es todo aquello que existe en los individuos capaz de originar la acción social con base en sus instintos, intereses, fines, inclinaciones o movimiento psíquico. La forma, en tal sentido, aunque observable, no es susceptible de cuantificación o verificación, sino más bien de comprensión e inteligibilidad.² Este es el

² Es importante hacer notar que Von Wiese, quien fuera uno de los discípulos de Simmel, intentó hacer más riguroso el pensamiento brillante de su maestro, e introdujo "una cuantificación conceptual con las nociones de proceso social, de distancia, de espacio social y formación social [empero solamente

elemento sustantivo de las relaciones sociales, que se expresan abiertamente al estructurar vínculos y redes sociales en el espacio de lo pequeño, el espacio acotado por las interacciones que los sujetos llevan a cabo cotidianamente. Los vínculos sociales, contenidos en formas de conducta, constituyen parte de la explicación de la estructura social en general. Lo *minúsculo* expresa la repetición de las relaciones sociales y es la propuesta de Simmel para entender aquellas expresiones sociales de mayor alcance. El estudio de la amistad, la obediencia, la solidaridad o la lealtad, representan formas sociales que tienen como fin entender, de alguna manera, las formas de asociación e institucionales presentes en la sociedad, así como los lazos que las construyen. Y es que como metáfora, la forma permite *observar* las relaciones de correspondencia entre los actores y entre conducta y espacio. La forma posee características visibles y no visibles a través de los lazos que la constituyen. Se puede decir que estas características le son proporcionadas a la forma por los actores y por su interacción en el espacio.

Así, el enfoque de Simmel atiende al individuo como parte consustancial de lo minúsculo. Para ello, se apoya en una analogía entre las células y el cuerpo humano, y el individuo y la sociedad. Del mismo modo que en las células son observables los procesos vitales del cuerpo a través del microscopio, en la realidad social se puede observar lo intrincado de los hilos comunicantes de las relaciones mínimas entre los hombres, cuya repetición da cuenta de los grandes organismos (*Cfr.* Simmel, 1977:31). Esas relaciones recíprocas suponen el flujo y reflujo entre las partes y el todo. Se expresan en las formas de convivencia, de unificación y de acción recíproca. Un aspecto básico es el papel que

logró que aquello] que era estimulante en el maestro, se [hiciera] árido y pesado en el discípulo." (Grawitz, 1975:121-122).

desempeña el tamaño de los grupos, el número de individuos al que tales formas convoca y asocia (*Cfr. Id.:57*) mediante formas de cooperación, de confianza o secreto. El grupo surge con la relación de dos o más individuos, lo que representa el elemento analítico sustantivo. La sociedad y los fenómenos históricos son la encarnación de las energías sociales que rebasan al individuo en aislamiento. Por ello, la noción de individuo consideraría la necesidad de trascenderse a sí mismo, a través del intercambio con otros individuos. De ese modo, las energías sociales se condensan en la socialización, que coloca al individuo en una doble situación: la de estar inmerso en ella y la de enfrentarse a ella, ambas como miembro de un organismo mayor; es decir, a la vez que es un ser para la sociedad, es un ser para sí mismo. De este modo, Simmel asume al individuo como sujeto de la cohesión, la afiliación, el agrupamiento y las correlaciones inherentes. Las correlaciones son formas que responden a intereses, impulsos y comportamientos de signo bipolar y que se realizan en función de contenidos. Por ello es que el contenido es todo aquello que constituye la relevancia social, lo que se hace junto al otro, a favor o en contra. Son los estados internos de los sujetos encarnados en la solidaridad, el amor, la gratitud, la confianza, la empatía, la simpatía, la amistad, la dependencia o la lealtad. El conjunto de lazos afectivos primarios y su contraparte, que son característicos de las relaciones de los hombres y que, a pesar de su naturaleza primaria, Simmel demuestra que se vinculan con las fuerzas mayores de la sociedad (Simmel, 1977:13, 14, 51, 70).

La forma, tal como la plantea Simmel, es relevante para este trabajo, dado que al dirigir la mirada hacia algunos de los *átomos sociales* característicos de la comunidad tradicional, tales como la amistad, la dependencia, la confianza y la lealtad, se puede acceder a la denominada *sociología de las relaciones íntimas* (*Cfr. Nisbet, 1977:139*). La

intimidad se refiere a las formas de expresión de cambios de tono o de actitud, que pueden dejarse ver o no, de acuerdo con los dictados de las circunstancias y los contextos. La intimidad también puede entenderse en todo aquello que puede dejar ver una actitud con respecto al secreto o la mentira, y a su vinculación con la confianza. Estas actitudes permean las relaciones sociales y son ineludibles en la sociedad. La mentira, por ejemplo, es permisible en algún grado; es expresión asimétrica de acceso a la verdad; así la mentira es contraparte de la verdad (Simmel, 1977:140). La confianza, en tal sentido, sintetiza una de las fuerzas más importantes que actúan en la sociedad, ya que se anticipa a la conducta esperada del otro; se convierte en hipótesis de seguridad suficiente para fundar una actividad práctica (Cfr. Simmel, 1927:110). La confianza supone la discreción, el secreto y un grado de conocimiento mutuo. A su vez el conocimiento mutuo equivale al establecimiento de una relación y su prosecución, lo que incluye acciones comunes diarias y la generación y recreación de la cultura.

Si la confianza es el *lugar* adecuado de la discreción —que consiste en respetar el secreto del otro, su voluntad directa de ocultarnos tal o cual cosa y evitar conocer lo que él no revele— la indiscreción, en sentido opuesto, puede expresar una forma que descubre lo oculto que rodea a los hombres en la cual no puede penetrarse sin mayores riesgos.

Tal es el modo como Simmel plantea el análisis de las interacciones de los sujetos en y con el espacio y en el tiempo. Son formas de socialización que aparecen en un lugar y un tiempo específicos, y forman parte de la evolución histórica de grupos determinados (Cfr. Simmel, 1977:23). Ello es así porque la forma social es la expresión de contenidos representados en las relaciones sociales, inscritas en un *aquí* y un *ahora*. De tal modo que la *forma* es socialización de acciones recíprocas: formas de relación social, formas de

asociación, formas de autoridad, formas económicas, formas políticas, formas artísticas.

Forma es la *multiexpresión* de la acción social (Cfr. Grawitz, 1975:121).

Es con esta orientación que intento recuperar la propuesta de forma de Simmel, con base en tres categorías que se refieren a: los individuos, las formas de acción recíprocas y los contenidos, considerando su sentido de alcance múltiple (Simmel, 1977:27).

Asumo, entonces, la noción de forma como una herramienta teórico metodológica para el análisis de la comunidad, sobre todo en sus matices más recónditos, dentro de los tiempos marcados por la vida cotidiana. Analizo a la comunidad y al conjunto de grupos pequeños de organización centrípeta cuyos integrantes en lo individual se encuentran comprendidos por la existencia de círculos diversos, como la familia de los padres, luego el de la familia fundada por el individuo y el de su profesión, que se vinculan con otros círculos de interés: gremial, recreativo, deportivo, cultural o social. (Cfr. Simmel, 1927:18, 62). Una cantidad menor de círculos sociales compartidos constituye un lazo de unión mayor que un grupo semejante, por encima de las diferencias individuales; así sucede en las ciudades pequeñas. La propuesta de Simmel anticipa las consideraciones culturales como factores de análisis y mantiene una visión incluyente, semejante al principio hologramático y la noción de complejidad, propuesta por Morin (1997), no se limita a la visión del todo en sí mismo, sino que recoge la información tanto de lo subjetivo como de lo objetivo que se encuentra presente en la estructura compleja, implícita en las interacciones de los sujetos *en* y *con* el espacio.

Por último, la noción simmeliana de *forma* de ningún modo se refiere a lo formal, ni a la formalidad, ni a la imagen. Tal como lo aclara Maffesoli (1993, 17) tiene que ver más con una intencionalidad, con un sentido metodológico de aproximación a la realidad, ya

que forma se refiere a formante, no a lo formal. Esta distinción esencial, que es compartida tanto por Maffesoli como por Rapoport,³ la retomo como herramienta que escudriña y descubre las esencias que se ocultan en las apariencias de la vida cotidiana. La vida, siguiendo a Simmel, que en su conjunto puede ser percibida como una suerte de aventura como lo sería una relación amorosa. La vida, según diferencias sociales, étnicas y de género, tiene un carácter multiforme; expresa reciprocidades y múltiples interrelaciones de contenidos; se encuentra atrapada por formas que se entremezclan entre sí y pueden generar la apariencia de un todo homogéneo, ya sea en su forma artística, o de su impronta religiosa, en la coloración del valor moral o el juego entre el sujeto y el objeto (Simmel, 1988:15, 19, 25). Sin embargo, lo multiforme propio del mundo de la vida, amarra sus lazos en el inmenso tránsito de intersubjetividades. Lo subjetivo y el individuo son preeminentes con respecto a la cultura objetiva (Cf. *Id.*:278). Por ello, los planteamientos formistas de Simmel, según Habermas, encaran los fenómenos cotidianos difícilmente perceptibles y desvelan las formas de interacción del movimiento de la gran ciudad, trátase de la experiencia de la naturaleza, la publicidad, las relaciones conyugales, etcétera. El subjetivismo libera energías espirituales no vinculadas a aquellas condiciones de la vida social cosificada.

Se puede resumir que la forma en Simmel (quien muere en 1918), habla de la expresión de una *actitud* ante la realidad; cuestión que en su momento no tuvo eco en los círculos académicos; sin embargo, en la actualidad algunos caminos del quehacer intelectual y artístico parecen mostrar convergencias con esa visión. Algunos autores como

³ La doble visión de Rapoport (arquitecto y antropólogo), establece una distinción connotativa entre *form* y *shape*, lo que parece fortalecer la utilidad de la noción de forma. Véase Amerlinck, 1994: 13 y 85. Asimismo, véase la doble existencia de la forma en Lefebvre (1972:217).

Galeano en la literatura, Morin y Maffesoli en las ciencias sociales, así como Kyeslovsky en el cine, dan cuenta de ello. El primero reafirma con su llano y rico trabajo literario que “lo pequeño muestra la grandeza del universo”.⁴ Morin lo hace cuando observa que “el todo está en la parte, que está en el todo”;⁵ Maffesoli reivindica la propuesta simmeliana llevándola a los planos de la correspondencia físico-social; y el confeso afán cinematográfico de Kyeslovsky lo encuentra al dirigir la mirada hacia “lo pequeño, la apariencia de lo desapercibido, por el ‘no pasa nada’, cuando lo que pasa es precisamente la vida”.⁶

Por otro lado, encuentro en Maffesoli, la otra fuente teórica de esta tesis. Maffesoli amplía la noción simmeliana con su propuesta de entender el formismo como actitud, como un medio para acercarse a los fenómenos de nuestra sociedad, cada vez más inmersa en un mundo de imágenes. Su aproximación analítica permite captar la realidad mediante las apariencias de la imagen y su imposición sobre la vida social (*Cfr.* Maffesoli, 1993:18-20). De esas propuestas maffesolianas recupero algunas ideas que tratan el espacio y la identidad.

Como hemos visto más arriba, el formismo, como actitud ante la realidad se involucra con las pequeñas situaciones del mundo de la vida cotidiana. Ahora se trata de reorientar la mirada hacia las apariencias de las pequeñas cosas que a diario constituyen la historia, y que no registra la preeminencia racionalista. Esta es la naturaleza comprensiva del formismo, que no antepone condiciones valorativas ante lo minúsculo, sino que más bien, al considerar su expresión, propone su rescate. Rescate y expresión son dos

⁴ Entrevista televisiva, México, Televisa, Canal 4, 15 de junio 1997.

⁵ Edgar Morin (1997: 108).

⁶ Entrevista en diario *La Jornada*, México, junio, 1995.

propuestas del formismo igualmente trascendentales dado que existen en lo individual y lo grupal, en un *aquí* y un *ahora* presentes en el *ethos* y el ritual. Es el *ethos* una expresión de seguridad que proporciona la continuidad del *ser* en el tiempo, de estar en el mundo ante los otros, merced a una moral aprendida y practicada por los sujetos (Cfr. González, 1996:10-12). El ritual, a su vez, se expresa mediante actos de apariencia trivial que condensan sentido y significado, y que suelen dar cuenta de las imágenes sociales compartidas.

Por eso el formismo como actitud es *formante* y orienta hacia la comprensión de todo hecho social que se exprese relevante. Así es como el formismo capta aquello que llena la apariencia social, lo que es depositado en lo trivial de las representaciones populares y en las creaciones minúsculas que marcan el compás de la vida cotidiana (Cfr. Maffesoli, 1993:82-83). Es posible comprender el contenido de las apariencias por el carácter holístico de la forma. Este carácter incluye la existencia e interrelación de las partes pertinentes a lo estético, lo ético, lo económico, lo político y al conocimiento (Cfr. *Id.*:82).

Así, la actitud formista asume lo aparente como esencial; plantea que se le reconozca como algo unificado, puro y coherente. Lo aparente es una condición que la forma hace visible. Gracias a ella, el observador experimenta el carácter múltiple de la forma, con lo cual es posible ampliar la escala de aprehensión de la sociedad de modo comprensivo. De ahí, que la *superficialidad*, como forma, es valorada y trascendida hacia el descubrimiento del contenido inmerso en ella. El contenido, en tal sentido, es la condición de posibilidad para el conocimiento de lo real (Maffesoli, 1993:92-93). De ello dan cuenta, por ejemplo, las expresiones de la moda y el adorno. La moda, es una respuesta individual a la necesidad de ser, que eleva al insustancial y lo hace representante de un grupo al que lo anima un

espíritu común (Cfr. Simmel, 1988:38-39). El adorno es el aditamento que atrae las miradas de los demás hacia quien lo usa.

En ese orden, lo aparente expresado en lo pequeño, para el formismo es un modo de resistencia ante el avasallamiento de la vida moderna. Lo *micro* es un capital de sabiduría del cual la sociedad es depositaria. Lo minúsculo es una actitud para enfrentar las relaciones del poder macro, por lo cual, deviene en una fuerza oculta no apetecida por las codicias del poder, merced a su valoración como anodino. El poder no entiende que lo micro es el soporte de la pervivencia de la socialidad, que se encarna en el placer de los sentidos, el placer de esa vida sin calidad aparente, que sin embargo asegura el mantenimiento y la permanencia de las instituciones (Cfr. Maffesoli en Chihu, 1995:20). Y es así, porque al bucear en las profundidades de lo minúsculo, el formismo se adentra en las razones que lo constituyen. Descubre todos los objetivos, incluso aquellos secundarios que ante la finalidad central parecen ocultarse. El formismo emprende la búsqueda de las explicaciones que subyacen en las pequeñas acciones humanas, trata de aprehenderlas y de comprender el aparente sentido paradójico que suele envolverlas, no sin considerar la naturaleza contradictoria que envuelve toda relación humana, que junto con la simpatía entre los hombres convive una hostilidad natural, que en el interés por los padecimientos de los demás, sólo puede explicarse como resultado de una mezcla de motivaciones encontradas (Cfr. Simmel, 1927:22).

De ese modo, el formismo considera valioso el microanálisis de toda acción; desmenuza y pondera el peso específico de lo *diminuto*, lo *banal*, lo *sin sentido*, propio del *estilo cotidiano* reflejado en ademanes, palabras y teatralidad (Cfr. Maffesoli, 1993:25). Todo ello se manifiesta en la interacción social que se da *en* y *con* el espacio. Son esas

denominadas *banalidades*, que constituyen la carga de significado, que enriquecen las acciones rutinarias que se encarnan en las *pequeñas cosas*, que se expresan ya sea como medios para alcanzar objetivos concretos o como insumos para la construcción social de imaginarios. Medios en suma, encarnados en *naderías*, pero que dan sentido a la vida y al espacio de la cotidianidad y que se hacen evidentes mediante la forma. De ahí que el espacio sea fundamental. El espacio de la vida que el formismo replantea como lugar, como foro donde se escenifican todas aquellas actitudes significativas conformadas por los rituales cotidianos, las prácticas anodinas como el pasear, platicar, la práctica del amor y todo cuanto se podría denominar *formas* de apropiación de la existencia. A esa apropiación se remite el formismo maffesoliano cuando propone rescatar cuanto atañe a la apariencia insignificante (Maffesoli, 1993).

Para las distintas expresiones de la socialización, que están temporal y espacialmente situadas, el formismo es un medio que permite su aproximación. La situación guarda una correspondencia con zonas limitadas y estructuradas que se comparten temporal y espacialmente, en un aquí y un ahora, de acuerdo con las relaciones sociales expresadas por la forma. Los límites temporales se refieren al tiempo del calendario y al tiempo del reloj. Los límites espaciales, por su parte, tienen que ver con el medio ambiente y con los lugares. El rol que el espacio desempeña es esencial y aparece con mayor vigor en las sociedades tradicionales (Cfr. Maffesoli, 1993:122-123). El tiempo y el espacio son límites que condicionan las relaciones entre los sujetos y los objetos que los rodean.

En tal sentido, los límites sitúan a la forma, *a priori* para el conocimiento y comprensión del contenido mediante las puestas en escena de las acciones de la vida, de la interacción directa y de las normas de coexistencia que se expresan en festejos, comidas en

familia, reuniones presididas por alguien, encuentros, etcétera. Ahí, los límites actúan como referentes de esas teatralizaciones y como dispositivos de control de la acción, mediante el lenguaje oral y gestual. Ambos lenguajes funcionan también como mecanismos de control de las distancias interpersonales, así sea en la expresión más anodina de la rutinización o el ritual. Y es que los lenguajes son la argamasa que consolida la acción de los individuos en el mundo de la vida cotidiana.

El acontecer cotidiano es el rumbo que recupera el formismo maffesoliano en el que, sobre todo en las sociedades tradicionales, revela una amalgama de relaciones entre las personas y la naturaleza por mediación de la cultura. Maffesoli dirige su propuesta hacia la comprensión de las múltiples conexiones de la vida de todos los días, que muestran la microfísica de las relaciones entre naturaleza y cultura, como *totalidad*, como *ser-conjunto* que incluye los conflictos y las armonías presentes en toda relación con la naturaleza, sin determinismos. En tal sentido, el carácter integral de la propuesta maffesoliana, abona el espacio de la comprensión como instrumento explicativo de la realidad y abre caminos cognitivos hacia lo transdisciplinario, tal como lo sugieren las nociones del trayecto antropológico de Durand y del pensamiento complejo que propone Morin. El primer autor considera las condiciones subjetivas y objetivas que integran las relaciones sociales, desde las expresiones más recónditas y anímicas del individuo, hasta las ecológicas como condiciones *visibles* del incesante intercambio, de ida y vuelta que va desde lo psicológico hasta lo social, de lo imaginario, las pulsiones subjetivas hasta las intimaciones objetivas del medio cósmico social, desde el gesto hasta lo material y lo social. Es el símbolo que se cristaliza como producto de lo individual y la influencia del medio (*Cfr.* Durand, 1981:35-36). Morin, por su parte, sugiere la noción de pensamiento complejo, que lo mismo

incluye al mundo que al sujeto (Cfr. Morin, 1997:64). Al unir la globalidad social con la natural, al espacio con las personas, hace unión entre lo ontológico existencial y lo trivial, de modo que lo macro alcanza lo micro, en tanto que las partes están en el todo, del mismo modo que el todo está en cada una de las partes. El todo es más, y es menos, que la suma de sus partes.

Con tales orientaciones, el formismo valora al espacio y le reconoce sus propios valores. Lo asume como *tiempo concentrado* por historias entretejidas en su urdimbre, merced a lo cual socialmente se moldea el *genius loci*, ese sentimiento que se comparte al percibir un lugar (Cfr. Maffesoli, 1990:119, 224-225). Tales valores, que expresan la *correspondencia física y social*, se refieren a los procesos de apropiación espacial, a la formación de territorios y a su relación con la configuración de identidades. La apropiación espacial va de la mano con la apropiación existencial. Remite a la noción de territorio, entendida como *reserva* espacial que va desde el caparazón que cubre al cuerpo con distintas valencias y regiones (Goffman, 1979:46-60), hasta la valoración de lo local, como sentido de pertenencia y arraigo. Aquí, la idea de *correspondencia* se asume como una conexión entre cosas y sujetos, sin determinismos entre lo social y lo espacial. Es un replanteamiento de nuestra relación con la naturaleza, comunitaria o individual, que nos recuerda que correspondemos a un terruño, tal como se le ve en la vida de los barrios o la ciudad tradicional. Ahí comprobamos una *apropiación del espacio* a través de rituales urbanos, que hablan del deseo compartido de vivir *simbólicamente* esa relación con el territorio común (Cfr. Maffesoli, 1993:122-123). El territorio así, se vuelve el lugar del vínculo, de una identidad que expresa el deseo de salir de sí mismo y de integrarse a un cuerpo colectivo y aproximarse con los otros en un espacio compartido más amplio. El espacio es, en última instancia, una

espiritualidad materializada, sobre la que se asienta la confianza del ser colectivo y la seguridad ontológica. Se resume así, el sentido manifiesto de la sociología formista (Cfr. Maffesoli, 1990:230).

En los lazos de unión entre espacio e identidad, el formismo plantea la reciprocidad en las relaciones como condición *a priori* para su comprensión. Así, el barrio, el centro urbano o la calle, encarnan un espacio público que conjuga una cierta funcionalidad con un valor simbólico innegable, que se impregna en el imaginario colectivo, y que los componentes urbanos específicos se encargan de connotar, recobrando el *aura* específica de los espacios, mediante la participación de los sentidos y el recuerdo de quienes los perciben (Cfr. Maffesoli, 1990:56). En tal sentido, el aura impregna lo mismo al espacio que a las personas, para lo cual se vale del bullicio y el ruido, del movimiento o la calma. Son esos mecanismos que dan pie a la confrontación e identificación con los otros y que puede hacerse visible a través de la comprensión de las formas de lenguaje oral y gestual.

En el formismo, la identidad es asumida como una expresión de *correspondencia* entre lo físico y lo social; y como tal, puede ser observada en la dualidad de la identificación y del rechazo (Cfr. Maffesoli, 1993:41). El lugar y las condiciones ambientales desempeñan un papel detonador de recuerdos compartidos, que se vierten en la charla sobre cualquier tópico, en el intercambio de los lazos afectivos, en la solidaridad; condiciones éstas sobre las que se fundamenta la existencia con los otros y el arraigo al territorio. Aquello que se comparte de manera común y que nos renueva el sentido de pertenencia. En tal sentido, la noción de *identificación*, es la acción de dos procesos inseparables de mutuo reconocimiento, en que un grupo o una persona se reconoce con los otros a la vez que reconoce a los otros como idénticos, de acuerdo con atributos sociales y espaciales

específicos. Estos atributos dan cuenta de las relaciones de correspondencia entre ellos, así como del deseo de estar juntos, que se expresa en la relación empática de intimidades. En tal relación, cada intimidad es espejo de la intimidad del otro y refleja los límites individuales, es decir, el hecho de mostrarse como se quiere ser visto.

De ese afán por estar juntos, sea por necesidad, solidaridad o por el mero placer de la proximidad con el otro, da cuenta la formación de grupos y de círculos, como entidades donde se comparten los afectos, las angustias, las desdichas y los secretos. Son formas de socialidad. Y el espacio de esas formas deviene en lugar, en territorio de unión, que posibilita el juego de intersubjetividades, la afinidad y el sentimiento compartido (Cfr. Maffesoli, 1990:227-228). El lugar es vínculo, facilita la proxemia, entendida como esa distancia existente respecto al prójimo. El lugar, al ser apropiado, es donde se forma el *nosotros*; el lugar pasa a ser EL LUGAR que permite a cada cual mirar más allá de la vida individual y sentirse dueño de él mismo y de su espacio, como si fuera ese espíritu de la casa, del linaje, de la ciudad. Hace del sujeto parte de lo que es común a todos, hecho por todos. De ese modo, el lugar expresa el proceso de vinculación de las relaciones afectivas entre el espacio y las personas.

Por ello, el espacio suele permanecer en la memoria de las personas como una representación, la cual puede ser socialmente acentuada, mediante la presencia de algún icono o emblema. En el espacio se puede cristalizar la expresión de los sentimientos de grupos locales, haciendo del lugar un hito, un punto de encuentro, que se inscribe en lo cotidiano. El lugar, permite autorreconocerse por uno mismo y a través de los demás. Los grupos, la proxemia, los lugares y los emblemas conforman mediaciones visibles y no visibles a través de las cuales se acentúa socialmente el sentido de pertenencia. Identidades

que se expresan en porciones espaciales de la ciudad, que las personas al hacerlas suyas las reconocen como territorios afectivos donde se reconocen, se sienten seguras y se arraigan (Cfr. Maffesoli, 1990:238-241).

La investigación empírica: metodología cualitativa, instrumentación y fuentes

Con base en la reflexión teórica arriba esbozada, los propósitos de este trabajo están imbuidos por allegarse pistas de lo minúsculo, del microespacio donde se recrea la socialización. Asumo esta tarea como el conjunto de procesos de apropiación cognoscitiva y apropiación de una cultura, en los cuales los individuos están inmersos, desempeñando roles sociales específicos (Cfr. Berger y Luckmann, 1966:164). Esta búsqueda se ocuparía de penetrar el mundo de la vida cotidiana y descifrar sus tensiones, conflictos, desarrollos ideológicos, transformaciones y crisis (Cfr. Javeau, 1991:29). Examinar, en suma, el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción social de hombres y mujeres particulares (Cfr. Heller, 1991:19-20).

Por lo anterior, recurrí a la metodología cualitativa por dos razones específicas: una, que está relacionada con sus alcances y posibilidades, dado que ningún aspecto de la vida es demasiado trivial como para ser desplazado del análisis. Dos, por la libertad que le permite al investigador acercarse con minuciosidad al objeto de estudio. La metodología cualitativa encara el mundo empírico con observaciones directas y participativas, descripciones etnográficas, interpretaciones y análisis (Cfr. Taylor y R. Bogodan, 1992:19-20); y la libertad del investigador renueva los propios enfoques en el proceso mismo de la

investigación, alienta la creatividad en términos metodológicos evitando caer en modelos rígidos, hipótesis o teorías preconcebidas. La metodología cualitativa se orienta a explicar el papel de lo subjetivo en el contexto del estudio.⁷

Con la metodología cualitativa, la sociología comprensiva y la psicología comunitaria planteo una visión holística incluyente y un relativismo cultural donde lo subjetivo es el elemento esencial de análisis de los actores sociales. Implica, en efecto, que el investigador intente ver al escenario y los individuos como un todo. Así, las personas, los escenarios o los grupos no son reducidos a variables, dado que el estudio se ubica en un contexto espacio-temporal, de acuerdo a situaciones históricas y específicas. De ese modo, intenté la mayor proximidad con las personas para comprender sus hábitos y sentimientos subjetivos. Así también, busqué identificarme con las personas y asumir el rol de ellas para tratar de ver las cosas desde su punto de vista.

No obstante que opté por la amplitud, libertad y complejidad que supone la metodología cualitativa, asumo que los resultados del trabajo están lejos de las expectativas metodológicas como antídoto contra las imperfecciones. Feyerabend (1974:11) afirma que: “la historia de la ciencia será tan completa, tan caótica, tan llena de error y tan divertida como las ideas que contenga, y estas ideas serán a su vez tan complejas, tan caóticas, tan llenas de error y tan divertidas como lo son las mentes de quienes las inventaron.” No obstante, acepto mi responsabilidad en las imprecisiones del empleo metodológico y los resultados obtenidos; sin embargo, es importante resaltar que la investigación siguió

⁷ El contexto de estudio se entiende como una construcción social del conocimiento. El contexto enmarca las observaciones acerca de los roles, las normas y su interdependencia con los escenarios sociales. Por otro lado, implica que tanto los observadores como los observados son forjadores de su propio contexto. Véase, Psicología Comunitaria: “Universidad Veracruzana. URL: ugs.invest.uv.mx/cancer/epcd/antopc04.htm”.

logos
algunas rutas novedosas que representaron un esfuerzo adicional en el trabajo empírico, sobre todo en lo que toca a la fijación y delimitación de los instrumentos idóneos de apoyo. Si bien la forma de utilización y el proceso de investigación no representan bases originales, considero que la introducción de otros lenguajes observacionales y su expresión gráfica, así como la combinación de éstos, permitió un acercamiento profundo a mis propósitos.

El desarrollo de la investigación

Antes del trabajo empírico tenía un conocimiento de la ciudad de Tlacotalpan, acotado por los tradicionales intereses que acompañan a un arquitecto ocupado por sus quehaceres y el paisaje. Ello me permitió establecer los primeros contactos con personas representativas de grupos sociales locales, además de observar algunas expresiones de la segregación social de la ciudad, marcadas por las distintas formas arquitectónicas y sutiles mecanismos de control social. Mediante una serie de acercamientos informales y no sistematizados, se fueron estableciendo algunos criterios que posteriormente utilicé como parte de una aproximación más sistemática, no sin ser sometidos a la valoración de personas entrevistadas para tal fin.

observaciones
notas
Los resultados de esas tareas precedentes se fueron materializando en cédulas, apuntes gráficos y notas de campo, que incluyen además de lo visible de orden físico, aquellas consideraciones no visibles, de carácter social y cultural que fui relacionando con los aspectos sensoriales y espaciales. Con ello, pude vincular el análisis arquitectónico y urbano con los factores socioculturales. Cabe decir que los viajes que antecedieron a la

investigación formal distaron mucho de contar con los recursos y condiciones que, por ejemplo, le son envidiados a Tocqueville para su investigación de nueve meses sobre las penitenciarias en los Estados Unidos. Debido a la escasez de apoyo monetario, recurrí a modos de investigación que permitieran optimar los mínimos recursos con que conté. Así, la información recabada en los primeros acercamientos se redujo a lo extraído de archivos y biblioteca locales, entrevistas cortas e informales y el levantamiento de datos de vivienda mediante cédulas diseñadas ex profeso. En tal sentido, el trabajo de investigación comenzó con una selección de posibles entrevistados con quienes había tenido un contacto previo y que, tanto por su disposición como por su conocimiento de la ciudad y sus habitantes, pudieran aportarme información útil

Las entrevistas fueron seleccionadas de acuerdo con criterios de carácter social, como la edad, el sexo y el estrato basado en el lugar de residencia. En tal sentido, el número se compuso de personas adultas de ambos sexos, que fueran representativas de acuerdo con el estrato social alto, medio y bajo.

Los acercamientos precedentes me ayudaron a esclarecer la naturaleza y los alcances de la investigación, así como a la adopción de un método de aproximación que me permitiera alcanzar a la vez que un grado de detalle, una cobertura amplia. De ahí, opté por combinar la investigación cualitativa y la cuantitativa, que facilitaría los requerimientos y acentos de la investigación (Cfr. Strauss y Corbin, 1990:18).⁸ El empleo de los dos métodos se valida por su complementariedad: la investigación cuantitativa se aprovecha para lograr una comprensión extensa y genérica, en tanto que la investigación cualitativa

⁸ "The two types of methods can be used effectively in the same research project [...] Most research projects and researchers, however, place their emphasis on one form or another, partly out of conviction [y entrenamiento del investigador] and nature of the problems studied".

da mayor profundidad (Cfr. Fournier, 1998:6). De acuerdo con ello, las técnicas empleadas fueron: la observación directa, la entrevista a profundidad, el uso de mapas mentales, el análisis fotográfico y visual, y la aplicación de un cuestionario.

Empecé construyendo una guía más o menos estructurada para la observación en las plazas y calles, según iba detectando lugares de concentración relevantes como los portales de los comercios del Centro, del edificio del Ayuntamiento, el cine o las iglesias. Después de varios encuentros y entrevistas cortas e informales en los viajes iniciales, elaboré un listado tentativo de temas y preguntas a fin de aclarar mis propios horizontes y la viabilidad de articular las entrevistas, sin inhibir la espontaneidad de las personas. Ese guión se empleó como un apoyo previamente memorizado en algunas entrevistas informales. La experiencia de esas primeras entrevistas modificó mi visión sobre el problema de investigación. De ahí, decidí utilizar dos mecanismos complementarios: la entrevista a profundidad y la aplicación de un cuestionario. Dadas las distintas características en cuanto a acervo vivencial y capacidad de concentración de los dos grupos de edad que seleccioné, la entrevista a profundidad fue realizada con las personas adultas y la aplicación del cuestionario se aplicó a los jóvenes. Tal como da cuenta la información disponible, en las entrevistas a profundidad estuvo latente un contenido de temas alrededor de los cuales se fueron desarrollando sin apego a un formato de preguntas y respuestas preestablecido, ya que el objeto de trabajo fue construyéndose a lo largo de la investigación empírica. De ese modo el desarrollo de las primeras entrevistas informales sirvió para replantear las formas de emprender las entrevistas en profundidad, definitivas, así como la formulación y aplicación del cuestionario y la observación directa. Paralelamente al desarrollo de las primeras entrevistas comencé a esbozar y analizar la

* no hubo hipotesis?

viabilidad del cuestionario, de acuerdo con la respuesta que tuve al probarlo entre algunos jóvenes conocidos. Esa práctica me ayudó a realizar la formulación final del contenido que incluyó un mapa para localizar los trayectos cotidianos.

En este orden, realicé dos tipos de entrevista, doce cortas e informales y otras veintidos en profundidad. El contacto establecido previamente sirvió de puntal para entablar una relación de confianza con los entrevistados, que fueron un factor para ampliar las relaciones con otras personas a lo largo del proceso, con quienes me iban presentando o recomendando, luego de saber de mi interés por investigar acerca de sus relaciones con su ciudad. Las entrevistas cortas e informales se debieron a encuentros no programados, en la calle o en algún sitio de concurrencia pública, o bien durante alguna sesión de dibujo por distintas partes de la ciudad. Las entrevistas en profundidad se efectuaron en lugares y horarios fijados por los y las entrevistadas. Sólo una de estas entrevistas fue realizada en el exterior, el resto se efectuó en el interior de las casas. En cuanto al horario, unas fueron por la mañana y otras después de la siesta; de las cuales, varias se prolongaron hasta la noche. Las más ricas en contenido fueron aquellas en las que participó la familia entera.

Las entrevistas en profundidad constituyeron una aproximación a fragmentos de vida pertinentes a las relaciones de las personas en y con su espacio urbano, su barrio, su casa, lo cual incluyó sus recuerdos y su relación con los otros.

Se diferenciaron de las entrevistas informales, no sólo por un acuerdo previo para hacerlas posibles, sino por la relación estrecha que eso implica con el entrevistador. En ese sentido, intenté, más que descifrar datos, comprender las formas de vida de quienes tenía enfrente, sus experiencias o situaciones personales, de acuerdo con sus propias palabras,

como en cualquier conversación entre iguales. Para ello intenté asumirme no como un investigador ávido de constataciones, sino como un instrumento propio de la investigación, sin más protocolo que aprender a escuchar, sin la rigidez que da el uso de un formulario de entrevista. Durante el proceso, aprendí cómo elaborar preguntas, y sobre todo, cómo leerlas (Cfr. Taylor, 1992:101). Habría que decir que el listado original de preguntas que formulé al inicio de las entrevistas informales si bien funcionó en un momento como elemento de autoafirmación de mis inquietudes personales, en ningún caso lo utilicé como un guión que predeterminara la entrevista. El registro de la espontaneidad expresada por parte de los y las entrevistadas en las videograbaciones y fonograbaciones dan cuenta de ello.

El empleo de aparatos (cámara y grabadora) en los primeros minutos de las entrevistas provocó una leve inhibición que fue desapareciendo a lo largo de la conversación. No obstante ello, asumí, desde el momento de la realización de las entrevistas informales, que para la interpretación de la información debía considerar que las presencias extrañas de objetos o personas, a pesar de la confianza despertada, se puede alterar, como pasó, la espontaneidad de la narración, además de que la situación puede expresar singularidades en el comportamiento que parecen decir *cómo se desea ser visto por el otro*.

La información capturada en las entrevistas corresponde a trazos generales de relatos de vida, que en virtud de su extensión pudieron cubrir las expectativas del trabajo. Lo

asumí de ese modo, pues al analizar las entrevistas ya no encontré nada nuevo en la información recabada.⁹

Utilicé el método de observación estructurada, no participante, e individual (Cfr. Ander Egg, 1969:96-100). El registro de la observación lo hice por medios escritos, videográficos, fotográficos, fonográficos e iconográficos, con cierta sistematización basada en la clasificación y análisis comparativo del material recabado. Esto modificó mis perspectivas iniciales y permitió acercamientos progresivos mucho más selectivos y constantes con las personas entrevistadas y por entrevistar. El objeto de estudio se fue reconstruyendo en el proceso, de modo que implicó ajustes necesarios. Por ejemplo, en cuanto a la evolución de ideas preconcebidas que, quiérase o no, subyacen en la subjetividad del investigador desde el inicio, con un enfoque de las preguntas y cómo hacerlas (Cfr. Taylor, 1992:31). Por otra parte, la elección de los momentos y lugares para observar se fueron seleccionando a partir de sentir un grado de *rapport*, de aceptación, confianza o empatía. Esto fue básico para trasponer los umbrales simbólicos de las personas entrevistadas y compartir su mundo, su lenguaje y sus perspectivas.

Asimismo, utilicé la observación en dos modalidades, la denominada no participante y la cuasiparticipante (Cfr. Baena, 1988:60). Con la primera, no participante, me mantuve ajeno a lo observado. Con la cuasiparticipante, intenté lo contrario al incluirme en varias concentraciones llevadas a cabo en espacios públicos. Los dos tipos de observación fueron de carácter individual.

⁹ Apuntes tomados en la "Plática sobre algunos métodos de investigación", dictada por Alicia Lindón en la UAM, Xochimilco, 20 de abril 1994.

Con respecto a la relación entre observación participante, no participante y el contacto entre el investigador y lo observado, es importante mencionar lo que puede denominarse “encuentros fortuitos cara a cara” que se muestran como resultado de dibujar las relaciones entre los espacios y la gente. Al principio de tales encuentros, como investigador dibujante, pasaba a ser el objeto observado y el entrevistado por las personas observadas. Cumplida esa primera fase de *transmutación* de las percepciones, el investigador se convertía en unidad participante en un encuentro entre iguales que se alargaba de modo imprevisto, para dar pie a una conjunción de imágenes que emergían de la plática con los curiosos. Un mismo hecho con valoración diferencial: trivial para el investigador y singular para los observados.¹⁰ En efecto, al dibujar, el investigador, al cumplir su tarea de ensamblar los recuerdos expresados por la gente, pasaba a ser, a poco, un elemento invisible. Las características comunicativas de los presentes y la llegada de otras personas conocidas definían la duración del encuentro y se veían estimuladas por narraciones espontáneas alusivas a las relaciones entre personas y espacios, motivos de los dibujos. El espacio así, aparecía como un plano distante que se desplegaba de acuerdo con recuerdos removidos por los trazos sobre el papel. Por ser el motivo del dibujo, el espacio obraba, a veces, como un detonador de otros espacios que resonaban en la memoria del narrador. La concurrencia de las personas convocadas por un mismo motivo espacial dejaban ver, además, formas diferenciales de percepción con respecto a un mismo espacio, según los recuerdos que se iban removiendo por la interacción comunicativa.

Dibujar sirvió como una técnica de investigación que reafirmaba imágenes, que a su vez lograron hacer que las personas se acercaran. El dibujo transmitió algo más que las

¹⁰ Véase Augé (1996) y Baudrillard (1994).

palabras, no únicamente en el proceso de la investigación sino también en el momento de la lectura. Así, el lector puede llegar a tener una sensación de 'estar allí' en el escenario con las personas (Cfr. Taylor, 1992:19-20). Cabe agregar que el dibujo funcionó no sólo como registro, sino como instrumento de observación cuasi participante, aunque sea con un carácter limitado. Dibujar, fue un mecanismo de aproximación investigativa, de registro de una buena cantidad de información respecto a las relaciones socioespaciales y un instrumento de medición con un alto grado de aproximación dimensional de las distancias físicas, tanto de las personas entre sí como en su relación con la ciudad; que ponen en juego habilidades disciplinarias, como la medición ocular de las relaciones antropométricas con los espacios y los objetos. Dibujar permitió el acceso a la información de comportamientos socioespaciales y a distintas formas de lenguaje. Fue, por otro lado, un mecanismo de acercamiento a la forma como las personas perciben su ciudad, en una charla espontánea, y las imágenes que comparten de su entorno cotidiano.

5 años
 La aplicación del cuestionario, como dije, la pensé con el objetivo de tener una mayor cobertura entre los y las jóvenes estudiantes de educación media superior, cuidando que la muestra fuera representativa.¹¹ La estructura del cuestionario se basó en preguntas cerradas de opción múltiple acerca de la vida en la ciudad. Tal contenido recogió ideas generales que se incluyen en el texto. Sirvió como un sustento, no como comprobación, que complementa la interpretación de lo recogido en las entrevistas a profundidad. Son pistas que amplían la comprensión de los fenómenos. El trabajo empírico, debo subrayar, descansa sobre la investigación cualitativa. Líneas antes señalé que originalmente había

¹¹ La muestra se compone de 61 jóvenes encuestados, hombres y mujeres. Es representativa de acuerdo con una población total de 670 según el Censo de Población y Vivienda de 1990, donde $P=Q=0.5$, en la que la diferencia máxima de error estadístico $E=10\%$, con un intervalo de aceptación de 90%.

considerado entrevistar a adultos y jóvenes, lo que de hecho, en anteriores acercamientos había ya realizado mediante entrevistas cortas, pero, no obstante la disposición de las personas, el resultado no fue muy halagador, por varias cuestiones: la dificultad de realizar entrevistas de duración y formalidad mayores; complicaciones de tipo personal en los entrevistados para sostener un discurso coherente, que se expresaron en la proclividad a la dispersión; una fuerte limitación para verbalizar los recuerdos y un reducido empleo lexicológico.

encuentros

Opté entonces, por el empleo del cuestionario con base en los motivos anteriores así como en algunas ventajas que permite para la captura de datos. Las ventajas se refieren a la brevedad temporal que requiere, a una mayor concentración y capacidad de abstracción relacionada con la memoria. Además, porque los jóvenes están muy habituados a las formas de evaluación y exámenes escolares de tipo cuestionario y porque el anonimato deja un margen de libertad para expresarse o no, sin inhibiciones que sí mostraron en los encuentros precedentes.¹²

Un mecanismo de aproximación importante fue el levantamiento de información sobre características físicas y sociales de las casas. El medio fue una cédula cuyo contenido se refiere a la ubicación, orientación, servicios, materiales, distribución, número de habitaciones, dimensiones y estado actual, así como la composición de la familia residente,

¹² Así, el cuestionario lo apliqué por separado en dos aulas de dos escuelas de nivel medio superior. Una aplicación fue por la mañana y otra por la tarde. En cada caso explicamos a las autoridades escolares, con quienes se había establecido una vinculación previa, la finalidad de la investigación y del cuestionario. En compañía de las autoridades, antes de la entrega de los cuestionarios, les expliqué a los estudiantes el objetivo del mismo, la forma de llenado y de responder a los requerimientos gráficos de modo individual. Entregado el material, esperé para aclaraciones y la recepción final del material. El contenido del cuestionario incluye los datos generales sin el nombre del participante. Se solicitó información acerca de la ocupación de los padres, la estructura familiar y sus tiempos de estancia en la casa. Me valí de la ocupación de los padres y el lugar de residencia para inferir una

ingresos, número de miembros por sexo y edad, nombre del o la jefa de familia. El levantamiento se realizó de acuerdo con una selección previa de viviendas representativas de las tres zonas de la ciudad y se complementó con entrevistas cortas fonograbadas, fotografías, dibujos y acuarelas. Los datos recogidos corresponden a una pequeña muestra, pero por su detalle y representatividad, complementan la información registrada en el Censo de Población y Vivienda de 1995.

fuentes Otras fuentes de información que utilicé provienen de documentos locales y federales del Archivo Municipal, fuentes históricas, documentos personales, fuentes estadísticas, informes y estudios; la prensa local, material cartográfico y alguna documentación indirecta.³ Las puertas del Archivo Municipal cuya catalogación coincidió con una de mis estancias precedentes, me fueron abiertas siempre. De ahí extraje algunos datos que se complementaron con fuentes históricas de Aguirre Tinoco y de Malpica. Los datos estadísticos y la cartografía utilizada, corresponden a lo recogido por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), así como a informes y estudios a los que tuve acceso, mismos que fueron realizados en distintos momentos para la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas.

Esta información y la que obtuve en las observaciones cuasiparticipantes, las entrevistas a profundidad y la aplicación del cuestionario, son la base de sustentación de las categorías que empleo para el análisis de la forma social y la forma física. Y es así porque tales categorías parecen condensar coincidencias socioespaciales pertinentes a mi objeto. Así, el estrato alto, medio y bajo, coinciden con el lugar de residencia y la forma de

estratificación social alta, media y baja. El resto de las preguntas se refieren a las formas de interacción entre las personas y la plaza, la calle y la casa.

la vivienda. Sexo y edad, se basan en la diferenciación de significado, forma de percepción y apropiación social del espacio, y su relación con el tiempo, entre hombres y mujeres, así como entre jóvenes y adultos. Ello está implícito y explícito en los capítulos de la tesis. Con el empleo de Zona Central, Zona Intermedia y Zona periférica, recupero lo que parece ser un constructo práctico heurístico local que se basa en el sentido de prestigio y reconocimiento que está por el Barrio de Arriba, el Barrio de Abajo y Las Orillas, que son las denominaciones que dan los y las tlacotalpeñas a lo que utilizo como Zona central, Zona Intermedia y Zona Periférica.

Ahora bien, asumo que la aproximación metodológica que busco recuperar en el trabajo, tiene límites y riesgos claramente acotados. Con respecto a los primeros, es que no permite hacer generalizaciones ni encontrar en ella determinaciones pertinentes al comportamiento. Tampoco permite el establecimiento de leyes. Y, no es posible la medición cuantitativa que limita el carácter puramente cualitativo. Por otra parte, la exageración de esta metodología, puede sesgar la interpretación del objeto de análisis. Sin embargo, la investigación cualitativa, no obstante las imprecisiones, corresponde a un rigor científico como el explicado anteriormente, cuyo objetivo no es mostrar la representatividad de un fenómeno sino su significación, que es donde estiba su riqueza.

Lo que sigue, es una manera de explicar la vida de una ciudad media en México, la forma en que sus habitantes recrean su cotidianidad y perciben, apropian y transforman el espacio urbano. *es el objetivo?*

Capítulo II

Forma urbana y forma social: la apropiación del espacio urbano

La traza urbana. Segregación socio-espacial.

Límites físicos y correspondencia social.

El Núcleo Central, corazón y cerebro de la ciudad.

Las plazas, puntos nodales de la estructura urbana

*De la isla conozco el olor,
la forma y la textura de la arena.
Sé que no pertenezco a ella
pero la siento mía por derecho de amor...*
José Emilio Pacheco

Tlacotalpan

La forma urbana de Tlacotalpan fue producto de una transformación histórica, tal como corresponde a la mayoría de las ciudades. De una isla fluvial con cercanía al Golfo de México, en la porción sur del estado de Veracruz, que albergaba a parte del grupo indígena tlacotalca a la llegada de los españoles, se convirtió en un *pueblo apiñado* con plaza central (George, 1975:197) para consolidarse entrado el siglo XIX como una ciudad preindustrial, de acuerdo con sus formas de carácter socioespacial.

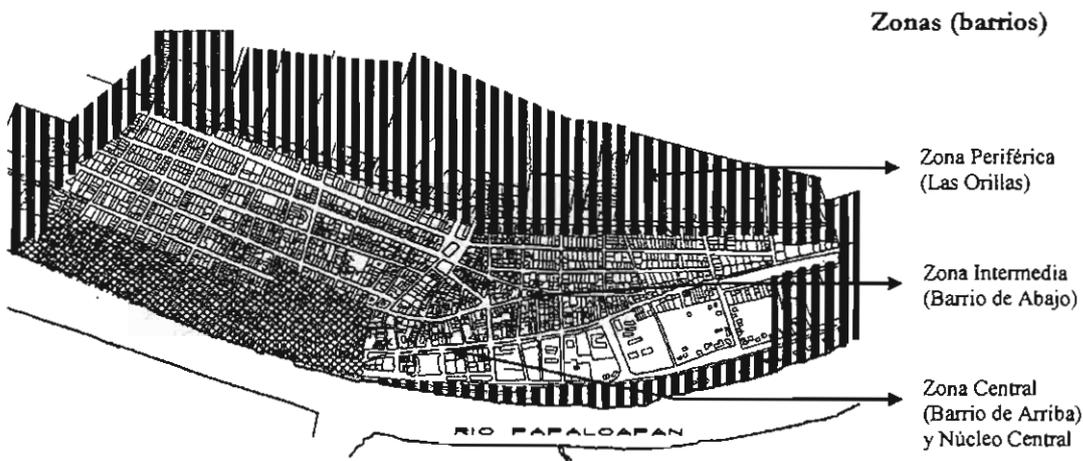
Tlacotalpan responde a la mayoría de las características, tanto visibles como no visibles, de la denominada por Giddens, *ciudad tradicional* (Giddens, 1989:585), y que Sjoberg desarrolla con mayor amplitud como *ciudad preindustrial* (Cfr. Sjoberg, s/f:85-324). A la luz de tal noción, en la forma urbana de Tlacotalpan puede verse la preeminencia del área central sobre la periferia; la segregación de la espacialidad de acuerdo con estratos sociales, ocupaciones y lazos familiares, y una baja incidencia de diferenciación funcional en los patrones de uso del suelo.

En este capítulo pretendo mostrar la correspondencia que existe entre las formas espaciales y las formas sociales, en el entendido de que el espacio modifica el comportamiento tanto como el comportamiento determina la apropiación del espacio. Parto así, por describir las características socioespaciales de Tlacotalpan dividiendo el capítulo en cinco partes: la traza urbana; la segregación socioespacial; los límites físicos y la correspondencia social en la apropiación del espacio; el núcleo central y las plazas como puntos nodales de la estructuración urbana.

La traza urbana

La traza urbana de la ciudad de Tlacotalpan corresponde a dos expresiones espaciales: la mesoamericana de lotificación irregular y la española. La preponderante es la española conocida con el nombre de damero o *plano en cuadrícula* (George, 1974:83), cuyo origen se remonta a los campamentos romanos con un crecimiento acorde a un plan radiocéntrico. La lotificación irregular mesoamericana (véase Plano II.2.), se ubica al lado de la Capilla de La Candelaria, primera iglesia que construyeron los españoles.

Los principales componentes urbanos de Tlacotalpan son: un núcleo central y la presencia de tres áreas diferenciadas producto de la segregación socioeconómica. Las y los tlacotalpeños los identifican como el Parque Zaragoza o Núcleo Central, el Barrio de Arriba o Zona Central, el Barrio de Abajo o de San Miguelito o Zona Intermedia y las Orillas o Zona Periférica (véase Plano II.1.).¹



Plano II.1. Zonas o Barrios de Tlacotalpan

¹ A lo largo del texto me referiré a los barrios como zonas o a la inversa. Así, indistintamente llamaré Barrio de Arriba o Zona Central; Barrio de Abajo o de San Miguelito o Zona Intermedia y, las Orillas, Zona Periférica o de Pescadores. Se incluyen otros componentes que serán descritos a partir de algunas categorías estudiadas por Norberg Shultz, Lynch y por Rapoport, en tanto que límites sociales y espaciales, tales como zonas, centro periferia, lugar, delante detrás, arriba abajo, bordos, nodos e hitos.

El Núcleo Central representa el área que mantiene la preeminencia espacial con respecto al resto de la ciudad, como producto histórico y junto con las zonas o barrios, muestra la dialéctica de la unidad urbana y el contraste.² Cada uno de los barrios constituye un área de carácter más o menos homogéneo, que se expresa en una morfología urbana específica dentro de la localidad. Esto es, que la apariencia de cada barrio muestra una cierta correspondencia entre las características socioeconómicas y las formas arquitecturales que los particularizan (véase Plano II.1). Esas características físicas ofrecen una cierta *unidad tipológica*, en tanto que presentan una regularidad en la forma arquitectónica e imagen urbana³ y en otros aspectos como la ocupación del suelo, la densidad urbana, además de relaciones sociales análogas por medio de las cuales la gente se reconoce y se vincula entre sí.



Plano II.2. Traza prehispánica en la Zona Intermedia

² Lefebvre considera, ante esta dialéctica, que las "diferencias que se manifiestan y se instauran en el espacio no provienen del espacio como tal, sino de lo que en él se instala, se reúne y se confronta [...] Contrastes, oposiciones, superposiciones y yuxtaposiciones [...] resultado de una historia que debe concebirse como la obra de "agentes" o de "actores" sociales, de "sujetos" colectivos, que operan por impulsos sucesivos emitiendo y formando de manera discontinua [relativamente] capas de espacio...". Véase a Lefebvre (1980:131).

³ Rossi (1982:116) se refiere a la "constancia de los modos y los tipos de vivir que se concreta en los edificios y semejantes".

La traza de la Zona Periférica tiene la forma de damero y alberga además a la lotificación irregular. La forma en damero se localiza en la parte Norte de la ciudad, confinada por la zona inundable, y la segunda, se localiza en las tierras ganadas al río, tanto en la salida Oriente como en la salida Poniente de la ciudad (véase Plano II.1). El Barrio de Arriba o Zona Central corresponde al esquema hispano en forma de damero.



Figura II.1. Dos ejemplos de fachadas de casas con lotificación subdividida

La traza original de las manzanas era de una forma casi cuadrada, con una lotificación que llegaba a contener hasta doce lotes. En la actualidad muchos lotes han experimentado subdivisiones por causas que obedecen a herencias, transmisiones o

particiones, que son fácilmente observables en las fachadas de las casas afectadas, ya sea a través del color que se utiliza para diferenciar la propiedad respectiva, o bien, en las alturas de los parteaguas (véase Figura II.1.). De acuerdo con tal ordenación, la manzana tipo es de forma rectangular con bloques homogéneos, con edificaciones alineadas de forma continua, sin remetimientos del frente hacia atrás del predio, con algunos accesos laterales de servicio hacia callejones o andadores peatonales. Los corazones de las manzanas constituyen un elemento de bienestar térmico, fundamental para el uso habitacional, al ser usados como huertos de frutales o aromáticos jardines interiores. La traza general del Barrio de Abajo o de San Miguelito corresponde a la traza española con manzanas casi cuadradas, excepto el área prehispánica (Plano II.2.), próxima al Núcleo Central. En esta zona muchos frentes de lotes muestran subdivisiones, de frentes inferiores a los cinco metros a veces, por transferencias hereditarias. Debido a ello, el suelo habitacional se ha ido atomizando y expresa la densidad más alta de la ciudad. Aunque esta condición aparentemente se sale de la normalidad del contexto local, no llega todavía a constituir un problema en cuanto al comportamiento de sus residentes, como sucede en ciudades de mayor dimensión demográfica. Es decir, que no aparece alguna alteración en las formas de comunicación o de la confianza tradicionales, lo cual parece contradecir el hecho que a mayor densidad poblacional, mayores son las patologías sociales que se presentan.⁴ Pareciera ser que, por el contrario, en esta área de Tlacotalpan, tal *estrechez territorial* es entendida como un acercamiento entre las personas, más que una carencia espacial. Ello da cuenta de que lo subjetivo juega un papel muy importante junto con el número de

⁴ Esta premisa la asume Rapoport (1978:191) como sigue: "cuando el número de personas aumenta, se incrementa la complejidad cognitiva y el grado de certidumbre, por lo que el comportamiento es más

personas por m², o sea, de la confianza derivada del grado de conocimiento compartido hacia el otro, y sobre todo, de un sentido de pertenencia social. *Subjetivo no se demuestra*

Ello puede comprobarse con la información disponible producto de la observación directa, entrevistas y encuestas realizadas en sitio, lo cual refleja que en algunos sectores de la población joven, así como en ciertos tipos de encuentros entre mujeres de estrato bajo, las formas de comunicación no verbal —que corresponden a un acortamiento de distancias, mediante un contacto corporal muy estrecho—, son una clara expresión de confianza y de un tipo de relaciones en las cuales lo afectivo se coloca por encima de cualquiera otra finalidad.

Además es posible adelantar aquí, que los diversos encuentros cotidianos muestran lazos de vinculación que se corresponden con un manejo de las distancias en el cual sólo el sexo establece diferencias; es decir, una menor distancia en los encuentros hombre-hombre y mujer-mujer, sin más requisito que el conocimiento y la amistad. Por el contrario, en los encuentros entre hombre y mujer la distancia y duración son distintas: mayor la primera y menor la segunda, a menos que exista una relación afectiva familiar o amorosa.

Sin embargo, entre actores de estrato social medio y alto, los estrechamientos de distancias personales de este tipo solamente son observados en encuentros entre individuos cuya vinculación está ceñida por algún lazo familiar o de compadrazgo. Empero, existen diferencias entre los estrechamientos, así como en la duración y frecuencia de los mismos de acuerdo al sexo y la edad. Por ejemplo, es mayor la duración

difícil de estructurar [o sea, que] cuando la cantidad de espacio por persona se reduce, aumenta [...] la dificultad del comportamiento”.

y el estrechamiento de distancias entre los jóvenes que entre los adultos, ya sea por amistad o por rencillas personales; en tanto que entre mujeres adultas y entre hombre-mujer, sin lazos afectivos aparte de la amistad, la duración y la estrechez son comparativamente menores. Ello nos descubre que lo mensurable de la duración y la distancia, no es suficiente para explicar lo que lo afectivo puede denotar. Esto al parecer es producto de que los lazos sociales existentes corresponden con los modos de comportamiento basados en la reciprocidad, lo que permite aseverar que existe un permanente estado de conciencia respecto a la otredad.

En cada una de las zonas mencionadas los lotes para habitación se encuentran con usos diferenciados dentro del terreno. De acuerdo con la disposición de la casa en el predio existen tres tipos. El primer tipo corresponde a una de las partes más antiguas de la ciudad, anexa a la ribera del Papaloapan. El segundo, a la parte con mayor concentración de indios en la época colonial. Finalmente, el tercero se originó por el crecimiento demográfico, que tuvo como asiento los terrenos menos demandados por sus características físicas, pues fue tierra ganada al río, así como las áreas marginales al Norte y Poniente de la ciudad.

Las casas de la Zona Central corresponden a un orden cerrado, es decir, a una disposición de casas contiguas. En algunos casos incluso comparten un mismo muro colindante, el cual suele servir no sólo para dividir lotes, sino como elemento constructivo mixto como los de uso en condominio, ya que sostiene dos cubiertas diferentes. En la Zona Intermedia, con mayor frecuencia que en la Central, según el número de miembros de la familia propietaria, se observa un proceso de fragmentación de las casas y los lotes tipo expresado mediante colores distintos en las fachadas. Ello habla de un fenómeno

relacionado con cuestiones demográficas y socioeconómicas: por un lado, el aumento de los miembros de las familias y un decrecimiento en la demanda de bienes raíces locales; por otro lado, el arraigo de los propietarios y el interés creado para no renunciar a la posesión de los inmuebles.

En el caso de la Zona Periférica podría hablarse de varias expresiones formales que se reflejan en la densidad poblacional. Una alta, comparándola con la zona Norponiente y con las afueras de la ciudad, en dirección a Cosamaloapan y, baja, en los sectores localizados en los terrenos ganados al río, a la salida hacia Alvarado. Este último caso permite apreciar una imagen de menor compactación de construcciones; de una dispersión que guarda proporción directa a la distancia del centro o los límites de la Zona Intermedia; es decir, a mayor distancia, mayor dispersión.

Segregación socio-espacial

Actualmente se pueden observar en Tlacotalpan diversos aspectos socioculturales que muestran como fueron acrisolándose los rasgos con los cuales se identifica o no la población a sí misma; existe la mezcla de tres culturas y su localización urbana originaria. La mezcla sociodemográfica de complejidades múltiples, conformada por un grupo minoritario que concentra el poder económico y político apoyado por la jerarquía religiosa, y de otros grupos cuantitativamente mayores de indígenas y negros. Una mezcla cuya huella puede verse en los rasgos físicos de una buena cantidad de habitantes que

representan al típico jarocho,⁵ cuyos rasgos de mezcla africana, suele no ser reconocida por los y las veracruzanas (Martínez A., 1995:78).

Otras huellas sincréticas que son muestra de tal mezcla, son la comida tradicional y sus ingredientes, la música y las canciones, los movimientos corporales, el color de la piel y de las casas, así como algunos giros idiomáticos.

El nacimiento de la ciudad está marcado por la lucha entre los grupos minoritarios de españoles y los indígenas originarios, a los que al poco tiempo se sumaron los grupos de negros. Los tres grupos llegaron a formar una sociedad con una segregación social que se expresó en el espacio, desde el origen mismo de la ciudad. Dos barrios son definidos de acuerdo con las disposiciones de la Real Cédula de Felipe II: el lugar para la residencia de los españoles y el Barrio de Indios. Posteriormente, surge una tercera zona con la anexión de los negros que huían de la esclavitud del interior del estado, que se escondían en los inhóspitos pantanos de los alrededores de la naciente ciudad. Aunque más clara en el pasado, la segregación socio-espacial de todos modos se expresa en el marcado contraste de la periferia y las otras dos áreas. En la periferia reside el sector de población de campesinos y pescadores, cuyas familias se originaron con el mestizaje de negros e indígenas, es el espacio con mayores carencias urbanas. En esta porción urbana se localiza el estrato social de pescadores y campesinos, quienes viven las incomodidades impensables en el centro, principalmente por falta de servicios e inseguridad ante fenómenos meteorológicos. Por su parte, en el Barrio de Abajo o de Indios reside el resto de la población constituida mayoritariamente por artesanos, prestadores de servicio y pequeños

⁵ El término jarocho data del siglo XVII, como el mote derivado por extensión de las varas largas llamadas jarochas con las que los negros arreaban al ganado (véase Aguirre Beltrán, 1992:222- 223).

comerciantes. Esta área es residencia de las familias que fueron creciendo en virtud de la unión entre españoles e indígenas principalmente; en la actualidad es la porción urbana más densamente poblada de la ciudad, con la atención casi completa de servicios.

Las distinciones por ocupación pueden advertirse en los patrones de uso del suelo, como una más de las características de ciudad preindustrial. Tal es el caso de las calles del Barrio de Abajo, donde se localizan los talleres de artesanos ebanistas y lauderos, en cuyas banquetas se ven las piezas de madera torneada, así como las mecedoras armadas y listas para barnizarse. Igual pasa en el área donde se asientan los pescadores, en las calles sin pavimentar, a veces sin delimitaciones claras entre las casas y el espacio público, se ven las redes y el conjunto de *artes de pesca* puestas al sol, en espera de ser utilizadas en el *lance* por venir.

Así como en el espacio se observan signos sociales diferenciales, lo mismo pasa con las personas. Estos signos son particularmente notorios, por contrastación, en los y las residentes del estrato social alto del área del centro y en los y las residentes de la periferia. De ello dan cuenta el vestido, el habla, las maneras personales y el cuerpo. Otra característica que se observa es la valoración social de los hombres y la familia. Entre el hombre y la mujer existen roles sociales diferenciados que se expresan espacial y temporalmente, según el estrato social y la edad. Se puede decir que, en general, el rol de la mujer es restringido y supeditado al hombre. Las mujeres, a la vez que son relegadas, aparentemente son “protegidas” de las rígidas condiciones de la división sexual del trabajo. Entre los grupos de campesinos y pescadores, sobre todo, esta característica es más notoria: ninguna mujer sale a pescar, arar la tierra o arrear ganado, no sería bien visto ya que tales tareas son privativas de los hombres. Por otro lado, la participación de las

mujeres de los grupos de campesinos y pescadores en la vida comunal es comparativamente superior, aunque más esforzada, con respecto a la que desempeñan las mujeres de otros estratos. Los hombres son socialmente valorados por encima de las mujeres, los infantes y la población joven. La familia, por su parte, es considerada factor clave dentro del seno comunal como la institución social por excelencia.

En este contexto histórico de segregación social cabe decir que en Tlacotalpan las actividades más remuneradas fueron las de carácter mercantil y agropecuario. Sus características pluviales y cercanía al mar hizo de la ciudad un centro de acopio de la producción regional. A la cabeza de la estructura de esas actividades estaban los españoles propietarios de grandes extensiones de tierras y animales, socios también de las empresas navieras que daban salida comercial a los productos de la región hacia el resto del estado y fuera del país. El resto de la estructura lo formaban los indígenas y los negros, como pescadores, trabajadores o arrendadores agrícolas los primeros y como caporales los segundos. Actualmente en Tlacotalpan las actividades económicas mayoritarias se desarrollan de acuerdo con las formas propias de la ciudad preindustrial: actividades manuales, mezcladas con las más humildes (peones agrícolas, pescadores, campesinos y servidumbre), que el estrato social alto no quiere desempeñar.

Por otro lado, tal segregación social se explica también por el papel de la religión, confirmando la influencia que históricamente han tenido las formas religiosas, sobre todo las católicas. Al parecer en Tlacotalpan el papel de estas normas religiosas, características de la ciudad preindustrial, dan cuenta de las formas sociales mediante las cuales se expresan “las normas religiosas [que] se derivan de los valores religiosos [y que] se van reforzando a sí mismos” (Sjoberg, s/f:327). El comportamiento y las actividades de los y

las tlacotalpeñas giran en función de la influencia y gobierno de la normatividad de la religión católica. El medio más significativo en el cual reproduce su papel, son los festejos y las ceremonias religiosas periódicas. Además del carácter de reproducción de lo religioso, estas actividades encarnan “uno de los pocos mecanismos que posee la ciudad para integrar a los grupos dispersos” (Sjoberg, *Id.*). Las misas diarias y en domingo, pero sobre todo los festejos más importantes, llegan a congregarse no sólo grandes segmentos de la población local, sino también de la región y del resto del país. La fiesta tradicional anual de La Candelaria es el mejor ejemplo.

Estas características de la ciudad preindustrial, presentes en Tlacotalpan, son resultado de los procesos sociales desarrollados a lo largo de la historia local. Los cambios experimentados, con mayor énfasis en el siglo pasado, nos hablan de un proceso de larga duración que parece haber influido como condición de identificación con los valores tradicionales. Según la información disponible los y las tlacotalpeñas parecen atribuir un alto sentido a la tradición, no obstante la fuerza de los medios de comunicación masiva, que han penetrado con mayor influencia en algunas formas de consumo como la dieta, el vestido, la música, el baile y algunas expresiones del gusto relacionadas con las formas arquitectónicas. Según la población estudiada, se puede interpretar que los valores tradicionales coexisten hoy en día con inquietudes individuales más modernas y que se pueden ubicar. Las mujeres adultas del estrato alto y bajo parecen coincidir en su conformidad con las tradiciones, pero las mujeres jóvenes y adultas del estrato social medio, afirman su apego a las tradiciones sumando el deseo de cambio, en particular con relación a ser más libres, entendido esto como mayor amplitud de los roles femeninos. Por su parte los jóvenes varones de ese mismo estrato, afirman su apego por las tradiciones

pero con ciertos cambios en el estilo de vida y más libertad de acción interpretada ésta como tolerancia de los adultos hacia ellos. La discrepancia mayor entre los varones respecto a la tradición parece estar en aquellos del estrato alto, quienes al parecer se inclinan por cambios de fondo, sobre todo en lo que se refiere a la predilección por lo que ofrece la vida moderna de las grandes ciudades.

A pesar de las inquietudes individuales por las huellas de los procesos originados antaño que parecen haberse petrificado, el consenso (o ¿acaso el control por la normatividad social?) es mayor que el aparente desacuerdo. En efecto, no es visible alguna muestra que pudiera violentar los acuerdos sociales, ni *alteraciones* en contra, como expresiones socializadas de conflicto, aunque sí de un tipo de disfunción, sutilmente declarada, por el deseo de irrumpir en algunos ámbitos restringidos, según la edad y el sexo, por ejemplo en el billar y la discoteca, que aparecerían como elemento *disociador*, pero no es así, sino que más bien es una “vía para [llegar] a la unidad” (Simmel, 1997:265) sin ningún aniquilamiento aparente. La unidad se da como lo explica Simmel, en “la coincidencia y coordinación de los elementos sociales en contraposición a sus escisiones, aislamientos, desarmonías” (Simmel, 1997: 268), en el sentido de que “no hay ninguna unidad social en que las direcciones convergentes no están inseparablemente mezcladas con otras divergentes” (Simmel, 1997: 266). Se puede decir así, que la población , acepta la tradición, pero con cierta oposición. Oposición como medio que proporciona ciertos niveles de libertad, alivio e incluso satisfacción personal.⁶

⁶ Según Simmel (1977:270), esta oposición “proporciona interiores satisfacciones, distracción y alivio [...] sentimientos de no estar completamente oprimidos [así sea como en la aparente tranquilidad tlacotalpeña, que] no llegue a resultados perceptibles [...] y se quede en lo puramente interior [de los y las tlacotalpeñas]. Su oposición puede producir [como en el matrimonio] un sosiego y un sentimiento ideal de poder que salva relaciones, cuya continuación resulta incomprensible para los de afuera”.

Me parece que la apariencia de una tensión como la descrita, sólo se comprende por la oposición de quienes se apegan con mayor fuerza a lo tradicional y la de aquellos que expresan mayor impaciencia por el cambio. Ello se refleja en el apego al terruño que se acentúa cuando están alejados de él; en el cuidado y orgullo por la fisonomía urbana de la ciudad en su conjunto; por la aceptación no unívoca de formas sociales de comportamiento; por los modos de expresión verbal y las tradiciones culinarias, musicales y poéticas, según se muestra a continuación.

Límites físicos y correspondencia social

En la delimitación de las zonas se da una *correspondencia* física y social, que se observa en la fisonomía urbana,⁷ entendida ésta como la materialización de las condiciones socioeconómicas de una población residente, a través de las características formales de las calles y las tipologías arquitectónicas de las casas. La formulación de tales límites se fundamenta, por una parte, en la fisonomía que ofrecen las fachadas frontales y laterales de las casas, las que configuran una apariencia de homogeneidad de estilo arquitectónico y, por otro lado, con respecto a las dimensiones y los usos espaciales, las formas ornamentales, la presencia o no del portal y el empleo del color, como condiciones que al parecer guardan una estrecha relación con las características socioeconómicas de los residentes, según se percibe en la población estudiada.

⁷ La noción de *correspondencia* se recupera, tal como la propone Maffesoli (1993:127), en un sentido no determinista "que rechaza los esquemas psicológicos y económicos, causas y efectos del individualismo [y que] centra [...] su esfuerzo de comprensión en lo global [y] que asegura la unión de [las] tres dimensiones que estructuran a la sociedad: la relación con la alteridad natural, la relación con la alteridad social y el conocimiento [es decir] ecología, socialidad, gnoseología".

De acuerdo con lo anterior tenemos que la Zona Central se delimita al Norte por la calle Juan de la Luz Enríquez, al Sur por la ribera del Río Papaloapan, al Oriente por la calle 16 de Septiembre y al Poniente por lo que fuera el cauce del Río Chiquito, hoy calle de Mina. Por su parte, la Zona Intermedia está delimitada por las calles Bernardo Aguirre y Guillermo Pous al Norte, al Sur por la franja ribereña de terrenos ganados al río, al Oriente por la zona inundable sin acotación precisa y al Poniente por el antiguo cauce del Río Chiquito. La Zona Periférica está limitada al Norte por la zona inundable y pantanosa, al Sur con la calle Libertad, al Oriente con la franja pantanosa y al Poniente por el antiguo cauce del Río Chiquito.

El uso preponderante en las tres zonas es el habitacional. En la Zona Central como extensión de la casa, existen los comercios de varios giros para atender la compra diaria, semanal y eventual. El uso del suelo en esta zona es el más diversificado, combinando la habitación con comercios, hoteles, escuelas, servicios administrativos y religiosos. Los edificios ocupan los lotes de acuerdo a una disposición o sembrado continuo, es decir, sin separación entre las colindancias, mayoritariamente de una sola planta y de dos, formando núcleos pequeños que no rompen con la unidad, en la parte oriente. De ello resulta un volumen (imagen urbana) muy homogéneo. Los bloques interiores de las casas se articulan por medio de uno o dos patios, donde se siembran flores y frutales. Los accesos se localizan en las fachadas Norte o Sur, con accesos de servicio en los callejones o andadores.⁸

⁸ Otro elemento importante relacionado con la traza es la vialidad, que es de dos tipos: vehicular y peatonal. La vialidad vehicular en el Núcleo Central es de acceso permitido sólo a los automóviles pertenecientes a los propietarios de las casas del área. Tal medida beneficia a la circulación peatonal y a los residentes del área. Las vialidades vehiculares corresponden a un mismo tipo en sus dimensiones, con anchos promedio, de paramento a paramento de 10.00 m, para soportar tráfico ligero. Los ejes que

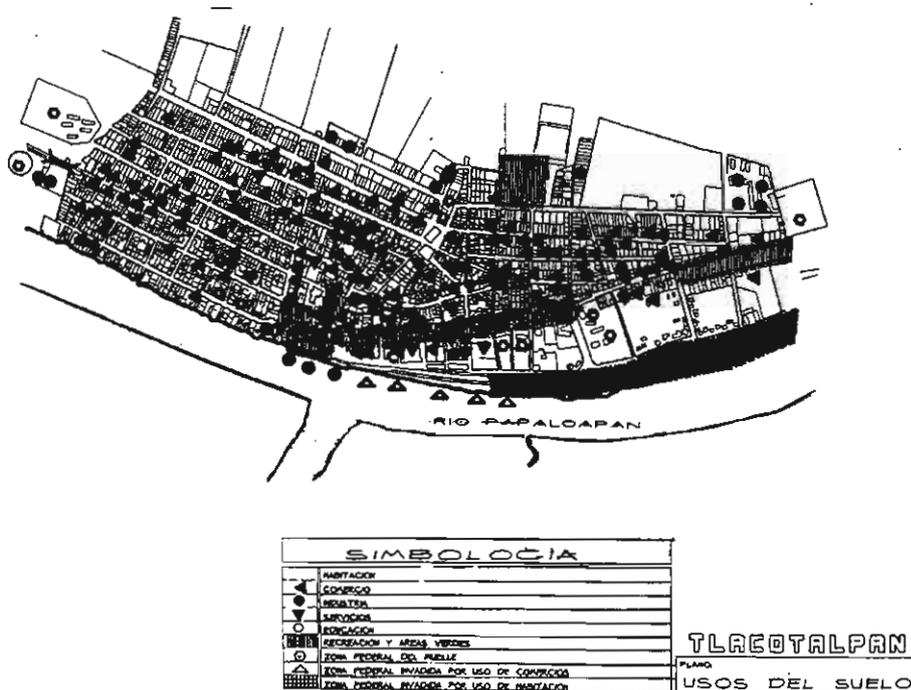
En la Zona Intermedia el uso habitacional se combina con espacios escolares y espacios dedicados a servicios varios, así como pequeño comercio y talleres que forman parte de la misma casa, ubicados en la fachada del frente. Asimismo se localiza un área comercial, el mercado municipal, el rastro, el teatro Nezahualcóyotl y la Casa de la Cultura. La lotificación corresponde a dos formas, una con manzanas rectangulares, sin llegar a definir manzana tipo ni lote tipo y, otra, con manzanas de forma irregular (véase Plano II.2.), localizadas en el área prehispánica.⁹ En ambos tipos de lotificación se acusa una subdivisión llevada a cabo por herencias, teniendo, por ello, la mayor densidad comparativa de la ciudad. Los edificios mantienen un sembrado continuo, esto es, sin remetimientos, mayoritariamente sin portales y con vacíos ocasionales entre predios.

Existe una homogeneidad relativa, comparativamente menor que en la Zona Central, con diferencias formales con respecto a aquella. Los edificios habitables en su mayoría son de un nivel, con edificaciones de un máximo de dos plantas, que le otorga una volumetría generalizada en cuanto a las alturas, no así en cuanto a los anchos de predios y edificaciones, debido a que las subdivisiones citadas, llegan a acusarse en las fachadas. La localización de los accesos no obedece a ninguna orientación en particular, como en el caso de la Zona Central. Las crujías habitables se articulan mediante la presencia de uno o dos patios con huertos y frutales y, eventualmente, corrales.

las definen corren en dirección Oriente-Poniente. Las vialidades peatonales principales corresponden a las colindancias de los predios en el sentido Norte-Sur, algunos de los cuales tienen un uso exclusivo peatonal, con anchos promedios de 6.00 m. En la actualidad están adoquinados, aunque antiguamente estaban recubiertos con pasto natural.

⁹ En la Zona Intermedia la vialidad es de tipo vehicular, con pavimentos calculados para tránsito ligero. En la sección próxima al centro se observa un grave deterioro por el acceso de autobuses pesados.

Si bien morfológicamente la Zona Central y la Zona Intermedia ofrecen características de una aparente homogeneidad, ésta se diluye en las fronteras de la delimitación. Por ejemplo, en la Zona Intermedia la homogeneidad parece disminuir proporcionalmente a la proximidad de la Zona Central, donde las personas y la fisonomía urbana parecen guardar relaciones tanto con las formas sociales como arquitectónicas moldeadas en la Zona Central, a su vez reflejo de los usos del suelo (véase Plano II.3).



Plano II.3. Usos del suelo

La Zona Periférica, territorio donde se asienta el sector poblacional de campesinos y pescadores, se delimita al Norte con la zona inundable pantanosa, al Sur con la calle Libertad, al Oriente con la franja pantanosa y al Poniente con el antiguo cauce del Río Chiquito. El uso mayoritario del suelo es el habitacional con comercios informales y talleres aislados como extensión de la casa. Este uso se combina con la presencia de dos

escuelas de nivel medio superior, el cementerio, una franja de comercios en la ribera del río y con dos escuelas y una fábrica en las orillas de la ciudad. La lotificación es de dos tipos, uno rectangular que intenta corresponder con la traza general reticular, de lo que resulta un grupo heterogéneo de dimensiones de manzanas y lotes y, otro, que podría denominarse disperso, con lotes aislados, localizados en las tierras ganadas al río, así como en la parte más apartada al Norponiente.¹⁰ Las edificaciones guardan una homogeneidad relativa, en virtud de un juego de continuidad y discontinuidad producido por la separación y las alturas de las cumbres de las casas, en su totalidad de una sola planta, que responden a formas tradicionales en convivencia con algunas nuevas formas, aisladas, formando bloques habitables que se articulan por medio de un patio o un huerto con corral.

Otra condición diferencial entre las tres zonas es la demográfica y su distribución territorial. De los 9,025 habitantes de la ciudad de Tlacotalpan, se encuentran asentados en la Zona Central, según estimaciones, menos de 10%, al igual que en la Zona Periférica. La Zona Intermedia es la más extensa y la más densamente poblada, pues ahí reside 80% de la población restante.¹¹ Esta distribución poblacional diferenciada muestra que los aspectos a los que corresponde son de una naturaleza diversa; es decir, que la expresión física de ello responde a causas específicas de cada zona, dentro de las cuales el factor económico se ve acompañado de otros de carácter social y cultural.

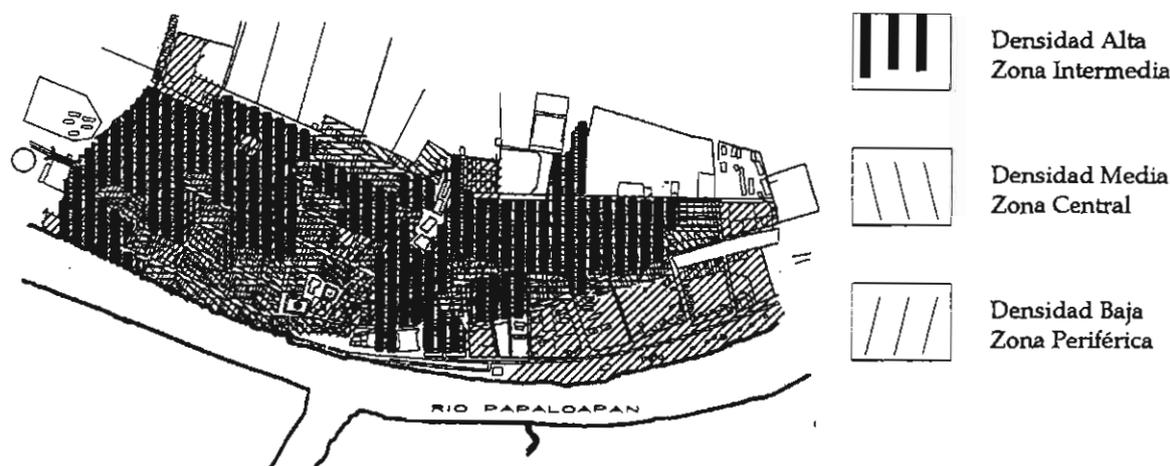
Se pueden establecer, convencionalmente, tres tipos de densidad localizados en las zonas (véase Plano II.4.): la alta que corresponde a la Zona Intermedia; una densidad

¹⁰ Las vialidades de la Zona Periférica pueden clasificarse como vehiculares y peatonales. En ambos casos no existe pavimento, con excepción del área próxima al cementerio.

¹¹ Censo de Población y Vivienda, México, INEGI, 1990 y verificación de campo.

media en la Zona Central y una baja, comparativamente menor en la Zona Periférica. Al parecer, lo social en la Zona Central y lo económico en la Zona Periférica, son las causas de la baja densidad que comparten ambas zonas. En su caso, la búsqueda de ampliación de horizontes educativos y sociales, así como la búsqueda de trabajo, determinan los procesos migratorios de los que se derivan estas densidades diferenciales. Según la zona, ello tiene distintas expresiones en cuanto al alcance y formas de movilidad, lo que a su vez refleja condiciones específicas de asentamiento.

Sin embargo, como existe un fuerte arraigo al terruño, la decisión de irse tiene un sello propio: las ausencias ni son permanentes ni mucho menos definitivas. En general los y las jóvenes son las personas más proclives a desprenderse del terruño, sobre todo del estrato social alto, por causas de estudio o matrimoniales. Los jóvenes que emigran lo hacen principalmente por cuestiones de carácter estatutario, si bien permeadas por causas económicas, aunque gocen de una buena posición económica y reconocimiento social. En tal sentido, los lazos se siguen manteniendo a través de los padres, quienes se quedan como residentes de la Zona Central. El destino de las personas que salen es hacia el Puerto de Veracruz y la ciudad de México, principalmente, así como ciudades del interior del estado. En esos casos, los desplazamientos no guardan relación con los costos.



Plano. II.4. Densidad de población

La otra cara de la cuestión la representan aquellos que salen en busca de trabajo, quienes se desplazan hacia las localidades más próximas, tanto por los bajos costos que ello implica como por las limitadas habilidades y destrezas que piden del trabajador. Así, los hombres se emplean en la pesca, en la estiba y en el corte de caña; y las mujeres ofrecen su trabajo en el servicio doméstico. Aparentemente el descenso en el crecimiento demográfico ha sido más notorio en la población de la Zona Periférica, este hecho parece guardar un paralelismo con la retracción de capitales en Tlacotalpan desde los años setenta que ha sumido en la pobreza extrema a la mayoría de la población asentada en la Zona Periférica, que de no ser por la presencia del río como soporte económico, la persistencia de este sector de población sería difícil de explicarse.

Porque si no fuera por el río, que fuera de Tlacotalpan... de ahí comemo tó. Toa la gente pobre comemo, toa la gente humilde... pa mí, el día en que el río Papaloapan no exista, pue quien sae que paje con Tlacotalpan... Yo creo que no hay otro lugar como Tlacotalpan en el mundo entero, para terminar pronto...

Un pescador y mesero, compositor de coplas.

*Pero de aquí que haiga aquí ¿una cosa de modo de trabajar?... pué aquí no hay ingenios, no hay fábricas, no hay ninguna... aquí lo que fue antes fue la pejsca que dio mucho dinero...
Un jaranero ex pescador.*

Finalmente, en la Zona Central existen dos rasgos compartidos por la mayoría de los residentes, tanto de ingresos altos como de ingresos inferiores relativos. Uno se refiere a la estructura familiar y otro, a la tenencia y uso de la casa. El primero corresponde a una estructura familiar fragmentada, es decir, constituida por familias que han decrecido por casamiento de los hijos, quienes al casarse optan por vivir en el puerto de Veracruz o en la ciudad de México. El segundo se expresa en un tipo de uso no fijo respecto a la casa, esto es, como alojamiento vacacional, no como residencia fija.

*En determinada época del año, se lo digo con toda sinceridad, quisiéramos irnos de Tlacotalpan, inaconsejable para el turismo, y le voy a señalar yo, junio, julio y agosto y hasta septiembre casi... Por mi gusto yo viviría en Xalapa todos esos meses... además están mis hijos allá. Cuatro familias...
Residente de la Zona Central.*

*Y no vienen hasta diciembre. Porque ya se puede en febrero, entonces sí. Son los meses que ellos vienen...
Señora residente de la Zona Central.*

La población de la Zona Intermedia está representada por profesionistas, comerciantes, empleados y obreros, así como por quienes desempeñan actividades por cuenta propia como: artesanos, comerciantes en pequeño y empleados en el sector terciario. Una actividad productiva de subsistencia, no censada, a la que se dedica una buena parte de la población de esta zona, consiste en arrendar espacios dentro de la casa, así como atender estudiantes *abonados*, con lo que se asegura una forma de obtención de recursos económicos, merced al prestigio y al equipamiento escolar existente en la ciudad

de Tlacotalpan, que atrae a un buen número de población en edad de estudiar. En esta zona hay población que sale cotidianamente a prestar sus servicios en los alrededores y otro sector, mayoritariamente de varones jóvenes, que deja la ciudad para continuar los estudios.

Aquí lo único que se puede... pues, la gente se ayuda con las escuelas, ¿no? Porque hay mucho, mucho alumno de fuera que vienen a estudiar aquí. Como inquilinos los tienen en sus casas y así es como se ayudan...

Señora residente de la Zona Intermedia.

Actualmente es la industria principal la de los maestros...

Residente de la Zona Intermedia.

Así como en las tres zonas la emigración tiene diferentes expresiones, también éstas como expresión cultural materializada, reflejan distintas características relacionadas con los aspectos socioeconómicos de los residentes, junto con las formas sociales que se apropian, en tanto que espacios. La Zona Central ofrece una apariencia de homogeneidad arquitectónica y socioeconómica, aunque en la actualidad algunas formas materiales dejan ver destellos de un descenso de las condiciones económicas de las familias propietarias, así como huellas del modo como algunas familias han optado por distribuir el patrimonio familiar, subdividiendo el predio en fracciones. Empero, el prestigio de la Zona Central matiza el descenso económico de los residentes. Deterioro en lo económico que no basta para reducir el reconocimiento y el respeto heredados; lo que parece hablar de la transitoriedad de lo económico ante lo duradero del *ethos*. Esto es, que la fuerza de la costumbre tiene mayor peso sobre los patrones de conducta que las condiciones proporcionadas por los buenos negocios. Eso significa que por encima del déficit económico está el reconocimiento y el respeto, y que en los procesos que representa, el

espacio jugó y juega un papel relevante. En la actualidad la Zona Central alberga, además de un conjunto de formas arquitectónicas, los diversos atributos acumulados y reconocidos todavía, como sostén de un valor estatutario del que disfrutaban sus propietarios. Esta suma de condiciones deviene tanto en un prestigio social, como en un valor económico alto, principalmente por sus condiciones paisajísticas.

Comercialmente no... Una casa a la orilla del río... eso es lo mejor. Hay tiradores que ni se imagina uno. Hasta extranjeros ¿no? que quisieran tener una casa a la orilla del río...

Viene un señor potentado, empresario, dueño de la Urraca, de la Central Solana, agarra una casa vieja y ya tienen una casa primorosa, que ahora se llama la Casa de las Mariposas, amueblada como dios manda...

Trajo hasta decorador y toda la cosa..."

Residente de la Zona Central.

El Núcleo Central, corazón y cerebro de la ciudad

En Tlacotalpan el área central representa el núcleo aglutinador de la ciudad, constituido por la plaza de armas hoy denominado Parque Zaragoza. Alrededor del parque convergen un número importante de calles y se concentran los edificios gubernamentales y religiosos más importantes, además de los edificios públicos y privados relevantes; otro elemento significativo de esta área son las residencias de la élite. La zona central, en el pasado, tenía un alto valor en virtud de su estratégica localización próxima al río, la cual era codiciada por las ventajas comerciales que representaba. Hoy en día, ese valor se conserva en virtud de las condiciones paisajísticas, aunque la preeminencia del centro es más clara en función de los contrastes marcados en la periferia. Así, el centro y la periferia de Tlacotalpan

conjuntan cabalmente las características definidas en la noción de ciudad preindustrial, en tanto que, el centro como Sjoberg lo explica es el “foco de las actividades gubernamentales, sociales y religiosas, más que de las empresas comerciales [...] al lado del foco principal representado por las residencias de las élites [...] mientras que la clase legal y los grupos parias o proscritos se encuentran diseminados centrífugamente, hacia la periferia” (Sjoberg, s/f:323). Las diferencias entre el área central y la periferia devienen en el reconocimiento hacia el espacio de estatus alto, que se refuerza con el prestigio reconocido de la posición social de los residentes del área del centro.

El Núcleo Central es el lugar de confluencia y encuentro por excelencia de las ciudades de carácter preindustrial. En Tlacotalpan el Núcleo Central está constituido por el Parque Zaragoza y sus alrededores inmediatos. Es ahí donde se realiza el mayor número de las actividades sociales y económicas de los tlacotalpeños o de los de fuera. En esta área es donde se concentra la mayoría de los equipamientos públicos y privados más significativos y diversos de la localidad, de carácter productivo, recreativo o de servicio. El valor y peso de la historia local se encuentran concentrados en el Núcleo Central; por ello, constituye el *leitmotiv*, o elemento conductor que conforma el imaginario de los y las tlacotalpeñas con respecto a su tierra. Es el espacio reconocido por la comunidad, como contenedor de la “expresión de formas peculiares de la vida urbana del pasado” (George, 1974:86) y del presente con su carga selectiva sexada. Del pasado, de acuerdo con los recuerdos puestos al servicio de los encuentros, y del presente con su forma selectiva, en cuanto a la presencia preponderante de varones. Esto es, porque según la evidencia obtenida, la afluencia de población del estrato social bajo, es mayor en los hombres, lo que da cuenta de que ser mujer tiene mayor peso para la exclusión, que la pertenencia a algún

estrato socioeconómico. De ello da cuenta el hecho de que más de las dos terceras partes de los hombres del estrato social bajo, frecuentan el Parque, igual que los jóvenes de los otros estratos, lo que parece mostrar la segregación, que incide en la movilidad individual local de modo diferencial, de acuerdo con el sexo. Empero, a pesar de que la mayor parte de las mujeres encuestadas del estrato bajo no frecuentan el Núcleo Central, no parece significativo que no compartan las acciones de apropiación social de un área de carácter público y simbólico por excelencia, por mediación de aquellos y aquellas con quienes interactúan, intercambiando sus recuerdos con los otros.

Por otra parte, para las personas de edad adulta de los estratos sociales alto y medio, el Núcleo Central tiene una connotación de carácter simbólico, que cobra vida en tanto que pervive en la memoria y no ya como espacio vivible, pues ya no se suele visitar con la frecuencia y finalidades de antaño, pero no obstante lo anterior, el Núcleo Central es utilizado como elemento de tránsito para las actividades rutinizadas y ritualizadas.¹² Como los trayectos diarios para ir a misa, a la escuela, al mercado, que reproducen algo más que el acto mismo y se convierten en acciones repetitivas que consolidan la vida social y la existencia individual.¹³ Las rutinas expresan formas sociales fincadas en los comportamientos individuales previsibles, de acuerdo con el enmarcamiento y el

¹² Las acciones rutinizadas, como formas de interacción social se asumen como el "carácter habitual, y que se da por supuesto, del grueso de las actividades de la vida cotidiana; la prevalencia de estilos y formas familiares de conducta" (Giddens, 1995:398). Asimismo las formas de interacción social rutinizadas se consideran la expresión de la "conciencia práctica [y afectiva de los actores, que toma] las reglas y las tácticas por las que se constituye y reconstituye la vida social diaria en tiempo y espacio" (Giddens, 1995:123).

¹³ Giddens (1995:152) explica que la rutina es algo más que "simples formas de una conducta [...] 'sin pensar' [dado que lo repetitivo de su naturaleza garantiza la persistencia de] un sistema de seguridad básica, el sostenimiento (en la *praxis*) de una sensación de seguridad ontológica".

contexto,¹⁴ que son mediaciones de las formas de comportamiento y de la interacción social, aceptadas o no, en función de las características particulares reconocidas culturalmente.

Andar bien arreglado, con sus ropitas lavadas. Pero muy limpio. ¡Ah! a las doce y media tenía que estar la comida servida y todos a la mesa. Muy humildes sí, pero con buenas costumbres... a mi papá le gustaba mucho el aguardiente y todo, pero mucho respeto en la casa, otra cosa, de que una persona, un hombre fuera a sentarse en la mesa encuerado, sin camisa... En camiseta no. Mi papá, jamás. Nunca eso. Ya cuando veo a fulanito que viene, oye, no quiero que entres así a la cocina...

Residente de la Zona Intermedia.

Si las acciones ritualizadas son las formas de interacción social mediante las cuales se expresan los pequeños actos protagónicos de la vida cotidiana, entonces, esos diminutos actos cotidianos aparentan una doble lectura: desde lo pragmático serían como acciones portadoras de *sin sentidos*, donde los actores participantes serían actos portadores de un reconocimiento de carácter ritual, al margen de la duración que pueda tener el acto. Por eso el carácter ritual en Tlacotalpan es el sentido simbólico que le impregnan sus pobladores a las acciones que se expresan, como afirma Goffman, por un acto formal convencionalizado del cual suele servirse un individuo para reflejar su respeto y su consideración, su empatía, interés o afecto hacia los otros o hacia el espacio urbano

¹⁴ El enmarcamiento se define como conjunto de reglas sociales "constitutivo de encuentros [que acota y] 'da sentido' a las actividades en que los participantes se comprometen" (Giddens, 1995: 120), y el contexto como dispositivo regulador con tres niveles: individual, social y físico. El contexto individual se refiere a la situación emocional de las personas en un momento determinado. El social al compromiso de los actores en apego a una correspondencia prevista por la normatividad del enmarcamiento compartido donde se finca la tradición. El contexto físico, es el *recinto* que abarca las condiciones ambientales que rodean o enmarcan a la interacción, con una normatividad privativa, no escrita, basada en el saber mutuo y el *habitus*. El *habitus*, va desde la indumentaria hasta "una cualidad [como medio por el que se] efectúa (o negocia) la relación con el mundo [y] que sirve para comprender la acción y el pensamiento del hombre en el espacio" (Maffesoli, 1993:182-183).

(Goffman, 1979:78).¹⁵ Así, las formas de interacción social ritualizadas son las aparentemente desprovistas de significado práctico inmediato, empero con una carga simbólica para quienes participan de ellas, de acuerdo con el sentido de *religiosidad* consagrado por la costumbre en el mundo de la vida de los pobladores. Las vueltas en el parque, sentarse en la banca donada por algún antepasado y oír la música del quiosco de paso a la partida de dominó, dan cuenta de ello, como un medio de reafirmación del goce de la vida cotidiana, como las “manifestaciones sin fin, sin utilidad de ningún tipo [cuya realización pertenece al] sólo placer de afirmarse” (Durkheim, 1991:435), y que constituyen el ingrediente para la construcción social de los ideales colectivos.

De ahí que el Parque Zaragoza represente un sistema de foros de acción, donde los y las tlacotalpeñas ponen en práctica las formas de interacción social rutinizadas y ritualizadas, como representación *teatral*, en el sentido que proponen Goffman (1979 y 1997), Berger (1986), Schutz y Luckmann (1973) y Moles (1972). Las rutinizadas como repetición de acciones, cuya persistencia consolida la seguridad social e individual; las segundas, las ritualizadas, como acciones preñadas de significado simbólico compartido. Siguiendo esta idea, un esquema metodológico de la acción, del dónde y el cuándo, en Tlacotalpan estaría expresado en la Figura II.2.

¹⁵ Para Maffesoli (1993:120, 182-183), a su vez, son “los pequeños gestos de la vida cotidiana, las conversaciones triviales del café y el deambular existencial, que marca el compás de la vida común y corriente, los innumerables rituales que estructuran nuestros días ... elementos que se cargan de sentido a la vez que no forman parte de un finalismo preestablecido”. Más adelante las define como actitudes significativas [expresadas en] las prácticas anodinas de la habitación, del deambular, la charla, la práctica del amor [que no son otra cosa que] lo esencial de la trama social”.

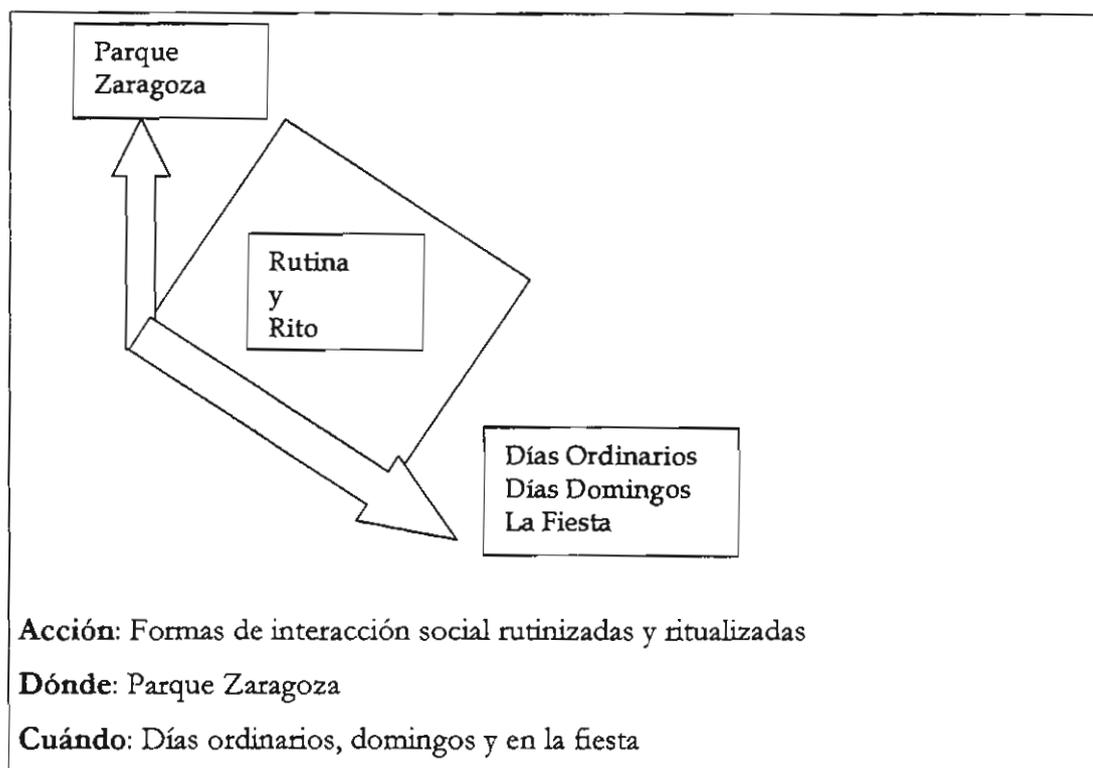


Figura II.2. Esquema de acciones en el Parque Zaragoza y el tiempo

El Núcleo Central es el corazón de la ciudad alrededor del cual se focaliza la mayor cantidad de interacciones sociales entre los distintos actores; es el foro donde se ponen de manifiesto las múltiples formas sociales; el Núcleo Central es el espacio donde se concentra la expresión de la mayoría de las acciones propias de la rutinización local,¹⁶ espacio que enmarca gran número de los hechos sociales “que aparentemente no tienen ningún carácter propio [y que] pueden revelarse portadores de rasgos singulares” (Bouvier, 1995:11), sacralizados por la fuerza de la costumbre.

En tal sentido, el Núcleo Central es el lugar que siente como suyo la mayoría de los y las tlacotalpeñas, sin distinción de estrato, edad o sexo. Es el espacio donde los

¹⁶ Es posible explicarlo como el “carácter habitual [...] que se da por supuesto, del grueso de las actividades de una vida social cotidiana [como] prevalencia de estilos y formas familiares de conducta que sustentan un sentimiento de seguridad ontológica y que reciben sustento de éste” (Giddens, 1995:398).

sentimientos, los afectos, los deseos de la población son compartidos y confrontados. Esa acción de compartir y confrontar como fenómeno es más visible los domingos y los días festivos, ya sea mediante la presencia o la *no presencia*.¹⁷ El Núcleo Central representa al espacio donde se aprende a ver, tanto la presencia y significación de la naturaleza (ahí está el símbolo de las palmas reales expresadas en la mayoría de los dibujos realizados en las entrevistas y encuestas), como a la alteridad social. Es el espacio de todos, el espacio donde se aprenden las lecciones para verse a sí mismo, donde pueden ser localizadas algunas de las formas sociales visibles y no visibles que constituyen al ser social de los tlacotalpeños como distintivos del sujeto que lo convierten en el “ser social o político” que le confiere a la vida el sentimiento trágico y le da sentido a la existencia para la muerte, la alegría, la esperanza o la libertad.¹⁸

Así, el Núcleo Central condensado en el Parque Zaragoza representa una fracción significativa del espacio como *lugar* de identidad,¹⁹ en virtud de su reconocimiento compartido como el espacio del encuentro, del intercambio, de la confrontación de los convenios no escritos, del consenso como si fuera una pasarela donde los comportamientos pueden ser verificados.

Yo siento que como característica quizá, yo siento... bueno, ya le dijimos de la alegría, somos... tenemos como cierto encanto ¿no?, pero sí, esa picardía ¿no?...

Residente de la Zona Intermedia.

¹⁷ La no presencia la asumo como la capacidad decisoria de no asistir, aunque al mismo tiempo se esté simbólicamente, o a la inversa, estando en el sitio por mediación de los otros que sí participan. Tal como dicen sentir algunas mujeres entrevistadas del estrato social alto de la Zona Central.

¹⁸ Véase a este respecto a González, 1996:61.

¹⁹ Maffesoli (1993:119) diría “para una verdadera reinversión social”.

Cuando yo estaba más joven por ejemplo, la gente salía al parque, salía mucha gente y salía con su mejor ropa. Era... Era así como un desfile de modas como ir a no sé qué... Se ponían a tomar un café, no sé...
Residente de la Zona Intermedia.

Al igual que otros lugares, que se les asigna tal atributo, el Parque Zaragoza para los y las tlacotalpeñas representa un claro ejemplo del lugar por excelencia para la interacción social, como el contexto que define comportamientos distintivos, de acuerdo con las características individuales, las condiciones ambientales, el calendario y los horarios.

Ir al Parque Zaragoza tiene implicaciones de naturaleza múltiple, como sucede con otros lugares a los que se les asigna significados relevantes desde el punto de vista social, por ejemplo, ir al Puerto (de Veracruz), ir a la capital (del país). Ambos contextos reservan requerimientos y comportamientos específicos por parte de los actores, que no pueden ser iguales a los que demandan ámbitos con otra significación.

Se puede dar el caso de que no haya ni una fiesta y tú tienes tu ropa bien que tu te la quieres poner, y ni modo que te la pongas para andar por ahí, pues, no. Porque lo primero que te dicen ¿Vas a Veracruz?, cuando te ven bien vestido. Cuando vas a Veracruz te arreglas ¿No? - Aunque sepan que no vas : ¿Vas a Veracruz? o ¿Te vas a casar?... Sí, aquí son muy así...
Residente de la Zona Intermedia.

El Parque Zaragoza, foco del Núcleo Central, es el foro de actividad cuyo valor simbólico unifica a los actores que lo viven, según da cuenta el significado compartido del mismo. Espacialmente representa el *lugar* del nosotros, donde pueden verse diluidos tiempo y distancia, donde se conjunta una serie de acciones sociales, en una especie de *promiscuidad* cultural, como mezcla de distancias sociales y objetivos temporales a través de las prácticas sociales de apropiación, que comparten en la vida cotidiana.

El Núcleo Central se convierte en el lugar donde se expresan diferentes juegos de distancias: la personal y la social, con un doble desempeño: de estrechamiento y separación. Es un espacio para la confrontación y evaluación de los consensos acerca de las buenas costumbres. Empero, dentro de esa naturaleza diversa con finalidades se expresa, al parecer, un interés menos identificado con lo práctico que con lo afectivo, afín a los intereses colectivos convocantes de los encuentros sociales. En tal sentido se puede hablar de un aura de esencia afectiva, como naturaleza pertinente al Núcleo Central.

A tal naturaleza *aurática*, corresponde la capacidad que le reconoce la población al Núcleo Central como espacio inductor y facilitador de cambios del ritmo de las acciones sociales rutinizadas, de acuerdo con una pauta temporal definida por los ciclos semanales y los días señalados como festivos en el calendario. No obstante que el Núcleo Central se considera el espacio de todos, se puede hablar de un carácter selectivo que acompaña esa especie de aura. Esto se debe a que, según la población estudiada, representa un espacio con una significación asociada al festejo, a la alegría, pero con un carácter selectivo que privilegia al día por encima de la noche, a los varones por sobre las mujeres, a la edad adulta por encima de jóvenes e infantes y a los estratos sociales alto y medio, por sobre el estrato social bajo. Por las noches, con una concurrencia expuesta a la censura social, se convierte en un mero espacio de paso, ambientado por el gorjeo y ulular de las lechuzas. Aunque los domingos parecieran reivindicar el carácter democrático del Núcleo Central, como espacio de todos, la concurrencia que parece representar a toda la población, congrega preponderantemente a los residentes de la Zona Central y de la Zona Periférica, con una presencia de mujeres mayor que en cualquier otro momento, no así respecto a la presencia masculina.

Lo *aurático* del Núcleo Central y, particularmente del Parque Zaragoza, tiene mucho que decir al respecto del carácter relajado de los actores y de la relación con sus conductas de intercambio afectivo que propicia o favorece, y que se expresan en un conjunto de formas visibles y no visibles, audibles y olfativas, donde se incluye lo aparentemente trivial, como la acción social de dar vueltas en torno al quiosco, así como la imperturbable acción de estar en una banca, *sentado al pendiente*, como dicen al estar en actitud de *vigilia* y contemplación al mismo tiempo que para ver pasar y saludar a la gente:

Ya en la tarde saco mi sillón cuando no hay sol a ver la vida y sus bellezas...
Residente de la Zona Intermedia.

De ese modo, en los días festivos y los domingos, el Núcleo Central y el Parque Zaragoza se convierten en foros de acción diversa para interpretaciones y predicciones de distensión de los comportamientos. Esto se hace perceptible mediante los gestos, constitutivos del *display de intenciones* del yo y la otredad, y por los cuales se orienta el común de las acciones sociales, así como también por medio de expresiones verbales específicas, por ejemplo, la censura o la broma a costa del arreglo personal, del vestido y del peinado.

Las señales varían según sean los fines, por ejemplo, los cruces de miradas y el *ojeo* --cuya finalidad básica (Goffman, 1979:30) es alertar acerca del peligro--, se vuelven innecesarias pues la noción de peligro cambia su sentido, modificando el sentido de las miradas ahora hacia la broma, el fingimiento, la indiferencia o el flirteo. En todo caso alertan, pero para otros fines, como la crítica, la diversión o la expectativa amorosa. Cambian los fines pero no el motivo de atención que sigue siendo la otredad; sobre todo,

porque según la población estudiada una finalidad del Núcleo Central los días festivos y los domingos es el encuentro, el intercambio de afectos y la posibilidad de *conquista* amorosa. Condiciones que favorecen los atributos del Parque Zaragoza.

Sí, yo creo que sí... Los muchachos siguen yendo al Parque, lo siguen utilizando, claro que ahora con otras alternativas, ¿no?...

Residente de la Zona Central.

Y ahora ya no. La gente ya no sale como sea, ya no es importante, ya sale con cualquier facha... Van y dan vueltas.

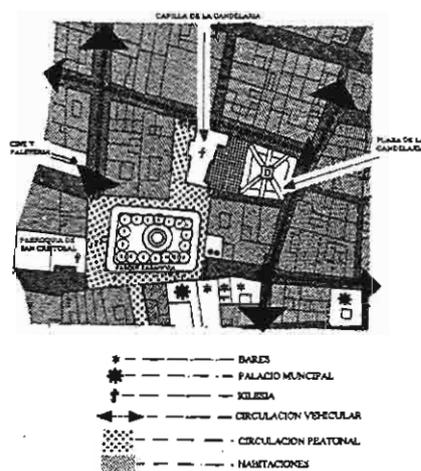
Residente de la Zona Intermedia.

Por último, el Núcleo Central es *lugar testimonio* en la medida en que puede ser testigo de esa síntesis cultural de la que son depositarios los sujetos o individuos, que al darse cita en ese lugar de confianzas y reafirmación comparten el Parque Zaragoza como lugar, con su valor simbólico recreado y fortalecido en el tiempo por lo religioso. Un valor simbólico atribuido al lugar de intercambio social por excelencia, con la doble función de seguridad y reafirmación grupal. De seguridad en cuanto a la cohesión social que propicia y de reafirmación grupal ante el peligro, con base en la idea compartida de cobijo que asignan a sus valores religiosos: la Virgen de la Candelaria y San Cristóbal (véase Plano II.5.).

Las plazas puntos nodales de la estructura urbana

El Parque Zaragoza es la plaza principal de las siete plazas públicas con que cuenta la localidad. Su forma geométrica de rectángulo irregular de 84 m x 58 m, con un área aproximada de 4,900 m², se localiza aproximadamente a 75 m. del río, en línea recta hacia el sur con la zona del muelle, y al frente de la desembocadura del Río San Juan. Alrededor

del parque, donde antiguamente se ubicaban “el curato, las casas reales que alojan al justicia español, la caja municipal, el cabildo indio y las moradas de los gobernantes aborígenes: caciques, alcaldes y regidores, alguaciles y otros funcionarios menores” (Aguirre B., 1992:195), en la actualidad se conservan los edificios de las autoridades políticas y religiosas, así como casas de algunas de las familias más antiguas de la ciudad, de apellidos tales como Cházaro, Aguirre, Lagos, Pous, Montalvo, Beltrán, entre otros, junto con los comercios, hoteles y los bares más concurridos cotidianamente (véase Plano II.5).



Plano II.5. El Núcleo Central y el Parque Zaragoza

Se delimita al lado Norte por las principales residencias de la Zona, originalmente propiedad del clero, flanqueadas por portales, como área de transición entre el espacio público de la calle de acceso vehicular restringido, y el espacio privado de las casas. Está remetida la parroquia de La Candelaria, cuya portada de acceso es hacia el parque, donde se localiza una plazoleta lateral con forma rectangular irregular de 56 m. x 52 m. de 2,912 m². Esta plazoleta constituye, junto con el parque, la única secuencia jardinada que se abre

hacia la que fuera la zona indígena originaria. Al Sur está el edificio de dos niveles del Ayuntamiento o Palacio Municipal. En la planta baja las oficinas administrativas de Correos y Hacienda, junto con comercios. Entre este local y el Ayuntamiento, se abre un acceso hacia una plazoleta antigua sede del mercado, enmarcada por una zona jardinada frente al muelle y las oficinas del Archivo Municipal, al lado de los portales de una de las casas principales de esta zona. Al Poniente está la Parroquia de San Cristóbal y los portales de la casa de una añeja familia tlacotalpeña. El límite Oriente se aparta del enmarcamiento visual de la plaza, con las instalaciones de un hotel y dos comercios.²⁰

Para los tlacotalpeños el Parque Zaragoza es el componente físico que asegura y reproduce la veneración de las reliquias y donde se comparten valores simbólicos. De ahí que el parque desempeñe un papel de primer orden como continente en el cual se expresa la forma de interacción social por excelencia: el encuentro cara a cara. Como continente está configurado por las acciones sociales ritualizadas conforme a un contexto y un enmarcamiento. El contexto, en tanto que es un dispositivo regulador, articulado por lo social, lo individual y lo físico. Lo social como la voluntad de los habitantes, quienes se ciñen a lo previsto en las normas sociales, o en el sentido común sobre el que descansa el comportamiento que se espera del otro, y el *habitus* expresado por el vestido y el cuerpo. Lo individual se refiere al estado de ánimo de los participantes del encuentro. Lo físico son las condiciones ambientales y el Parque Zaragoza como recinto que sitúa socialmente, lo cual se expresa a través de formas de utilización del espacio en forma de lugares, que implican un proceso de apropiación acentuado por lo afectivo que lleva a la denominación

²⁰ Es importante notar que este costado representa una valoración arquitectural negativa para los tlacotalpeños adultos de los estratos medio y alto y las tlacotalpeñas jóvenes y adultas de los estratos medio y alto.

de *mi lugar o nuestro lugar*.²¹ El enmarcamiento se refiere al conjunto de normas sociales legitimadas por la tradición, que acotan y dan sentido a los encuentros sociales que tienen lugar en el parque. Así, el Parque Zaragoza es el lugar donde las formas de comportamiento de los y las tlacotalpeñas se expresan y evalúan, de acuerdo con lo previsible del contexto y el *enmarcamiento*.

Para la población el Parque Zaragoza guarda una significación múltiple, como festejo ordinario, donde se luce o deslucen, como lugar de libertad y coacción, de conmemoración social y evocación individual. El parque deviene en recinto de continuidad y discontinuidad. De continuidad en cuanto a instrumento reproductor de las acciones rutinizadas y ritualizadas; de discontinuidad en tanto espacio de ruptura y entrecruzamiento de esas mismas acciones. El Parque Zaragoza adquiere una doble valoración como componente contextual, que se expresa en las formas de comportamiento individual, sea como recinto del festejo ordinario o como lugar de la fiesta. Como lugar de la fiesta propicia que el sentido de ritualización pertinente a la fiesta fusione lo religioso y lo mundano. Por su parte, el parque como recinto del festejo ordinario facilita que la confianza y el secreto puedan encontrar nuevos cómplices o seguidores. El parque es el lugar del nosotros que colectiviza el secreto y lo vuelve patrimonio común. Y es que al parecer, en el parque los límites demandados por el secreto se reducen inversamente a la cobertura de la socialización del chisme. Así, el secreto como saber se funde en la fragua de la confianza del nosotros, lo que paradójicamente incrementa el valor del secreto. De ese modo, al hacer extensivo el secreto a través del

²¹ La denominación de lugar la utilizaré junto con la noción de sedes (Giddens, 1995:151), de acuerdo con la acentuación de lo afectivo en la interacción respectiva.

chisme, no es traicionarlo “para perjudicar voluntariamente o para beneficiarse, sino por el deseo de subrayar la propia posición privilegiada” (Heller, 1991:328) en tanto que depositario de confianza. Del mismo modo que la *Crónica de una muerte anunciada* de García Márquez muestra cómo un saber compartido hace cómplices de un crimen a todo un pueblo, el llamado *secreto a voces*, en tanto que saber acerca de algo o alguien que se socializa, da cuenta de la equivalente socialización de la confianza. En tal sentido, el Parque Zaragoza como recinto del festejo, es el lugar del chisme, de la confianza y, por lo tanto, del nosotros.

El Parque Zaragoza como recinto del festejo, tiene connotaciones diferenciales de acuerdo con el calendario y el reloj. No es el mismo recinto los días ordinarios que los domingos. Los domingos, el festejo adquiere una dimensión y forma sensualmente distinta. La dimensión pareciera ampliarse en función de la multiplicación de actividades. Durante los domingos nocturnos el recinto del festejo muestra una variante del encuentro cara a cara, propiciado por el danzón que se erige como elemento propiciador de las acciones ritualizadas como “una pequeña ceremonia, un intercambio de apoyo” (Goffman, 1979:79) a la que corresponde el lenguaje ritual. Se puede decir que son una serie de etiquetas que se expresan a través de movimientos corporales que obedecen a una acotación y a unos significados que dan cuenta del enmarcamiento; de ese saber que comparten y al que se comprometen sus participantes. El danzón como baile es la expresión del encuentro cara a cara de dos personas, donde la liturgia del cuerpo rompe e irrumpe los ritmos y regímenes temporales del espacio del parque, al dar vida a las sombras y a una aparente equidad de los danzantes: el hombre no es más, ni la mujer es menos. Un encuentro cuya particularidad no deja paso a la indiferencia de los actores que

participan directamente, ni de quienes coparticipan visualmente. Para los actores participantes, tal encuentro les *demand*a una actitud sinestésica, entendida como combinatoria sensorial participativa hacia la música y hacia los componentes ambientales que ponen en juego a más de uno de los sentidos. El encuentro cara a cara, circunscrito al danzón de los domingos por la noche o el día de fiesta, pareciera articularse con los *retorcimientos art nouveau* del quiosco porfiriano, y de ese modo engarzarse al imaginario de los y las tlacotalpeños.

El Parque Zaragoza como el *lugar* por excelencia, es el lugar donde los valores culturales se combinan para agrupar o unir: para vivir el encanto del *estar-juntos* como “espontaneidad vital [...] que garantiza a una *cultura* su fuerza y su solidez específicas” (Maffesoli, 1990:150). Es lugar donde se comparte la angustia y desafío de vivir el presente y la necesidad de poner a prueba, a través de la existencia del otro, la definición del yo. Para ver qué tan distinto o igual se es con respecto a los otros, como autovaloración de la identidad, que sólo al estar juntos puede confrontarse. Tal es la forma como el Parque Zaragoza nos habla de las expresiones de la consciencia del nosotros, como extensión del yo, como el sentimiento empático de pertenencia al grupo en el que se comparten analogías diversas. De ese modo el Parque Zaragoza cristaliza los valores simbólicos de la identidad que comparten entre sí las y los tlacotalpeños.

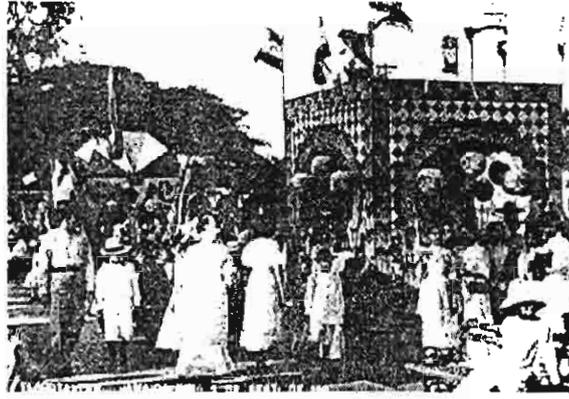


Figura II.3. Foto de la fiesta en el Parque Zaragoza

En tal sentido, el Parque Zaragoza es el nodo por antonomasia; el lugar del encuentro cotidiano ineludible, al mismo tiempo que factor que propicia los actos *banales* y *rituales*, representados por las partidas de dominó, el café, la cerveza o el torito, en los bares y neverías de los alrededores, así como el festejo juvenil e infantil del día domingo. Es el soporte para el desarrollo de actividades de intercambio informativo y afectivo, con propios y extraños. Lugar del chisme y la opinión; de la censura y el consenso; de la copla versada y el antojo; de la pausa rutinaria en las prácticas rutinarias; del intervalo y el respiro, donde las distancias devienen en diferencias en un vaivén, más o menos visible de acuerdo con el calendario, el género y la edad. Si en los días ordinarios parecen estrecharse las diferencias, los domingos se amplían. Sólo en el carnaval o en la fiesta de La Candelaria se rompen los cercos en la estrechez de los cuerpos, a extremos impensables en cualquiera otro día. El parque como espacio donde los *acontecere*s dan cuenta de que hay signos que corresponden a códigos distintos de acuerdo con la temporalidad, que podrían sintetizarse en tres tipos: cotidianos, dominicales y de la fiesta (véase Figura II.3.).

La Plaza de San Miguelito

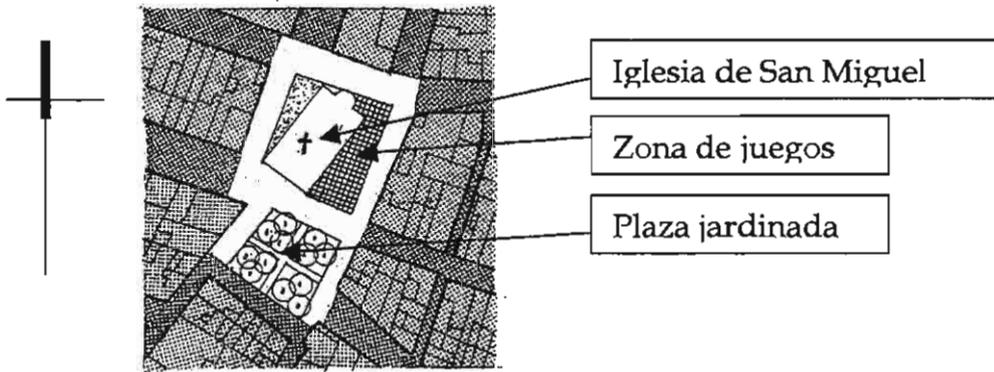
En la Zona Intermedia, el núcleo aglutinador está constituido principalmente por la iglesia de San Miguel, que en su frente Sur se ubica un parque romboidal de aproximadamente 1,120 m²., así como una improvisada cancha deportiva al lado Oriente donde se congrega diariamente la población joven e infantil de la zona para jugar fútbol y béisbol (véase Plano II.4.). El parque está equipado con bancas y áreas jardinadas, y el resto son espacios libres. En este núcleo urbano los tiempos de apropiación corresponden a los días ordinarios, los domingos y la fiesta anual y para cada uno de ellos cambian tanto las actividades como los actores que las desarrollan. En los días ordinarios se dan actividades recreativas a cargo de la población infantil y juvenil del vecindario. Los domingos la concurrencia preponderante es de población adulta y vieja que asiste a las misas dominicales. Los festejos religiosos anuales son en honor a San Miguel, santo patrono del barrio; en estas festividades participan todos los sectores tanto de la ciudad como de poblados aledaños, aunque hay que señalar que estos festejos no fueron nombrados por la población encuestada. Esta omisión parece hablar de que los mismos residentes de la zona le asignan una importancia comparativamente inferior a la de la fiesta anual de La Candelaria, hecho que a su vez pudiera dar cuenta de la aceptación del rol subordinado del barrio a las jerarquías religiosas. Esto es así, debido a que la segregación social estaba prevista en la traza original al decidir, desde el principio, que esta área fuera destinada exclusivamente para los indios. Lo anterior significó una forma de preservar los intereses de la élite y de controlar la interacción no deseada de los españoles con los indios. La preeminencia de la fiesta de La Candelaria, a la que asiste toda la población y en especial las elites (véase Figura II.3.), con respecto a la de San Miguel, denota una ausencia de registro mnémico en los residentes de la Zona y en general en la población estudiada.

Los alrededores de la Plaza de San Miguelito están constituidos por casas con pequeños comercios aislados, en un solo nivel; características arquitectónicas que hacen destacar la verticalidad del volumen de la iglesia y las palmas reales de su fachada frontal. Esta fisonomía urbana parece dar cuenta de la preponderancia de lo religioso sobre las actividades sociales y comerciales de escasa diversificación, las cuales están dirigidas sólo a los actos religiosos y a los juegos que se llevan a cabo afuera de la iglesia. Pero, el bajo nivel de diversificación de las actividades, según la población estudiada, no impide el desarrollo de los conceptos compartidos entre los vecinos, como la confianza, la solidaridad, la limpieza e intercambio afectivo. Estas ideas se ven reforzadas por la plática de las tardes al tomar el fresco, que no obstante su declinación en los últimos tiempos, no dejan de expresarse.

A pesar de que aquí no son muy visibles las prácticas de los aparentes actos banales o rituales, se presentan comportamientos de algunos viejos que expresan reivindicación de formas de vida urbana del pasado, como el *bien decir*, o la hospitalidad y la cortesía. Por ejemplo, es común el diálogo fácil, como posibilidad de convertir la pregunta de un paseante en todo un encuentro; acción que da pauta a una charla, semejante a la que tendrían unos viejos conocidos. O tal y como me sucedió a mí en incontables ocasiones antes de iniciar la captura de información gráfica en alguna de las calles y casas del vecindario.

Así la Zona Intermedia --particularmente la parte nuclear de la Plaza de San Miguelito, con sus propias características que se fortalecen cíclicamente cada año--, deviene en un lugar de reinversión social por su papel como foro de actividades donde la confianza es el cimiento de la cohesión social; la cual toma vida cada noche por la relación

afectiva de los novios, así como por los viandantes ocasionales que la pueblan. Las distancias en este espacio no se estrechan más de lo que la cotidianidad parece mostrar. Al parecer en los modos de interacción --mediante el trato, la vida al exterior y los elementos espaciales de control de interacción--, no existen límites muy definidos entre la distancia social y la personal.



Plano II.4. Núcleo aglutinador de la Zona Intermedia

La Alameda es otra área, que aunque está separada del núcleo, forma parte de la Zona Intermedia con funciones recreativas, que dicho sea de paso, no posee álamo alguno (véase Plano II.5).



Plano II.5. La Alameda

Al parecer este espacio no es considerado como elemento focal ni como elemento significativo, lo que pudiera deberse, más que a su localización, a la edad del área de construcción, que es relativamente reciente. Se localiza en la parte Oriente de la ciudad; es de forma rectangular con una superficie arbolada de más de 3,000 m². Casi la totalidad de la población joven estudiada se refirió a La Alameda no sólo con desdén sino negativamente aduciendo que era un lugar propicio para malas conductas, como tomar cervezas y buscar pleitos. Para los vecinos de esta área tiene un significado positivo y de afecto, pues antes de que existiera como zona verde, sólo la recuerdan como un espacio lleno de encharcamientos y lodazales; al parecer tales percepciones dan cuenta del papel de la edad, la diferencia de intereses, de actividad y horarios de las mismas.

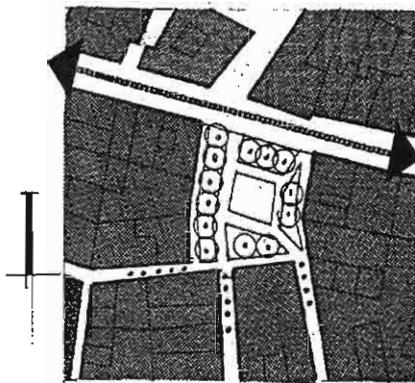
La Plaza de Doña Marta

Esta plaza se localiza en la parte más antigua de la ciudad, en las calles de Mina y Lerdo, tiene un carácter dual producto del tiempo en que cobra vida: los días ordinarios y la fiesta anual. En los días ordinarios este espacio es poco concurrido, por lo que parece corresponder más a un elemento ornamental y de paso (véase Figura II.6.). En cambio, es una parte *activa* en los festejos de La Candelaria, convirtiéndose en un foro importante de concentración y sede de actividades artísticas, donde se congregan jaraneros y bailarores de toda la región. Esta plaza o plazuela de Doña Marta es de añeja estirpe.



Figura II.6. Foto de la Plaza de Doña Marta

Su forma de bahía remetida favorece la congregación y su ubicación permite tener presente el elemento sorpresa, ya que si se llega por el lado Sur, después de caminar por una calle estrecha, de repente aparece la plaza, como un espacio que amablemente se amplía, mediante su escala, sus árboles, sus colores y las formas ondulantes de sus bancas, al *entrar* en él se vuelve, como dice Rapoport, todo un suceso notable “un acontecimiento [como] una nueva clase de espacio [como todo] un suceso notable” (Rapoport, 1978:207).



PLAZA DOÑA MARTA:

Plano II.7. Localización de la Plaza De Doña Marta



Figura II.8. Esquema en perspectiva de la Plaza De Doña Marta

No obstante la ubicación y edad de esta Plaza de Doña Marta (véase Plano II.7 y Figura II.8.), no se aprecia la frecuencia o intensidad de las interacciones, como si se observan cotidianamente en el Parque Zaragoza. La baja frecuencia de las interacciones en esta plaza acota la diferencia con las del parque, por una mayor intimidad relativa. La población estudiada señaló que debido a su forma y dimensión, es que las parejas de novios la escojan para la cita nocturna diaria. Por otro lado, la nominación de Plaza de Doña Marta da cuenta de cómo el tiempo y el reconocimiento de la gente, premia la apropiación afectiva de los espacios. En este caso el proceso de hacer suyo el lugar mediante el afecto y cuidados de Doña Marta Tejedor, gracias a los cuales la plaza es identificada por encima del nombre oficial, que es Plaza Matamoros.

Las plazas en la Zona Periférica, una ausencia más

En la zona periférica como señalé, existen dos sectores, uno en el área inundable de la parte Norte y otro sector al Sur, en los terrenos ganados al río. En ninguna de tales porciones existe un espacio físico que pudiera servir de elemento aglutinador o núcleo; ello se debe a la forma como fueron surgiendo tales sectores.

La porción del Norte surgió a raíz de los procesos de segregación social y fue creciendo conforme a una suerte de capas lineales que se extendieron a partir de agrupamientos aislados de casas ubicadas en la parte más inhóspita constituida por pantanos, se consolidó como el lugar de residencia de la servidumbre de los patrones de la Zona Central. Después, continuó su desarrollo como una especie de ampliación de la Zona Intermedia, en forma de apéndice extendido de oriente a poniente, siguiendo el alineamiento de la forma paralela de las calles adyacentes. Por lo que toca al sector Sur, la

estructura de su traza es mixta; en algunas fracciones se advierte un mismo alineamiento respecto a las calles Oriente-Poniente, en otras fracciones, en cambio, sólo se localizan casas aisladas, siguiendo el cauce del río. La parte Norte es la más consolidada, en ella, lo más que llega a observarse de equipamiento son locales comerciales informales conocidos como estanquillos, extensión o apéndices de la casa, para atender la compra de artículos de consumo alimenticio diario.

Las calles responden a un trazo lineal de carácter irregular en ocasiones. La accesibilidad es directamente proporcional a su proximidad con la Zona Intermedia: a mayor lejanía de esa zona, descende la urbanización, las calles dejan de estar dotadas de servicios de agua entubada y drenaje, de pavimentos, de guarniciones y banquetas. En época de lluvias se dificulta el paso por las calles, tanto para los peatones como para los vehículos. Huelga decir que algunas porciones del sector Sur en época de lluvias se convierten en una especie de área flotante, cuya accesibilidad solamente es posible en lancha.

Bueno antes sí... había pues, precisamente, por eso se distinguían los barrios ¿no? Había barrios de arriba, barrios de aristócratas, barrios de abajo, barrios humildes, entonces los distinguían los de arriba y los de abajo...

Residente de la Zona Central.

Capítulo III

Límites sociales y espaciales:
la percepción del espacio urbano.

El cuerpo y los sentidos. El territorio.

Centro-periferia. La movilidad personal local.

Distancia social (proximidad y lejanía). El lugar.

Los mapas mentales: bordos, nodos e hitos.

El empleo de las nociones de límites sociales y espaciales proviene del concepto maffesoliano de correspondencia física y social. Las asumo aquí como condiciones objetivas y subjetivas imbricadas en lo global, lo social y lo natural, incluidas las características de las personas y el espacio. En ese sentido, los límites se definen a partir del saber cotidiano de los habitantes. El saber cotidiano se entiende como “la suma de nuestros conocimientos sobre la realidad que utilizamos de modo efectivo [y afectivo] en la vida cotidiana [como] guía para las acciones” (Heller, 1991:317). Como parte de ese saber, se comparten las nociones de límites sociales y espaciales a través de los encuentros cara a cara y la forma de apropiación social del espacio de la plaza, la calle y el portal.

Los límites sociales y espaciales a los que me referiré son: el cuerpo y los sentidos; el territorio; el centro–periferia; el lugar y no lugar; la movilidad personal local; la distancia social; y los bordos, nodos e hitos. Cada uno de estos aspectos son asumidos como instrumentos de los que se sirven los habitantes para la construcción de sus mapas mentales. Recupero así la noción de mapa mental como el esquema imaginario elaborado individualmente, que expresa las formas relacionales entre los individuos y su entorno, mediante el cual, se organiza el sentido espacial de los trayectos que son rutinizados y ritualizados.

El cuerpo y los sentidos

Es un punto de referencia espacial. Desde la mirada, la posición y los movimientos del cuerpo; los gestos, el lenguaje hablado, el volumen de la voz, etcétera, todo ello corresponde a formas de comunicación dirigidas al otro, cuyas formas de expresión guardan relaciones de reciprocidad

constituyéndose así en ámbitos espaciales producto de la interacción. El cuerpo, es frontera del otro, es límite del espacio personal. El cuerpo, en tal sentido, se asume con un doble desempeño situacional: delimitante y delimitado. Delimitante con respecto al otro, y delimitado de acuerdo con una zonificación cultural, vinculada con las zonas de arriba-abajo y delante-detrás.¹

Los estudios de Le Goff,² explican algunos rasgos de la relación entre el lenguaje corporal y la utilización del espacio. Por ejemplo, las nociones arriba-abajo constituyen un sistema dentro del cual se ubica el ser humano y que, como tal, abarca desde su localización espacial hasta su propio cuerpo. El arriba espacial estaría relacionado con Dios y el abajo con el diablo: el bien es arriba, abajo está el mal. A su vez, la cara y el cuerpo se dividen en bondad y maldad: la cara contrapuesta al vientre. Los ojos ven hacia lo alto, en tanto que la boca, al estar en la región de abajo, además de ser una oquedad, no puede sino representar el mal.³ De ahí que a la risa, por ejemplo, suele corresponderle una valoración negativa.⁴

La risa, como otras formas de expresión del lenguaje corporal, dan cuenta de la valoración del cuerpo como límite social. Como tal, el cuerpo constituye una mediación fundamental para la

¹ Véase al respecto Goffman (1979:47-49 y 1997:117-133) y Giddens (1995:154-158).

² Apuntes tomados en directo del seminario Historia de las Mentalidades, dictado por Le Goff, en el CIESAS, del 13 al 16 de octubre de 1993.

³ La base de tales nociones se encuentran en la Regla de San Benito, quien presume explicar el comportamiento humano a partir de la fisiología. Al provenir del vientre y no de la cabeza, la risa, no puede menos que ser considerada como mala. Además, la boca por medio de la cual se expresa es considerada peligrosa, ya que es el órgano de donde salen las injurias y las obscenidades. (*Id.* Apuntes curso).

⁴ La noción delante detrás, como forma de direccionalidad derivada de la idea de desplazamiento, en efecto obedece a una confrontación axiológica del bien y del mal, donde el cuerpo desempeña un papel importante. En términos de dirección, el delante, significa avance, ir hacia adelante, contrariamente, ir hacia atrás, significa retroceso. Con respecto a su relación con el cuerpo, lo primero representa lo que se puede mostrar, lo que puede ser público, equivale al rostro, es decir, lo que permitimos o queremos que los otros vean del yo. Lo segundo, en cambio, representa lo inverso, lo que debe ser ocultado, lo pecaminoso, lo vergonzante, el fracaso, es decir, la parte del yo que no queremos mostrar, por lo tanto, es pertinente a una naturaleza privada, íntima. El delante no sólo parece representar como dirección lo más visible, sino que el detrás parece ser poco menos que perceptible y generalizable. El delante es el yo que se muestra al otro, el rostro que debe ser aprobado por la mirada social y su demanda de limpieza y cuidado, so pena de exclusión. El detrás puede ocultar el desenfado, incluso el descuido hasta los límites que sean fijados por el señalamiento del vecino. De esto, al menos, parecen hablar los pocos detalles percibidos según lo describen sus habitantes. Así 59% de la población encuestada se

vida social, dado que toda persona “tiene una postura, en sentido ‘múltiple’, en [las] relaciones sociales conferidas por identidades sociales específicas” (Giddens, 1995:26). El cuerpo es un elemento fundamental de control de la interacción no deseada y para ello se vale de sus propios movimientos, la postura y los gestos, como mecanismos de autorregulación. Estos mecanismos de autorregulación se expresan de manera previsiblemente diferencial, en consonancia con las representaciones colectivas que configuran el discurso convencional ajustable a lo que se espera según la posición social de las personas. De ese modo, el cuerpo como límite social que controla la interacción tanto deseada como no deseada, sitúa a los otros con relación al yo. En tales procesos el cuerpo extiende sus mecanismos de regulación, apoyándose en la percepción y las propiedades sensoriales individuales, mediante el soporte de los sentidos.

Los sentidos se asumen como *receptáculos* de los mensajes del mundo exterior, mediante los cuales la acción individual adquiere rumbo. De ahí, que los sentidos afecten las formas del pensamiento.⁵ Los sentidos son instrumentos de los que se vale la percepción en la exploración y apropiación del entorno construido.⁶ Hay dos formas de percepción: la autocéntrica y la alocéntrica. La autocéntrica, se centra en el sujeto como mezcla de sensación y de placer, a través

refiere a la existencia de un espacio genérico representado por un patio, respecto al cual, no parece existir ninguna relación afectiva.

⁵ Es importante subrayar que la palabra *rumbo* tiene una carga simbólica de distinto tipo. Por ejemplo, Norte, Sur y Oriente son los tres puntos cardinales de mayor connotación por formar parte de la vida cotidiana de la gente de Tlacotalpan, los cuales corresponden a una ambivalencia, tanto práctica como simbólica. Las dos primeras por su connotación de carácter meteorológico y la última por un valor simbólico-religioso. El Norte y el Sur además de su uso direccional suelen corresponder a expectativas de signos encontrados, según las condiciones meteorológicas específicas. Un Norte lo mismo equivale a pérdidas y malestar que a mejoras y esperanza, a frescura que a penuria; en tanto que un Sur significa cambios climáticos momentáneos con efectos pasajeros. El Oriente tiene una valoración religiosa no obstante que los ábsides de las iglesias principales no dan hacia este punto cardinal. El Poniente, por su parte, tiene connotaciones en cuanto a la noche y su papel selectivo para evaluar comportamientos. La noche pertenece a los hombres adultos y a ciertos espacios marcados o dispensados. Las *mujeres y los niños primero*, pareciera ser el grito de la censura hacia sus principales sujetos. En suma, el papel de los cuatro puntos cardinales es direccional, implícita o explícitamente como instrumento de soporte práctico y simbólico a la vez.

⁶ Según Tiger (1993:256) los “sentidos afectan a todo pensamiento [al guiar] toda acción que resulta del pensamiento [que primero] fueron los sentidos [y a] continuación vino el dar sentido”. En tanto que para Arnhem (1989:31) “el conocimiento del entorno y de la orientación dentro de él comienza con la

del gusto, el olfato, el tacto y la temperatura. La alocéntrica se enfoca al objeto, dirigida a la atención y la comprensión, a través de la vista y el oído. Digo que estas formas de percibir son relativas, ya que la música y el sonido, en general, se perciben de modo autocéntrico, mientras que el color, la luz y la forma, se interiorizan a través de sentidos que pertenecen a la forma de percepción inversa. A ello conviene agregar que la percepción se desarrolla al conformarse estructuras *sinestésicas*, concatenando a más de uno de los sentidos, lo que hace más compleja la posibilidad de transferencia de las experiencias sensibles. Estas experiencias son *intransferibles* por definición, y más aún las experiencias olfativas, termales, gustativas e, incluso, las acústicas, que a decir de Rapoport “son más difíciles de compartir que las palabras y las formas” (Rapoport, 1978:177). Esta afirmación es básica para interpretar la relación entre los sentidos y el espacio.

La relativa facilidad de compartir y describir objetivamente las percepciones alocéntricas ha contribuido a que las autocéntricas hayan sido relegadas en los análisis formales y espaciales. Las relaciones entre el espacio y el gusto, el olfato y el oído, además de poco estudiadas, son de difícil verbalización. Se sabe, como señala Rapoport que “no existen claras correlaciones entre las experiencias ‘autocéntricas’ y el medio ambiente, aunque existan cuatro gustos básicos: dulce, salado, amargo y ácido, y siete olores básicos: *camphoraceous, musky, floral, pepperminty, ethereal y putrid*” (Rapoport, 1978:177). Sin embargo, a pesar de que la vista represente al sentido dominante, dado que proporciona mucha mayor información que el resto de los sentidos, percibimos el mundo real por la participación de todos los sentidos como percepción total. El cuerpo “está inmerso en el medio ambiente y responde a su significado, a su sonido, a su olor, a su textura, a su temperatura” (Rapoport, 1978:178). Igual que sentidos y significado caminan juntos, los sentidos actúan de modo sinestésico y cenestésico. Sinestésico, como combinatoria de sensaciones o *audition coloree* “mezcla de interconexiones fisiológicas y asociaciones psicológicas

exploración intuitiva de lo perceptualmente dado [desde el] comienzo de la vida y se repite en cada acto de cognición que parte de la aprehensión de los hechos proporcionados por los sentidos”.

[mediante las cuales, por ejemplo] algunas personas ven colores cuando oyen sonidos (Arnheim, 1989:208) o “como la sensación asociada a una sensación primaria procedente del estímulo físico perceptual (Sanz, 1985:17). Cenestésico, entendido como “conciencia de las tensiones que se dan en el cuerpo” (Arnheim, 1989:241) o síntesis de sensaciones de desplazamiento. Con tal panorama asumiría a los sentidos como mediación entre individuo y procesos de conocimiento y comprensión del mundo; mediación que se apoya en la memoria. La memoria es aquél factor que selecciona, retiene y amplía la percepción y que permite que “toda [...] experiencia, viva o arrinconada en el olvido [aflore] en determinadas situaciones [...] pensamientos y reflexiones” (Kosík, 1967:42). Es la memoria la que propicia que, en lo individual y en lo colectivo, veamos o escuchemos mucho más de lo que nuestros ojos u oídos nos alleguen; y es que en los procesos de percepción participa la memoria de tal manera que es capaz de organizar el repertorio personal, del saber y la cultura. Por eso, los sentidos y la memoria son una dupla que guía las percepciones individuales.

Los sentidos participan como referentes en las prácticas de apropiación social de los espacios, mediante los significados atribuidos a tales espacios, que se hallan almacenados en la memoria. Estos significados dan cuenta de la vinculación entre el espacio y el tiempo, las representaciones colectivas conceptuales y las representaciones individuales sensibles. La calle y la plaza, la escuela y el patio de la casa, fueron los espacios de mayor referencia en Tlacotalpan. Los sentidos que al parecer reflejaron menor dificultad para verbalizar su experiencia fueron la vista, el olfato y el oído. Lo visual, se constituye como el campo referencial de mayor contenido de información, la población identificó diferencias entre colores y formas de las fachadas, principalmente de las casas de la Zona Central y Las Orillas. En relación al sonido, percibieron el espacio de la Parroquia con referencia a los sonidos de las campanas, diferentes a los de las campanas de San Miguelito. La diferencia remite a un tipo de espacio, y la memoria lleva y trae al espacio junto con olores, otros sonidos y otras visiones.

El olor representó una doble dificultad: memorizar y narrar la experiencia. Según los datos adquiridos la relación entre olores y espacio da cuenta de la participación de la memoria y la autoestima de los individuos, como expresión de retraining al seno familiar, sin distinción de edades, sexo o estrato social. La memorización se refirió siempre a la casa materna, con evocaciones de olores de acuerdo a sus constructos práctico heurísticos, que dan cuenta de la relación entre el significado social y el espacio. Por ejemplo, se remiten a elementos naturales o culturales para designar un olor determinado. Con respecto a los primeros están las flores, las frutas, los animales propios de la región. Y, en relación con los segundos, hacen una especie de hipálage, como procedimiento práctico y metafórico, en el cual la limpieza, como cualidad socialmente compartida, campea asociada con la naturaleza a través de olores de evanescencias naturales. Por ejemplo, los significados de campo, hierba, fresco y humedad, acreditan una valencia positiva de limpieza y belleza a cuanto lo posea.



Figura III.1. Propaganda a favor de la limpieza de la ciudad

En ese sentido, respecto a la relación olor y la calle de residencia, 40% de las mujeres del estrato alto al igual que 60% de las mujeres del estrato bajo, afirmaron percibir un olor a limpio contra 20% a pútrido. La mitad de las mujeres del estrato medio no se

inclinó por ningún olor en especial, sólo 25% habla de frescura y otro 25% de cerveza, como una calificación negativa. Las mujeres jóvenes dan mayor importancia a la relación olor-calle de residencia. Los hombres registran una tendencia fraccionada e indefinida y no dan importancia a los olores de su calle. Es relevante que sean las mujeres quienes hacen una diferencia, en términos temporales, de los olores, que al parecer nos habla de la vinculación entre los olores, la memoria y el espacio inmediato de la calle. Por otro lado, según la población estudiada, lo odorífero se vincula más que con espacios *indefinidos*, con vivencias en espacios más acotados, como el patio de la casa, de la escuela, el salón de clases. Con respecto al patio de la casa, coinciden en la valoración positiva, al asignarle el olor a campo, donde campo representa flores, tierra, humedad y libertad. Por lo que toca al olor del patio de la escuela, 72% de las mujeres del estrato alto contestó que a tierra y a flores, 56% del estrato medio a flores y frescura, en tanto que 75% del estrato bajo habló de tierra, flores y frescura. Los varones, por su parte, muestran diferencias en la percepción de las características odoríferas del patio de la escuela. Para la mitad del estrato alto la valencia es negativa, sin nombrar ejemplos y la otra mitad afirma que huele a animales. Existe una coincidencia en un 75% de los y las jóvenes del estrato medio, que hablan de tierra y flores, en tanto que la totalidad de los varones del estrato bajo afirma que huele a animales. Animales tiene un significado de valencia relativa, dependiendo del estrato socioeconómico: positiva para el estrato medio y bajo y no tan positiva para el estrato alto.

Si bien la relación olor-espacio parece ofrecer menor dificultad en cuanto a la forma de verbalización, con respecto a ámbitos más acotados, por ejemplo al referirse a la ciudad, cambia el sentido. Así, en la relación olor-ciudad durante los días de fiesta, hay coincidencia entre las jóvenes, respecto a un olor a cerveza, donde cerveza representa lo

sucio (25% del estrato alto, 33% del estrato medio, 17% del estrato bajo). En tanto, 33% de las jóvenes del estrato bajo concluyeron que se percibe un olor a comida. Por su parte, la mitad de los jóvenes del estrato alto no particularizó ningún olor, aunque 17% mencionó la cerveza y lo sucio, igual que 33% de los varones de recursos medios; mientras que la totalidad de los hombres de recursos bajos no definió ningún olor particular. La valoración negativa de la relación olor-ciudad en la fiesta, representa un contraste con el significado simbólico de la fiesta, o acaso ¿un mal necesario inherente a la naturaleza de la fiesta misma?⁷

Es curioso cómo la relación de limpieza y sucio, como contraparte, como constructo práctico heurístico de alta estima permea el *ethos* y, consecuentemente, lo social del ámbito odorífero. En tal sentido, las coincidencias perceptivas anteriores, que relacionan el olor a cerveza con lo sucio, tal vez tengan que ver con una concepción clasista acerca de la fiesta y de la euforia que representa el consumo *popular* de esa bebida. ¿Será por eso que la totalidad de los y las encuestadas del estrato bajo no coincidan con tal percepción? Acaso será que ¿lo que en el rico es diversión, en el pobre es borrachera?

En suma, lo que puede verse de manera general es que los olores como elemento de apoyo para las prácticas sociales de apropiación de los espacios está más desarrollado en las jóvenes que en los jóvenes. Por otra parte, existe una mayor verbalización de carácter selectivo, al menos, en las mujeres y los hombres jóvenes del estrato alto y medio que en las mujeres y hombres del estrato bajo, aunque más inferior en los hombres que en las mujeres. Esto parece mostrar mayor profundidad en la percepción de las relaciones

⁷ "Tus aromas son evocación fina... Aguas y ostras, aceites y flores, aires y sudores, alcoholes y tabacos confundidos con el murmullo leve de la brisa y el recuerdo..." (Guzmán, 1993).

odorífero-espaciales, y también mayor capacidad de registro en la memoria de las mujeres, que de los hombres.

Por otro lado, tanto hombres como mujeres de la población entrevistada de la Zona Intermedia y la Zona Central, aludieron a olores de frutas vinculándolos con espacios diversos, como la calle de residencia, el patio de la escuela y el parque.

Es de jobo... que llega del ambiente, pero fíhese, cómo es la distancia, puede ser que en los otros parques haya árboles de jobo... icacos... es una fruta... que dan unas frutitas que son olorosas...

Residente de la Zona Intermedia.

Las mujeres jóvenes y adultas diferenciaron olor de aroma. El olor como valencia negativa, inversa a la de aroma. Como olores catalogan los humos de los motores de los camiones, el de los pichones y demás pájaros del parque y algunos olores pútridos del río. Aunque los varones no diferenciaron entre olor y aroma, existen coincidencias con las imágenes odorífero-espaciales de la percepción femenina, según da cuenta el tipo de espacio, el papel de la memoria y los olores de referencia de valencia positiva o negativa.

El tipo de espacio: privado de residencia, la casa materna, la de los abuelos, de los parientes o los vecinos, por encima del espacio público. La memoria, como caja de recuerdos al parecer, de difícil verbalización, en tanto que es evocación del juego temporal del pasado y el presente, de espacios íntimos y públicos y de olores y aromas como referentes. La otra coincidencia son los elementos de referencia de valencia positiva o negativa. Los de valencia positiva son las flores y frutas tropicales, como las anonas, ilamas, jobos, icacos, limonarias, junto con la humedad y el agua como presencia del río y su significado. Los elementos de valencia negativa, al parecer sólo percibidos por los

adultos, están representados por las molestias del humo de los camiones, su localización es intermitente, temporalmente instantánea y espacialmente móvil.

Hay un olor de humedad en Tlacotalpan, de humedad caliente acompañado de la vegetación, es el olor de la humedad, del marisco, el pescado acompañado de algunas flores, de la vegetación de la humedad... El olor de la casa de la abuela... de los guisos de la abuela... De las flores del jardín...

Residente de la Zona Central.

Hay diferentes olores: en el baño, en la cocina, por donde usted lo vaya a ver... Es higiénico que le eche agua al baño, ¿no cree?

Residente de la Zona Periférica.

Del parque, ¡A'so!, si hay algo que me atrae, pero no sé qué, no le puedo decir... me llega del río... La limonaria, ¡Eso es! La limonaria... huele bien, igual que los jazmines...

Residente de la Zona Intermedia.

... Las flores de los jardines de las casas... El olor a pachulí, olía a casa de los abuelos...

Residente de la Zona Intermedia.

... Del parque no recuerdo olor... Como que en eso no me he fijado. Ahora sí, afecta por los pichos, pero antes no había...

Residente de la Zona Intermedia.

¿Conoce la comadoj'ha? Una fruta muy aromática... parecida a la guayaba... muchísimas frutas, guayabas, nanches, anonas, ilamas, j'hobo, guanábana, mango...

Residente de la Zona Intermedia.

Entra a la casa, huele la comida y él sabe si le falta o le sobra sal, nada más con el olfato,... jura que sí...

Residente de la Zona Periférica.

El sonido

Aparentemente la relación entre el sonido y el espacio es irrelevante para la población estudiada. Casi la totalidad de los jóvenes no percibe en esa relación ningún tipo de indicio como apoyo a la orientación o identificación espacial, lo cual es paradójico en tanto que el

tlacotalpeño se define como muy musical. Sólo una minoría menciona el sonido de la gente comprando, así como el griterío con relación a su escuela y el mercado, y sólo 8% de los jóvenes, en su mayor parte mujeres, mencionan el sonido de los pájaros. Además la mayoría no reconoce algún sonido con el cual identificar su calle de residencia. Ello es un reflejo de la estandarización sónica producida por los aparatos domésticos de las calles que la circundan. Sin embargo, la mayoría de los jóvenes coincide en que escuchan los sonidos que más les agradan en su calle, por las tardes, excepto las mujeres del estrato alto, quienes señalaron las mañanas.

Digo yo, porque mis nietos los traía yo en el conjunto y... él sabe tocar y eso, pero namáj luego ya no quiso seguir... Ya no les nace... Las discos y eso, ha ido descomponiendo ya mucho...
Residente de la Zona Periférica.

Tlacotalpan es una ciudad donde tradicionalmente se practica la música, característica que podría suponer una sensibilidad especial para narrar la relación sónico-espacial; sin embargo, relacionar la sensibilidad musical con el entorno construido parece ser muy complicado. La relevancia de este aspecto sensorial, como factor de apoyo referencial, es percibida diferencialmente de acuerdo a las edades de los segmentos poblacionales observados. Así, la importancia de la relación sónico espacial, es inversamente proporcional a la edad. Por otro lado, ello no significa que lo audible no forme parte de las preferencias de los tlacotalpeños, tal como muestran los adultos con sus gustos musicales apegados a lo tradicional, mientras que los jóvenes, lo hacen por los bailes y los ritmos propios de las “discos”, cuya presencia tolerada parece dar cuenta de varias cuestiones: por un lado, del consumo y de los gustos; por otro, de la aparente

tolerancia con que se acepta el papel que desempeñan los medios masivos de difusión electrónica socialmente compartidas.

Si ahorita se me ocurre... con la cantidad de estudiantes que hay, hacer ... un fandango, y por el otro lado hay una disco... verá usted la disco llena y tendrá que salir con reata de lazar, a lazar para que vengan... Las mismas que bailan los sones jarocho están en la disco y no en el fandango. Esa es la realidad. Así que el movimiento nuestro, el movimiento jaranero... es como un manantial, pero por otro lado viene una corriente que es como una catarata que trata de ahogarnos...

Residente de la Zona Central.

Parece que la frecuencia temporal relacionada con los sonidos urbanos es otro de los factores que se vincula con la forma diferencial de percibir el espacio. Aparentemente en los adultos tal relación es momentánea cuando el sonido causa molestia y no como significativo del espacio. De acuerdo con los adultos entrevistados, los sonidos no constituyen una fuente referencial sólida para definir la ubicación de un espacio en general, o específico. Para ellos lo sónico representa un elemento que sitúa temporalmente, pero no espacialmente, ya que se identifica más como una expresión de carácter cultural o recreativo relacionada con el pasado o como precisión del momento.

Antes casi no se oían sonidos como ahora, con las discos. Todo era más tranquilo...

Residente de la Zona Intermedia.

Aparentemente, los sonidos son más advertidos por los visitantes. Al respecto, los visitantes entrevistados afirmaron identificar la existencia de algunos lugares como expresión sonora de la ciudad. Los de valencia positiva son los sonidos de las campanas de la torre y del reloj de la parroquia de San Cristóbal, y los pájaros al atardecer en el Parque

Zaragoza. Los de valencia negativa son el ruido de los camiones, al cruzar el centro y el negocio de juegos electrónicos, localizado en la manzana del Hotel Doña Lala.

Lo visual

Se puede resumir que la percepción de la ciudad, depende de la edad, el estrato y el sexo de la población. Empero, la participación de los sentidos en las representaciones individuales sensibles, responde a una jerarquía en la que el sentido de la vista ocupa un lugar preponderante. Al parecer, la edad adulta se vale de la evocación para aprehender la parte más afectiva de la imagen urbana. La memoria y lo visual representan un papel muy relevante para la construcción de imágenes y como referentes están la ubicación, la identificación y la apropiación. El soporte de tales procesos es el largo alcance del sentido de la vista, tanto en lo vertical como en lo horizontal. El primero daría cuenta del carácter centralista de la imagen urbana de Tlacotalpan, y como hito referencial el Parque Zaragoza. Lo horizontal da cuenta de la segregación social mediante las formas arquitectónicas y el color de las casas. A la inversa de lo que parece ocurrir con los olores y los sonidos, la imagen de verticalidad junto con el color y las formas arquitecturales, son los referentes visuales de carácter espacial y social que más se perciben e identifican. De ello dan cuenta los dibujos de la población estudiada. Los dibujos les fueron solicitados de modo que sintetizaran gráficamente cualquier información cuyo destinatario hipotético, que había perdido el oído, se interesaba por conocer algo acerca de la ciudad de Tlacotalpan.

En los esquemas se pueden hallar regularidades en figuras que se repiten, que expresan una imagen compartida acerca de la ciudad. Son tres los grupos de gráficos representativos. El mayoritario, dentro del cual las figuras más repetidas son aquellas que

representan el río Papaloapan y el muelle, pero sobre todo, al Núcleo Central, con la presencia de los elementos verticales más sobresalientes, como la iglesia, las palmas reales y el quiosco. Otro grupo está compuesto por las casas con portales, y uno minoritario, con figuras que expresan las actividades pesqueras y algunas formas típicas de vestir (véase Figuras III.2. y III.4.).



Figura III.2. Dibujos realizados por la población encuestada

Efectivamente los dibujos muestran dos cuestiones: la imagen del Núcleo Central, cuya referencia habla de prácticas cotidianas y, por otra parte, de figuras representadas en formas arquitecturales, que llegan a detallar una *lectura* conocida mediante obras gráficas diversas. Ambas características reflejan una interiorización de las pinturas que se exhiben en la Casa de la Cultura y el Museo, como la que se muestra en la figura III.3., que describe la vida de la ciudad de frente a ella, con una visión acuática, que enaltece el río Papaloapan y las actividades agrícolas y ganaderas que sus aguas procuran, o las postales típicas de Tlacotalpan, desde los ángulos visuales espaciales de añeja tradición pictórica local.



Figura III.3. Foto de pintura de José Tito Salomón *Vista panorámica de Tlacotalpan*

En resumen, de acuerdo con la población estudiada se puede decir que la relación sensible espacial refleja dificultades de verbalizar, con grados diferenciales, de acuerdo con la edad, el sexo y el estrato social. De ello, tanto los adultos como los jóvenes reflejan dificultades menores. Los sentidos más difíciles de relacionar con el espacio son el olfato y el oído. Existe una relación estrecha entre lo visual y lo social y, en segundo lugar, lo sonoro, según las preferencias para seleccionar los recorridos diarios casa-escuela-casa. Por otra parte, en general, el sentido privilegiado es la vista. Empero, así como las jóvenes del estrato alto y medio perciben más los atributos visuales del espacio, las jóvenes del estrato bajo perciben más lo sónico. Por su parte, los jóvenes del estrato alto y bajo son quienes parecen ser más proclives a lo visual, tanto de las formas arquitectónicas y como de las texturas, en tanto que los jóvenes del estrato medio, lo sónico.

Se puede decir, que el entorno construido de Tlacotalpan por las condiciones ambientales que lo constituyen corresponde a una naturaleza polisensorial, en tanto que propicia un desarrollo perceptivo de carácter múltiple, sin embargo, a decir de los jóvenes,

tal carácter enfatiza lo alocéntrico; las percepciones que tienden a centrarse más en el objeto que en el sujeto. Lo cual significa, como afirma Rapoport, “que la gente percibe [centrándose] en la objetivación, en la comprensión y en la direccionalidad y la atención” (1978:177), en consecuencia el carácter de tales percepciones tiende a ser más intelectual y espiritual, que las percepciones egocéntricas, que tienen que ver con el olfato y el tacto.⁸

Si bien existe una coincidencia entre la población estudiada respecto a la percepción que tiene de las formas arquitectónicas de su ciudad, como motivo de orgullo, es importante acotar que para la población adulta son las formas sociales, y luego las arquitectónicas, las que ocupan el lugar de mayor jerarquía en la percepción que tienen de la ciudad en su conjunto. Esto parece confirmar lo dicho por Munari de que “cada cual ve lo que sabe (*Cfr.* Munari, 1973:18), lo que parece desvelar distinciones respecto a la edad, como un entramado de interacciones comparativamente más compleja en los adultos que en los jóvenes. Si se ve lo que se sabe, el papel de los sentidos da cuenta de que está mediado por la experiencia personal, lo que abre una gama de opciones. De ahí que los sentidos respecto a los cuales los habitantes parecen tener mayor conciencia en términos de su interacción con el entorno construido, son la vista y el oído, como sentidos pertinentes a lo intelectual y espiritual, propios de la forma de percepción alocéntrica.

De ser cierta esta proclividad aparente a lo alocéntrico, podría constituir un elemento explicativo relevante acerca de la dificultad que parece tener la población joven para verbalizar los por qué de su percepción estética y afectiva que dicen sentir por su

⁸ Sin embargo, conviene tomar en cuenta lo relativo de las distinciones entre lo alocéntrico y egocéntrico, ya que, por ejemplo, el hablar lo mismo es alocéntrico que autocéntrico de acuerdo con el “tono, música y sonido en general [de igual modo que] en la visión existe autocentricidad con respecto al color, luz y forma” (Rapoport, 1978:177). Lo que asumo como una cuestión de énfasis, más que categorización absoluta.

ciudad. Pudiera ser, como lo explica Munari que las “percepciones alocéntricas tienden mucho más [...] a una repetición voluntaria a través de esquemas que disminuyen su riqueza, mientras que los sentidos autocéntricos trascienden los esquemas” (1973:18) y en tal sentido, la relación entre repetición y disminución de riqueza simbólica puede llegar a constituirse en una fuerza con base en la costumbre. De ser así, se ratifica que la iteración puede construir andamiajes falsos con los cuales un hecho social deviene en hecho natural; incluso la repetición puede provocar resultados perversos en la sensibilidad.⁹

Me parece que lo expresado por la población muestra cómo la repetición ha tejido fuertes lazos que se reflejan en los procesos de interacción social entre ella y el entorno construido, en los cuales el papel de los sentidos es ciertamente trascendental. Sin embargo, no hay que olvidar que el papel sensorial corresponde a una naturaleza de complejidad múltiple, por la presencia combinada de más de uno de los sentidos, complejidad que aumenta en la medida en que el recuerdo, como pasado hecho presente y tal vez proyecto o imaginario, remueven el estado de ánimo individual, a lo que conviene agregar el papel modificador del contexto social y espacial.

Es cierto que tanto la población estudiada como los visitantes reconocen en Tlacotalpan un conjunto de elementos formales que favorecen el sentido de la vista: su arquitectura, sus colores, las puestas de sol ribereñas, etcétera. Lo que, en todo caso, parece hablar de una combinación de factores: la sensibilidad por parte del sujeto y las categorías formales del objeto. Empero, en estos procesos la participación del objeto interpretado no

⁹ Un ejemplo es la repetición del video del caso de Rodney King, el negro que fue salvajemente golpeado por policías en 1992 en la ciudad de Los Ángeles, hecho que acabó arrojando resultados socialmente perversos. Véase Mandoky (1994:16). Otro más es la inequidad en las relaciones hombre-mujer, cuya iteración la hace aparecer socialmente como hecho natural, en contra de lo cual luchan los estudios de género. Sobre el asunto véase Feijó (1991) y el número dedicado al tema espacio y vida de

es pasiva, sino que forma parte de un juego de acción de influencias mutuas. Se trata de la participación concertada de dos conjuntos de cualidades. Por una parte de las cualidades formales propias de la ciudad de Tlacotalpan como tal, y por otra, de aquellas de carácter hermenéutico propias de sus habitantes, las que al entrar en juego, establecen un sentido y un significado de pertenencia recíproca. Así se muestra la correspondencia de lo social y lo físico, expresado en las formas sociales locales. Los sujetos construyen un sentido de pertenencia relacionado con los otros en función de un territorio compartido, al que le asignan un valor simbólico que también comparten y les pertenece socialmente.

Yo quisiera saber qué es lo que nos arraiga tanto a nuestra tierra... Cuando salimos... no se imagina lo que siente uno cuando entra uno... es algo precioso que tiene uno que ver la tierra, de sentir su tierra, de sentir el calor de su tierra... y que te bajas del carro (camión) y ...¡Újule!, ya veniste y abrazo y abrazo... Eso es lo que nos pasa. Eso le pasa a todos los tlacotalpeños, y lo sentimos cuando nos vamos fuera y regresamos... Es cuando sientes el, el de verdad cariño que se le tiene al pueblo...

Residente de la Zona Intermedia.

Es una ciudad única en su estilo como puede ser Cartagena de Indias, como puede ser Santo Domingo, como puede ser cualquier ciudad que tiene en su arquitectura, en su mirada arquitectónica la presencia. Tiene la presencia de una cultura mestiza, de la influencia de la cultura hispánica mezclada con otras corrientes europeas... hasta arquitectura neoclásica...

Residente de la Zona Central.

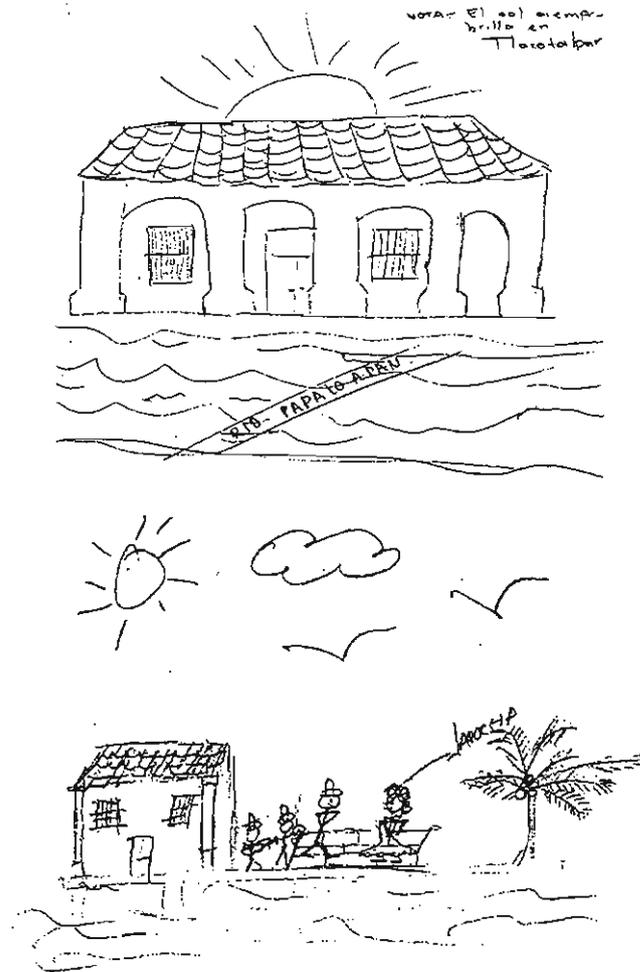


Figura III.4. Dibujos realizados por la población encuestada

El Territorio

Además de la interacción entre el espacio y el sujeto, suele expresarse otro juego de ida y vuelta: el espacio como referente de carácter existencial y social, y los sujetos como referencia de identificación del espacio. De tal juego de relaciones me interesa rescatar la manera como las personas leen y se apropian del espacio en el tiempo. Por ejemplo, la noción dinámica de territorio como apropiación social del espacio y que los geógrafos han recuperado como ese espacio vivido, construido socialmente con límites y fronteras flexibles que crean identidades y espacios frente a las identidades y los espacios de “los

otros” (Hoffman y Salmerón, 1997:113). Desde lo social, el territorio es una imagen compartida, reconocida y localizada físicamente, más que como “alcance de dominio” (Giddens, 1989:332). Se construye como distancia personal o como afirma Hall, como una “prolongación del organismo, marcada por señales visuales, vocales y olfativas [respecto a la cual el] hombre ha creado prolongaciones materiales de la territorialidad, así como señaladores territoriales visibles e invisibles” (Hall, 1972:127). La distancia que separa o acerca a los otros, puede considerársele como una especie de esfera protectora cuya expresión espacial guarda relación directa con la edad, el sexo y la situación social de los actores (Hall, 1972:146). Como la considera Glidewell (1997:71): una especie de *burbuja* que circunda la privacidad de las personas, que se rompe al ser tocada por alguien.

De acuerdo con ello, el primer plano de reconocimiento territorial es Tlacotalpan. Esta imagen, al parecer, es compartida sin distinción. En un segundo nivel están las áreas reconocidas como de pertenencia social reflejada en lo espacial, que da cuenta de la segregación social expresada en el espacio, en virtud de la cual es reconocida la ciudad. La Zona Central o Barrio de Arriba, la Zona Intermedia o Barrio de Abajo y la Zona Periférica o Las Orillas. Concomitante con el reconocimiento de esas zonas de la ciudad, se advierte una identificación consensada respecto al Centro y al *Parque* (Parque Zaragoza).

Cada uno de los segmentos espaciales es reconocido tanto por los residentes como no residentes, a la vez que la pertenencia espacial del yo residente es reconocida por los otros. Pero, el reconocimiento de los otros se expresa con carácter diferencial; de acuerdo con la información obtenida existe una forma social diferenciada de percibir la ciudad y sus fracciones, de ello dan cuenta la imagen del Centro y su contraparte representadas por las

orillas, la nominación de los barrios de Arriba y de Abajo, y la idea de las distancias físicas y sociales.

Las dos áreas territoriales que podríamos definir como extremas, la del Barrio de Arriba o Zona Central y Las Orillas, representan dos imágenes opuestas, en lo social, en lo espacial, en lo tecnológico, y en lo estético. Jóvenes del estrato alto y medio se refirieron a *Las Orillas* con un sentido connotativo de descalificación, ratificando su opinión al referirse a esa porción urbana como la parte que menos les gustaba de su ciudad. *Las Orillas*, es una barrera física y social, a cuya delimitación ayuda la imagen urbana que muestra una zona con múltiples carencias habitacionales y de servicios, más visibles en épocas de lluvias. Por su parte, los y las jóvenes del estrato bajo perciben al Barrio de Arriba como lo distante, en su expresión múltiple, desde los rasgos físicos individuales, el vestido, las maneras, las casas, la comida, que se condensa en el prestigio. Los jóvenes y las jóvenes de *Las Orillas* se reconocen como de *Las Orillas*, asumen su papel de residentes de la periferia, con la carga que su condición económica implica. Se asumen como *gente de abajo*, con formas de expresión diferente a los adultos de la misma zona, tal vez porque estos suelen prestar sus servicios domésticos, lo que influye en respetar el sentido de distancia social, sobre todo con respecto al Barrio de Arriba y en menor grado en relación al Barrio de San Miguelito.

Como se ve la nominación de los espacios urbanos reconocidos por los tlacotalpeños expresa la segregación social y urbana conformada desde la fundación de la ciudad. La denominación de dos de estas manifestaciones territoriales originarias, por una parte, corresponde cabalmente a la concepción sectaria que privaba en La Colonia, ya que simboliza la dualidad axiológica del bien y del mal, encarnada en el arriba y el abajo. De ahí, que en un lugar topográficamente plano, fueron bautizados los barrios con un nombre

dual de Barrio de Arriba y Barrio de Abajo, o Barrio de Españoles y Barrio de Indios, que bien podía haber sido Barrio de Ganadores y Barrio de Perdedores, por ejemplo. La nominación de Barrio de Indios desapareció con el humo de los tiempos. Aunque los tlacotalpeños de la Zona Central y de Las Orillas siguen utilizando la nominación de Barrio de Abajo, los residentes prefieren nombrarlo como Barrio de San Miguelito.

Por otra parte, la percepción de homogeneidad que se tiene acerca de la imagen de la ciudad disminuye el sentimiento de la gente del Barrio de San Miguelito de estar segregados, aunque no así para la gente de la Zona Periférica. Una de las principales diferencias se expresa en las prácticas religiosas que son distintas entre las zonas: evangélicas por una buena cantidad de residentes de Las Orillas y católicas en las otras.

Asimismo, la noción de territorio se relaciona con la distancia física y social. La distancia física es mensurable, mientras que la distancia social se presenta como dispositivo social que controla la interacción no deseada mediante formas de comportamiento. Ambas se expresan desigualmente en los sectores urbanos referidos. El carácter diferencial de las distancias en el Barrio de Arriba, en el Barrio de Abajo y en Las Orillas, habla de cómo la forma de representación hegemónica determina las representaciones individuales, al menos las que están relacionadas al territorio. Por otro lado, tal diferencia da cuenta de que las distancias sociales se expresan por mediación del tipo de interacción social, en correspondencia con su contexto físico, social y personal. En un aquí y un ahora, como límites del yo, como fronteras que permiten o no la interacción social.

Finalmente, las nominaciones espaciales se asumen como elementos que integran parte de las formas sociales que se emplean en los procesos de apropiación espacial, reflejo de las relaciones entre el espacio y la política. Relación que muestra la imagen de una

sociedad local y lo que promueve como símbolos, expresión del carácter oficializado de sus gobernantes. Los apodos, por su parte, son elementos referenciales de carácter espacial que dan cuenta de la temporalidad de la fuerza de la costumbre promovida por los y las tlacotalpeñas como parte de su vida cotidiana, a veces por encima de la nominación de carácter oficial. Las nominaciones y los apodos se asumen como referencias que dan rumbo y dirigen las acciones sociales en la ciudad. Como tales, son un producto social con diversas valencias de acuerdo con los significados compartidos.

La edad de estas nociones se funde con los orígenes mismos de la ciudad, junto con la mayoría de las nominaciones espaciales, que se refieren lo mismo al medio ambiente y sus componentes, como algunos hechos connotados o extraídos de la vida local. En conjunto, estas referencias direccionales muestran que “las personas se adaptan a su contorno y extraen estructura e identidad del material que tienen a su alcance” (Lynch, 1984:57), tal como muestra la nominación de la Plazuela de Doña Marta.

Algunas referencias recogidas en la toponimia local sirven para ejemplificar las formas de relación y reciprocidades entre la gente y el espacio. Nombrar algo, ya sea en una forma materializada o como referencias orales, lo mismo muestra un apego originario al medio natural que a personajes de la localidad, así como a aquellos hechos cuya significación es avalada por un reconocimiento consensado, en ese acto mismo de nombrar. Así, tenemos El Zapotal, nombre de la hacienda de Antonio López de Santana, adquirida por el Ayuntamiento de Tlacotalpan y algunos personajes de la élite a mediados del siglo pasado. El nombre de la Plaza del Alcatraz, la Plazuela de Doña Marta y el callejón del Susto son nombres actuales, que dan cuenta de *constructos práctico heurísticos* (Bouvier, 1995:109). Otras sustituciones toponímicas muestran los vaivenes de las

relaciones política espacio, que de la naturaleza pasan a los oficios o a las figuras históricas, como la calle de los Toros, hoy Benito Juárez, la calle de la Ribera después Independencia y hoy, nuevamente Ribera, el Callejón de Aguadores hoy Vicente Guerrero.

Otra forma de expresión de la correspondencia entre la política y el espacio es el énfasis a los personajes internos, mediante la nomenclatura, como la calle de Juan de la Luz Enríquez, Miguel Z. Cházaro, Guillermo Pous, ambos personajes destacados en la educación; así como la calle dedicada a la poeta Josefa Murillo. Por otra parte, están los nombres de calles en honor a personajes o acontecimientos consagrados en la historia oficial: Benito Juárez, 16 de Septiembre, Vicente Guerrero, Galeana, Lerdo de Tejada, Porfirio Díaz, etcétera. Nombres cuya ausencia, al parecer, serían impensables para muchos y muchas tlacotalpeños, en términos de urbanidad y civilidad. Por último, dos denominaciones curiosas, la Alameda, que sin una presencia representativa de álamos, da nombre a uno de los pocos espacios verdes de la ciudad y Agustín Lara, personaje cuya autoadopción a Tlacotalpan le ha valido ser reconocido, junto con Josefa Murillo, como un símbolo de la ciudad, según lo afirma, con relación al primero, casi 90% de la población joven encuestada y 32% con respecto a la segunda.

Como complemento a los apodos, según la población entrevistada, todos los tlacotalpeños se conocen entre sí, de tal forma que los nombres o los apodos de las personas son los elementos referenciales de carácter socioespacial más importantes. Esto hace que los nombres y los apodos formen parte de los mecanismos de identificación, localización y orientación, tal como son utilizados cotidianamente, como señales de comunicación *en* y *con* el espacio urbano. De ese modo, nombrar o mentar se convierte en una forma de significación real, de apoyo a las acciones sociales que tienen que ver con el

espacio, ya sea como orientadoras o localizadoras, así como con el tiempo, para designar o connotar los hechos significativos de la vida diaria, que marcan la historia local. El ejemplo de la Plaza de Doña Marta que, parafraseando a Pérez Montfort data de la época del virreinato con el nombre de Plazuela de Plateros y en la Independencia con el de Plaza Matamoros; pero la costumbre de llamarla como en la actualidad se debió a que Doña Marta Tejedor de Cheleske dedicaba sus tardes a arreglar la plaza con plantas y a pintarla, en vista de lo cual el pueblo entero la empezó a llamar la Plazuela de Doña Marta (Pérez M., 1992:32). De ese modo la nominación y el tiempo *convirtieron* un espacio en un hito visible.

Porque era una señora Doña Marta Tejedor, dueña de la casa de la esquina que ahora es de la familia Villalobos Cardona... Empezando por esa casa a mano derecha, en la acera derecha yendo hacia abajo... Ella cuidaba de que estuviera limpia y regada...
Residente de la Zona Central.



Figura III.5. Esquema en perspectiva de la Plaza de Doña Marta

Otros hitos de tipo nominativo, como referencia relacionados con los apodos, son el bar y el hotel más antiguos, el Bar de Tobías y el Hotel Doña Lala, la casa de Biscola, o la casa del Diablo Cházaro. Referencias cognitivas de ubicación espacio temporal y social.

Centro-periferia

La noción centro-periferia se asocia con la de imagen espacial, imagen temporal y la imagen relacional. Este trío de imágenes se presenta como las ideas que tienen los individuos acerca de su situación en el mundo, de su historia, de su presente y de su futuro, así como también de los mecanismos de regulación mediante los cuales pueden relacionarse socialmente.

La idea de centro-periferia puede explicar las formas de identidad a distintos niveles, tanto individual como social. En el ámbito personal, el centro es el espacio individual, egocéntrico, a partir del cual se plantea un mundo ordenado en función de un punto, el aquí, y el yo, con el cual se explica el resto del mundo (Moles, 1972:159). Por eso, “el espacio del hombre está subjetivamente centrado” (Schultz, 1980:21). Pero el *aquí* referencial no tendría sentido sin la existencia del allá, ni el yo sin el otro; así que la idea de centro se recupera desde lo individual y lo social, al mismo tiempo que desde lo individual, es el *umwelt* o zona egocéntrica que propone Goffman, la región en torno al individuo, la cual puede captar signos de alarma (Goffman, 1979:253). La idea de *umwelt* es más que una coraza de protección en contra de lo desconocido, un lugar seguro donde se pueda mantener fácilmente el control (Goffman, 1979:249). Desde esa perspectiva individual, el carácter egocéntrico del aquí es inherente a la noción de centro, y supone la presencia del allá, como el otro. Ahora bien, la relación centro-periferia desde el ámbito de lo social, es una dualidad contrapuesta donde se recupera, por contraste, caracterizaciones relativas al

estatus, la movilidad personal local, las distancias sociales y físicas, la fisonomía y atributos formales urbanos.¹⁰

De acuerdo con la toponimia de la ciudad, los tlacotalca se entendían como habitantes del centro mismo del Universo creado por los dioses, pero no propietarios de él (Aguirre B., 1992:188). Ello tiene que ver con una noción de imagen espacial, porque como dice Schultz “el espacio del hombre está ‘subjetivamente centrado’; el mundo personal de cada individuo tiene su centro [como los] “lugares de acción”, sitios en que se llevan a cabo actividades particulares o lugares de interacción social” (Shultz, 1980:21-22). En la actualidad, los tlacotalpeños comparten una idea común de centro, aunque con algunos matices de acuerdo con la edad, el sexo y el estrato social. El centro que parecen percibir los habitantes se remite al Núcleo Central. Se refiere al corazón de la ciudad, cuya definición parece reflejar un origen externo y otro interno. El externo está representado por los visitantes y profesionales que han incursionado en la definición técnica del centro histórico de la ciudad. Con respecto al interno, que es el más relevante, existe una doble concepción relativa al centro que titulo así: una *influida* y otra *intuitiva*. A la influida corresponden las ideas generadas por la información inducida y privativa de la historia de Tlacotalpan. La intuitiva, corresponde a la percepción individual basada en prácticas sociales de apropiación e identificación del espacio urbano. De acuerdo con lo anterior, la noción de centro, según la información histórica local, es la compartida por la mayoría de los entrevistados residentes de la Zona Central y la Zona Intermedia, que son los más informados de la historia de su ciudad; además de tener mayor vinculación con la Casa de

¹⁰ En ese sentido se liga a la idea de lo que Moles (1972:159-160) denomina *cascarones del hombre*, que comienzan en la piel y el vestido; luego en el cuerpo, los gestos, más adelante su espacio visual y jurídico, hasta llegar a los espacios compartidos y públicos.

la Cultura y los centros de enseñanza de la ciudad. Para este sector de la población existe una idea bastante clara, no sólo con respecto al centro y la periferia como áreas físicas perfectamente acotadas, sino también socialmente definidas a partir de la nominación del Centro y Las Orillas.

El Centro Histórico comprende la calle Miguel Z. Cházaro, la calle Enríquez, la Rodríguez Beltrán, José María Iglesias una parte, todo esto que es Benito Juárez hasta Lerdo de Tejada y allá por la calle este... Guillermo Prieto, abarca todo eso...

Residente de la Zona Intermedia.

De acuerdo con lo anterior, la noción centro-periferia está permeada por un carácter múltiple, donde interviene lo espacial, lo social y lo individual; lo ético y lo estético. De lo que da cuenta el estatus, la movilidad personal, las distancias sociales y físicas de proximidad y lejanía, la fisonomía y los atributos formales urbanos.

Al parecer la concepción compartida de centro-periferia tiene que ver más con una connotación estamentaria de proximidad a los servicios urbanos de mejor calidad y a la seguridad, que con una delimitación espacial precisa. Para los adultos el centro representa la imagen misma de Tlacotalpan, ven en el centro el lugar donde suena y sueña la risa. Es el significado de prestigio social reconocido a las familias que residen en el centro, que se materializa en lo espacial, como sede de los servicios y las mejores formas arquitectónicas. El significado social que se comparte parece corresponder a las ideas de *bien être y bien vivre*. Habla de aspiraciones inconfesadas, de recuerdos y sueños compartidos. A lo primero corresponde la mayoría de las ideas expresadas por los residentes entrevistados de la Zona Central, tanto adultos como jóvenes. Lo segundo corresponde a las ideas expresadas por el

resto de la población entrevistada que lo dejan entrever en las charlas, después de tantos parloteos elípticos.

A veces sueño que tengo mucho dinero y no tengo nada, o que me va correteando un toro o una vaca, equis cosa vaya, que voy caminando solo, tranquilo... uno puede soñar muchas cosas, como que agarra muchos centavos y no agarra nada. Pues lo que pasa es que uno muchas veces por su borrachera, ve uno muchas musas, borracho, tu ves, tiene uno muchas musas, es soñar, por ejemplo con un toro, o que ve un pescado o que anda trabajando con un machete, o eso o algo, son muchas pues, que el mismo cerebro está trabajando...

Residente de Las Orillas.

...Lo que sueño despierto, pues ha cambiado con el curso de los años. De adolescente... soñaba yo con grandes aventuras... de llegar a ser rico... mis sueños fueron transformándose y empecé a trabajar... fui un asalariado, sufrí explotación y pobreza, desempleo. Adquirí una conciencia social... Son otros sueños, soñaba con una Tlacotalpan en donde todo mundo tuviera trabajo, una Tlacotalpan limpia, cuidada, con nuevas colonias... Un Tlacotalpan donde se recupere la abundancia que existió... Son sueños así...

Residente de la Zona Central.

Ahora bien, la noción centro-periferia es una construcción cultural, que rebasa los linderos de la ciudad de acuerdo con la movilidad y residencia individuales. De acuerdo con ello, la noción de centro ha sido trasladada y ampliada físicamente por los herederos de la élite que residen fuera de Tlacotalpan, debido a lo cual, el *centro* ya no se localiza únicamente en Tlacotalpan, sino en el Puerto de Veracruz o en la ciudad de México. Ello da cuenta del doble papel de la noción centro, en cuanto a la localización física y la autoestima individual, así como su estrecha relación con la movilidad personal.

La movilidad personal local

*Las ciudades son libros
que se leen con los pies...*
Quintín Cabrera (cantautor)

Por movilidad personal local interna o externa entiendo los trayectos rutinizados y ritualizados que desarrollan los habitantes de Tlacotalpan, y con los cuales se apropian temporalmente de espacios públicos como la plaza, la calle y el portal. La movilidad externa, además, tiene que ver con el conocimiento que tienen los residentes de lugares urbanos diferentes a Tlacotalpan. La movilidad interna y externa se desarrollan diferencialmente de acuerdo con el sexo, la edad y el estrato socioeconómico.

Al respecto se puede observar en la información disponible de la población estudiada, que las mujeres del estrato social medio y bajo representan un porcentaje inferior al de los hombres de esos mismos estratos, en cuanto al conocimiento de otros sitios del país, en tanto que poco más de la mitad, tanto de los hombres como de las mujeres del estrato social, tienen un acceso aparentemente equitativo.

Cuadro III.1.

BACHILLERATO ABELINO BOLANOS						CENTRO DE ESTUDIOS CIENTIFICOS Y TECNOLÓGICOS					
SEXO	ESTRATO	RECORRIDO			TOTAL	SEXO	ESTRATO	RECORRIDO			TOTAL
		DIARIO	SEMANAL	EVENTUAL				DIARIO	SEMANAL	EVENTUAL	
MUJERES	BAJO	0.3	1.5	0.2	2.0	MUJERES	BAJO	0.4	2.7	0.4	3.5
	MEDIO	0.9	4.3	0.5	5.7		MEDIO	0.7	3.4	0.3	4.4
	ALTO	1.0	5.3	0.2	6.5		ALTO	0.9	4.5	0.8	6.2
	TOTAL	2.2	11.1	0.9	14.2		TOTAL	2.0	10.6	1.5	14.1
HOMBRES	BAJO	0.5	2.4	0.1	3.0	HOMBRES	BAJO	0.5	2.4	0.3	3.2
	MEDIO	0.7	3.4	0.4	4.5		MEDIO	0.8	4.0	0.5	5.3
	ALTO	1.1	5.7	0.9	7.7		ALTO	1.0	5.0	1.0	7.0
	TOTAL	2.3	11.5	1.4	15.2		TOTAL	2.3	11.4	1.8	15.5
TOTAL TOTAL		4.5	22.6	2.3	29.4	TOTAL TOTAL		4.3	22.0	3.3	29.6

Por otra parte, la mayor movilidad de las mujeres adultas del estrato alto, es inversamente proporcional a la movilidad interna de las mujeres adultas, no así en el caso de las mujeres jóvenes de ese mismo estrato, donde la relación entre ambos tipos de movilidad es alta. Ello habla no solamente de la relación no mecánica entre ambos tipos de movilidad, sino de las diferencias de las prácticas culturales, de acuerdo con el estrato y la edad. La movilidad interna y externa de las mujeres de los estratos medio y bajo, es más baja que la movilidad interna y externa de los hombres de los mismos estratos.

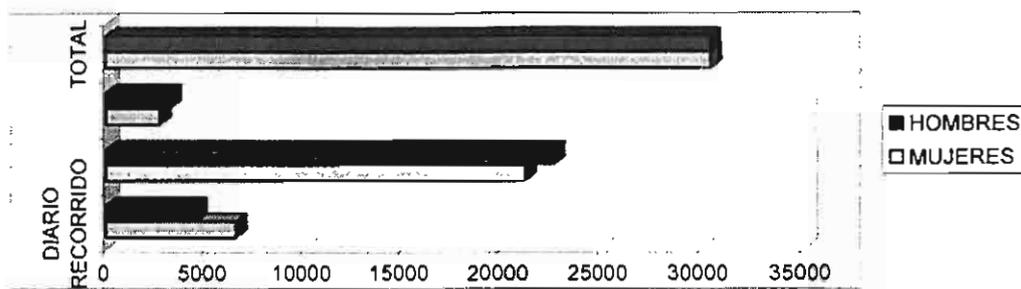
El Cuadro III.1. muestra la movilidad interna correspondiente a las y los jóvenes estudiantes encuestados del Bachillerato Abelino Bolaños y el Centro de estudios Científicos y Tecnológicos, que constituyen una muestra representativa de acuerdo con los recorridos de tipo cotidiano, semanal y eventual. Los recorridos se consideran de ida y vuelta y tienen como origen la casa. Los recorridos del tipo cotidiano tienen como destino la escuela. Los destinos de tipo semanal son la plaza, el mercado y el río. El destino de tipo eventual es la casa de los parientes. Lo que revela el cuadro, según las respuestas de los y las encuestadas, es que a los varones jóvenes corresponde una mayor movilidad y diversidad dentro de su ciudad que a las jóvenes. Esto se explica porque aun en los casos en que los desplazamientos de los hombres son menores que los de las mujeres, los recorridos de éstas últimas son repetitivos y se limitan a un reducido número de destinos. Por otra parte, de acuerdo al mismo cuadro, las mujeres mantienen una vinculación restringida y a veces forzada con el espacio exterior a la casa, por ejemplo, la calle y las plazas, en comparación con los hombres. De acuerdo con lo expresado, se podría hablar de espacios especializados masculinos, y femeninos como una derivación socio-espacial de las formas de apropiación de la ciudad.

Cuadro III.2. Recorridos de los jóvenes estudiantes en Tlacotalpan, según frecuencia diaria, semanal y eventual, por sexo

Sexo	Recorridos en metros			
	Diario	Semanal	Eventual	Total
Mujeres	4.2	21.2	2.4	27.8
Hombres	4.6	22.9	3.2	30.7

El cuadro III.2 resume las distancias promedio que recorre la población encuestada. Los recorridos diarios son los que tienen mayor variedad de destinos y mayor intensidad de los trayectos. Así, los recorridos con destinos como la escuela, la iglesia, la plaza, el mercado y el río, aparecen como los más representativos. En tal sentido, se puede observar que los hombres jóvenes caminan más por la ciudad que las mujeres y alcanzan distancias superiores en los tres tipos de trayecto. El total de 30.7 Km. de recorrido en los hombres, contra 27.8 Km. en las mujeres, significa que aquellos recorren casi 1 por ciento más la ciudad que las mujeres. Por otro lado, los destinos de los recorridos de los hombres jóvenes son más variados que los de las mujeres. Al parecer, el mercado es un destino más propio de las mujeres que llega a repetirse hasta tres veces en un mismo día, en tanto que sólo es un destino esporádico para los hombres jóvenes.

Gráfica III.1. Recorridos de la población en Tlacotalpan según frecuencia diaria, semanal y eventual, por sexo



De ese modo, si nos remitimos a la estrofa del cantautor argentino citado en el epígrafe, entonces pareciera que a las mujeres de Tlacotalpan les está vedado el placer de una lectura, no sólo mayor sino más rica y participativa en la ciudad que las vio nacer. ¿Acaso será por eso que algunas de las entrevistadas, al estar dentro de sus dominios, casi parecían reivindicar por medio de su participación, en muchos casos más intensas que la de los hombres, su reducida posibilidad de exteriorizarse? Mi apreciación es de posibilidad, tanto en casos de personas residentes de la Zona Intermedia como de la Zona Central, cuyas intervenciones según puede verse en las entrevistas videograbadas son significativamente mayores que las de los hombres.

Aunque las distancias de los recorridos en la frecuencia diaria parecen dar cuenta de una movilidad individual levemente menor de las mujeres (véase gráfica III.1), el alcance mensurable de kilómetros recorridos so revela las características y los significados diferenciales de los recorridos para los y las tlacotalpeñas. Por ejemplo, el los recorridos de la frecuencia diaria, que tiene al mercado como destino, la característica principal no sólo es el destino sino la repetición del recorrido. El mercado como destino refleja una frecuencia, muy baja y esporádica en los hombres, y alta y repetitiva en las mujeres. Ello

tiene, al parecer, una diferencia por sexo. Según la población estudiada, tradicionalmente el mercado y la cocina son considerados ámbitos *para* las mujeres, ni siquiera *de* las mujeres. Idea que al parecer comparten los jóvenes con los adultos. De ahí, la baja frecuencia del mercado como destino de sus trayectos y que no forme parte de sus preferencias espaciales. La repetición de los trayectos del mercado como destino para las jóvenes tiene un significado diferente al de los hombres. Al parecer las adultas entrevistadas refuerzan los datos recogidos en las encuestas, dado que coinciden en que la repetición de los trayectos amplía la interacción, no obstante que el recorrido y los destinos son más reducidos. Ello parece dar cuenta de una inversa relación entre un menor desplazamiento por la ciudad y una mayor intensidad de interacción social. Esto, además, puede apreciarse en lo expresado por la mayoría de los adultos que entrevisté del estrato alto y los jóvenes encuestados del estrato bajo, quienes aluden al chisme como forma de interacción, localizada particularmente en el mercado, el que para los primeros es un espacio al que los hombres no tienen por qué ir.

Distancia social (proximidad y lejanía)

El concepto de distancia social está ligado a las categorías proximidad y lejanía. A partir de la noción de centro, como un referente que *encarna* la correspondencia físico social, la idea de proximidad y lejanía son formas sociales de expresión visibles y no visibles, de significados sociales y de valores creados por la subjetividad. Las expresiones visibles se refieren al lenguaje corporal, al vestido, la limpieza y las casas. El lenguaje corporal a su vez se expresa en la gestualidad que acompaña a la palabra hablada en los encuentros cara

a cara y que se manifiesta en el espacio por distancias mensurables, que controlan la interacción no deseada, como las indicaciones de aceptación o rechazo. El vestido es parte de los hábitos mediante los cuales se expresa la imagen que el individuo desea que los otros vean, que da cuenta de la moda y la tradición de acuerdo con los valores personales. La limpieza, tanto de la calle de la casa y la persona, representa un alto valor consensado por los tlacotalpeños. Las casas, además, son la vívida expresión del gusto y su valoración estamentaria mediante la forma arquitectónica y el color.

...Yo hablo de lo africano en los colores estridentes..
Residente de la Zona Central.

Por su parte las expresiones no visibles como el habla, la música, la comida, el chisme (como forma ambigua por su expresión de aparente doble moral, como connotación negativa si lo ejercen las mujeres, en tanto que acción comunicativa sí lo ejercen los hombres) y la solidaridad, son elementos de identidad entre la población. El 73% de la población encuestada, tanto hombres como mujeres, afirmaron que la forma de hablar constituye el medio más eficaz de reconocimiento entre ellos; al igual que la comida local y las formas de vestir, que son formas propias de identificación no solamente de preferencias personales, sino también categorías sociales, como factores locales de identidad cultural.



Figura III.6. Foto ¿Chisme o comunicación?

Esas y algunas formas más, que por cotidianas suelen ser omitidas en algunos trabajos por juzgarlas como diminutas, como los hábitos de limpieza, por ejemplo, conforman un conjunto de lo que, a su vez, ha llegado a consolidar el arte de vivir, de acuerdo con los tipos ideales de coexistencia, donde entran en juego tanto la imaginación como el conocimiento, esto es, en palabras de Maffesoli (1993:110), un “entrecruzamiento de pasiones y razones, de sentimientos y de ponderaciones, de ensoñaciones y acciones” propios de toda sociedad.

Estas formas comunican distintas señales y constituyen un medio cognoscitivo que los tlacotalpeños están obligados a aprender e interpretar, por la carga de significados que les ha sido asignada socialmente; son mecanismos sociales de apoyo que aseguran el sano desarrollo de las relaciones internas y externas de los individuos. Otras formas de las que se valen los tlacotalpeños para controlar la interacción no deseada es el uso del lenguaje hablado con significado polivalente, que según el destinatario debe ser entendidas como frías o amigables. El empleo selectivo del *tú* y el *usted*, el volumen y tono de la voz, dan cuenta de ello, junto con algunas formas de cortesía, cuyos modos de expresión cambian

sin variar su significado, según la persona destinataria y la emisora. Por otro lado, las formas de cortesía pueden expresar un crecimiento en intensidad de acuerdo con la frecuencia de su práctica. El trato que los tlacotalpeños ofrecen a los visitantes suele ser atento y cordial, y en la medida en que los encuentros vayan siendo más frecuentes, tal carácter irá denotando un incremento en la confianza y en el afecto. Los signos de ello pueden ser varios. La proximidad física, pasando por la presencia de relatos personales da cuenta de cierta confidencialidad, hasta abrirles las puertas de su casa, para lo cual un par de encuentros casuales suele ser una razón más que suficiente.¹¹

De ese modo, la idea centro periferia influye en las nociones de proximidad y lejanía social o física, como mensurable o no mensurable. Según la población estudiada ambos tipos de distancias así como pasan por el rasero de lo subjetivo pasan por el rasero del tiempo (calendario y reloj) y las condiciones meteorológicas, que llegan a ser muy severas en Tlacotalpan. Por ello, así como las distancias físicas se miden en pasos, cuabras o kilómetros, también se traducen en tiempo de recorrido a pie, lo que moldea la idea de proximidad y lejanía. Una misma distancia puede demandar mayor tiempo de recorrido que otra, influida por las características sociales, individuales o meteorológicas. El estado de ánimo individual puede modificar la idea de proximidad o lejanía, acortando o alargando la percepción del tiempo de recorrido. La misma distancia puede variar de acuerdo con el estado de ánimo y las expectativas del sujeto, tal como da cuenta la idea diferencial que expresan los tlacotalpeños con respecto a la misma distancia de los

¹¹ Tales rasgos corresponden con el sentido de hospitalidad y cortesía que la mayoría de la población encuestada reconoce como característicos en los tlacotalpeños, así como lo expresado por la mayoría de los entrevistados, hombres y mujeres, lo cual se constata en las videograbaciones respectivas. Una constatación más es el trato que siempre recibí, desde la primera ocasión que visité la ciudad, con

recorridos de la escuela a la casa y de la casa a la escuela. Según afirman, es más corto el recorrido escuela–casa que el trayecto casa-escuela. Ello, aun siendo la misma distancia y la misma ruta o cambiando de ruta con igual distancia. La variedad de ruta sólo la relacionaron con los saludos y ver a los amigos, lo que acentúa el papel de lo afectivo en la interacción y su relación con las distancias físicas y sociales.

Las distancias sociales como fronteras que acotan distancias mensurables, donde la noción de centro define lo próximo y lejano, en lo social y personal. En ello participan la movilidad personal local, el estrato social, la edad y el sexo. Así, existe una relación de distancia física y distancia social como resultado de la definición cultural hegemónica, de centro-periferia como referencia de lo lejano en metros y lo distante socialmente. Las Orillas representan lo distante socialmente y lo lejano en metros. Lejanía de estatus y del área central.

Se puede decir que la totalidad de señales que expresan tales formas no son más que instrumentos de los que se sirve la gente, formas cotidianas que reafirman lo social y que apoyan la autodefinition individual, como saber acerca de la pertenencia grupal, donde lo físico se incluye como parte de esa reafirmación específica expresada en la noción de *lugar* como pertenencia, es decir, mi *lugar* y el lugar del nosotros.

El lugar

El entender el lugar como *mi lugar*, recoge un sentido existencialista. Si bien representa una construcción social, surge de la experiencia misma de los hombres y mujeres, quienes le confieren un significado afectivo al espacio en que viven, y en el cual se enraízan. Es una

objetivos diferentes a los de la investigación de campo, sobre todo, por parte de los residentes de la

forma de hacer inteligible y concreta la abstracción que implica el espacio como noción. De ahí que el *lugar* es a la existencia social lo que los rincones del refugio a la vida individual. Ello quiere decir que el lugar para la gente tiene un significado antropológico, es decir, “lugar de identidad, relacional e histórico” (Augé, 1993:83). Significa que la noción de lugar, por oposición, contiene los atributos diametralmente opuestos a la noción de *no-lugar*, la cual supone condiciones tanto sociales como físicas y temporales muy divergentes. Un no-lugar, es aquél espacio “que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico” (Augé, 1993:83), contrario a las características del constructo social que representa el *lugar* para los hombres y mujeres que lo viven. La noción de no-lugar esclarece, por contrastación, la noción de lugar, en tanto que su definición ayuda a resaltar las condiciones del *lugar*, a la vez que complementa y amplía la interpretación de la noción inversa del lugar antropológico.¹²

El lugar antropológico representa la idea de un espacio nada emparentado con la noción de no-lugar, como espacios prototípicos de la supermodernidad, en cambio sí está vinculado con los lugares de las condiciones preindustriales de Tlacotalpan. Sobre todo porque a la noción de lugar antropológico se le puede considerar como el *lugar del nosotros*, tal como el sentido con que al parecer los y las tlacotalpeñas entienden los lugares de su ciudad. Los lugares como ámbitos definidos por una práctica social, por un recorrido, como un “discurso que en él se sostiene y en el lenguaje que lo caracteriza” (Berman, 1988:87), y no los *no* lugares como caracterizaciones de las instalaciones de la

Zona Intermedia y de la Zona Periférica.

¹² Toda vez que “En argumenteant le Même et le Différent on peut isoler, textualiser, et contextualiser” (Bouvier, 1995:120), es decir, argumentando lo Mismo y lo Diferente, se puede aislar, textualizar y contextualizar (Bouvier, 1995:120).

prisa y el exceso, concomitantes a la supermodernidad, *antípoda* de las formas espacio temporales de Tlacotalpan.

Dado que “todo está preñado de su contrario y todo lo sólido se desvanece en el aire”,¹³ me serviré de la noción de no-lugar como contraparte de la noción de lugar, en tanto que permite hablar en términos de la bipolaridad afectiva expresada en ambas. Lugar entendido como valencia topofílica y no-lugar por su carga topofóbica. Ambas valencias se asumen en cuanto constructos sociales, por tanto de acuerdo con las características de los habitantes como calificadores del espacio como lugar. De acuerdo con ello, es relevante mencionar que para la población estudiada existen en Tlacotalpan espacios que son calificados como *topófobos*, es decir, espacios cuya expresión o gente que convocan no sólo no alcanzan a ser percibidos afectivamente, sino que son descalificados por razones sociales o individuales. Para los adultos y algunos jóvenes de ambos sexos del poniente del Núcleo Central, fue recurrente la mención del Real Cinema, como elemento espacial de carácter topófobo. Por su parte, los jóvenes del estrato alto y medio reconocen como espacios de carácter topófobo, al mercado, a las Orillas, a la Alameda, al panteón, al billar, a la cárcel. Para las mujeres del estrato medio el primer lugar es ocupado por las Orillas, y en igualdad de calificación, la Alameda, la cárcel y el billar. Y las mujeres del estrato bajo mencionan en primer lugar tanto a las Orillas como el mercado. Por su parte, la mayoría de los jóvenes mencionaron a la Alameda en primer lugar, a las Orillas en segundo y al panteón, al mercado y la cantina en tercer lugar. Los jóvenes del estrato alto asignan el mismo valor a las Orillas que a la Alameda. Los del estrato medio con el mismo valor, a las

¹³ Cita de Marx en Berman (1988:26).

Orillas, al mercado, al panteón y a la cantina. Por último, los jóvenes del estrato bajo coinciden con la Alameda.

Como se ve, son mayoritarias las coincidencias en cuanto a la forma de percibir esos lugares por sus habitantes. Ciertamente, las características preindustriales de Tlacotalpan no permiten la experiencia de los *no lugares*, en tanto que fugacidad vivencial y anonimato. En cambio, las condiciones tlacotalpeñas favorecen otros tipos de vivencias; al respecto se puede hablar de mayor intensidad y de mayor entendimiento entre los agentes humanos y el entorno construido de Tlacotalpan, como conjunción urbana saturada de *lugares*. Donde *saturación*, no se refiere tanto a una diversidad en sus tipos, sino a la intensidad como son vividos día con día; es decir, aquellas relaciones que permiten el desarrollo de la vida plena, como los encuentros por ejemplo, esto es, los contactos como procesos de interacción. Procesos en los cuales, seguramente, hay tiempo para la conciliación y la solución de los diversos conflictos y *anormalidades* propias de la cotidianidad. Donde el orden legal si bien respalda, se trasciende, merced a un sentido de respeto y confianza hacia el otro, surgido de otro tipo de orden, basado en un *ethos* humanizado compartido. Un *ethos* como arte de vivir, como “eticidad constitutiva”, mala o buena del hombre, vínculo que tenemos con el otro y a la vez nos trasciende (González, 1996:19-69). Naturaleza humana a la cual corresponde una forma de ser, como capacidad de dar sentido a nuestra existencia y a nuestras acciones (González, 1996:23). De ese modo, el *ethos* basa su consistencia en una convicción también compartida, acerca del nosotros y de los lugares, como ámbitos de carácter *existencial*, donde el lugar deviene en espacio que hace o nos “hace pertenecer a una totalidad social y cultural” (Shultz, 1980:12). En tal sentido, el lugar es una expresión de la correspondencia física y social, del

orden dentro del cual el espacio como tal parece cumplir otro papel además del socialmente relevante, como aval a la palabra dada. En un ámbito donde la palabra, como referencia, llega a tener mayor solvencia y crédito que la firma de un compromiso contractual. La palabra como *residuo*, como forma que expresa un orden social fincado en el tiempo, pero sobre una base compartida de carácter espacial, la cual se ha consolidado como garantía de la persistencia de grupos coherentes, es decir, de “entidades donde se construye, se cristaliza y se argumenta el sentido colectivo” (Bouvier, 1995:119).

En tal sentido, Tlacotalpan es un espacio compartido, como *lugar del nosotros*, para sus habitantes afianza una suerte de compromiso compartido también mediante pactos no escritos, que parecen expresar, para decirlo a la manera de Weber, una construcción social con arreglo a fines específicos, o bien, constructos *práctico heurísticos* como los define Bouvier, que han sido consensados como provechosos y que, en el tiempo, en función de ese espacio y no de otro, han demostrado seguir siendo metas a alcanzar.

Los mapas mentales: bordos, nodos e hitos

Una aproximación metodológica, para conocer el significado del lugar o los lugares para los habitantes, es el uso de los mapas mentales. El mapa mental es una representación internalizada, una imagen como punto de contacto entre la gente y su medio ambiente (Rapoport, 1978:54). Sirve de guía para las formas de interacción social rutinizadas y ritualizadas, situadas espacialmente. El mapa mental, como imagen, da cuenta de la correspondencia de lo social y lo físico a través del modo como las representaciones colectivas conceptuales se agregan, como lo explica Durkheim en la experiencia personal, cuando se acumula toda esa ciencia y sabiduría en una colectividad a través del tiempo

(Durkheim, 1991:445). Se impregnan así las representaciones individuales más sensibles, por tanto, la conciencia, el organismo y la personalidad individuales y sus relaciones con los otros, en interacción con el espacio urbano. En ese sentido, el mapa mental funciona como esquema que condensa información en imágenes diversas: a) imágenes espaciales, que expresan la idea individual respecto a la situación personal en el mundo, que van de acuerdo con, b) imágenes temporales como la historia, el presente y las expectativas futuras de cada cual, c) imágenes sociales o relacionales relativas a los mecanismos de regulación para el desenvolvimiento social, y d) imágenes personales, que se refieren al concepto de sí mismo y de los otros.

Como imagen, el mapa mental es un medio de apoyo para establecer y puntualizar la identidad (Rapoport, 1978:54) a varios niveles, como mexicanos, como veracruzanos, como jarochos y como tlacotalpeños; como un medio de apoyo que abarca lo físico y lo social. El mapa mental es la imagen que guía y asegura la continuidad del estilo de vida socialmente aceptado y compartido, que se expresa en las preferencias, visibles o no visibles, como la escala de valores, las formas de interacción social, el vestido y arreglo personal, la dieta y el gusto, el lenguaje hablado y corporal, las rutas, lugares, bordos, nodos, hitos y formas arquitectónicas.

El mapa mental, en tal sentido, como expresión de las representaciones individuales sensibles, articula lo pragmático y lo afectivo al sintetizar como imagen espacial las imágenes temporales, relacionales y personales. Un ejemplo que da cuenta de ello es la combinación de elementos considerados por los jóvenes encuestados de ambos sexos dentro de los procesos de selección de rutas de sus trayectos. Optan ante la posibilidad de cambiar de ruta y trasladarse por otros senderos, en virtud de elementos de significado

colaterales al objetivo del trayecto. Elementos de significado como sería alcanzar con certeza el objetivo del trayecto, la rapidez y la comodidad, junto a la expectativa de los encuentros programados y la sorpresa de los no programados; las formas de comportamiento y el arreglo personal, el acento contextual de las formas arquitectónicas y la seguridad que garantiza lo habitual.

La combinación de estos elementos muestra que el mapa mental, como imagen espacial, resulta serlo a partir del espacio vivido. El espacio vivido entendido como espacio sensorialmente experimentado, al que le ha sido atribuido uno o varios significados como representación simbólica. Por tanto, el espacio vivido es un espacio percibido, cargado de los atributos que colman al espacio como lugar; de ahí que la noción de espacio vivido sea entendida en los términos de Rapoport como punto de partida del que, dependiendo del significado de los lugares mantienen o no el interés de éstos en la vida de la gente (Rapoport, 1978:138). Así, la relación de lo pragmático y lo afectivo contenido en el mapa mental, deviene en asignación de atributos simbólicos del espacio, como significado, en la que los recuerdos juegan un papel relevante en cuanto a la percepción del entorno construido, como sucesión de lugares simbólicos.

Por otro lado, así como los recuerdos como imágenes no tienen la misma carga emotiva, los mapas mentales, además de variar de sujeto a sujeto, cambian de acuerdo con las condiciones internas y externas. Las condiciones internas se refieren el estado de ánimo que puede influir la percepción del entorno construido. Las externas son las condiciones

ambientales en general y las meteorológicas en particular. Estas últimas, se identifican, además, con las condiciones que modifican la percepción del entorno construido.¹⁴

Finalmente, el mapa mental es un esquema abstracto, donde el repertorio de los tlacotalpeños ordena y jerarquiza el conocimiento y significado de su medio físico y social. Es como resultado de la imbricación de las representaciones colectivas conceptuales y las representaciones individuales más sensibles y su correspondencia con el entorno construido. Representan la porción más vivida de acuerdo con lo social, las acciones, las vivencias personales, los recuerdos y los afectos (Rapoport, 1978:124).

A partir de la idea de *interdependencia*, que recupera la ecología social y la psicología comunitaria,¹⁵ el mapa mental condensa la imagen espacial, la relacional y la personal, en forma de subsistemas interrelacionados, como expresión de los efectos del medio ambiente en la conducta. Los subsistemas están articulados por los límites sociales y espaciales, los significados, la naturaleza polisensorial de la percepción, las imágenes estéticas y los afectos de la gente, dentro de los cuales, las imágenes estéticas están representadas por el gusto y los afectos, como elementos centrales de las experiencias

¹⁴ La percepción, como propiedad mental y proceso polisensorial. Como propiedad mental incluye "un conjunto de actitudes, motivaciones y valores [que] afectan no sólo [el] conocimiento del medio sino [el] comportamiento dentro de él" (Rapoport, 1978:42). Como proceso polisensorial, que alcanza significado, mediante la internalización de las representaciones colectivas conceptuales, si bien con la vista como sentido *dominante*, de forma sinestésica o *audition coloree*. La percepción, por tanto, es una expresión variable de las representaciones individuales sensibles, que se expresa en la percepción diferencial del entorno construido, de acuerdo con las características socioculturales y mentales del sujeto, es como añade Rapoport (*Id*:175) "algo que forma parte de la gente [...] en un constante, activo sistemático y dinámico intercambio [en el que] las personas siempre consideran el medio como algo en el que existen otras personas, valores y símbolos".

¹⁵ Véase, Charles J. Holahan. Social Ecology en Bernard Bloom y Ch. D. Spielberger. *Community Psychology in Transition*, Texas, IRA ISCOE, Austin University, 1977, p. 123. Irwin Altman y J. Wohlwill. *Behavior and the Natural Environment*, New York, Plenum Press, 1983.

conscientes y el comportamiento, ya que virtualmente ningún significado, acción o encuentro ocurre fuera de ellos.¹⁶

Por lo anterior, una forma de analizar la percepción del espacio por medio de la utilización de los mapas mentales es haciendo hincapié en los tres puntos físico espaciales, los bordos, nodos e hitos, a los que hago referencia a continuación.

En efecto, las nociones de bordos, nodos e hitos, se asumen desde la perspectiva del formismo por cuanto a la correspondencia de lo social y lo físico, de acuerdo con lo que les significa a los habitantes. En tal sentido el bordo es algo más que una delimitación o frontera espacial. Los nodos, de acuerdo con el sentido común de los tlacotalpeños que los emplean como referencia social y espacial, se asimilan al concepto de *lugar*, y guardan relación con el sentido de *dasein* como *ser en el mundo* (Vattimo, 1993:23-28). Por su parte, los hitos se asumen como *indicadores referenciales*, que interesan más por su connotación social de carácter simbólico, que por su inherente utilidad como signos de direccionalidad. De ese modo, estas nociones se usan más por su connotación social de carácter simbólico y como indicadores referenciales, que por su inherente utilidad como signos de direccionalidad. En tal sentido, los bordos reflejan en efecto aquellos elementos lineales que el observador no usa pero que funcionan como elementos fronteras entre zonas (Lynch, 1984:62). Los nodos, más que como puntos estratégicos a los que puede ingresar un observador, como una esquina donde se reúne la gente o una plaza que representa el mejor ejemplo de confluencias y de convergencia de sendas, trayectos y acontecimientos en el recorrido (Lynch, 1984:63). Y, por último, los hitos son también tanto claves de

¹⁶ Cf. Ulrich (1983: 85): "Affect is central to conscious experience and behavior in any environment [de cualquier índole.] Because virtually no meaningful thoughts, actions, or environmental encounters occur without affect".

identidad como partes de la estructura urbana sobre las que se tiene un acercamiento e identificación mayor a medida que el trayecto se hace más y más familiar (Lynch, 1984:64). Con los conceptos de Lynch, es posible explicar no únicamente componentes físicos en sí mismos, sino como instrumentos de aproximación explicativa de las formas como la gente de Tlacotalpan percibe su ciudad.

Los bordos, nodos e hitos, dan cuenta de la correspondencia entre lo social y lo físico como formas del lenguaje de la ciudad. Formas de lenguaje que al ser apropiadas socialmente, se convierten en convenciones de diversos significados. La capacidad de percibir de los sujetos es el objeto de tales formas, en tanto elementos materiales que se interiorizan por la vista, el tacto, el oído, el olfato, posiblemente el gusto, el sentido del equilibrio, el sentido común, el sentido del humor, el sentido de la responsabilidad y la mediación del recuerdo y la intuición.¹⁷

En tal sentido, me refiero a los bordos, nodos e hitos como forma interpretativa y, sobre todo, en la manera como entran en juego simbolismos, significados, contexto cultural y urbano, la congruencia espacio función y seguridad (Rapoport, 1978:127), que influyen en la percepción de los tlacotalpeños sobre su ciudad. Por eso las imágenes y los mapas mentales que guían las acciones rutinizadas y ritualizadas, son conocimientos prácticos de estos componentes urbanos y de las relaciones afectivas y simbólicas que ahí se dan.

¹⁷ Esto parece consolidarse en la versión de Arnheim (1989:31) cuando afirma que “el conocimiento del entorno y de la orientación dentro de él comienza con la exploración intuitiva de lo perceptualmente dado, [desde el] comienzo de la vida y se repite en cada acto de cognición que parte de la aprehensión de los hechos proporcionados por los sentidos”. De acuerdo con ello, me parece utilizar estas nociones como aproximación al conocimiento del universo dentro del cual pueda inscribirse el *dasein*, como ser en el mundo, a partir del que creo que se desarrollan los procesos de construcción del imaginario de los tlacotalpeños.

La ribera del Papaloapan es uno de los bordos que cuenta con lecturas contrastadas, influidas por las condiciones del tiempo y por el lugar de la lectura: desde la ciudad y frente a la ciudad. Como lugar de residencia de las elites la primera, y como lugar de residencia de las familias del estrato bajo, la segunda. Los tlacotalpeños entienden la ribera como delimitación entre el río y la ciudad: límite espacial; a la vez que, unifica la idea de estatus y belleza. Sin embargo, si las condiciones meteorológicas sugieren anormalidad o el desborde del río, la imagen de los tlacotalpeños con respecto al bordo, se afecta diferencialmente, de acuerdo con la edad, el sexo y el estrato social. En tales condiciones, lo mismo significa molestia que aventura, peligro que esperanza. Para las mujeres adultas del estrato alto representa peligro, para los hombres adultos del mismo estrato, molestia. A pesar del aumento extremo de las molestias en las condiciones de vida, para los adultos del estrato bajo, el bordo representa expectativas de mejora. En cambio, para los jóvenes, significa diversión. El carácter diferencial de tales imágenes parece dar cuenta de que la experiencia permea la percepción, pero no la determina.

La diferencia de las imágenes urbanas se acompaña por una significación ambivalente, según las experiencias individuales, lo que explica que para los pescadores y los lancheros un bordo signifique una senda e incluso su lugar e, inversamente, para los residentes ribereños o los de las áreas adyacentes, un bordo represente para los primeros una frontera que demarca el aquí y ahora, y para los segundos sus sueños y esperanzas.

...Se metió el agua (y nosotros nos tuvimos qu'ir), pero se metió allá tanto así ¿no? y, éjte, nos fuimos a un alto por ahí. Y la gente en el muelle, celebrando que se inunda. Ahí (en el muelle) está alto todo

eso. Y la gente éjite, tomando, jugando y los niños bañándose, recogiendo nacaj... Las nacaj'on pejesitoj así, chicoj, pero no se comen, se come la hueva... y es deliciosa ¿no?

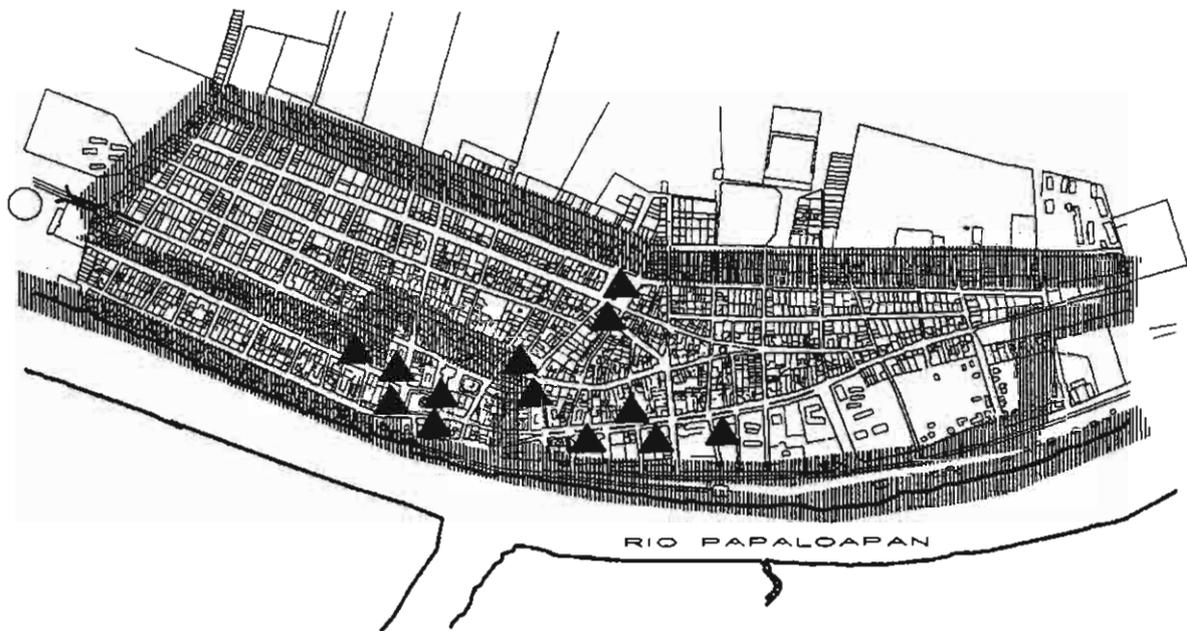
Residente de la Zona Intermedia.

...No tuvimos la oportunidad de comprar a la orilla del río, pero sí en la calle del río cerca del río y en una calle muy bella y por eso nos atraía, una de las calles más bellas y con menos problemas de urbanización y de servicios así que era muy atractivo para nosotros vivir en ella y tuvimos esa oportunidad y no la dejamos ir...

Residente del área adyacente al río.

...Por el miedo a las inundaciones yo mismo he pensado, en la parte de atrás, hacer de dos pisos, por las inundaciones meter los muebles a la hora de la hora... Porque ha habido inundaciones donde llega el agua y tienen la marca los roperos ...

Residente ribereño.



Plano III.1. Bordos e hitos

Así, la noción de bordo da cuenta de múltiples significados según el estatus, al apego a la naturaleza y sus prodigios, al riesgo y la fertilidad; al peligro y a la purificación; a la contaminación y a la vida; a la belleza y a la tragedia. Significados todos que parecen confirmar aquello de que habla Vattimo “en cuanto instrumentos, las cosas remiten constitutivamente a algo que no son ellas mismas” (Vattimo, 1993:31). Por ello, cada una

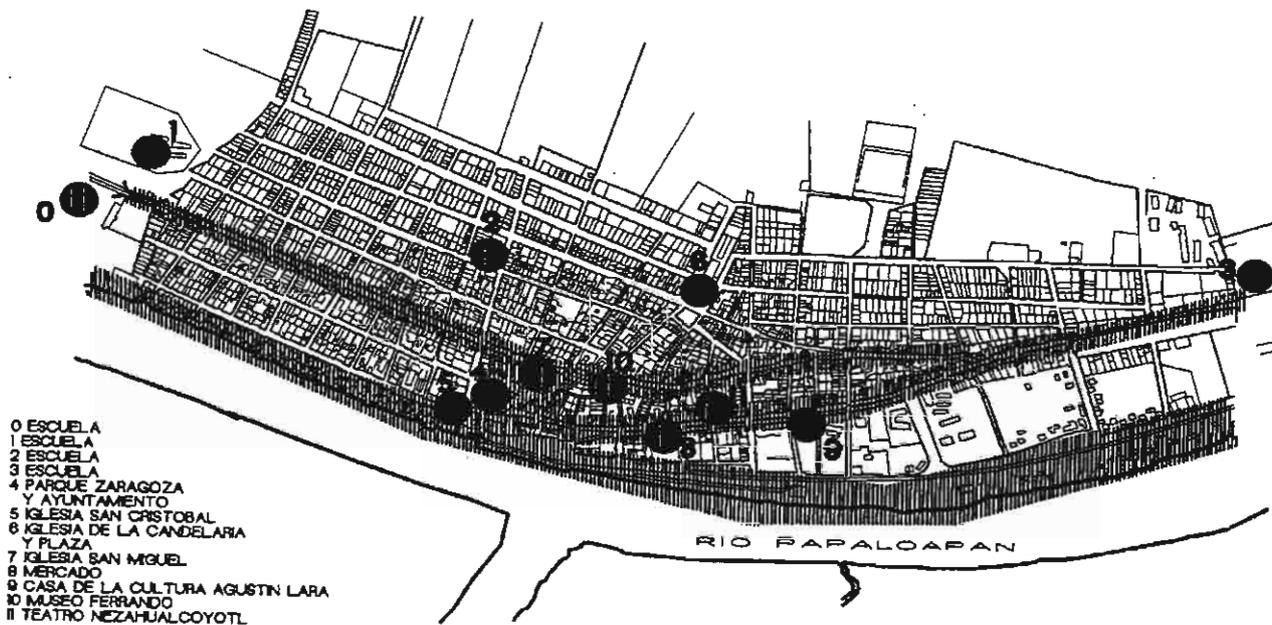
de estas nociones cobran interés porque son instrumentos útiles para explicar los modos como los tlacotalpeños *se relacionan* con la ciudad y le dan múltiples significados. Es, sin duda, resultado de la interacción social en el espacio. La multiplicidad de significados corresponde a la multiplicidad de prácticas y relaciones que los pobladores sostienen con su entorno.

Se puede decir que para los residentes de la Zona Central, existen dos percepciones distintas respecto a la noción de Lynch, como límite entre dos fases, rupturas lineales de la continuidad que constituyen referencias laterales y según las cuales se relacionan y unen dos regiones, que a su vez constituyen para muchas personas rasgos de organización espacial (Lynch, 1984:62). El bordo visible es, en efecto, la ribera del Río Papaloapan que baña la parte Sur de la ciudad, pero el no visible está representado por lo que fuera la desembocadura del desecado Río Chiquito, en la parte Poniente. No es visible como barrera social de lo que no obstante fuera una verdadera barrera física, de la que sólo queda como huella el puente que da acceso a la ciudad al poniente (véase Plano III.1). Entonces, este bordo no visible tiene un significado de límite social, entre la Zona Central y parte de Las Orillas, y se percibe como un accidente geográfico antiguo, rebasado por el crecimiento de la ciudad.

De acuerdo con las nociones de Heidegger, los nodos son *lugares* o espacios existenciales, como los denominaría Schultz, por eso resaltan en su importancia social, dado que expresan representaciones colectivas conceptuales que preñan las representaciones individuales más sensibles, y que los identifican como referentes espaciales, con significado simbólico. Esto es, muestran experiencia vivida en función de la cual se perciben por la capacidad polisensorial individual. Con esta idea de nodos o

lugares, ampliaría la noción propuesta por Lynch, que los define como puntos estratégicos o focos intensivos de los que se parte o a los que se encamina, esto es, como concentraciones que condensan determinado uso de carácter físico (Lynch, 1984:62). De acuerdo con mi definición, los nodos como lugar, pasan por el tamiz de lo subjetivo, incluyendo preferencias y recuerdos; en virtud de ello, los nodos pueden ser asumidos con valencias bipolares que varían de acuerdo con el individuo.

Los nodos más significativos de Tlacotalpan están representados por los espacios públicos, con fuerte énfasis en los principales centros de enseñanza, como reflejo del soporte económico que representa tal actividad. De acuerdo con ello, existe una valoración jerárquica, y distintas formas de percibirlos en función de los intereses y afectos según la edad y el sexo; por ello, los lugares con significado preferencial son en este orden: los parques y las plazas, el muelle y el museo. Además: el área político administrativa, el área comercial de mayor actividad y diversidad, las escuelas, iglesias y bares, y otros *lugares* importantes como el Museo Agustín Lara. Junto con ellos, el sitio de autos y la terminal de camiones, que aparentemente corresponderían a la noción de *no-lugar*. Tal correspondencia con los espacios del anonimato de Augé (1993) es aparente, porque para los tlacotalpeños, ambos conforman lugares de encuentros programados de acuerdo con tiempos localizados o encuentros casuales con los mismos prestadores de servicio con quienes les unen lazos de amistad y de confianza (véase Plano III.2).



Plano. III.2.Nodos

Según la población estudiada, el nodo admite valoraciones negativas, de acuerdo con criterios de orden moral o estético. A los primeros corresponde el billar, cuyo significado parece dar cuenta de imágenes contrastadas, que parecen hablar del deseo como prohibición, por parte de las mujeres jóvenes del estrato medio, ya que para el resto de los jóvenes, al parecer, el billar es indiferente. Con relación a los criterios estéticos, están el cine, el teatro Nezahualcóyotl y el Mercado; al respecto, los hombres adultos y mujeres adultas y las jóvenes, coinciden en calificar negativamente esos nodos, no así los jóvenes varones a quienes al parecer les son indiferentes. El significado negativo de estos nodos, revela que el peso de las representaciones colectivas conceptuales no pasa por sobre las representaciones individuales sensibles; sin embargo, el significado individual queda supeditado al consenso social, o de lo contrario, no existirían estos lugares, o al menos no serían aceptados como tales públicamente.

La noción de hitos para Lynch son claves de identidad (1984:64). Además se asumen aquí como *indicadores referenciales*, es decir, señales o indicios de carácter amplio de los que se valen los y las tlacotalpeñas con la participación de los sentidos y la memoria, como elementos socioespaciales de identificación situacional. Asimismo, podemos hablar de *indicadores referenciales* visibles y no visibles, dado que pueden ser nominativos, odoríferos, sónicos o táctilo sensibles. Cada uno de ellos mantiene una relación directa tanto con los lugares como con el calendario y con el cuerpo, de ahí su utilidad como instrumentos de identificación social, individual y espacio temporal.

Un ejemplo de indicadores referenciales visibles son los dibujos elaborados por la población estudiada. Se puede hablar de la preponderancia que para ella tienen los elementos verticales constituidos por la cúpula y torre de la iglesia de San Cristóbal, así como las palmas reales (véase Figura III.7). Estos elementos localizables a gran distancia se ubican en la Zona Central y, por sus características físicas de visibilidad y altura, se distinguen a gran distancia. Al parecer tales elementos constituyen la expresión simbólica resumida en unas cuantas figuras, de la imagen que simboliza para la gente de Tlacotalpan su ciudad, lo que habla del papel complejo que cumplen estos hitos, más allá de simples elementos espaciales. El resto de estos hitos, cuya verticalidad los hace ser visibles a menor distancia, son el Palacio Municipal y el quiosco, los portales y los monumentos inmediatos. E igualmente por su altura, como marcas urbanas y sociales con una valencia negativa, están el cine, el teatro y el mercado.

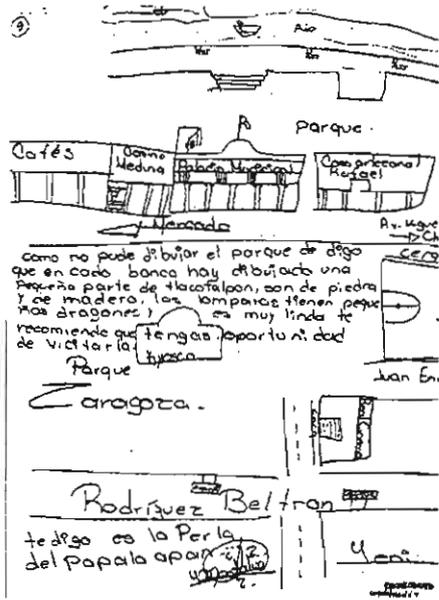


Figura III.7. Dibujos realizados por la población encuestada

Capítulo IV

Espacio y tiempo urbanos:
El significado “del aquí y el ahora”
en la interacción social.

1. La plaza. 2. La calle. 3. El portal.

Este apartado se refiere a las formas de interacción social de los y las tlacotalpeñas en el tiempo, y en su expresividad y significado motivacional. El espacio al que hago referencia se circunscribe a la plaza, la calle y el portal; el tiempo se analiza tanto como tiempo-calendario de los días ordinarios y el día de la fiesta, y como tiempo-reloj de la mañana y la noche. Por expresividad entiendo la intencionalidad y el compromiso individual por desempeñar convincentemente un rol asignado. Por significado motivacional entiendo las acciones y comportamientos que generan formas de interacción rutinizadas y ritualizadas, las que a su vez dan pie a la construcción individual del mapa mental.¹

En ese sentido, las formas de apropiación espacial se asumen de acuerdo con la situación, entendida como aquellas condiciones propiciatorias o no, del trato mutuo entre sujetos, que dan cuenta de una jerarquización de acciones individuales en un contexto físico social. Condiciones propiciatorias o no, que de acuerdo con este contexto se expresan a través de posturas verbales y gestuales. Las posturas son formas que identifican el rol social que resultan de la toma de conciencia del comportamiento del otro de acuerdo con un orden relacional en el que la expresión individual se da a través del manejo del cuerpo y los gestos, como un lenguaje influido por las condiciones propias del lugar y de la acción social (Giddens, 1995:118); donde la confianza se asume como depositaria del secreto personal y la seguridad ontológica de reciprocidad; responde a las reglas sociales de la etiqueta del encuentro, es el lenguaje ritual a partir del saludo, el indicio del comienzo, del final o la continuidad de la

¹ Intento recuperar aquí algunas de las nociones de Goffman (1997) que en su propuesta teatral ubica situaciones cara a cara, producidas por los trayectos y las concentraciones de los individuos. Además retomo la idea de Schutz y Luckmann (1973:207), que entiende el mapa mental como decisiones jerarquizadas que definen a la conducta en una situación que es significativa con los planes de vida y los planes cotidianos de los individuos.

interacción. El saludo puede expresar la postura verbal o corporal, conforme a la situación y el contexto.

Asimismo, asumo la apropiación espacial en virtud del encuentro que se da en la plaza, la calle y el portal, como un componente del establecimiento social (*establishment*) tlacotalpeño. El espacio que está rodeado de barreras establecidas y que definen la interacción social, la cual se desarrolla de un modo regular según el tipo determinado de actividad (Goffman, 1997:254). Así, los lugares, foros y sedes de interacción se asumen como componentes físicos constitutivos de un sistema de ordenamiento espacial que se extiende sobre diversos estratos sociales en una especie de diferenciación de intimidades y anonimia, de extrañeza y familiaridad, de proximidad y distancia social (Cfr. Schutz y Luckmann, 1973:58). Pero la proximidad y la distancia social y física están contenidas en los lugares, foros y sedes. Así, los lugares tienen un significado que va desde la perspectiva del cuerpo, como el lugar del propio ser, hasta la definición antropológica de lugar, en cuanto a espacio de identidad, de relaciones sociales e históricas; mi aquí (*umwelt*) es el entorno del momento, es como dice Schutz y Luckmann (1973:60): “el mundo a mi alcance, que incluye mi zona de operación [que] se halla más estrechamente circunscrita, y se construye en el entrelazamiento de cinestesisas [...] y locomociones.² Los foros son el espacio definido por la cultura como el ámbito más adecuado para desarrollar una actividad compartida de un modo determinado y en asociación con otros. El foro es un *sistema de actividades*, que puede

² Me parece que el término que aparece en el texto de Shutz y Luckmann como cinestesisas refleja un error ortográfico, ya que parece referirse más bien a sinestesisas, toda vez que agrega locomociones, lo que parece aludir a la cinestesia. Y sinestesisas, que se entiende como una asociación constante de sensaciones de diferente naturaleza perceptual (Sanz, 1985:13), o también como combinaciones de modos sensoriales semejante a la llamada *audition coloree* o audición del color (Arnheim, 1985:105), que es producto de curiosas mezclas de interconexiones fisiológicas y asociaciones psicológicas (Arnheim, 1989:208). Así, locomociones se refiere al movimiento de los sujetos por el espacio como área de operación, relacionado con la idea de cinestesia que se refiere a las formas de control y conciencia de las tensiones del cuerpo (Arnheim, 1989:31 y 241).

transformarse a su vez en sistema de foros (*Cfr.* Amerlinck y Bontempo, 1994:84). Finalmente, las sedes, son como lo establece Giddens (1995: 399) “parte del escenario de una interacción, con fronteras exactas que contribuyen a concentrar de algún modo una interacción”.

En ese sentido, asumo los lugares, foros y sedes como espacios cuyo aspecto físico influye para moldear la frecuencia y profundidad de los encuentros (cara a cara), el carácter de las formas de interacción y la expresión de los comportamientos de los participantes.³ Es importante subrayar que la frecuencia y profundidad de los encuentros puede tipificarse como episódicos o constantes, e intensos o superficiales. El carácter de las formas de interacción como rutinizado o ritualizado. Y los comportamientos individuales, como juego de espejos, de acuerdo con el enmarcamiento.

La relación espacio-tiempo se sintetiza en la idea de Mi aquí y Mi ahora. Se refiere a las connotaciones sociales e individuales del tiempo-calendario y del tiempo-reloj, que regionalizan u ordenan el mundo de la vida cotidiana que marca las relaciones de permanencia y finitud, como la historicidad y la situación de la interacción social. El tiempo-calendario se refiere, por ejemplo, a los días ordinarios (del trabajo y el descanso del domingo) y el día de la fiesta (del ocio), como el caso del festejo anual de la virgen de La Candelaria; y el tiempo-reloj, es la zonificación horaria que acentúa las características preindustriales de Tlacotalpan: el día que se convierte en puerta de acceso a la intensidad de la vida social, mediada por la hora de la siesta por las tardes, y

³ Esta visión da cuenta de los principios de la psicología comunitaria y la reciprocidad de las relaciones personas-ambiente, en las que “las personas afectan a sus ambientes y los ambientes afectan a las personas; las personas influyen en otras personas, y un ambiente afecta a otro ambiente”, véase Kelly, John y otros (1990). *Psicología comunitaria. El enfoque ecológico-contextualista*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina. Varios, Especialidad en Psicología Comunitaria del Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana (Página principal Internet: “URL: bugs.invest.uv.mx/cancerepcd/antopc.o4.htm”).

la noche como lindero de la actividad social destinada al mundo de la vida privada, perteneciente al interior y al detrás que es “la región posterior donde se prepara la actuación de una rutina” (Cfr. Goffman, 1997:254). La noche delimita lo inobjetable, que funciona como “cualquier frontera espacial” (Giddens, 1995:152). Así, el día transcurre mensurablemente para la vida social e individual; es el tiempo del acontecer subjetivo de las relaciones de las vivencias espacio-temporales y la engañosa reciprocidad con que suele expresarse en la traslación de tiempo a espacio o a la inversa, mediante el acortamiento o prolongación de la relación tiempo real-distancia física. Y la noche, a diferencia del día, es el intervalo y espacio paradójico de censura y libertad. Censura para la presencia de la mujer sola en el exterior; y libertad indiscriminada para los hombres, permisividad limitada para las conductas amorosas. Libertad y censura son la evanescente aparición del ritual del juego, el baile, el canto y la bebida, disipadores de tristezas y relajación del gobierno del cuerpo. El día y la noche son espacios para la consolidación de identidades --se encarnan el chisme, la broma y el intercambio de afectos--, son en suma, formas sociales de expresión que aglutinan a la vez a todos sus contrarios.

En relación con lo anterior y de acuerdo con lo observado en Tlacotalpan se dan al menos dos tipos de formas de apropiación social del espacio: el tipo por tradiciones como forma de percepción colectiva y conceptual, y el tipo por consumo y medios como experiencia emergente que no es dominada únicamente por conocimientos propios (Cfr. Schutz y Luckmann, 1993:226). La frecuencia e intensidad del tipo de apropiación por intensidad, si bien es compartido por todos en general, los jóvenes parecen estar más identificados por una necesidad de transgredir la fuerza de la costumbre. Por su parte, el tipo de apropiación por consumo y medios es ejercido, básicamente, por jóvenes del estrato alto y medio. Si bien el tipo por tradición es

asumido, unánimemente, en términos de representatividad; es el tipo por consumo y medios el que da cuenta de la relación asimétrica entre los que lo ejercen frente a quienes se ejerce.

Tal relación parece mostrar, además, el carácter diferencial entre las formas generacionales de percepción respecto a la interacción social en y con el espacio, así como los signos de empatía del adulto con la vigencia del modelo social de comportamiento, pertinente a los paradójicos ideales difundidos en el siglo XIX. El modelo exaltaba a la vez lo propio como necesario y lo externo como prestigioso. Lo primero era la necesidad de preservar tanto diferencias como cierto arraigo territorial guardando las tradiciones (*Cfr.* García Canclini, 1995:15); lo externo era filiarse a principios éticos y estéticos a través de la adopción de modas venidas, principalmente de Europa, que ungía de prestigio a quienes podían asumirlas. De ahí, el comportamiento colectivo, es decir, el conjunto de expresiones públicamente observables que rigen los actos de sus habitantes, principalmente del estrato alto, los que tratan de imitar con distintos matices, o los que pertenecen al estrato medio y bajo. Los del estrato medio, a su vez, dan cuenta del empleo del color en las casas y la ropa y el sentido de la decencia que debiera reflejar las buenas maneras. Por su parte, la imitación de los y las tlacotalpeñas del estrato bajo, se expresa en la adopción de las formas de comportamiento, más que en la materialización de los gustos en la casa, el vestido o la comida. Ello parece hablar de dos signos paradójicos de proximidad y alejamiento de proximidad individual de quienes sirven en las casas de la población del estrato social alto, que se traduce en un acercamiento al modo de ser y alejamiento en términos de la distancia social y diferencias de recursos. En tal sentido, el comportamiento compartido mayoritariamente corresponde, al parecer, a una imagen socialmente aceptada que se convierte en la representación colectiva conceptual de

buenas costumbres o bon vivre, que va a enmarcar los mapas mentales de sus residentes guiando sus acciones rutinizadas y ritualizadas. Estas formas se expresan con mayor nitidez en la plaza, el parque y el portal.

La relación entre el tipo de apropiación tradicional del espacio y el tipo de apropiación del espacio por consumo y medios, y el empleo del cuerpo que expresa las formas de comportamiento socialmente consensadas, parece dar cuenta de hondas diferencias generacionales: entre la fuerza de la costumbre y el sentir individual de los jóvenes. En efecto el manejo del cuerpo da cuenta de una percepción diferencial entre los jóvenes y los adultos. El cuerpo es un emisor infinito de señales: el habla, las formas de moverse y gestualizar, el gusto expresado en el arreglo personal, el vestido, la comida y la música, son señales que a decir de los adultos reflejan en el joven un comportamiento adverso a las buenas costumbres, como resultado de la “perniciosa” libertad de la que disfruta hoy en día la juventud de Tlacotalpan, y que los adultos perciben como desviación del consenso a los valores y normas socialmente reconocidos. Ambos tipos de interacción en el espacio hablan de tal dicotomía, en la que el papel de la mayor edad aparece como la nota dominante, a pesar de ser demográficamente minoritaria.

En tal sentido, ambos tipos de apropiación e interacción parecen hablar de que el peso de la tradición recae inevitablemente sobre los jóvenes, y los conmina, como sugiere Goffman (1979:194), a “dedicarse a una actividad específica en situaciones establecidas, como un racimo de relaciones obligatorias”. Efectivamente se dan en un medio asimétrico de vinculación con la otredad, en función de un pacto de derechos y obligaciones pero como expectativas del otro. De ese modo la relación entre los tipos de apropiación (interacción) y el comportamiento que se da a través del cuerpo, da

cuenta de la correspondencia físico-social, en tanto que forma asimétrica, de las relaciones sociales influidas por el medio ambiente.

Las relaciones entre el comportamiento y los tipos de apropiación del espacio hablan de una correspondencia físico-social. Las expectativas de reciprocidad de la interacción social enmarcan las acciones en y con el mundo de la vida cotidiana, se refieren a las respuestas que el otro espera del yo en la que participan representaciones colectivas conceptuales y su regulación prevista en el contexto físico. Es el contexto, el lugar, el escenario o sede de la acción, donde se expresan la solidaridad, los afectos, la confianza (el chisme y el secreto), como formas sociales que permean la interacción en los encuentros cara a cara. En enmarcamiento hay una regulación visible o no visible que se da a través del espacio. Ahí se espera de las personas un modo específico de gobernar el cuerpo, como actuación, en la que movimiento, gestualización, arreglo y vestido, modos de hablar, oler, oír y tocar se realizan asumiendo lo establecido en el *libreto*. El libreto, según el rol o posición social, es una forma de identidad social que lleva implícito ciertas prerrogativas y obligaciones del actor de acuerdo con una tarea social o guión a representar en el escenario y en el que los actores desempeñan sus propios papeles preparados para ellos mismos (*Cfr.* Giddens, 1995:117). El guión prevé, a través de las señales o indicios, el sentido de la actuación individual; es un instrumento de control de la interacción, de acuerdo con las condiciones de posibilidad y duración fijadas por el tiempo.

En tal sentido, la relación entre comportamiento y apropiación espacial, es una *forma familiar* de actuación individual, en una situación dada para los habitantes de Tlacotalpan. Hay una confluencia informativa de carácter pragmático y afectivo que expresa el acervo individual, pero que no puede prescindir del contexto físico y el tiempo. De ahí que el contexto físico sea un previsor de conductas esperadas de

acuerdo con las representaciones colectivas conceptuales, acentuadas por el enmarcamiento respectivo. Y el tiempo que acota y moldea las formas de apropiación, sea el aval de la interacción rutinizada y ritualizada. De ese modo, el comportamiento es la expresión individual de señales o intenciones que los demás puedan interpretar y predecir sin perder el respeto mutuo (*Cfr.* Goffman, 1979:30), y de esta manera, el comportamiento está constituido por dispositivos sociales de control de las interacciones que se dan tanto en trayectos como en concentraciones masivas. Efectivamente, la interacción social en un espacio dado puede analizarse en virtud de los trayectos, las concentraciones y su relación con las condiciones ambientales que abarcan los aspectos físicos, sociales y temporales. Los trayectos son como lo explica Shutz y Luckmann (1973:59) un medio para superar la distancia mediante traslados que cambian de ubicación de acuerdo con algún fin particular. Son desplazamientos espacio-temporales discontinuos, que concatenan actividades y encuentros de carácter emergente o episódico. Por su parte, las concentraciones son una forma ampliada y heterogénea de encuentros fortuitos o programados, con fines comunes o no, por ejemplo, la *fila* para guardar turnos o la salida del teatro, la iglesia, la reunión recreacional casual o los rituales grupales.

En los encuentros, los participantes están conscientes de su participación, de la presencia de los demás, y su carácter es influido por las condiciones sociales y físicas (*Cfr.* Giddens, 1995:107). De ahí la importancia de las condiciones ambientales porque pueden ser factores perturbadores de acontecimientos (*Cfr.* Moles, 1983:228). Pero los encuentros también están influidos por las condiciones sensibles de los individuos encarnadas en lo pragmático y lo afectivo; son parámetros emocionales que intervienen en la elección entre opciones de rutas y trayectos.

Los trayectos y las concentraciones permiten analizar la actuación de los individuos como unidades vehiculares, participativas e interactivas. Ciertamente, como unidades vehiculares, se sitúan en el espacio público, sea de la plaza, de la calle o el portal, y su papel consiste, además de asumir el enmarcamiento del contexto, en inferir los gestos corporales de los otros, lo que propicia o no la interacción, aparte de asegurar la circulación o acortar las distancias entre el origen y el destino de un trayecto. El papel de los individuos como unidades interactivas y participativas, se refiere a la forma en que aparecen “solos” o en compañía, en el espacio público (Cfr. Goffman, 1979:37), con objetivos centrados en los encuentros momentáneos (Cfr. Goffman, 1979:305), donde practican el encuentro que propicia los pequeños relatos, que ayuda a constituir la historia local vuelta mito, música o remembranza compartida, es como dice Maffesoli (1990:214) “tiempo que se cristaliza en espacio”. Es precisamente la relación indisoluble entre espacio y tiempo que se produce, por medio de la interacción distintos significados del aquí y el ahora, la que busco explicar con el análisis de tres puntos de concentración y distribución urbana: la plaza, la calle y el portal.

1. La Plaza

El Parque Zaragoza en los días ordinarios

Para los residentes de Tlacotalpan son tres las plazas que constituyen el sistema más significativo de espacios públicos de reunión: el Parque Zaragoza,⁴ la Plaza de La Candelaria y la plaza de Doña Marta.⁵ Cada espacio está conformado por lugares, foros

⁴ Es importante hacer la aclaración de que el cambio a la denominación de Parque Zaragoza (antes Plaza Zaragoza), da cuenta del papel de los constructos teórico heurísticos como instrumentos previsores de confusiones en el uso del lenguaje y su sentido, ya que antiguamente plaza y mercado connotaban un significado social análogo: Esos son los chiles verdes/Que los venden en la plaza/El que no vaya a comprar/Que se vaya pa' su casa.

⁵ En estos espacios públicos realicé observaciones cuasiparticipantes de las prácticas sociales en distintos días y horarios. Con esa base, los datos de este apartado son producto de la

y sedes; cada uno, además, desempeña el papel de nodo concentrador o nodo distribuidor y son referentes de localización e interacciones rutinizadas y ritualizadas de acuerdo con el tiempo. La intensidad de las prácticas sociales definen una frecuencia diferencial en cada plaza, lo que da cuenta de la correspondencia físico social y su relación con el tiempo. En el Cuadro IV.1. puede verse que la mayor frecuencia de uso como intensidad espacial es para el Parque Zaragoza, en segundo lugar la Plaza de La Candelaria y en tercer sitio la Plaza de Doña Marta. Asimismo, puede verse que la mayor frecuencia en el tiempo-calendario es la de los días domingos, después los días de la fiesta y por último los días ordinarios. Y en cuanto al tiempo-reloj, la frecuencia e intensidad mayor es para la noche, con una proporción de uno a dos. La relación entre el día y la noche en cuanto a la intensidad y frecuencia de las prácticas sociales en estos espacios parece dar cuenta de las fuerzas físico sociales que las definen. La fuerza de las formas de apropiación tradicionales, por encima de las formas de apropiación por consumo y medios, aparentemente se supedita a las condiciones climáticas que favorecen (¿u obligan?) la exteriorización de las interacciones.

De acuerdo con la información disponible y las observaciones realizadas se puede decir cada una de las tres plazas se convierte, diferencialmente en un nodo concentrador, tal como puede apreciarse en el Cuadro IV. 1. La intensidad de las relaciones socioespaciales que se da de acuerdo con el tiempo-calendario y el tiempo-reloj, expresa una jerarquía en cuanto a su frecuencia de uso, que coloca en primer lugar al Parque Zaragoza, luego a la Plaza de La Candelaria y por último a la Plaza de

sistematización realizada a lo largo de múltiples observaciones en días ordinarios, domingos y de fiesta, por la mañana, la tarde y la noche. Las lecturas expresadas como conclusiones dimensionales tienen como sustento el manejo de las relaciones antropométricas, estáticas y en movimiento que se usan muy comúnmente en el análisis de los espacios arquitectónicos y urbanos, tomando en cuenta el uso del mobiliario, así como también, las dimensiones observables de los elementos y componentes que constituyen los espacios construidos.

Doña Marta. Y es que el parque Zaragoza se convierte en todos los días en el nodo distribuidor y nodo concentrador, tanto matutino como nocturno, los domingos en nodo concentrador nocturno, así como los días de fiesta en nodo concentrador matutino y nocturno.

Cuadro IV.1. Las tres plazas públicas de acuerdo con su frecuencia de uso en el día y la noche, en días ordinarios, domingos y de fiesta

ESPACIO	TIEMPO									Frec. total
	DIAS ORDINARIOS			DIAS DOMINGO			DIAS FIESTA			
	DÍA	NOCHE	Frec. parcial	DÍA	NOCHE	Frec. parcial	DÍA	NOCHE	Frec. parcial	
1. Parque Zaragoza	✓		1	✓	✓	2	✓	✓	1	5
Frecuencia parcial	1	0	1	1	1	2	0	1	1	
2. Plaza Doña Marta		✓			✓		✓			3
Frecuencia parcial	0	1	1	0	1	1	1	0	1	
3. Plaza La Candelaria					✓			✓		2
Frecuencia parcial	0	0		0	0	1	0	1		
Frec. total	1	1		1	3		2	2		

La Plaza de La Candelaria, por su parte, tiene vida como nodo concentrador nocturno los días ordinarios y domingos, así como los días de la fiesta por las mañanas. En tanto que la Plaza de Doña Marta es un nodo concentrador nocturno sólo los domingos y días de fiesta. Asimismo se puede observar, en general, una vocación mayoritaria de las plazas como nodo concentrador nocturno, lo que muestra al parecer el papel de las condiciones climáticas en ellas. A su vez, la vocación de cada plaza expresa su papel en la correspondencia físico-social; de ese modo, la vocación matutina del Parque Zaragoza habla de su vinculación con la mayoría de las actividades urbanas

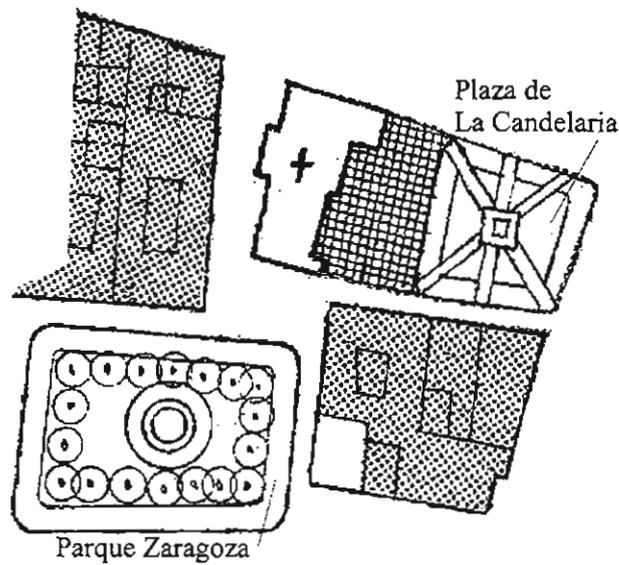
que se realizan por la mañana, en tanto que las otras plazas parecen acentuar el descanso y la recreación de acuerdo con su vocación nocturna.

Actualmente las actividades fundamentales del Parque Zaragoza están encabezadas por el intercambio de bienes, pero también de sentimientos y afectos. Se le reconoce como el lugar de la relación social por excelencia, donde deambula el tlacotalpeño adulto: “amable y cortés que vive con una nostalgia que va desde Don Porfirio Díaz hasta Agustín Lara; desde los vapores que navegaban río arriba y río abajo, hasta las catastróficas inundaciones de 1944 o de 1969. Así, transitando del sueño a la realidad” (Cfr. Pérez Montfort, 1992:27). El Parque Zaragoza para los tlacotalpeños es el espacio de la ciudad con mayor significado simbólico, es la parte medular, el Núcleo Central, la que forman sus edificios circundantes representativos de los poderes gubernamental, religioso y civil. No obstante la vocación democrática que se le ha dado al espacio público, como lugar del nosotros, el Parque Zaragoza es un espacio de paradojas: es sexista y propicia el ocultamiento. Sexista por privilegiar el mundo de la masculinidad, y a pesar de su carácter eminentemente propiciatorio de la interacción, sirve para ocultar lo que sus habitantes no desean dejar ver. En el vaivén social, el Parque Zaragoza se delimita socialmente por fronteras y componentes físicos, y representa un dispositivo de control de la interacción social. En los días ordinarios, el parque es como un escaparate, permite a las personas conocerse mejor al exhibirse unas a otras, de acuerdo como desean ser vistas, y con la coherencia social prevista.

Como muestra de las relaciones de reciprocidad entre individuos y espacio, el Parque Zaragoza, a la vez que anima a las personas, éstas lo animan a él. El parque se vale de las combinatorias sinestésicas y los recuerdos, mientras que sus habitantes construyen formas diversas de interacción, acordes con el tiempo: se mueven y bailan, cantan o platican, ríen o padecen. Movimientos y deseos, aromas y colores, se funden

en el ambiente y moldean otros ambientes propios de sus habitantes, de las plantas y árboles, de los objetos y mobiliario urbano, dejándose mover por la brisa ribereña. Platicando o queriéndose, las mujeres y los jazmines, las limonarias y los hombres, las palmas reales de señero aire oriental y las encaladas formas de la parroquia y la capilla de La Candelaria, rondan sobre el terrazo de los andadores, acentuando la circularidad del quiosco, contribuyente fiel en los festejos danzoneros, de sones y rimas entreveradas con las risas y los gritos de niños y pregones de tamales o elotes, paletas o cocadas.

El Plano IV.1 muestra la geometría rectangular del Parque Zaragoza que es fácilmente recorrible. Su lado mayor no alcanza los 100 pasos, y sus diagonales permiten advertir presencias deseadas o evitar en su caso la interacción no deseada. El parque está rodeado de edificios de diverso uso. Forma un ámbito de apropiación, como aura protectora espacial, socialmente definida. La expresión *estar dentro*, a pesar de ser un espacio exterior, tiene sentido, en tanto que materializa lo topológico y lo social. Como ámbito de apropiación el parque conmemora el modo de vivir que las formas arquitectónicas circundantes acentúan. Parque y edificios comparten la tarea de materializar el *genius loci*, como espíritu de la ciudad. Parque y ciudad juntos, como afirma Geoffrey (1989:32) “recogen las cualidades intrínsecas del paisaje y de la cultura”. Paisaje y cultura que se expresa para propios y extraños por el color, ingrediente de mayor relevancia, de inmediata percepción, como acento de las arquitecturas, que dan resonancia a las formas identitarias de Tlacotalpan.



Plano IV.1. El Parque Zaragoza y la Plaza de La Candelaria

Los alrededores del parque (véase Figura IV. 1. y IV. 2.), recuerdan las funciones mercantiles de antaño y muestran la evolución de la ciudad en las huellas del pasado y en las contradicciones del presente. La capilla de La Candelaria, compañera más vieja del parque, ocupa la esquina Nororiente y en la contraesquina se encuentra la Parroquia de San Cristóbal diseñada por el arquitecto italiano Zápari.

Al Sur está ubicado el Palacio Municipal, que refugia con sus portales la tertulia cotidiana. Al Norte del parque están los portales de la ex casa del curato. Las esquinas restantes, del cine y la paletería, son las menos favorecidas, con inmuebles no integrados, que les vale la crítica de los tlacotalpeños adultos (véase Figura IV.3.).

...El cine Acuña era un edificio precioso, una cosa inmensa con corredor por todas partes... se quemó... lo desbarataron enterito, ¡hicieron esa porquería!...

Residente de la Zona Intermedia.

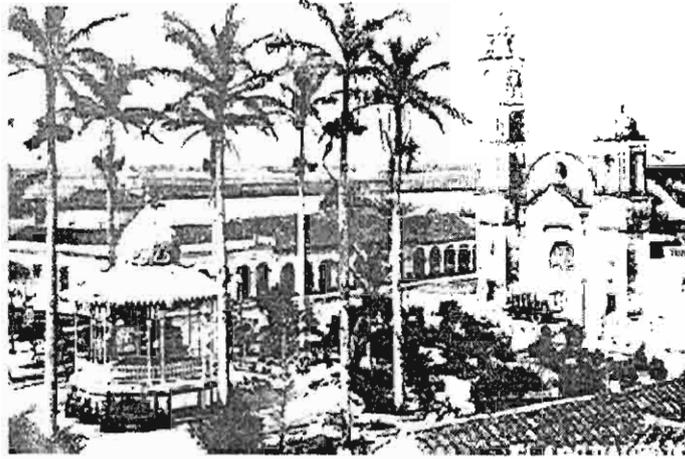


Figura IV.1. Foto de la Panorámica del Parque Zaragoza



Figura. IV.2. Foto de La Plaza de La Candelaria

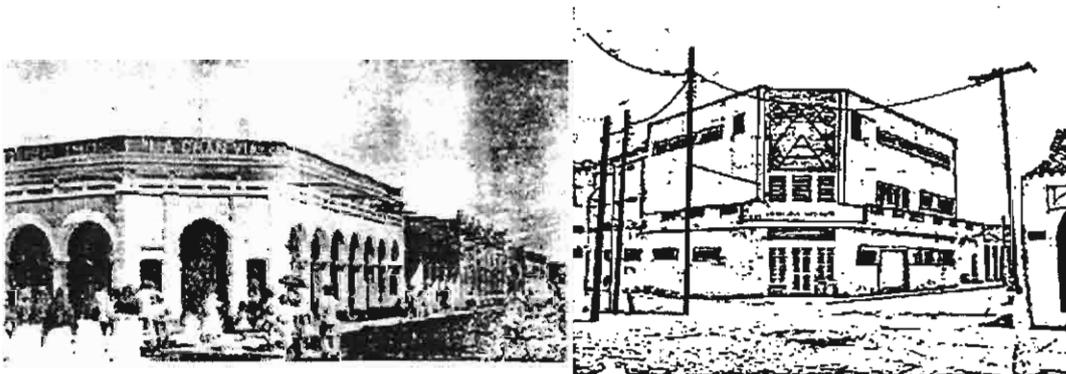


Figura IV.3. Fotos del cine antes y el cine hoy

El parque configura un sistema de lugares, foros y sedes internos y externos inmediatos a él, de localización más precisa. De acuerdo con el tiempo calendario y el tiempo reloj tales espacios dan cuenta de apariencias distintas de gran diversidad, que se

esconden en lo aparentemente trivial. Pero lo trivial se convierte en la esencia de la construcción de la identidad porque es el fenómeno cotidiano que muestra la heterogénea composición de olores, ruidos, imágenes, arquitecturas, elementos del conjunto de pautas aprendidas y conservadas por los tlacotalpeños en relación con lo que se dice, hace, piensa y ama (Cfr. Maffesoli, 1990:214). No tiene más pretensión que consolidar el *nosotros*, a través del sentido común, requisito para trascender el umbral de la individualidad y comunicarse con los demás. Tal es el sentido por el que los lugares, foros y sedes de un trayecto pueden descubrir que lo aparentemente impensado de las rutinas, suele acompañarse de todo un carácter ritual condensado, según el tiempo-calendario de los domingos y los días de fiesta, y el tiempo-reloj de la noche, en tanto que intervalos de sorpresa y encuentros.

Los lugares, foros y sedes internos del Parque Zaragoza son espacios con un significado social compartido o, en su defecto, una valoración individual promovida por el recuerdo, como el redondel del quiosco, las bancas donadas por algún familiar, las áreas de concentración frente a la puerta de la parroquia, *los nodos topoinductores de interacción* como cruces de trayectos. Los lugares, foros y sedes externos son espacios con un significado social compartido, como los casos de la parroquia, la capilla de La Candelaria, el Palacio Municipal, o los bares de cuya contigüidad al parque pareciera depender el reconocimiento que se les atribuye y del que no gozan otras cantinas de la ciudad, lo que parece dar cuenta de que los límites físicos coinciden a veces con la distancia social y segregación social.

El papel de los lugares, foros y sedes, en tanto que topoinductores de interacción fijos o móviles, se circunscriben al espacio como topomorfología. Esto se refiere a los tipos de apropiación de los espacios del parque que vienen a ser sitios geográficos donde se efectúan diversas prácticas sociales. Los topoinductores expresan

relaciones de reciprocidad entre lo espacial, lo social y lo temporal. Así la topomorfología del Parque Zaragoza muestra una fisonomía que es variable de acuerdo con el tiempo y las formas sociales de apropiación expresadas en los trayectos, encuentros y concentraciones, según la edad y el sexo de los tlacotalpeños. El primero corresponde a las concentraciones horarias de los días ordinarios, el segundo a las concentraciones horarias de los días domingos y el tercero a las de los días de fiesta tradicional de La Candelaria.

El Parque Zaragoza fue el espacio público en el que realicé el mayor número de observaciones cuasiparticipantes y captura de información iconográfica. Para ello me situé en puntos estratégicos diversos como el acceso a la iglesia, el acceso al cine, en el quiosco, en diferentes bancas y desde los portales frontales. A veces de modo fijo, en otras, siguiendo más los trayectos de grupos y parejas. En cuanto al tiempo, fueron distintos los intervalos de observación: en días ordinarios, domingos y de fiesta; con el objetivo de cubrir con horarios diversos: mañanas, tardes y noches. Ello me permitió una visualización mayor que intento mostrar en la Figura IV.4.

El Parque Zaragoza en días ordinarios ofrece tres fisonomías como nodo distribuidor o nodo concentrador, durante el día y la noche: de 7 a 14 horas, de 14 a 16 horas, y de 16 horas hasta la fase nocturna. En la fase más temprana como nodo distribuidor muestra sedes de escasa interacción y más bien se convierte en un segmento de paso y cruce de los trayectos casa–escuela. El parque condensa líneas no fijas topoinductoras de interacción, expresadas en desplazamientos corporales de relativa rapidez, que dejan el eco de charlas y olores, como caudas de trayectos. En esta fase la preponderancia es de jóvenes y niños, en combinación con una mayoría de mujeres adultas. La segunda fase del parque como nodo concentrador alberga breves y dispersas concentraciones preponderantemente de mujeres y hombres adultos, en

encuentros no programados, como receso de trayectos casa-mercado-casa. Las sedes son las bancas y los linderos del quiosco.

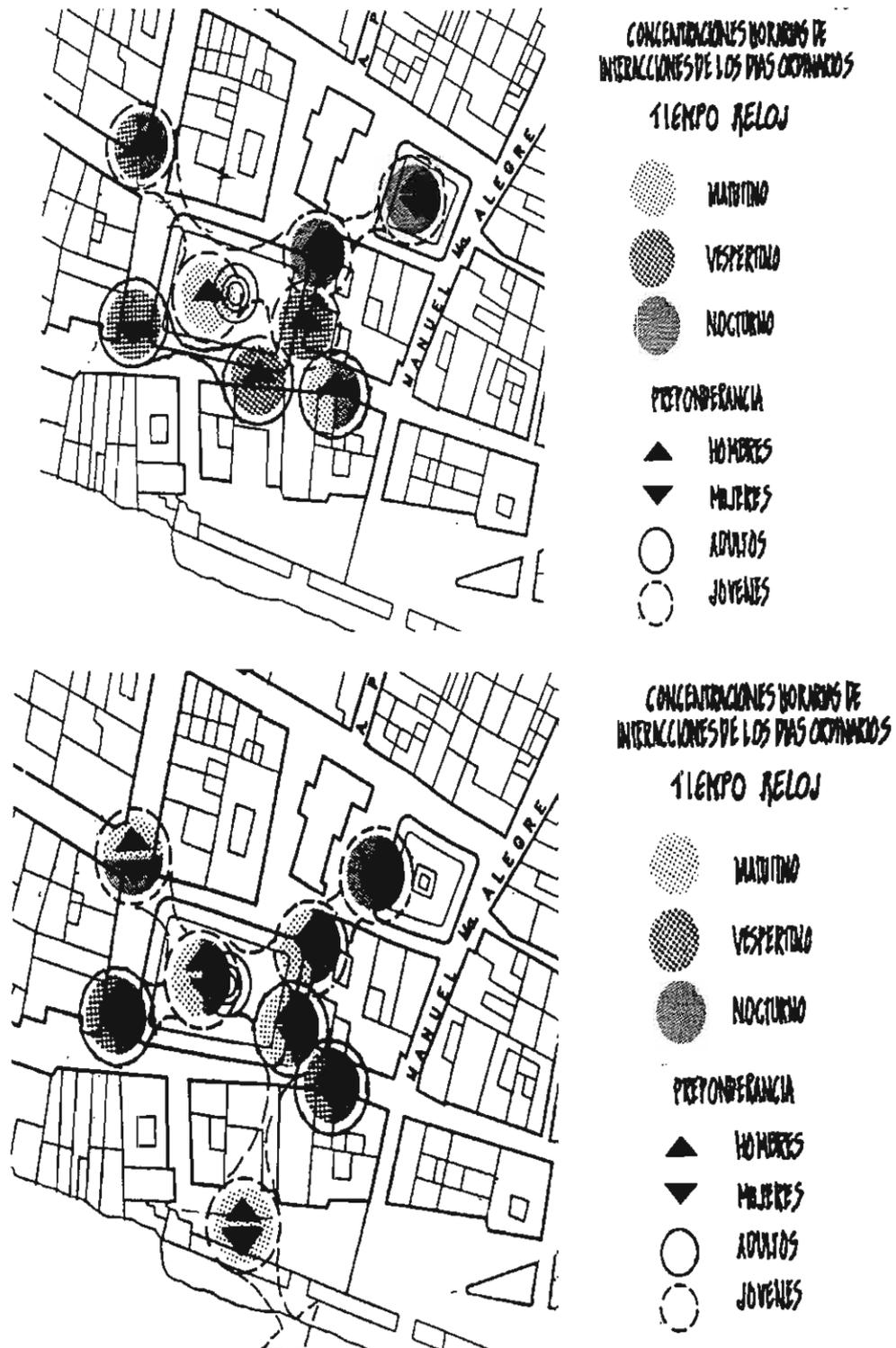


Figura IV.4. Esquemas en plano de las concentraciones de los días ordinarios y domingos en El Parque Zaragoza

La segunda fase concluye el papel del parque como nodo distribuidor de los trayectos escuela-casa. A partir de las 14 horas disminuyen las presencias y se da paso a la siesta. La fase nocturna comienza a las 18 o 19 horas y su duración depende del clima. El parque como nodo distribuidor corresponde a las noches ordinarias y como nodo aglutinador a los domingos y el día de la fiesta. En ambos casos la población preponderante es de hombres y jóvenes de ambos sexos.

Las concentraciones del Parque Zaragoza como destino de los trayectos (véase Figura. IV.4. y IV.8.), expresan el juego espacio-tiempo y la correspondencia con lo social. Los trayectos de los días ordinarios dejan ver la combinación de roles de los tlacotalpeños, como unidades vehiculares, participativas e interactivas. No obstante la prisa que se denota por el tipo de lenguaje corporal, el desplazamiento de los trayectos, el saludo verbal o gestual, distante o no, con detención del trayecto o sin él, da cuenta de ello. Según las observaciones realizadas,⁶ el saludo verbal distante pareciera situarse dentro de un área en forma de elipse, cuyos ejes mayores son de 0.80 a diez metros formando un ángulo de abertura menor al ángulo de visión, de 80° aproximadamente (véase Figura IV.5.). La forma del trayecto sigue la ley del menor esfuerzo, que supone la línea recta, salvo en previsión de choque (Figura IV.6). La previsión de choque se apoya en formas de cortesía, definidas según el sexo, la edad y la confianza. Un ejemplo de previsión de choque es cuando dos personas no conocidas de sexo y trayectos opuestos lo evitan mostrando señales de cortesía. El saludo verbal distante se sitúa dentro de un área circunscrita espacialmente en formas de elipse, cuyos ejes mayores son de dos a diez metros, formando un ángulo de abertura menor al ángulo de visión,

⁶ Como en otros eventos, realicé observaciones cuasiparticipantes de acciones análogas diversas, localizadas en los espacios públicos: plazas, calles y portales, en días y horarios diferentes. Sobre ellas se sustentan las conclusiones medidas que se manejan en este apartado y a lo largo del trabajo. Los rangos fueron medidos y registrados mediante el empleo de distintos recursos gráficos y escritos (véase referencia5, en la página 159).

de 80 grados aproximadamente (véase Figura IV. 5.). La forma del trayecto sigue la economía de esfuerzos de la línea recta, salvo en previsión de choque (Figura IV.6.). La previsión de choque se apoya en formas de cortesía, definidas según el sexo, la edad y la confianza. Un ejemplo es la previsión de choque entre dos personas (unidades vehiculares) no conocidas de sexo y trayectos opuestos.

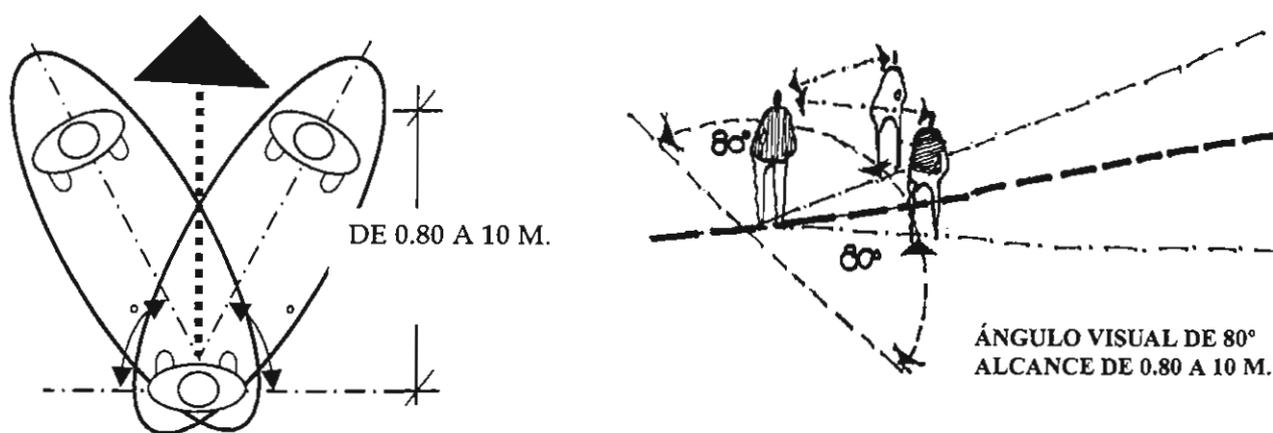


Figura IV.5. Esquema en planta y perspectiva de emisor-receptor de saludo verbal distante de 2 a 10 M.

Es el hombre quien, mediante el lenguaje corporal, expresa su disposición a ceder el carril de paso. Para ello desvía la línea del trayecto hacia la parte contigua del arroyo. La unidad vehicular de sexo femenino puede que responda o no con una señal de agradecimiento, ya sea gestual o hablada, continuando sin desviar la dirección del trayecto original. A pesar de lo efímero, tal interacción se materializa en el espacio geométrico y temporalmente, como se ve en el dibujo. La brevedad de la interacción tampoco impide la modificación del rol de ambas unidades: de unidades vehiculares a unidades participativas o interactivas.

El saludo es una señal de aceptación o agradecimiento, condición de posibilidad al encuentro fortuito, no programado, que demanda una posición y postura específicas.

Ambas personas se sitúan espacial y socialmente, sin obstaculizar los trayectos de los otros. El hombre generalmente plantea el posicionamiento espacial. La nueva situación, resultado de ese encuentro fortuito, además de cambiar los roles de los participantes, da cuenta de una correspondencia físico-social que se expresa a través de la reducción de la distancia física, pero también de la distancia social, iniciada con el saludo.

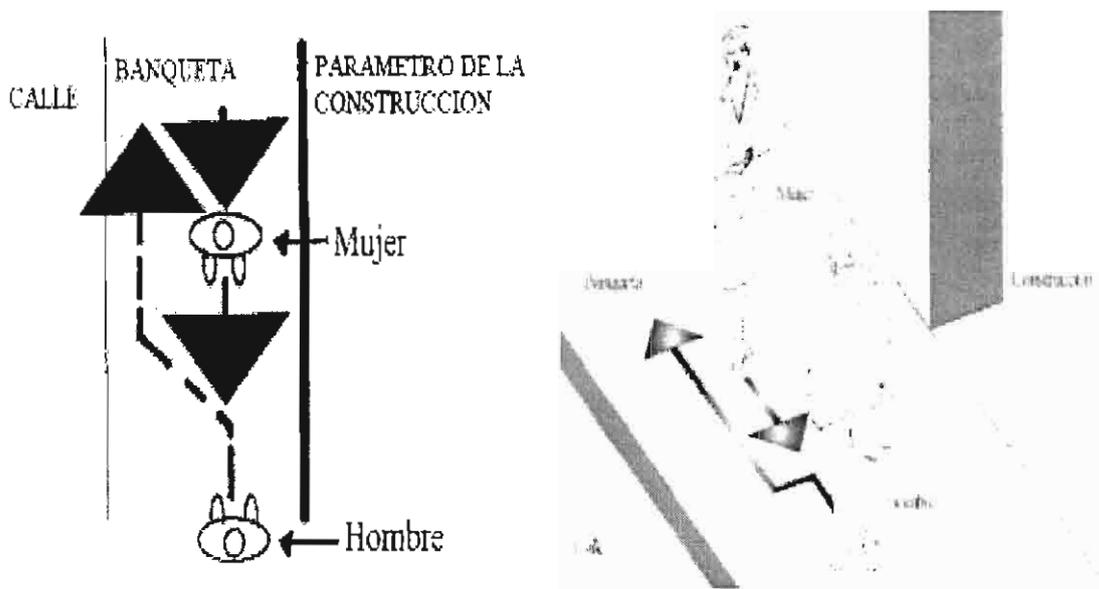


Figura IV.6. Esquema en planta y perspectiva de cesión de paso, forma de cortesía en previsión de un choque entre dos personas (unidades vehiculares)

Pero también hay otras formas que inscriben espacialmente las distancias no fijas entre las personas, que se expresan en segmentos que se acortan y alargan de acuerdo con el sexo y la edad. Desde caminar juntos a una distancia de 50 centímetros hombro con hombro y frente a frente, sin distinción de sexo o edad, hasta mantenerse a escasos 20 centímetros en posiciones frente a frente, entre jóvenes de ambos sexos. Al alejarse unos de otros, las personas expresan espacialmente signos simbólicos diferenciados. Otras formas son la relación anclada o caminar abrazados, tomados del brazo o tomados de la mano. Todas ellas comparten el mismo ritmo y dirección (véase Figura IV.7).

Pero en la pareja de adultos de estrato medio y alto, el hombre es quien abraza y lleva del brazo. En la pareja de jóvenes sin distinción de estratos, ambas personas van abrazadas. En cambio en la pareja adulto/adulta de estrato alto y bajo, el hombre va adelante, así sea con diferencia de centímetros. Respecto a la ubicación, en las parejas de adulto/adulta de estratos medio y alto, el hombre se coloca al lado anexo al arroyo. Se dice que cede el espacio protegido a la mujer, pero en la pareja de jóvenes esta etiqueta no se observa, lo que suele ser motivo de crítica de las mujeres adultas de estrato medio y alto y de las jóvenes de estrato medio.

La vida del parque es el reflejo de la intensidad y diversidad de la vida matutina de la ciudad, que casi se hace nula de noche. Este cambio da cuenta de la carga simbólica que tiene el sentido de protección y la inseguridad aparente. En efecto, las concentraciones, como conjunto de encuentros en el parque, son más relevantes los días ordinarios, incluyendo el domingo. A la mañana corresponden las concentraciones de tipo religioso y de autogestión administrativa. Las noches corresponden al juego y al amor. El juego de dominó aparece todo el día, las concentraciones del día como una obligación apolínea, por las noches como júbilo dionisiaco, mayoritariamente masculino.

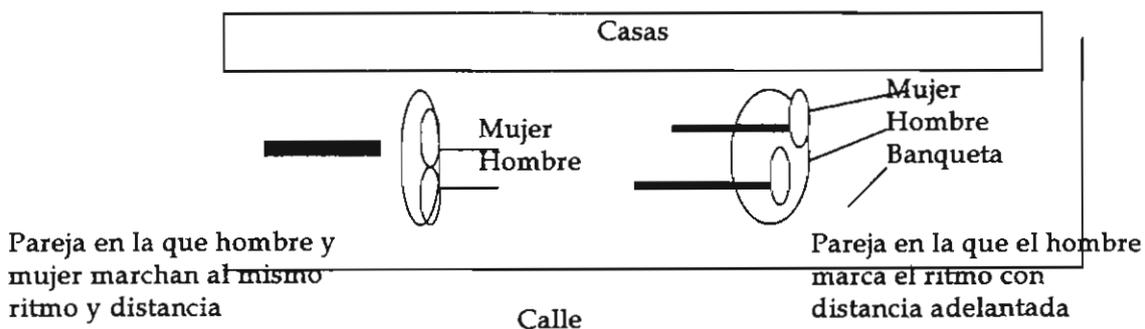


Figura. IV.7. Esquema en planta de parejas de cónyuges adultos en relación anclada

La concentración del acceso a la parroquia de San Cristóbal da comienzo con el campanario y el canto de los gallos a las siete de la mañana. Sólo es visible al final de la ceremonia religiosa, localizada en la puerta de la iglesia. La constituyen, preponderantemente, mujeres adultas de estrato medio y alto y hombres adultos de estrato alto, así como una minoría de jóvenes de ambos sexos de estrato alto. La repetición del encuentro diario en las afueras de la iglesia, parece representar para los tlacotalpeños una forma de identificarse como grupo, a la vez que la conclusión de una rutina ritualizada que según el estrato social, se finca en las expectativas de mejoría de las penurias del cuerpo o del alma.

...Me levanto, me baño... Por la señal de la santa cruz y luego me voy a misa todas las mañanas al cuarto para las siete... a pedir por los hijos y que el padre tenga trabajo...

Residente de la Zona Intermedia.

...Me baño, me desayuno, paso a ver a la virgen de La Candelaria, a saludarla, y a dejarle una pequeña limosna, que en lugar de decir te voy a dar tanto para la fiesta, en su alcancía le voy depositando, cada vez que puedo o todos los días...

Residente de la Zona Central.

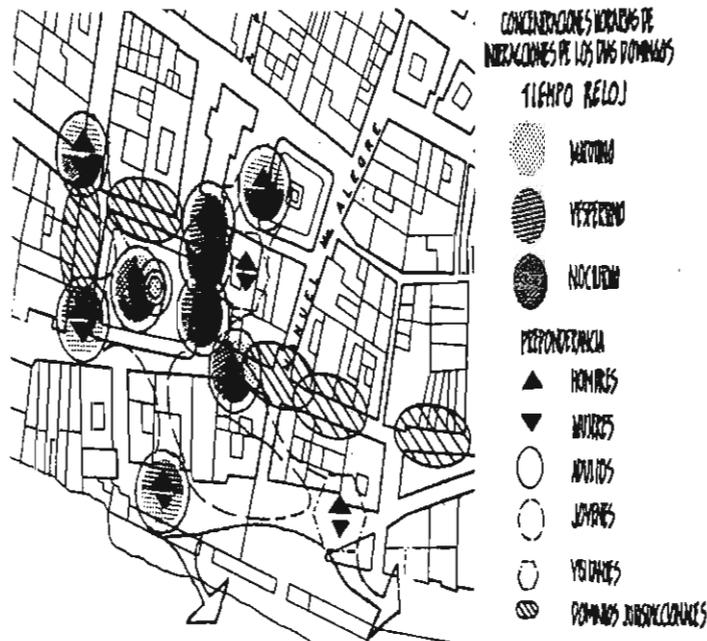


Figura IV.8. Esquema en plano de las concentraciones de los días de fiesta en el Parque Zaragoza

La concentración de un promedio de 40 convocados no dura más de diez minutos. Es un encuentro programado en el que se comparten un área nuclear, postura y etiqueta. La etiqueta se establece en el saludo verbal o corporal combinando ambos al inicio y final del encuentro. No obstante la aparente homogeneidad del círculo social y que la etiqueta no muestra el sentido de las distancias sociales, el saludo que se acompaña por el manejo del volumen de la voz y el ojeo lateral, es una forma de trato de las mujeres adultas de estrato alto hacia las mujeres jóvenes y adultas de otros estratos, así como hacia los hombres sin distinción. Algo semejante es el trato de los hombres y mujeres jóvenes hacia los y las adultas, pero no así entre jóvenes de ambos sexos. Estas diferencias dan cuenta de una diversidad en la interacción según el sexo, la edad y el estrato socioeconómico. La identificación por sexo es de tipo aparentemente homogéneo, mientras que por edad tiene un contenido distinto, pues la juventud puede sentirse más atraída por la juventud, que la vejez por la vejez (*Cfr.* Simmel, 1927:15). Ambos niveles de identidad hablan de la dialéctica heterogeneidad-homogeneidad que se muestra en las concentraciones. En tal sentido, tanto la etiqueta como el saludo femenino de la concentración religiosa borran las distancias sociales y más bien las evidencian.

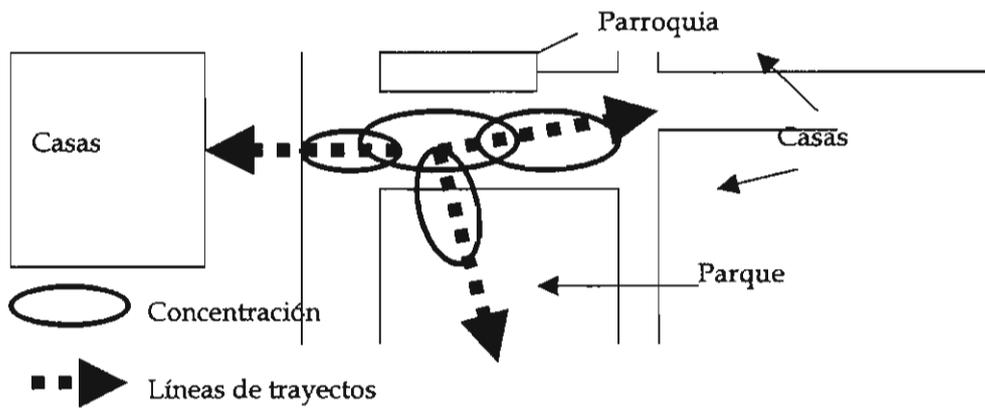


Figura IV.9. Esquema en planta de la concentración en acceso de la Parroquia

La forma de la concentración aparece como una estrella de tres picos (véase Figura IV.9), a partir de un centro elíptico de acuerdo con los ejes de los trayectos, en los que se puede cambiar el rol de las personas en interacción. La forma espacial de la concentración da cuenta del papel activo que el contexto físico tiene sobre el comportamiento de los y las participantes, que se expresa por el respeto de los límites de un área virtual como espacio de interacción. Tal espacio muestra la influencia del enmarcamiento del contexto físico sobre una zona circunscrita en el exterior del templo, según puede verse en la figura IV.10.

Efectivamente, la figura IV.10 muestra la correspondencia dimensional entre la altura del portón y la distancia horizontal que enmarca los límites del área virtual que moldea. La fachada de la iglesia y la puerta desempeñan un papel doble: por un lado, son elementos fijos y visibles de control de la interacción, por otro lado, son dispositivos de proyección simbólica tanto al interior como al exterior. Esta área virtual tiene poco más de 60 M², que resultan de los más de seis metros de la altura de la puerta y los poco más de diez del ancho de la fachada. El área da cuenta de los compromisos de los participantes por representar sus propios roles sociales y la influencia del contexto físico sobre el comportamiento colectivo, no circunscrito sólo al interior de la iglesia. Ello se percibe por

el bajo volumen de las voces y los suaves movimientos corporales que van cambiando de mesurados y muy cuidados a la normalidad habitual conforme se aproximan a los límites de la concentración.

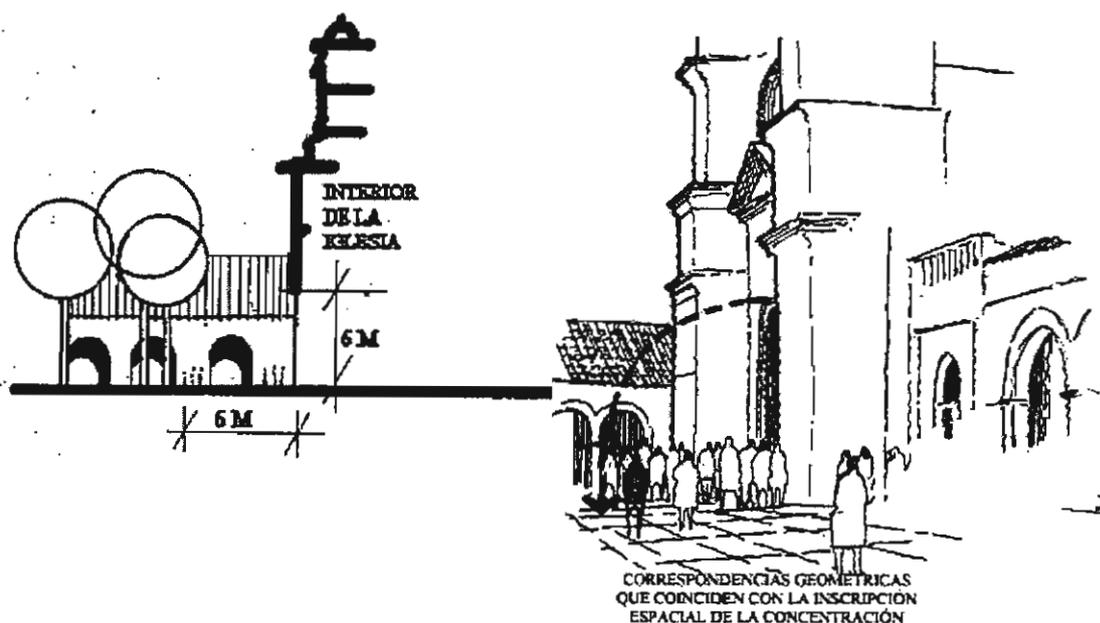


Figura V.10. Esquema frontal y en perspectiva de la correspondencia entre altura de la puerta y ancho del área virtual externa

Conforme se van alejando del área, las personas cambian la forma de expresar las distancias físicas y sociales: a mayor alejamiento, mayor es el volumen de voz y mayor la rapidez de desplazamiento. Al parecer, la relación entre la distancia y el cuerpo nos habla de la irrupción de la prisa como recordatorio, como despertador o como distensión del compromiso colectivo. Así es notorio el cambio del papel individual, de unidad vehicular a unidad participativa o interactiva y viceversa.

Los domingos se congregan tres concentraciones en el acceso de la parroquia. La más significativa es la nocturna, que reúne un promedio de 150 personas preponderantemente del estrato social medio, con una composición heterogénea en cuanto a la edad y el sexo. La duración llega a ser de media hora, para irse dispersando

paulatinamente por los rumbos del parque. La concentración parece ser un resultado *profano* del ritual *sagrado* que la originó; expresa signos de unión e identidad grupal, e irrumpe en la densidad ontológica y rompe la monotonía de la vida cotidiana. Los participantes dan cuenta del carácter diferencial de intereses según la edad, si bien hay convenciones compartidas. Para hombres y mujeres adultas la asistencia a la misa significa un premio al esfuerzo semanal y una obligación religiosa, un acto de estar bien con Dios y, además, una presión social que obliga a la presencia y la participación previstas. Por su parte, para hombres y mujeres jóvenes, representa la oportunidad del encuentro amoroso y amistoso.

La diversidad de intereses se observa en el tipo de interacción que se da al interior y exterior del espacio durante la concentración.⁷ Los comportamientos transforman al espacio exterior y viceversa.

No obstante las condiciones generales de distensión, el contexto influye en el comportamiento. El acortamiento de las distancias física y social expresa signos de igualdad. El manejo de estas distancias se expresa en la modulación de la voz, la gestualidad y la separación entre las personas. Aumentar el volumen de la voz es directamente proporcional a la declinación de la concentración. Las adultas prolongan más el control del volumen que los hombres. Al parecer es un medio útil para ganar terreno o posición en la interacción, ya sea en las pláticas relacionadas con la misa o con el chisme. Por su parte, las risas y las aproximaciones corporales de los hombres parecen dar cuenta de un sentido espacial compartido en términos de equidad, sin un interés aparente por

⁷ Con esto me refiero también a las equivalencias, anterior-posterior, con delante-detrás y exterior-interior, que he explicado en el Capítulo III de esta tesis.

ganar o imponer posición territorial, por lo que cada uno de los interactuantes está a la espera de que sea el otro quien indique la distancia correcta, como signo de recíproca confianza y respeto.

La presencia de hombres y mujeres adultas en la concentración es mayor que la de los jóvenes de ambos sexos. Al parecer el primer grupo percibe la concentración como convivencia momentánea, como medio de hacer pervivir las tradiciones, en tanto que para los y las jóvenes son momentos compensatorios a la formalidad impuesta por la misa. Así, la corta estancia de los jóvenes, quienes se desligan rápidamente del discurso clerical, busca sustituirlo por el carácter permisivo del júbilo dominical mediante la pronta ruptura de la etiqueta.

*...Este pueblo se distinguía antiguamente por la gente culta, ¿no?. Y no quedó nada... Mucha indisciplina de los niños, de los jóvenes, de que andan en la calle, las muchachas, y se dan unos empujones y hasta se tiran al suelo... Y unas carcajadas brozas... Les digo ¿qué cosa es eso?, Ay perdone, perdone. Y de ahí no las sacamos...
Residente de la Zona Intermedia.*

Recobrar la normalidad en el vestir, andar y hablar parece ser la prisa de los y las jóvenes, según se observa cuando se quitan las prendas de vestir usadas para asistir al templo y de las formas obligadas de autocontrol corporal, como el veto de abrazar a la pareja, reírse, hablar fuerte o frotarse, porque son sancionados por los adultos quienes los perciben como conductas impropias.

En el Parque Zaragoza se da otra concentración sobre el acceso del Palacio Municipal. Ésta dura tres horas a partir de las 9:00 horas. Se localiza en las arcadas del edificio que dan cobijo a mujeres y hombres con intereses compartidos que asisten para tramitar el pago de contribuciones, la gestión de servicios o de tipo legal. Como se muestra

en la Figura IV.11, las personas se agrupan cíclicamente, en un número promedio de 25, ante las puertas de las oficinas de la planta baja y en el acceso al vestíbulo. La banqueta es un límite de la transición de lo exterior y lo interior a cargo de los portales. Al principio la concentración se alinea a lo largo de los portales con una apariencia continua y heterogénea, con presencia de mujeres adultas con niños y una preponderancia de hombres adultos de estrato medio y bajo; esta asistencia resalta que es el jefe de familia o el mayor de los hombres, quien provee y gobierna los dineros de la casa. En efecto, para la mayoría de las familias proveer y administrar el dinero de la casa significa liderazgo familiar, que es reconocido al varón, depositario *natural* del estatus de persona ordenada y previsor.

Los intereses compartidos en el portal del Palacio Municipal son de carácter pragmático; sin embargo, la conclusión de un trámite no determina la partida de las personas, lo que habla del carácter afectivo de los presentes. Lo afectivo se expresa en el cambio de roles de las personas, a partir de la etiqueta que se inicia con el saludo de mano, y es así como se acortan las distancias físicas y se dan hasta medios abrazos.

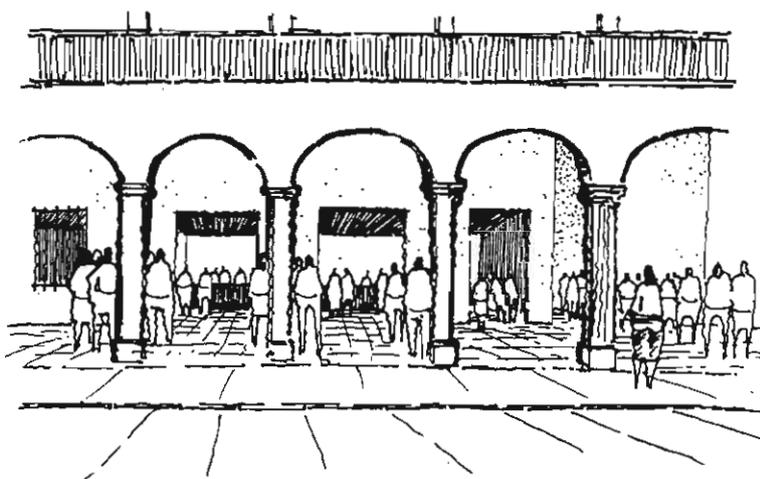


Figura IV.11. Esquema en perspectiva de la concentración en el Palacio Municipal

La atención al turno pasa a segundo plano y puede llegar a ser cedido en privilegio de la plática según sea el desarrollo del encuentro.⁸ La etiqueta es la del encuentro cara a cara, pero cuando la presencia en la concentración tiene por objeto dirimir algún conflicto personal o familiar, la etiqueta se modifica, según sea la naturaleza del conflicto. Sea hombre o mujer la del conflicto, el saludo se reduce al mínimo de la cortesía necesaria, a la que se añade la circunspección de los más próximos, en solidaridad a alguno de los sujetos. Si en el conflicto hay una mujer, ésta lleva por compañía a otra mujer y las próximas sólo se acercan y acaso se preguntan entre ellas. Si es hombre, mujeres parecen expresar no darse por enteradas del asunto. En señal de mutismo le dan la espalda o dirigen la mirada hacia el lado opuesto al que se encuentra. Los hombres se aproximan entre ellos sin hablar, quedan a expensas de la voluntad de interlocución del protagonista del conflicto.

En todos los casos, el encuentro se da por concluido mediante un saludo de despedida. El regreso a casa es el principio del final de la concentración.

El oído y la vista son los sentidos de mayor participación, con variadas muestras del sentido del humor a través de la broma, la improvisación *repentista*, los motes o la narración de los chistes mil veces contados, los comentarios alusivos al momento, así como de las anécdotas atribuidas al Vale Bejarano.

*Yo quisiera ser viento
parecido a un ciclón,
entrar sin movimiento
dentro de tu pabellón
y hacer un descubrimiento
como Cristóbal Colón*

⁸ Como anticipé esta descripción es producto de la observación cuasiparticipantes realizada en las calles y plazas.

El comportamiento parece hablar del contexto físico como un recinto coronado por el aura masculina, y del enmarcamiento del contexto como expresión plural de libertad. Sin embargo, el control de la interacción corre a cargo de dispositivos visibles, como señalamientos y objetos materiales, las puertas, barras, ventanillas y muebles diversos que establecen jurisdicciones en torno a ellos. Son elementos de fondo que influyen en los comportamientos y en la interacción momentánea del trámite entre la persona que recibe y la persona que tramita. Ambas asumen la etiqueta de la brevedad reglamentada por el trámite, que da inicio con un saludo verbal, se hacen entonces algunos comentarios marginales o preguntas acerca de tópicos cotidianos, siempre cortos de acuerdo de la situación. Las posturas del funcionario cambian respecto a las mostradas antes de enfrentar la ventanilla o el mostrador según el sexo. Cuando el funcionario es hombre y mujer la demandante del trámite, el cuerpo del primero antes relajado, se estira y mantiene la postura hasta el final del trámite. La imagen personal cuida del arreglo, alisando el pelo y el pantalón y de la risa pasa a la sonrisa. Cuando el funcionario y el demandante del trámite son hombres, la imagen personal deja de ser importante, el funcionario sólo se alisa el pantalón sin cambiar la risa por sonrisa. Existe una equivalencia de imagen por la posición de la persona que tramita, análoga a la de quien se sienta en la cabecera de una mesa de comedor. Si es mujer la demandante, la posición se expresa menos ante una funcionaria, que ante un hombre. Si quien demanda el trámite es hombre, la posición se acentúa más hacia una funcionaria que hacia un funcionario. Pero así y todo, sin distinción de sexos, la posición social de un funcionario la asumen como un prestigio

estatutario, como el caso de un funcionario que aún después de muerto es reconocido como *El receptor de rentas de Tlacotalpan*.

Finalmente describo los encuentros nocturnos del dominó que fueron observados en los bares de los portales durante las noches de los días ordinarios y los domingos. En ambos casos preponderan los hombres adultos, con una minoría de mujeres adultas. Para los habitantes forma parte de los innumerables rituales que se estructuran día a día, tanto en el tiempo libre como laboral que se cargan de sentido e interacción social (Cfr. Maffesoli, 1993:94). La envoltura de estas concentraciones rebasa a quienes participan de ellas directamente, de ahí el significado cultural que representan; pues son formas de interacción social ritualizadas *sin finalidad* alguna, pero cargadas de sentido para quienes practican el juego o para quienes sólo lo observan como participantes pasivos y aún para quienes en la lejanía imaginan a quienes participan directa o indirectamente. La permanencia y regularidad de tales prácticas dan cuenta de la ética del instante que impregna profundamente, como aclara Maffesoli (*idem*), todas las actividades instrumentales o comunicativas de la vida de nuestras sociedades. La puntualidad y el saludo son parte de la etiqueta del ritual diario que termina siempre a las nueve de la noche.

El comportamiento expresa el compromiso de los presentes, a fin de asegurar que la representación sea de acuerdo con las exigencias previstas en el ritual, que incluye el lenguaje hablado y el corporal. El apego personal a la solemnidad pautada por el juego como acuerdo a la normatividad, permite la broma y el saludo a los viandantes, que hace que se extienda el espacio ritual al ser apropiado, más allá del área de las mesas: es la prolongación del *umwelt*, el entorno del momento, que obliga a la improvisación, al cambio

de rol de los viandantes de unidades vehiculares a participativas, que se sumergen en la interacción aunque sea tangencialmente al desarrollo del juego como puesta en escena.

Espacialmente estas extensiones se expresan en elipses entrelazadas de unidades interactivas y las participativas, hacia el interior o hacia el exterior. Por medio de la palabra y el oído, la vista y los gestos, se estrecha la distancia personal y social; se participa en atención a lo inmediato y lo próximo, es decir, dentro de un límite que va de ochenta centímetros a 6 metros, como puede apreciarse en la Figura IV. 12.

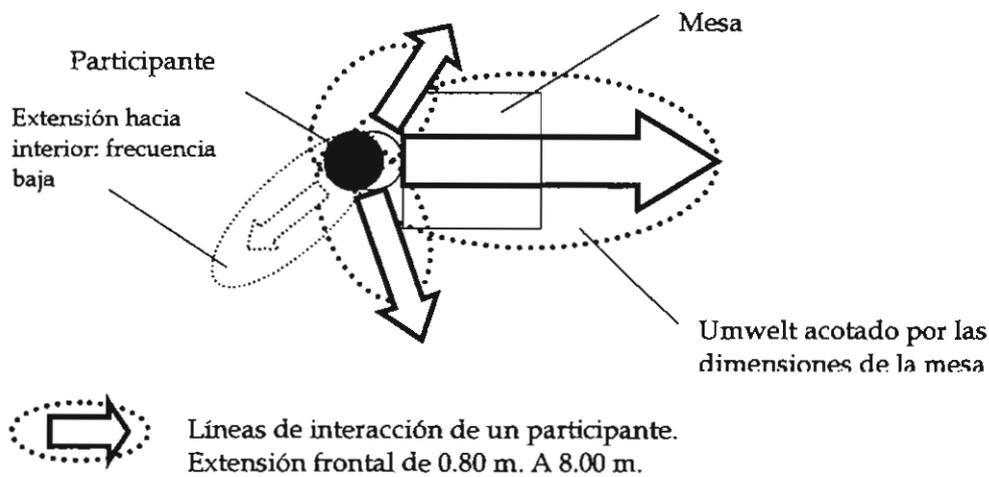


Figura IV.12. Esquema en planta de la interacción frontal, hacia el interior y exterior, de un participante

Como todo un ritual, la concentración reactiva la participación sensorial de las personas según el desarrollo del juego y de acuerdo con las situaciones externas a él; hay una expresión de doble forma, por un lado, se da un proceso, como Goffman afirma, mediante el cual una persona utiliza los gestos corporales para que se pueda deducir su situación (*Cfr.* Goffman, 1979:30), que se dirige al interior o al exterior del área de mesas, que es la extensión del espacio apropiado (véase Figura V. 13. y IV.14.).

La palabra hablada se emplea en distintos tonos y volúmenes, los giros y convenciones dan cuenta del desarrollo de la partida. Las expresiones gestuales como el ojeo, el manoteo y las risas forman parte de la táctica ritual del juego, son signos demandados por el acontecer externo. El olfato, el gusto y el tacto, el sentido del humor y el sentido común, en correspondencia con la etiqueta, colaboran para acentuar la significación del momento como un gran acontecimiento, que a la vez que se agota en sí mismo previene su reposición, como vigencia sin desgaste, como muestra vivida de la relación entre lo pragmático y lo sensible (*Cfr.* Goffman, 1979:30). Así es como se mantiene siempre el mismo ritual en la sorpresa y el asombro, igual que el chiste mil y una veces contado, pero con la dosis de novedad puesta en juego tanto por el que lo cuenta como por quien lo escucha.

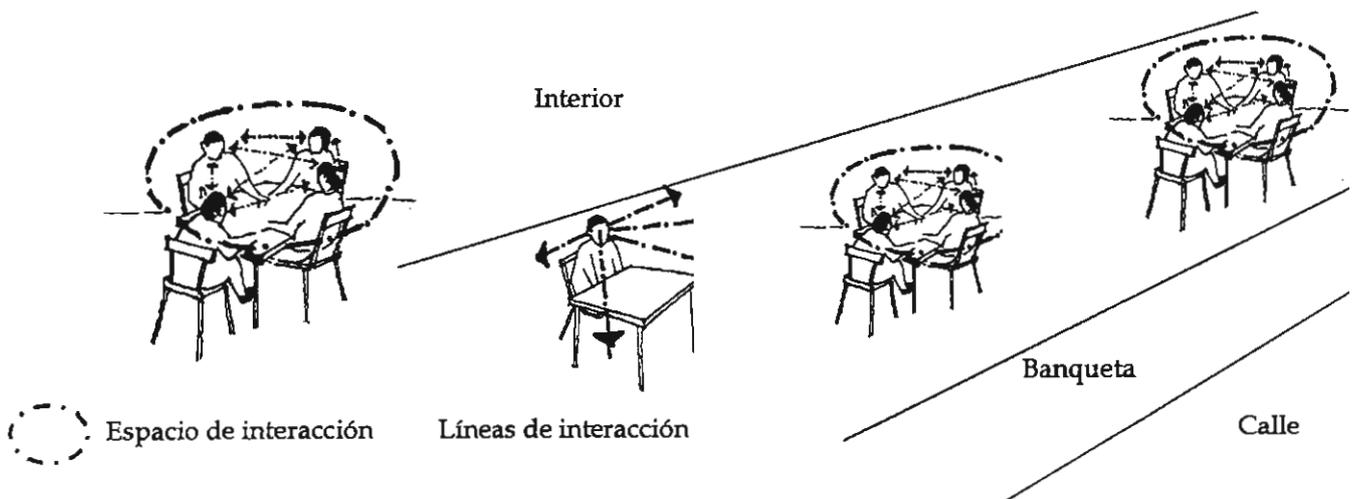
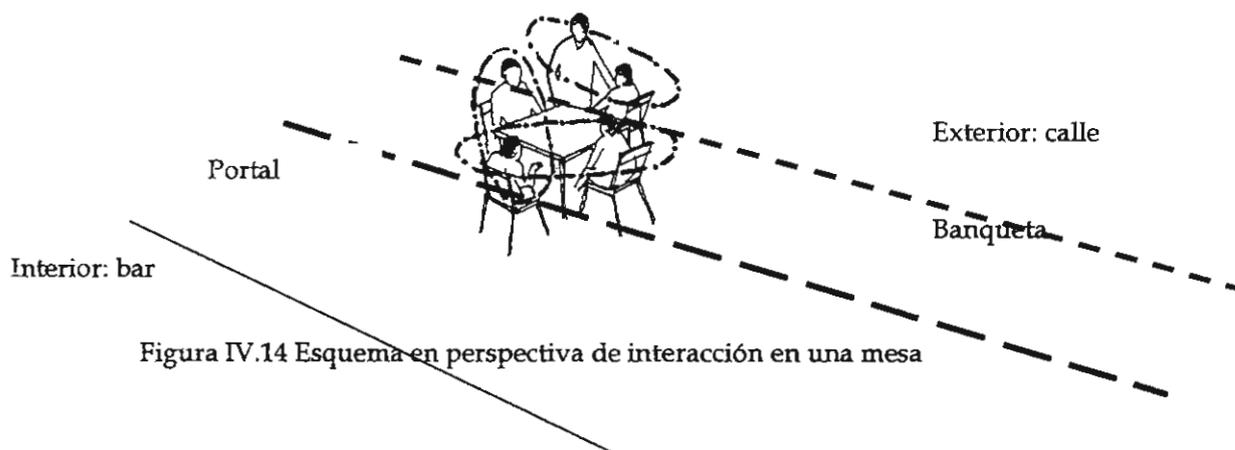


Figura IV. 13. Esquema en perspectiva de unidades participativas e interactivas, en un juego de dominó

Los domingos, esta concentración nocturna del dominó despliega las amarras de los deseos y las emociones de los sujetos convocados. La duración y número de presentes es mayor que los días ordinarios. A pesar de una preponderancia masculina y estatutaria se

observa una mayor asistencia de mujeres y jóvenes. Esta condición se expresa en dos formas distintas de concentración. Por un lado, están los grupos de hombres que juegan dominó y, por otro, aquellos grupos heterogéneos que beben al lado de los conjuntos de jaraneros. Los grupos heterogéneos propician mayor interacción, al cambiar sus papeles sociales de unidades participativas con los músicos y la concurrencia a unidades interactivas.



El comportamiento, que se expresa con el lenguaje hablado y corporal, da cuenta de la presencia de las mujeres en un ámbito tradicionalmente de hombres. Las improvisaciones poéticas en boca de los hombres, más que forma de galanteo, deja ver cierta timidez relacionada con el deseo de agradar. Los tonos y volúmenes de la voz son indicadores de la edad, el sexo y el estrato de las nuevas presencias. Ante la multitud, el volumen y tono de la voz se acortan hasta que se instala en su mesa como “espacio bien definido que los individuos pueden reivindicar temporalmente” (Goffman, 1979:46–50). Tono y volumen dan cuenta de que existe alguna irregularidad: el incremento de volumen señala la presencia de algún conocido y a la inversa, el silencio es signo de una presencia femenina.

Según lo observado esta concentración parece definir territorios sexuados, en los que las relaciones delante-detrás e interior–exterior, parecen expresarse nítidamente los domingos. El interior como el detrás, como territorio *androcéntrico*, está localizado uno dentro de los bares y otro como territorio *mixto*, en la zona de los portales. En ambos territorios existen *recintos* valorados según sus condiciones visuales, como control o no de la interacción. En el territorio *mixto*, los *recintos* más valorados son los que se dirigen hacia la calle y el parque. En el territorio androcéntrico los *recintos* más valorados suelen ser los más próximos a la barra y los del fondo. Al recinto, a su vez, le corresponden espacios con valoración diferencial. Esto lo saben quienes llegan antes, por lo que seleccionan el recinto y *su lugar*, a fin de liderar las mesas, para que les sea reconocido *su lugar* como jurisdicción personal y situacional, merced a un derecho consuetudinario.



Figura IV. 15. Esquema en perspectiva de la concentración de las partidas de dominó en los portales y bares

La forma de estas concentraciones corresponde al espacio tal y como lo entiende Goffman (1979:52): “un territorio en torno a o en frente de una persona cuya reivindicación de él se respeta” y se inscribe espacialmente como un conjunto de erizos

según líneas virtuales que formarían las miradas recíprocas entre las personas. Esto confiere a la concentración una fisonomía *centrípeta*, de doble alcance: uno inmediato en torno a los interactuantes de la mesa, y otro mediato, que incluye a quienes pasan frente a las mesas, susceptibles de cambiar de papel como unidades vehiculares o participativas, a unidades interactivas (Figura IV.15.). La forma de la concentración da cuenta del territorio físico y del territorio simbólico como un *tiempo condensado* de significación compartida, que sólo es posible en virtud del *tribalismo* (o grupos sociales primarios) como antítesis de la masa (Cfr. Maffesoli, 1990).

El Parque y la fiesta

Un ámbito fundamental de la interacción social se da en la relación espacio-acontecimiento, como es el caso del Parque Zaragoza en la fiesta principal de La Candelaria. Días antes de la celebración por todas partes en Tlacotalpan se ven hombres descascarando y limpiando las paredes, que con gran inquietud desean remozar las fachadas. Se viene la fiesta anual encima y las casas tienen que mostrar una cara renovada. Tlacotalpan despierta cada 2 de febrero mostrando una epidermis distinta a la del año precedente. La renovación tiene mucho que ver con el simbolismo sincrético que envuelve la fiesta tradicional: ayer Chalchitlicue, hoy Candelaria. Serpiente que muda de piel, ciudad que troca su aspecto. Serpiente y ciudad de fisonomías distintas, empero con una esencia preservada.

...Nosotros ya desde mediados de enero sentimos ya una alegría porque se acerca la fiesta. Ya preparamos. Pintamos la casa, la arreglamos... el hecho de que venga gente a Tlacotalpan eso ya es

motivo para arreglar las ventanas, las puertas, la casa por dentro y por fuera, pues es una alegría general.

A veces en muchas casas andan corriendo desde el día 30 de enero y muchas gentes andan como locos porque el tiempo se les viene encima... todo mundo parece que va jugando carreras... Y gritan ¡ya te gané! Es algo que nosotros sentimos. No lo sentimos, ya lo traemos y nos vamos preparando para la fiesta...

Residente de la Zona Intermedia.

...Vino un arquitecto francés y nos decía que siempre que venía encontraba todo diferente porque lo pintaban de diferente color todo y se despistaba...

Hasta los pescadores pintan sus lanchas... todas las lanchas se forman en el río y van formando una valla a la virgen por todo el paseo...

Residente de la Zona Intermedia.

...Porque como dice doña Magnífica, porque cuenta mi mamá que mi abuelita era igual. Que ella se venía un día antes de la fiesta y a limpiar todo antes, porque a nosotros nos gusta recibir bien a la gente para que se lleven una bonita imagen de los tlacotalpeños...

Residente de la Zona Intermedia.

La fiesta, equivale al gran intercambio con los coterráneos y con el mundo exterior.

Es la participación sin exclusión. La ciudad se vuelve el espejo de su *autocontemplación*. Si lo dominical espacialmente abraza a todo el Parque Zaragoza, la fiesta abraza a toda la ciudad. Es *conquista del presente*, la gran concentración o mejor dicho el gran conjunto de concentraciones, donde la proxemia reivindica su sentido originario: el prójimo, el próximo, es decir, el otro. El yo es una metamorfosis más en la otredad y a la inversa. La fiesta es identificación, se comparte el mito común de los y las tlacotalpeños. En términos territoriales es el mito de gran alcance, que contiene a otros territorios de menor dimensión, con otros tantos mitos compartidos, a la manera de las *matrushkas* de Maffesoli (1993:125): la fiesta y el éxtasis “permiten expresar a la vez lo idéntico y lo diferente” (Maffesoli, 1990:196), de ahí que las diferencias generacionales se rompan transitoria y repentinamente. El pasado sin futuro aparente se funde con el futuro deseado sin pasado

consciente. La fusión fortalece los lazos y la fuerza de la costumbre, mediante los deseos y las frustraciones del imaginario colectivo, envueltos en la fiesta, como muestra de la correspondencia físico social, encarnada en el *genius loci*, como ese “sentimiento colectivo que moldea al espacio” (Maffesoli, 1990:225), como ese conjunto de espacios existenciales individuales que harían el gran espacio social existencial.

En este sentido, la fiesta descubre múltiples apariencias en lo espacial que pareciera multiplicarse proporcionalmente en las acciones; en la ruptura de la rutina temporal; ya que más de 72 horas no miden tres días sino *la fiesta*; en lo social, el estrechamiento de vinculaciones y de trato, la ampliación *casi* indiscriminada de los *solaces* de que habla Luis González (véase González, 1984:72); y en lo individual la disposición para el encuentro y la tolerancia. Los dispositivos de control de la interacción no deseada dan cuenta de la laxitud. Las barreras físicas se abren tanto a las acciones previstas como imprevistas. El sentido de confianza hacia el prójimo, se hace más visible, holgado y compartido. La proxémica se expresa en una mayor fricción corporal, demostración de afecto de conflictos pospuestos.

Los lugares, foros y sedes del parque aparecen multiplicados, con mayor luminosidad, igual que los *dominios jurisdiccionales*, como las decenas de espacios comerciales transitorios de distintos géneros. La forma de las concentraciones y su inscripción en el espacio expresa una apatencia de homogeneidad. Las distinciones de los rasgos diferenciales en cuanto a sexo, edad y estrato socioeconómico se localizan sólo en algunos foros específicos, por ejemplo, en el área de los bares de los portales y el palenque, donde se conserva lo privativo de la edad, así como ciertas zonas específicas de la Plaza de Doña Marta, reservadas únicamente para los grupos jaraneros.

La fisonomía del Parque Zaragoza recuerda, con los puestos de distintas mercaderías instalados en los alrededores, a Gogol⁹ y las ferias medievales, con grandes movimientos e intercambios en un paisaje sensual. La instalación de los puestos se consigue por medio del pago de derechos al municipio, una forma de jurisdicción concedida sin retribución obligada, a la que suele obsequiarse alguna expresión de reciprocidad, que muestra un sistema de relaciones entre la gente de la ciudad y los comerciantes de fuera, basado en acuerdos de carácter afectivo.

Los puestos de las fiestas de Candelaria, para frutas, juguetes, cacahuates, colación y de rebocería, calzado, sombrerería, sillas de montar y otros artículos de necesidad y de lujo, se ponían en los portales que circundan la Plaza Zaragoza, y en los de la calle del Comercio... se ponían las ruletas, polacas, chingoloingos y otras diversiones y juegos... Cedía Mamá Tules, en las fiestas el corredor de la casa a los arrieros para sus ventas, gratuitamente... agradecidos, le regalaban en compensación ... alguna arroba de colación u otros efectos arribeños ... comíamos, siempre gratis, muchos cacahuates tostados...

(Malpica, 1974:5-8).

Las formas de concentración en la fiesta representan una convivencia *promiscua* y de permisividad, revelan las mezclas de expresiones interactivas: de pescadores y ganaderos, de campesinos y artesanos, de artistas y vendedoras, de obreros y profesores, de madres con niños y peones, de intelectuales y viejos luchadores. Su forma descubre la energía liberadora de la carnavalización que acompaña a la fiesta de La Candelaria, que muestra el “colapso de las distinciones jerárquicas” (Cfr. Morson, 1993:176).

La concentración en la entrada a la Capilla de la Candelaria en estos días de festividad cobra vida a partir de las diez de la mañana. El número de concurrentes alcanza

⁹ *Las Veladas en Dikanka o La noche de mayo*, con el fin de narraciones de ambientes de ferias y las costumbres ingenuas, como eje de la vida comunitaria.

cifras altas, merced a los diversos destinos que se funden ahí: el parque, el templo, los juegos mecánicos y los puestos. Al parecer, un presente y un territorio son los elementos que comparten los habitantes, ambos como dispositivos indiscriminados de aproximación.

La concentración del acceso a la capilla se funde con la de los juegos mecánicos, la del restaurante, la palettería y de la calle frente a los bares. El conjunto de concentraciones muestra a la fiesta como un puente entre lo privado y lo público, a través de los comportamientos. Los espacios donde se ubican las personas constituyen el contexto al servicio de las pautas de la conducta de fiesta, que homogeneiza los comportamientos y la participación de los sentidos. La vista, el oído y el olfato parecen ser los canales más abiertos a la percepción. Sin embargo, se da también una combinación sinestésica, que va de los olores a los colores, de los sabores a los movimientos del baile y de las miradas al tacto al sonido del zapateo. Así, la relación fiesta-sentidos, parece mostrar la vena de los y las tlacotalpeñas para el hipálage, a través de sus percepciones respecto a la fiesta.

*...la fiesta es azul..., la fiesta huele a nanche fresco..., suena a madera...,
"sabe a comida recién hehecita..., la fiesta tiene forma de cerveza y
alcohol..., huele a alegría...*

Las concentraciones se inscriben espacialmente en forma de hidra que crece y decrece intermitentemente, cuya cabeza se alarga según las concentraciones de menor intensidad, localizadas hacia el sur y en la entrada de la capilla (véase Figura IV.16.). La dinámica espacial expresa la correspondencia con el perfil dionisiaco de la fiesta, como tradición sincrética de corte religioso, que comparten todos y que se expresa en una

peculiar mezcla de regocijo y miedo contenido.¹⁰ La forma de interacción en estos momentos de fiesta se refleja en vaivenes espaciales de apertura y cerramiento, en los que sus participantes se mueven a ritmos que crecen y decrecen al compás de esos vaivenes.

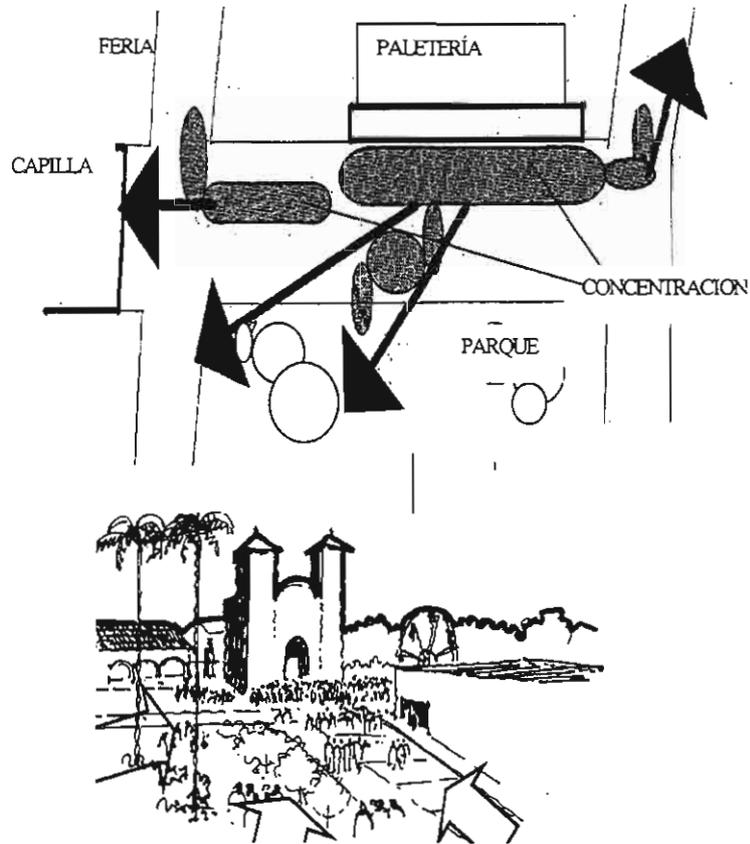


Figura IV.16 Esquema en planta y perspectiva de concentraciones frente a la capilla de La Candelaria en la fiesta

Lo carnavalesco de estos actos termina con la muerte de los toros, en un paralelismo semejante a los sacrificios ofrecidos a Chalchitlicue (Cfr. Aguirre B., 1992:188–189), que expresan una forma de interacción *sui generis* entre los participantes, de acuerdo con cambios súbitos de los roles sociales de unidades participativas o interactivas a

¹⁰ Como señalé líneas arriba, al otro lado del río son embalsados varios toros que luego son soltados por las calles al estilo de Pamplona, como parte de los festejos.

unidades vehiculares y a la inversa, según la proximidad del peligro ante la llegada de los toros, y al ver amenazado el *umwelt* y la vida.

Los toros, uno los disfruta mucho, no es una cosa que los vea de la ventana, me voy a correr detrás de ellos... se siente mucha emoción, éxtasis, euforia. Es algo que yo creo que solamente viviéndolo lo puedes... como cuando dicen las mujeres embarazadas y tienen hijos ¿no?. Pues, solamente lo viven...
Residente de la Zona Intermedia.

La combinación del desempeño de roles sociales como unidad vehicular participativa e interactiva, define una forma centrífuga en el espacio que al paso del peligro y el susto, recobra la misma apariencia homogénea de acuerdo con el orden previsto. La Plaza de La Candelaria también participa en la fiesta como foro para el homenaje religioso que da sentido al festejo. A partir de las cinco de la tarde se concentra ahí un número significativo de personas. El interés compartido por la mayoría es la recreación, según da cuenta la relación del parque, los juegos y la paletería (Figura. IV.16.). La fisonomía de la concentración parece revelar dos aspectos característicos de las relaciones entre los habitantes y su ciudad: el panorama humano que se percibe ordinariamente y el aspecto de la ciudad, las calles limpias y las fachadas recién pintadas, en consonancia con el lucimiento de la ropa nueva comprada ex profeso y que unos exponen dispuestos al saludo y crítica de los otros. El arreglo del ambiente físico y social se expresa como acuerdo y como garante de reciprocidad, empero, no obstante la ruptura de jerarquías mediada por la fiesta, sí da cuenta de las diferencias sociales. Por tanto, las convenciones respectivas incluyen a las formas de consumo: tal como el arreglo de la casa se expresa diferencialmente en cada zona de la ciudad, el arreglo personal hace lo suyo, de acuerdo con el sexo, la edad y el estrato social respectivo.

El contexto de los puestos y los juegos mecánicos induce al desempeño de un doble papel como unidades participativas e interactivas. Las formas de interacción corresponden al encuentro cara a cara, sean o no personas conocidas. Los encuentros reproducen la etiqueta con algunas variantes que parecen acentuar deliberadamente el carácter festivo. Sobre todo en personas adultas se observa un comportamiento que parece ceder el paso y la palabra al otro, en tanto que se comparte un mismo interés.

Por la noche, la plaza de La Candelaria (Figura IV. 17.) como extensión del Parque Zaragoza se vuelve un acento que refleja la búsqueda de una relativa privacidad, sede de encuentros amorosos.

El significado de los encuentros no se refiere a la cantidad de participantes que convoca, sino a la intensidad del ambiente de la plaza como lugar reconocido por los jóvenes: el rincón de los amorosos. Lugar de la permisividad selectiva en los días ordinarios se convierte en la permisividad cuasi anónima de las interacciones íntimas durante la fiesta. Esta forma de interacción es silente, ya que como dice Sabines: *los amorosos callan, que el amor es el silencio más fino...* Cada encuentro se inscribe en el espacio en forma difuminada y circular, en torno de los andadores de la plaza. Las distancias personales se acortan conforme al volumen y tono de la voz. La vista cede el paso a los otros sentidos para que abreen, de la permisividad de la fiesta, en el alma de los amorosos. Así, el oído como si fuera un susurro de la brisa y los halagos, y el olfato que absorbe la cercanía de los rostros, y el tacto junto con el humor, se acarician mutuamente.

La Plaza de Doña Marta en estos días festivos es la sede del encuentro anual de jaraneros. Su forma de bahía (Figura IV.18.) está llena de frondas y rojos de bancas recién pintadas, que convoca a una concurrencia de turistas sedienta de música y zapateo.

La preponderancia de la concentración se inicia a las 19:00 horas, principalmente de hombres adultos y jóvenes de recursos medios y bajos que se arremolinan desde temprano, en combinación con mujeres adultas y jóvenes. Los grupos de músicos comienzan a llegar. Se acomodan alrededor del templete en las bancas que reivindican como *recintos*, al tiempo que crece el interés y el ambiente en el tablado recién instalado.



Figura IV.17. Foto de la Plaza de La Candelaria

En la concentración se expresan varias formas de interacción, de acuerdo con el foco de interés. El encuentro cara a cara de los participantes entre sí y la de los músicos. Otra de carácter estético, entre los participantes y los jaraneros; y otras formas de interacción más, donde el foco de interés se centra en la persona que presenta a los músicos jaraneros a la concurrencia.

La concentración puede esquematizarse en tres zonas, una nuclear de carácter centrífugo y dos marginales de carácter centrípeto (Figura IV.19.). Cada componente es definido por los roles de los participantes: el central por los grupos de jaraneros en

actuación, el posterior por grupos de jaraneros en espera de actuar y el frontal por los convocados. La interacción se expresa en forma múltiple en dos bloques, entre el componente del centro y el componente frontal; entre el componente nuclear como bloque y agentes diseminados del componente frontal, y entre los participantes del componente frontal.

En esta concentración el espacio da cuenta de los cambios de roles sociales como unidades interactivas de tipo permanente y transitorio que realizan los participantes. El permanente como unidad interactiva corresponde a espectadores localizados en el componente frontal, y a los jaraneros y presentadores localizados en el componente posterior. El transitorio como unidad interactiva, a los presentadores y a los jaraneros en el tiempo de actuación dentro del componente central, de paso al componente posterior. El componente frontal da cuenta del interés compartido por los participantes como detonador de cambios en la forma de interacción focalizada. El interés compartido, que gira hacia el acontecer del componente central modifica el comportamiento y el control de la interacción se reduce hasta límites no concebibles ordinariamente.

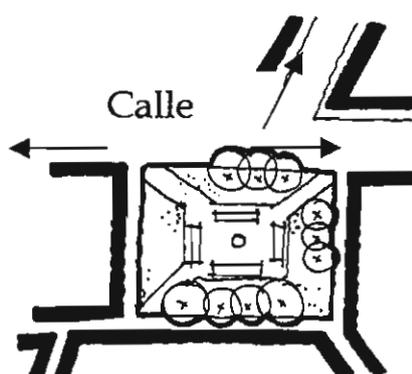




Figura IV.18. Esquema en planta y perspectiva de la Plaza de Doña Marta

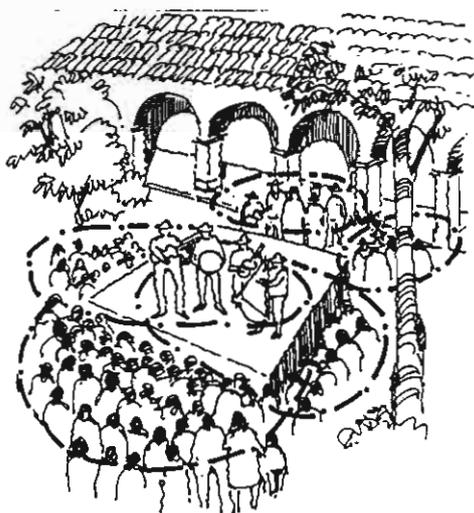


Figura IV.19. Esquema en perspectiva de la concentración en la plaza de doña marta los días de fiesta

Al parecer, ello muestra que el *umwelt* como entorno personal se amplía, se da una mutación ampliada del yo por el nosotros; hay una fusión y confusión con el *umwelt* de los otros, mediado por la estrechez espacial y el interés compartido. La interacción de los participantes en la concentración dan cuenta de la conjunción del aquí y el ahora compartidos, como homenaje a la vida, de ruptura de lo prohibido. La alegría se funde y confunde con los colores *chillones* de casas y vestidos, o con los sonidos y gustos hechos uno a través de las canciones:

*Coco de la caña dulce
Coco
de la dulce caña
Coco
y si no está dulce
Coco
para que me engañas...*

2. La calle

La calle es para los habitantes de Tlacotalpan la extensión de la casa. La casa es una acepción, es el espacio interior de reproducción y regulación social que se evalúa ante el espacio exterior y público de la calle, ese pasaje escaparate en el que se expresan las formas societales aprendidas. Tal concepción confirmaría la calle, siguiendo a la definición de Elias (1988:179), como el “centro primario y dominante de la represión de los impulsos [donde la] dependencia del niño con respecto a los padres pasó a convertirse en una fuerza especialmente importante e intensiva de la regulación y la modelación emotiva socialmente necesarias”. En tal sentido, si la calle es una extensión de la casa, entonces aquella deviene en espacio con un significado compartido, de carácter identitario que las formas de interacción rutinizadas y ritualizadas reproducen y vigorizan.

La relación calle–casa, condensa al espacio de la vida cotidiana la reiteración de las acciones vitales de hombres y mujeres, el mundo de su intimidad, la manifestación de lo familiar y de los actos simples (*Cfr.* Kosik, 1967:92–93), Así, la calle representa el primer espacio de contacto con los otros, el foro en el que se establecen los lazos primigenios de identidad grupal, que corresponden a dos niveles interrelacionados como correspondencia entre lo físico y lo social. La calle es el espacio que se basa en las pautas de comportamiento tradicional y particular, en correspondencia con lo situacional y el

enmarcamiento contextual. Los lazos de identidad y sus formas de expresión, que se dan en la calle, ratifican lo dicho por Simmel (1988:109) que “el objeto real se halla en interacción con todo lo que se mueve o está fijo en torno suyo”. De ahí, que no sea posible analizar cabalmente el espacio, al margen de analizar las actividades de quienes les dan sentido, orden e inteligibilidad (Cfr. Semprini, 1994:137).

Por eso, la calle es la extensión de la casa como la entienden los y las tlacotalpeñas. Es su espacio de identidad, la calle de residencia perteneciente al yo. La expresión *mi calle* refleja sentidos de denotación y connotación que se comparten con los otros. Uno es un sentido espacial, de ubicación y posición; otro es un sentido social de pertenencia recíproca. En la relación calle-casa se reflejan experiencias de fuera y de dentro. La parte seria de la vida estaría, en efecto, en el exterior (Cfr. Bachelard, 1992:173 – 174). La calle permite descorrer los velos simbólicos de la relación calle-casa; ahí pueden entreverse las connotaciones del bien y el mal, luz-oscuridad, masculino-femenino, día-noche. La calle, como exterior de la casa tiene una valencia bipolar relacionada también a la tradición religiosa, a la vinculación con el cuerpo y al deber ser.

La calle se entiende como un bien, si es un satisfactor, como un mal en tanto que espacio de lo público, o como territorio de los hombres al que a las mujeres desde la infancia les es recomendado no exponerse *en procura de su bien*. Y es que la calle al interactuar con los hombres y mujeres es un instrumento de la autocoacción.

Aparentemente, las mujeres de Tlacotalpan asumen mayor autocoacción que los hombres como forma para mostrar una fidelidad comprometida con las formas de ser y al *estatus* heredado.

Todos parecen asumir la autocoacción como un hecho natural, las mujeres por identificación, respeto o como prevención a las reacciones que podría desatar una conducta en contrario, al enfrentar el *miedo* inducido al exterior que consolidan las costumbres acerca de la calle como amenaza de la tranquilidad femenina. El miedo a salir a la calle, las buenas costumbres y la religión se encargan de conjurar, siempre y cuando el objetivo corresponda a lo acotado por la compostura de la posición social y el horario conveniente, como las visitas a la iglesia y los compromisos sociales:

En tu casa como un loco. En la iglesia como un santo. En la calle como un rey...
Residente de la Zona Central.

De acuerdo con información disponible, la población estudiada entiende la relación calle-casa como un mecanismo de diferenciación, que ha operado, y opera aún, para confinar a las mujeres la mayor parte del día a la esfera del espacio de lo privado, esto es de la casa. La conseja hispana de vieja cepa de que *la mujer como la escopeta cargada y detrás de la puerta*, parece seguir siendo observada como una expresión de la forma impuesta de percibir la exterioridad.¹¹

Entonces, la estancia mayoritaria de las mujeres, sobre todo las adultas, dentro de la casa lo asumen como un hecho natural. No obstante a pesar de que más de la mitad de las madres de familia de las personas encuestadas se dedican a las labores del hogar, en general, no registran a la madre como la persona que más está en la casa, sino a los

¹¹ El sentido de percepción de los adultos entrevistados parece orientarse en la idea de esta conseja. Además de ello, la participación en las entrevistas de las mujeres de la Zona Central, a pesar de estar en la casa, que fue comparativamente inferior a la de los hombres, parece dar cuenta de la forma como

hermanos, al padre o los abuelos.¹² Por otro lado, las mujeres relacionan la limpieza con las diferencias entre la calle y la casa. La casa es el espacio de la higiene, la calle al contrario, es el espacio afectado por lo sucio. Los hombres, por su parte, perciben a la calle como ampliación de su mundo diario.

La calle es un espacio excluyente, pero no alcanza a borrar totalmente de su espectro a las mujeres, sobre todo porque las jóvenes expresan una relación más afectiva con la calle, que los hombres. El mejor nutrimento del imaginario suele estar constituido por sueños y deseos. En tal sentido, la calle de residencia, al tiempo que revela la esfera de coacciones y deseos personales, deja ver las analogías y las distinciones sociales, de acuerdo con su aspecto y a través de las respectivas formas de apropiación en las zonas estudiadas. Por eso es importante describir el tipo de interacciones que se dan en la calle, diferenciándolas en las tres zonas urbanas referidas en el Capítulo III de esta tesis: Zona Central, Zona Intermedia y Zona Periférica.

Las calles de la Zona Central atestiguaron el paso de los tranvías como muestra fugaz de la modernidad de principios de siglo. Su fisonomía urbana muestra la valoración del carácter dual de lo afectivo y el significado de cómo las perciben sus habitantes. Más de 60% de las mujeres jóvenes y 50% de los jóvenes del estrato social alto, identifican a su calle con una valoración afectiva. Por su parte, los adultos y en menor cantidad las adultas del estrato alto residentes de la zona, consideran a su calle como un elemento de vinculación vehicular y peatonal. No obstante esta percepción pragmática, la mayoría de

se asumen los roles respecto al exterior. Y por otro lado, las observaciones muestran la ausencia de mujeres en plazas y calles a partir de las 19 Horas.

¹² Así lo confirman, los jóvenes encuestados: 62% de las jóvenes y 30% de los jóvenes del estrato alto; 44% de las jóvenes y 60% de los jóvenes del estrato medio, y 33% de las jóvenes y la mitad de los jóvenes de estrato bajo.

las adultas expresan una diferencia sutil, ya que ellas afirman que suelen utilizar la calle como un elemento de apoyo para intercambiar breves comentarios con vecinos. Se realizan ahí formas de interacción selectivas por el carácter diferencial de la carga afectiva. Se posibilita la comunicación y la información del pequeño mundo exterior que las rodea. Esas formas de interacción selectivas salidas del confinamiento hogareño, expresan también formas de apropiación e identificación espacial y social. El espacio público que utilizan, sea el mercado, el parque o la calle lo convierten en “suyo”, en un lugar de identificación. La selectividad de las formas de interacción da cuenta de la percepción compartida por los individuos acerca de la calle, que corresponden con un orden en el que la casa constituye un territorio celosamente reservado. La casa y la calle corresponden al orden de las representaciones colectivas conceptuales, algunas se usan como dispositivos de control no visibles de interacciones no deseadas. Pero con esos dispositivos están las formas de lenguaje y las arquitectónicas. Las formas del lenguaje se refieren a lo hablado y lo corporal, y el *lenguaje* de las formas arquitectónicas se refiere al portal o corredor, característico en esta zona de la ciudad, las puertas y las ventanas.

Es importante relacionar lo anterior porque la correspondencia de los lenguajes se apega a las convenciones sociales pautadas y comportamientos heredados como deseables. Las formas de interacción de las mujeres y los adultos expresan una preocupación por mantener las formas del lenguaje hablado, corporal, el arreglo personal y el control de las distancias, que expresan la autoacción o *self-control*; pero esa corporalidad personal se despliega hasta la ornamentación de la arquitectura, el tipo de mobiliario y los objetos de uso.

El habla, de acuerdo con las buenas costumbres, despliega un doble estándar en la que los hombres despojan a las mujeres la libertad que ellos tienen: la misma habla que es festejada en los varones, para las mujeres es censurada, según esa doble valencia, que las mujeres asumen y comparten al mismo tiempo.¹³

Las interacciones de los residentes de la calle de la Zona Central son preponderantemente rutinas derivadas de hábitos domésticos, como recibir la leche, comprar pescado y algunos encuentros casuales con los vecinos.¹⁴ Esta interacción rutinaria comercial deja ver el juego de la distancia física, que se estrecha relativamente al recibir y pagar la mercancía, así como la distancia psicológica de mayor amplitud que sólo permite atisbar mediante un gesto aparentemente afectuoso el estrechamiento de tal distancia, la que poco después expresa, paradójicamente, que ese mismo gesto muestre la lejanía de la despedida.

La interacción del encuentro casual con un vecino expresa la etiqueta del inicio con un saludo verbal o de mano, acompañado con gestos afectuosos o sonrientes, y un posterior acortamiento de distancias. Entre mujeres las distancias son menores que entre hombres, variando de acuerdo con la edad y las combinaciones posibles. En los encuentros entre hombres y mujeres adultas las distancias son de 40 a 60 cm, y en los de hombres y mujeres jóvenes de 40 a 70 cm, con menor frecuencia que los primeros. Las distancias entre mujeres adultas y hombres jóvenes de 30 a 50 cm, son inferiores a las de mujeres y hombres de edad adulta de 50 a 70 cm, lo que parece mostrar la idea de respeto

¹³ Ello da cuenta, entre otras consideraciones, de la inexistencia de mujeres poetas repentistas, que recrean versos improvisados, en tanto que es copioso el acervo de los improvisadores.

¹⁴ Esto fue registrado escrito y gráficamente en diferentes observaciones en las calles y portales en días y horarios diferentes, de lo cual se derivan las descripciones y la medición respectiva, las que son incluidas en este apartado.

de los hombres hacia las mujeres adultas, y de la coacción mayor exigida a los varones jóvenes en su relación con las adultas.

Además de esas formas de interacción, está la que podemos denominar: forma de acecho u observación desde el interior. Se refiere al desempeño de quien observa sin ser observado, a través de las ventanas abiertas hacia el portal. Esa es también una forma de interacción que da cuenta de la intromisión del espacio de uso mediante el autocontrol del conflicto, a partir de un *umwelt* totalmente protegido de quien observa.

La fisonomía de la calle en la Zona Central refleja nostalgia y soledad. Nostalgia por su apariencia arquitectónica y soledad en cuanto a la escasez de transeúntes. Nostalgia y soledad que contrastan con un aspecto tan cuidado como condición que debiera privilegiar el encuentro. Aspecto que más parece hablar de un compromiso estético con la proximidad al Núcleo Central y su correspondencia estatutaria de carácter socioeconómico. El mantenimiento de las fachadas, el pavimento, las banquetas y algunos prados bien cortados muestran las calles de la Zona Central como espacios urbanos que producen a la vez efectos de poder y de conciencia. De poder, por el papel de las formas arquitectónicas que influyen en los comportamientos de los residentes de la ciudad; conciencia por lo que representan en sí mismas como arquitectura en el imaginario de los habitantes de Tlacotalpan.

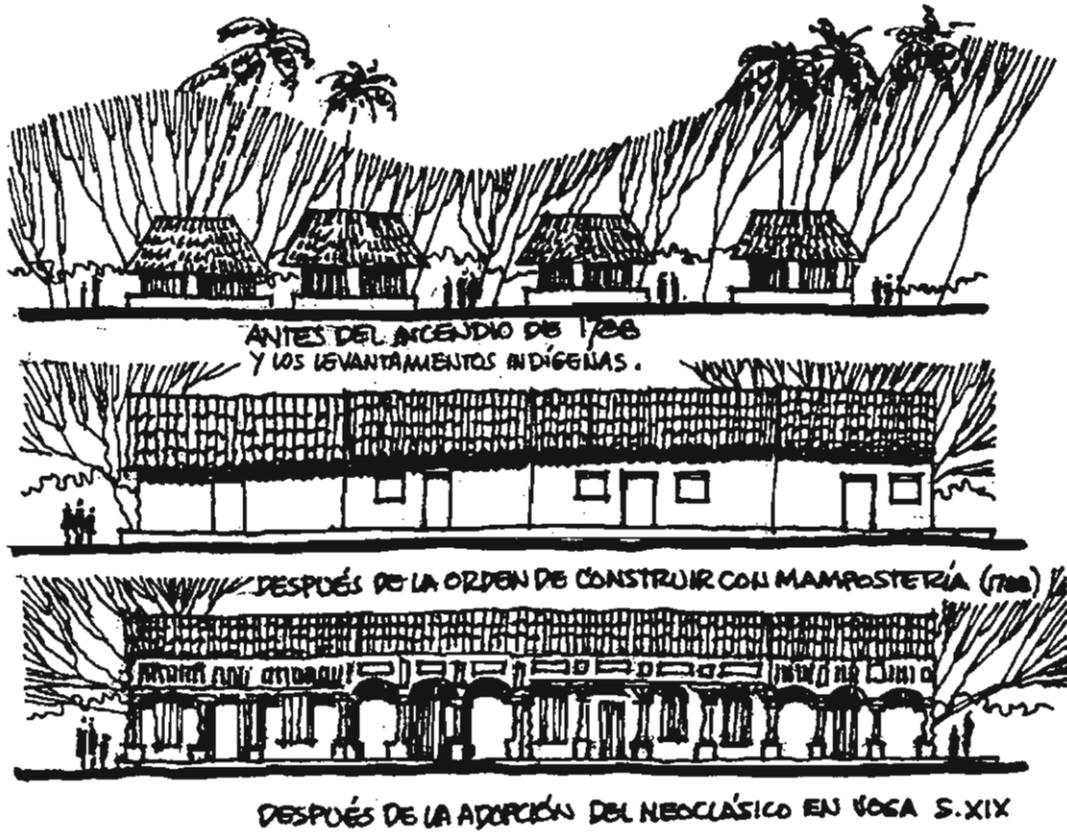


Figura IV.20. Esquema frontal de la evolución cronológica de la imagen arquitectónica

Las formas arquitectónicas de las calles de la Zona Central, con un estilo neoclásico popular, evocan el pasado, confrontan el presente y presagian el futuro. Los tiempos idos de bonanza y la estela culta procrean con nostalgia, a través de la conservación, y la conformación de un gusto generalizado en apego a patrones cromáticos. Mediante la evolución de las formas arquitectónicas la calle de la zona da cuenta de la relación espacio-tiempo, pero no llega a esclarecer el por qué de su evolución, para llegar a ser como son (Figura IV.20. y IV.21.). Ni las dudas históricas respecto a tales arquitecturas pueden dirimirse en el pasado únicamente mencionando los conflictos provocados por el

nacimiento de la élite. Y con respecto al mañana, sólo parecen contener un manojo de incógnitas que el galopante deterioro ambiental del río Papaloapan le plantea a la ciudad.¹⁵

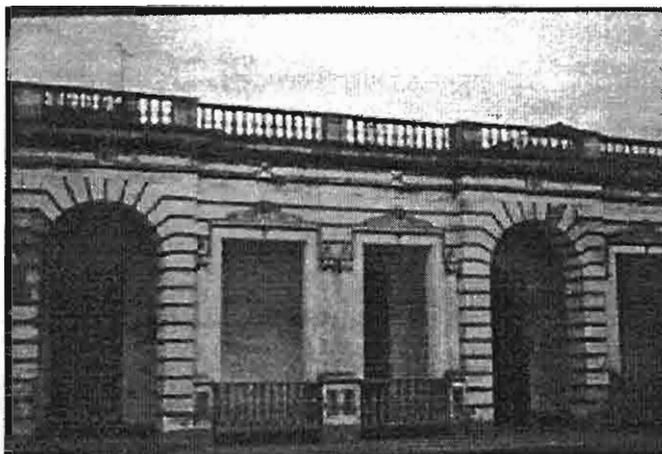


Figura IV.21. Fotos de casas tipo de la Zona Central

¹⁵ La importancia del río Papaloapan para los residentes puede apreciarse en los siguientes extractos:

...El río es una gran fuente de trabajo para nosotros, ojalá que el gobierno nos ayudara para quitar los clarines, porque los clarines son los que están acabando con todas las especies... Ojalá y el gobierno nos oyera y que hiciera algo por nosotros, pero desgraciadamente no. No se puede hacer nada, el clarín mata todo, todo mata... Con todo el respeto que me merece, nos vamos a comer unos a los otros, eso es muy importante, ya todo se está acabando...

Residente de la Zona Periférica.

....La pesca se ha escaseado por la contaminación... aquí había camarón, jaiba, diferentes especies de pescado y la gente se ayudaba pescando, pero ahora se acabó... vienen con las redes vacías, no pescan nada...

Residente de la Zona Intermedia.

...Muy buena la pesca, daba mucho dinero antes, muchísimo dinero... tiene como, puej poco más o menos como 40 años...

En resumen, la calle de la Zona Central da cuenta de que a pesar de su confinamiento interior, las mujeres parecen tener una percepción de la relación calle-casa más acentuada por lo afectivo que los hombres, lo que se expresa en la fugacidad de las de interacciones comerciales, que se ven acompañadas de expresiones de gentileza recíproca, igual que el rostro que sonríe cuando se descubre a la vecina o a la conocida y se le solicita dispensa o complicidad.

El rol de ama de casa determina un tipo de interacción en la calle inferior, a la de los varones. Las mujeres jóvenes tienen una relación comunicativa mayor que las adultas, pero inferior a la de los varones jóvenes, ello debido a las limitaciones tradicionales que les imponen formas y tiempos espacialmente diferenciados. Las formas de apropiación matutinas, de carácter aislado e intermitente, corresponden a las adultas. Las vespertinas aisladas, a los y las jóvenes y niños de ambos sexos. Y las nocturnas, todavía más aisladas, aun para los hombres adultos. El primer tipo es el de mayor frecuencia, consiste en aproximaciones de *umwelten* e intercambio del espacio de uso y se inscribe espacialmente de varias maneras (véase Figura IV.22.): una como *interacción en la puerta* de la casa, otra como *interacción de portal* y una *interacción que se da en la banquetta*.

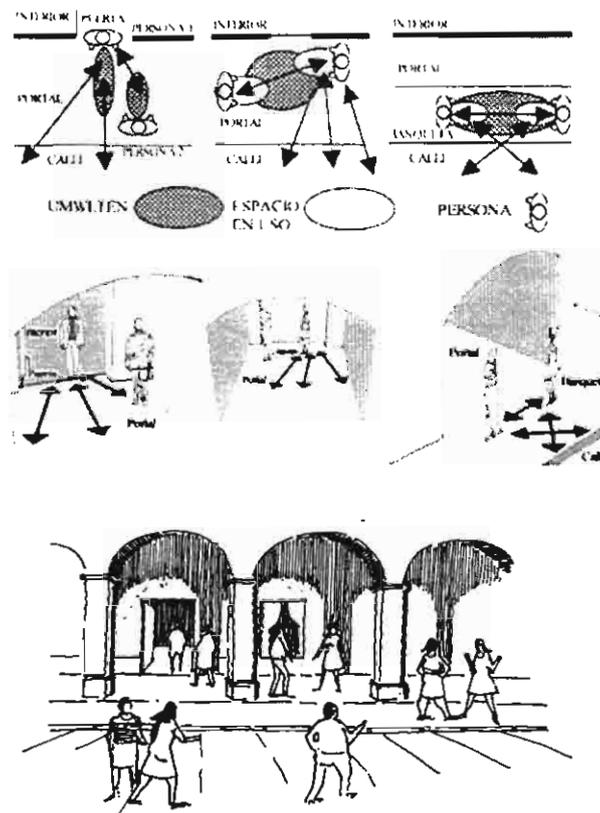


Figura IV.22. Esquemas en planta y perspectiva de las interacciones dadas en el umbral de la puerta, el portal y la banqueta

En las interacciones dadas en las puertas, la distancia que se genera cambia según el sexo de quien interactúa con el ama de casa. La relación entre *umwelten* es diferencial, mayor en el caso de la persona localizada al interior, a quien le es respetado el espacio de uso. La interacción *del portal* deja ver cierta fusión de *umwelten*, con respeto al espacio de uso del ama de casa. Por último, la interacción *en la banqueta* es recíproca en cuanto a que hay un respeto de los *umwelten* y los espacios en uso.

En la Zona Intermedia de la ciudad, donde se localiza la mayor densidad poblacional y el sector que tiene el mayor dinamismo productivo de la localidad, la relación calle-casa representa un espacio de mayor intensidad interactiva. Son los adultos, jóvenes y niños quienes mayoritariamente interactúan en y con la calle, con una menor participación

de las mujeres, que desciende según la edad y el tiempo. A mayor edad las mujeres participan menos en la hora después de la siesta, precisamente cuando la presencia de personas de todas las edades y sexos se vuelcan hacia afuera de la casa, más los fines de semana que en días ordinarios. El receptáculo es el portal, lugar privilegiado de reunión familiar, o, para *tomar el fresco* o *estar al pendiente* y platicar con los viandantes, como puede verse en la Figura IV.23.

La calle tiene una valoración simbólica relacionada con el comportamiento. La mayor parte de los entrevistados, pero sobre todo las mujeres, coincidieron en afirmar que el comportamiento personal en la calle debe corresponder a una forma de respeto y sinceridad.



Figura IV.23. Fotos de interacción después de la siesta

En la Zona Intermedia existe un mayor sentido de pertenencia a la calle de residencia, debido a que se presenta una mayor asociación entre los talleres y los pequeños comercios como extensión de la casa, siendo éste un factor del sentido identitario. A través

del sentido de identidad se desarrolla una mayor interacción que se expresa en la intensidad y frecuencia de pequeñas concentraciones.

El lenguaje de las personas hablado y gestual, así como el manejo de las distancias, son las formas de expresión de las interacciones, de acuerdo con la calle y su papel espacial que puede ser de paso, de reunión o de intercambio. La calle como espacio de paso posibilita los encuentros instantáneos y la interacción a distancia a partir de los saludos gestuales. La calle se transforma en un espacio de reunión con el juego de los niños; con la junta esquinera informal, con los intercambios de compra-venta y con el trato entre adultos de los talleres.

La calle encauza los encuentros programados o casuales, mediante las sedes y los foros. Las sedes son las esquinas, las tiendas, la sombra de los árboles; los foros se ubican en el área anexa a la iglesia de San Miguel, donde se dan los encuentros más íntimos en los que el manejo del volumen, los tonos de voz, los gestos y el acortamiento de distancias suelen ser de lo más significativo.

A la diversificación del uso del suelo urbano de esta zona corresponde una valoración más acusada de la relación calle-casa, en la cual la calle, como extensión, se percibe según la noción delante-detrás, como una continuación del interior de la casa de carácter simbólico que constata lo expresado por Norberg-Shultz (198:114) “la arquitectura se encuentra en la unión del interior con el exterior”. En efecto, la diversificación del rol espacial del portal, como espacio de transición entre el exterior y el interior y el tipo de interacciones (los encuentros programados y casuales que ahí se escenifican) da cuenta de ello. La idea y la práctica cotidiana de la calle, como extensión de la casa, habla de la relación estrecha entre lo físico y social, a través de mediaciones

simbólicas que se van tejiendo día a día, vía las formas de interacción rutinizadas y ritualizadas.

Todo eso nos habla de que la cotidianidad es una repetición, una rutina en tanto que mecanismos que constituyen la seguridad del ser y del cómo ser. Merced a tal repetición, los actos aparentemente anodinos o triviales, suelen considerarse como rituales compartidos, como actos que ponen en juego la conciencia como artefacto renovador de lo rutinario. La conciencia lo rejuvenece todo porque da a los actos humanos más comunes un valor de iniciación (*Cfr.* Bachelard, 1982:99-100).

Las formas de interacción diurnas en los días ordinarios están representadas por la participación preponderante de mujeres y hombres adultos. Corresponden al encuentro y a la atención de rutinas de tipo laboral o comercial. Las más frecuentes se dan entre personas adultas en las que se intercambia y ratifica la forma del deber ser, mediante la reiteración de formas recíprocas de comportamiento que deben ser de acuerdo con la etiqueta que prevé el cuidado personal y que se inicia con el saludo verbal, paralelamente a la limpieza de la calle. La plática es breve, según el tema, pero es recurrente hablar de la cocina y del menú familiar; del alza de los precios o de los programas de televisión; el estado del tiempo, las noticias o las telenovelas en boga.

Asimismo hay formas de interacción que recrean el chisme cotidiano. Otras, de aparente neutralidad en cuanto al sexo, muestran el intercambio y confrontación de saberes: la habilidad para tejer, para hacer bordado, los remedios caseros o las recetas culinarias, que llegan a constituir los rituales que convierten las tardes en *tertulias*, utilizando la sombra de los andadores o los callejones contiguos a las casas (véase Figura IV.24.).

...Cuando hace muchísimo calor, me salgo al callejón con mi sillón y ahí se salen las demás vecinas, hacemos la tertulia y a platicar los chismes del día...

Residente de la Zona Intermedia



Figura IV.24. Foto en espera del ritual

Sus formas de hablar expresan distancias sociales; son mecanismos de identificación que se diferencian del carácter más bien rígido de la Zona Central, su flexibilidad acorta distancias y expresa la tolerancia recíproca de críticas mutuas, con una relativa elasticidad de doble moral. Los jóvenes y niños, por ejemplo, importan giros idiomáticos que son criticados irónicamente por los adultos, mientras que los adultos se complacen al usar palabras de épocas pasadas, las que a su vez son criticadas sutilmente por los jóvenes. Esta doble moral como dispositivo de censura social, comparativamente elástica, juzga el uso femenino de las llamadas “malas” palabras y hace que ellas mismas se autocensuren.

Salvo en interacciones de actividades comerciales, que encajonan detrás de un mostrador el *umwelt* de quien vende, el manejo de las distancias en cualquier tipo de interacción muestra una vocación de proximidad indiferenciada. La proximidad es un mecanismo de contacto que satisface el deseo de identificarse el uno con el otro. Depositamos un seguro de confianza y reivindicamos como nuestra la inmediatez de lo que

transcurre entre el momento del saludo, el ojeo indiscreto hacia otro lado y el gesto de despedida.

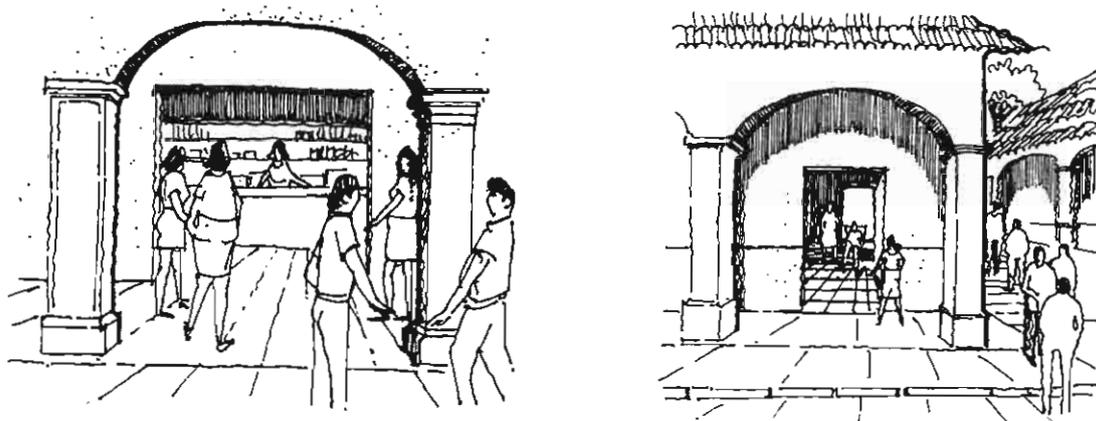


Figura IV.25. Esquemas en perspectiva de concentraciones en sedes de la Zona Intermedia

Se puede hablar de tres formas de interacción con distinta localización y duración, definidas según el sexo. Una es la que se da en la banqueta con varones de pie y sentados sobre las guarniciones y las aceras; se localiza en sedes esquineras, al amparo de alguna tienda. Es muy frecuente y su duración se prolonga hasta dos horas y media. El segundo tipo de interacción es de frecuencia intermitente y dura hasta media hora, presente en la forma *banquetera* de jóvenes de ambos sexos. La tercera forma se da en el portal, en los andadores o callejones y es característico de las mujeres; son lugares anexos a su residencia con una duración no mayor de hora y media. Las personas utilizan sillas o mecedoras como elementos de apoyo, de las que carecen las otras dos formas de interacción descritas (Figura IV.25. y IV.26.).

La forma de concentración que se localiza en el área anexa a la iglesia de San Miguelito es con preponderancia de hombres de todas las edades y minoritariamente mujeres jóvenes. La actividad principal es jugar fútbol, pasatiempo entre amigos y vecinos,

todas las tardes para los niños y los fines de semana para jóvenes y adultos. Las etiquetas de la concentración define dos tipos de rol social, una como unidades participativas y otra como unidades interactivas o jugadores. No obstante la preponderancia masculina, las mujeres jóvenes y adultas participan también. Con mayor frecuencia las jóvenes desempeñan un doble papel, tanto como unidades participativas o espectadoras como unidades interactivas.

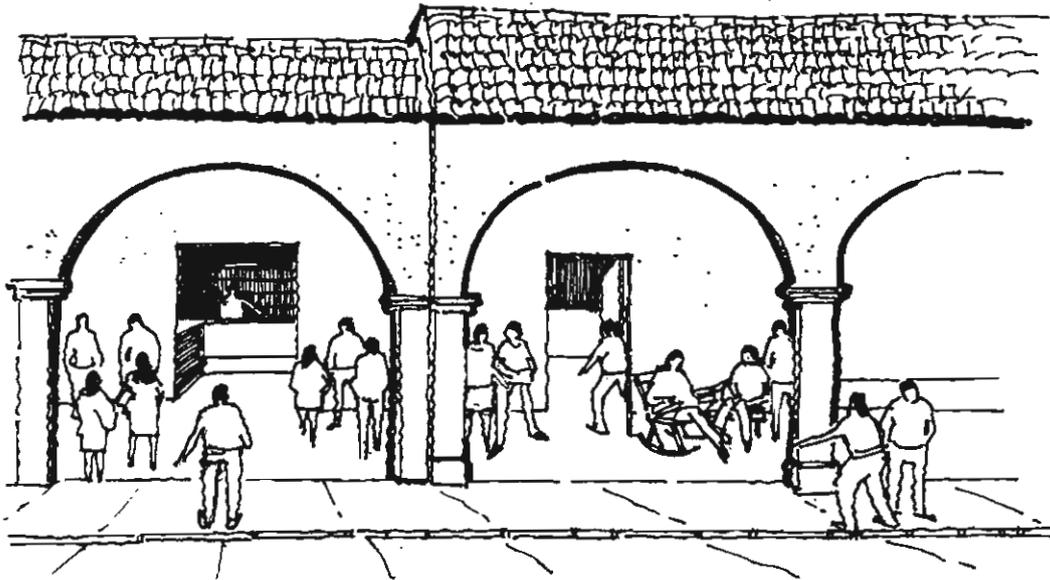


Figura IV.26. Esquema en perspectiva de formas de interacción de portal

La calle de la Zona Periférica es un espacio físico socialmente mimetizado. La alta frecuencia y la gran intensidad de interacciones se realizan en espacios imprecisos. Las formas de interacción más significativas, *en* y *con* el espacio exterior, están permeadas por las actividades productivas, el sexo y la edad. Las actividades productivas se realizan desde el patio de las casas y comparten el espacio público de la calle, por lo que funciona como paso y como sede. Las actividades al interior suelen ser parte del trabajo doméstico. Los

cuidados del huerto tienen una preponderancia en las mujeres sin distinción de edades, junto con niños muy pequeños. Los hombres adultos y jóvenes tienen las tareas de mantenimiento de las herramientas y enseres de pesca u otras actividades productivas. Así pues, la actividad productiva perfila el sexo y la edad de las unidades participativas e interactivas. Favorecidas por condiciones de habitabilidad poco propicias de las casas de la zona (véase Figura IV.27.), las formas de interacción se intensifican en la calle, con una proximidad corporal muy estrecha hasta el roce, lo que ratifica la correspondencia física de los espacios con lo social del comportamiento. La calle es una expresión fuerte de tensiones y conductas no deseadas, representadas por el consumo de alcohol y marihuana, y una aceptación solidaria de sus residentes.

La calle más distante resume las contradicciones socioeconómicas de Tlacotalpan, que con la llegada de los nortes, *mutatis mutandis* superan cualquier tipo de caos característico de la ciudad moderna. Caos que, merced al telón de la vegetación, suele mirarse sin conciencia trasponiendo el contenido pintoresco de sus formas bellas, que adormilan con el engaño romántico lo que no se ve o no *quiere* dejarse ver.

Las formas de interacción localizadas en las calles *fronterizas*, son la del encuentro cara a cara, como un mecanismo que asegura y fortalece los círculos de edad, de sexo, familiares y gremiales, en una construcción y mantenimiento de redes sociales y estratégicas de sobrevivencia. De ese modo, los encuentros son las charlas de apariencia anodina y chismes, formas que estrechan las distancias entre sus residentes. Los vocablos locales aluden al mundo natural circundante, así como el lenguaje corporal desparpajado y abierto, el arreglo y el vestuario. A pesar de tal estrechamiento de las distancias corporales, el habla es veloz y el volumen comparativamente más alto que en las otras zonas. El

contexto deja ver la apariencia de permisividad, mediante el empleo intermitente de palabras que en otros contextos serían juzgadas como inadecuadas o pícaras. Pero ahí, su invocación lleva implícita o explícitamente la excusa de la identidad cultural, sobre todo en presencia de alguien no conocido. El lenguaje corporal desparpajado y abierto se expresa en movimientos continuos de torso, cabeza, brazos y manos, que acompañan el ritmo del habla, con gestos que acentúan el sentido del discurso.



Figura IV.27. Foto de casas de la Zona Periférica



Figura IV.27. Foto de casas de la Zona Periférica

La forma de encuentro más frecuente es en las mañanas y tardes de los días ordinarios, entre mujeres y hombres, pero según el sexo y edad varía la localización del encuentro. Entre mujeres adultas el encuentro inmediato es en el patio de la casa, al lado

del lavadero, en el fresco de un árbol. Hay otro mediato en el exterior de un comercio vecino, en la banqueta o el paso vehicular. En ambos casos el encuentro favorece el cambio de roles de los participantes, de observadoras a participantes. En la Figura IV. 28 puede observarse el encuentro en el lavadero dentro del predio de la casa, cuya etiqueta se inicia con el saludo verbal o con un *tocamiento*, para después introducir el chisme del día. La plática tiene un sentido propio y una toma de conciencia, que cobra significado en el proceso que ritualiza la rutina del quehacer doméstico. Así, esta experiencia socializada en virtud de la ayuda mutua, hace del espacio y de los objetos circundantes una naturaleza humanizada, precisamente por ese estado de conciencia propiciado por el encuentro.

El encuentro mediato a las afueras del *estanquillo* esquinero (Figura IV.28.) congrega a las mujeres adultas para compartir un chisme o socializar alguna de sus penas o alegrías ordinarias. La etiqueta se inicia con un saludo, requisito de adhesión al grupo. Si la charla principia, el saludo es ruidoso para expresar el convite, junto con acercamientos corporales, mediante el trenzado de brazos. Si la charla está avanzada, el saludo verbal de quienes llegan es más bien discreto y dirigido a las mujeres próximas, como señal de respeto al espacio de quien habla, en tanto que se saluda al resto de la concurrencia con gestos de las cejas y los ojos.

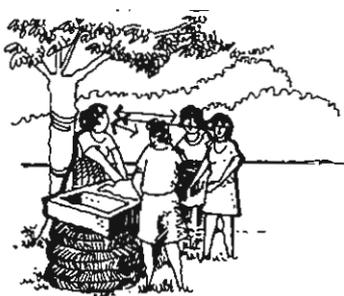


Figura IV.28. Esquemas en perspectiva de encuentros en el lavadero y en el estanquillo

3. El portal

Desde un punto de vista arquitectónico, el portal es uno de los elementos que mejor define la homogeneidad de la Zona Central, además de dar cuenta de las formas sociales relacionadas con él. Es un indicador *ecológico*, porque permite descubrir los vínculos y la correspondencia entre lo físico y lo social, tanto como expresión arquitectónica y de localización de la casa a la que uno u otro pertenece, como por las características intrínsecas de las personas que la habitan. En efecto, como forma arquitectónica, el portal o corredor, es un elemento de distinción, de las diferencias marcadas por la cultura y la estratificación socioeconómica. Y es que el significado del portal está más allá de la geometría de la que emerge, porque dice más que un conjunto de *vacios* en espera de los contenidos, producidos por las acciones de los hombres y las mujeres.¹⁶

En tal sentido, el portal permite ver espacial y socialmente la transición entre el exterior y el interior. Genera lecturas aparentemente antagónicas de acuerdo a la permisividad de la proximidad y la lejanía y, por consiguiente, del deseo o no de interactuar con otros. La proximidad se refiere a la identificación del otro como semejante o próximo. La lejanía se percibe de acuerdo con la idea que uno tiene del otro como alguien distinto o distante. En términos relacionales, ambas lecturas tienen que ver con la nociones de territorialidad, de interacción y comunicación, y de sistemas diferenciados extremadamente complejos, en donde la primera, la noción de territorialidad, se asume como *sentido de lugar*, el punto cero del entramado urbano. En este orden de ideas, el portal tiene, en

¹⁶ Según lo observado en la Zona Central y la Zona Intermedia respectivamente, el portal es una expresión social y arquitectónica diferenciada. Es una forma física que corresponde a una relación social con formas visibles y no visibles que la observación cuasiparticipante permitió sondear: en la

Tlacotalpan, al menos dos significados diferenciales, es *portal barrera* y es *portal cobijo*, según las convenciones de su ubicación. En ambos casos, sin embargo, funciona como una delimitación entre lo privado y lo público, que se convierte en un espacio de transición.

El *portal barrera* funciona como un dispositivo de control, para delimitar o evitar las interacciones. Representa una reducción de la calle como espacio público, al ampliar el espacio privado de la casa con el adosamiento del portal sobre la vía pública. El *portal cobijo* representa, particularmente, la inclusión del espacio público al interior de la casa, y no la ampliación de la casa en sí. Es más bien una reducción real del espacio privado, que privilegia el espacio público y favorece, por consiguiente, la interacción. En tal sentido, el espacio real como interior de la casa queda establecido por el alineamiento de la calle, a partir del cual se delimitó la propiedad privada. La continuidad y discontinuidad de las banquetas dan cuenta de éstos dos órdenes divergentes, uno a favor del beneficio público, y otro de la irrupción de lo privado en lo público en beneficio del espacio privado.

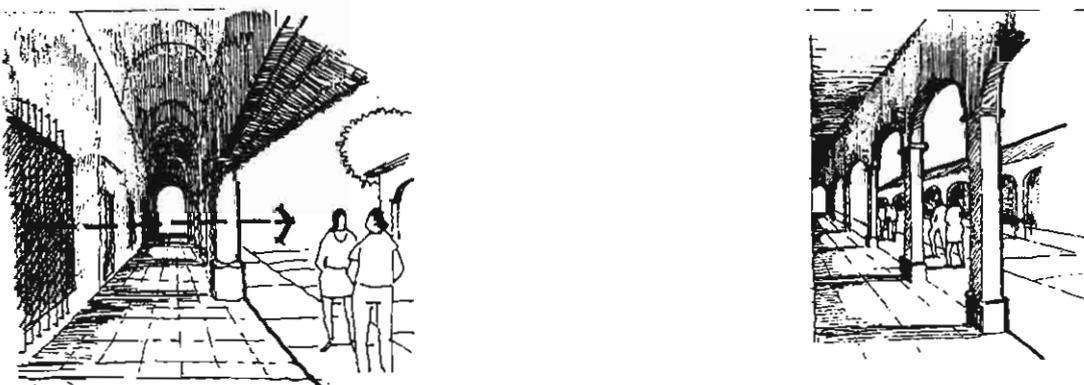


Figura IV. 29. Esquemas en perspectiva de las interacciones en la banqueta fuera del portal barrera de la Zona Central

Zona Intermedia como forma social de hospitalidad y apertura a la interacción, y en la Zona Central como un mecanismo de control de la interacción no deseada.

El portal barrera es predominante en la Zona Central y el portal cobijo en la Zona Intermedia. Un *sucedáneo* del portal cobijo existe en la Zona Periférica. De acuerdo con sus componentes estilísticos, el portal barrera tiene más diversidad que el portal cobijo por la variedad de sus formas arquitectónicas (columnas, capiteles, basamentos y diversos pavimentos y tratamientos cromáticos). El portal barrera de la Zona Central se muestra como un velo, análogamente al de las mujeres musulmanas, debido a que, a la distancia, puede inferirse que hay alguien en el interior que puede atisbar los ojos del otro sin ser visto. Presencia que se percibe veladamente tras la penumbra y las finas cortinas de los ventanales, como aura vigilante. El portal barrera, velo al fin, juega con la incertidumbre, impedir permitiendo, dejar ver parcialmente el interior, alimentando la zozobra de los curiosos. (Figura IV.29.).

Según la información recabada, el portal barrera no representa para los habitantes una distancia física, sin embargo, la forma tradicional de apropiación de los portales barrera, expresa, por el contrario, una fuerte delimitación física y social ya que casi siempre se ofrecen solitarios e impecables. Ya que los encuentros programados se entienden como visita y, por tanto, son pertinentes a la intimidad del espacio interior. A diferencia, los encuentros casuales entre residentes, siempre que no sean propietarios, o entre no residentes de la Zona Central, se desarrollan en las banquetas y no bajo los portales, como puede apreciarse en la Figura IV.29. Incluso en caso de asoleamiento, primero se busca la acera sombreada, antes que acceder a un portal ajeno, salvo que el mismo corresponda a alguna casa cuyo uso habitacional privado haya sido modificado para uso público. Es así como el portal barrera de la Zona Central parece asegurar el máximo de ampliación del *límite de dominación* o control del espacio personal, que como afirma Hall (1972:148) “pasa la

fase lejana de distancia personal y la fase cercana de distancia social”. Los anchos portales de dos a tres metros de la zona corresponden a esa noción de distancia social en su fase lejana, cuya intención es aislar y separar a las personas unas de otras (*Cfr. Hall, Id:151*).

Por otra parte, el portal barrera remite a condiciones de inseguridad y de defensa, con la que en otros tiempos tuvieron que convivir los residentes de la Zona Central, ante el peligro real o imaginario de la delincuencia, según se observa por los enrejados de las ventanas y las puertas cerradas (Figura IV.30.), lo que contrasta con la costumbre de puertas abiertas que se observa en las otras zonas. De ser cierto, la cuestión se ubica en la fuerza del recuerdo y de las costumbres, ambas se desarrollan sobre el estado real de las cosas y se presenta como resistentes al cambio. Las costumbres se recrean por los recuerdos, sobre todo, cuando por comodidad los malos recuerdos se relegan al olvido.

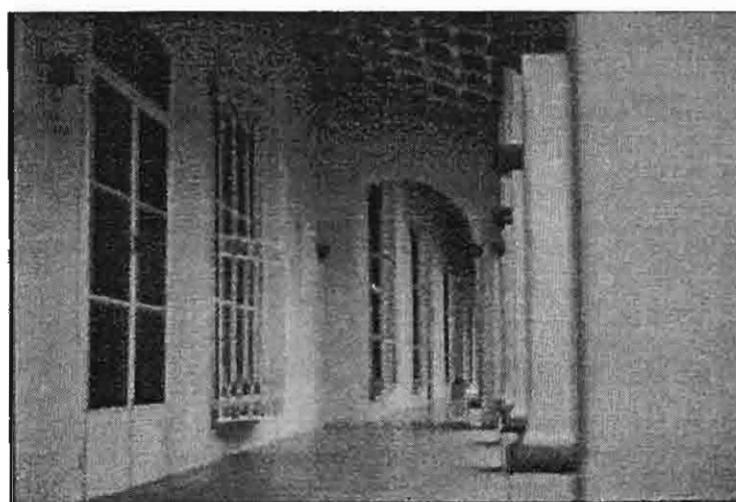


Figura IV. 30. Foto de portal frontera en la Zona Central:
amplitud, limpieza, mantenimiento y soledad

Así como los portales frontera de esta zona muestran un estilo homogéneo que funciona como hilo conductor del gusto, la variedad de los elementos ornamentales de cada uno señalan un carácter diferencial, pertinente a una imagen personalizada y singular. Por tanto las expresiones arquitectónicas del portal barrera hablan de distintas formas en

que el *yo* desea expresarse como *mi*, al exponer a la mirada de los otros ciertos signos de distinción, aunque dentro de un estilo compartido. De ese modo, la diversidad formal del portal acentúa el aura estatutaria de los y las propietarias, como un *efecto de espejo* donde se refleja el valor y la jerarquía subyacente entre lo espacial y lo social. Es la expresión visible del aura no visible de la imagen del *savoir vivre*, que incluso ha dado pie a escenografías, donde se pintan los portales en la fachada de las casas por carencia de espacio. Algunos ejemplos de la Zona Intermedia dan cuenta de ello como anticipo posmoderno y de imagen urbana. Y es que el portal frontera no es más que el componente arquitectónico de las relaciones sociales y la transferencia recíproca de valores culturales, entre los espacios y las personas, encarnados en la casa.

En tal sentido, el portal frontera de la Zona Central es un instrumento de difusión de un modo de vida; es forma material de la proyección del yo, es el dispositivo de control de la interacción no deseada; el aura de limpieza y los cuidados que lo envuelve se encargan de asegurar la frontera sutil que restringe y elige el tipo de interacción social. Alcance restringido, que por cierto, no impide tácitamente la intrusión, ya que no impide que otros penetren con la vista, el olfato y el oído, incluso en la misma penumbra de sus interiores habitables, a través de los balcones abiertos, una vez traspuesto el límite de los portales. Es selectivo, porque permite elegir el tipo de interacción, con el apoyo en la costumbre que asegura la no-intrusión de cualquiera, sea extraño o residente de la ciudad.

La solitaria fisonomía de los portales frontera pudiera dar cuenta también del significado que se le asigna como corredor. Pudiera ser una equivalencia al sentido de espacio propicio para echar fuera o para hacer *correr* a la intromisión. Acaso como la continuidad de un viejo mandato que prohibía el tránsito de personas cargadas por los

portales, que era la forma disfrazada de ahuyentar a los verdaderos destinatarios: los indígenas. Lo cual es una analogía con la costumbre ancestral que practican los denominados *coletos* de San Cristóbal de las Casas, Chis., que obliga a los indígenas a cederles el paso por la banqueta, como testimonio de sumisión.

La inexistencia de formas visibles como barreras físicas (a excepción de las columnas) pareciera contradecir que lo que no se impide se permite. Sin embargo, el impedimento se basa en las formas no visibles, en los códigos compartidos que corresponden al portal frontera como expresión del ser y el deber ser, como normas y valores institucionalizados e interiorizados por todos.

Por otro lado, el portal *cobijo* de la Zona Intermedia, al vincular el interior y el exterior, da cuenta de una laxitud del control social (Figura IV. 31.). Ello se observa en las formas de apropiación de los residentes, como una extensión del espacio colectivo interno de la casa, lo que reduce las distancias proxémicas. La etiqueta da inicio con saludos verbales y gestuales a distancia, que hacen del encuentro no programado, cada tarde, un acto ritual de comunicación con los otros, una reunión improvisada que puede llegar al festejo no planeado.

El portal *cobijo*, más que un dispositivo de interacción no deseada, es un espacio propiciatorio de interacción deseada, sobre todo por las tardes y noches, donde interviene toda la familia. Se unifica todo, el portal y la casa, los vecinos de las casas inmediatas, y se integra indiscriminadamente al viandante, conocido o no, como se muestra en la figura IV.32. Esto habla de una armonía entre formas sociales de interacción que se da en y con las formas arquitectónicas, que no ha perdido totalmente su vigencia, no obstante la

capacidad de convencimiento de la televisión, que ha influido fuertemente a la mayoría de las familias de esta zona.

*...Antiguamente, por el calor y como antes no había televisión, la gente salía a platicar: que ya pasó esto, que ya pasó lo otro... se nos anochece y la gente platicando... la televisión ha robado eso, porque muchas gentes se agarran sus dichas telenovelas...
Residente mujer de la Zona Intermedia.*



Figura IV. 31. Fotos de portal cobijo de la Zona Intermedia

La enramada puede definirse como un sucedáneo del portal en la Zona Periférica. Desempeña el papel de vinculación interior–exterior propio del portal. Este elemento, como la casa misma, expresa los procesos de adaptación al medio físico natural (ver Figura IV.33). Propicia la interacción social de la familia, a partir de las actividades productivas que se desarrollan en la casa. La enramada apoya las actividades y es, a su vez, un elemento de *confort* ambiental. Con el acento femenino que decora la enramada con plantas y flores.



Figura IV. 32. Fotos de concentraciones en el portal cobijo de la Zona Intermedia

La enramada puede localizarse al lado o al frente de la casa. El delante—detrás es igual que el interior-exterior, puesto que no cuentan como categorías relevantes para sus moradores. Es una idea compartida que da cuenta de una aparente homogeneidad en la zona, y de las diferencias sociales y culturales de Las Orillas con el resto de las zonas urbanas descritas.



Figura IV. 33. Foto de casa y enramada de la Zona Periférica

La enramada expresa la correspondencia entre las formas arquitectónicas y las formas de comportamiento, de acuerdo con el desempeño de dos tipos de rol social. Uno, es la función ampliada del portal; otro, es un aprovechamiento restringido; por eso, la enramada es esencial como espacio de apoyo a las prácticas familiares y sociales, pero también a otras prácticas de trabajo, descanso y recreación que se llevan a cabo en el exterior, a veces limitadas por las condiciones climáticas. La apropiación de la enramada se restringe por el tiempo y las condiciones de comodidad, afectadas frecuentemente por la llegada de los mosquitos y zancudos; por la ausencia de alumbrado público y por la dificultad de acceso en temporada de lluvias.

Conclusiones

Después de conocer Tlacotalpan en su significación urbana, no queda sino hacer algunas reflexiones finales, aunque sean de certeza evanescente. Algunas se relacionan con respecto a los conceptos teóricos que podrían generalizarse a casos similares. Otras que podrían considerarse *hallazgos* particulares respecto a la expresión de las formas de interacción socioespacial en el entorno urbano de Tlacotalpan. Conviene aclarar que lo segmentado de la forma como las presento es sólo en apariencia, ya que su relevancia está en su respectiva imbricación.

Aportaciones generales

Considero que la principal aportación de este trabajo se refiere al papel del espacio urbano en las relaciones sociales y la configuración de identidades. Estudios como este, que profundizan los enfoques y métodos cualitativos, sin caer en imprecisiones graves, tienen la dificultad de generalizar sus conclusiones; sin embargo, a diferencia de la metodología cuantitativa que busca patrones de comportamiento y representatividad en los casos de estudio, la visión cualitativa subraya no lo representativo sino la significación de los procesos, desde la perspectiva de los principales actores sociales. No es posible entonces generalizar, mecánicamente, pero sí se puede intentar inferencias analíticas que ayuden a comprender e interpretar otros contextos. En este sentido, diría que esta tesis puede ser útil para entender otros lugares, por ejemplo, en una escala barrial en ciudades grandes y medias del país. Puede, asimismo, contribuir al conocimiento y reflexión de la relación entre el contexto y la formulación de códigos de comportamiento y su significado, acotado por los espacios públicos, como la plaza y la calle, tanto en ciudades medias como pequeñas, denominadas como tradicionales o incluso preindustriales (Giddens, 1989:585 y

Sjoberg, s/f:22), de las muchas que hay en México, y en otros países de América Latina, cuyas características socioculturales son análogas en su historia. También es posible vincular este análisis con aquellas ciudades que se encuentran inmersas en los procesos de ruptura o asimilación de ritmos modernizadores, que lleguen a dejar ver la tensión entre la tradición y las influencias externas.

La ventaja de los alcances del trabajo, a todas luces de carácter exploratorio, reside en abrir el espectro hacia futuras líneas de investigación sobre el espacio, la arquitectura y el urbanismo con el propósito de privilegiar el carácter de reciprocidad en las relaciones socio-espaciales.

Por otro lado, es posible aplicar esta metodología para analizar las prácticas de apropiación en espacios públicos representativos de aquellas ciudades que hacen visible un paisaje sociocultural, conservado por la vitalidad (o la imposición, como quiera leerse) de la tradición. Así como aquellas ciudades en las que la plaza representa el elemento social y urbano fundamental, que cumple funciones diversas, como ser sede de las instituciones civiles y religiosas y como elemento referencial de segregación socio-espacial.

Al parecer, recientemente se ha incrementado el interés por reinterpretar los enfoques pertinentes, tanto del espacio urbano, como de las relaciones sociales, mediante la inclusión del aspecto cultural y las particularidades individuales como elementos constitutivos de su análisis. Este trabajo intentó contribuir en tal sentido. De ese modo, creo que las ideas de autores diversos como Smith, Gottdiener, Sjoberg, Castells y Giddens fueron fundamentales, ya que concuerdan en apoyar la incorporación o revaloración de lo cultural como un factor esencial para comprender lo urbano, a partir de una crítica al estructuralismo marxista de corte economicista de los años setenta. También destacan

autores franceses que han enriquecido el conocimiento con nuevas propuestas movidos por la misma inquietud, como Rémy, Levy y Jacot. El concepto de forma de Simmel y la propuesta formista de Maffesoli que he tratado de recuperar, mantienen convergencias sutiles y estrechos puntos de contacto junto con los planteamientos de Rapoport y Morin, que me parece representan una plataforma plausible, como un rumbo a tomar para desarrollar nuevos trabajos sobre la vida en la ciudad. El conjunto de tales miradas, así lo considero, permiten bucear en las complejidades del mundo de la vida cotidiana de las personas y la ciudad.

Analizar las relaciones de las personas y la ciudad demanda una toma de conciencia por lo *incluyente* de la propuesta. La entiendo como una reivindicación de las categorías soslayadas en los estudios que suelen sustentarse en las formalidades del rigor científico. La propuesta incluyente, al contrario, va desde perspectivas a un nivel macro expresado por el conocimiento de los factores externos y el contexto, hasta lo *minúsculo* de la vida cotidiana, que encarna el sentido *sin finalidad* aparente que caracteriza a lo *banal*. Tal propuesta está a favor de un trabajo más analítico, que se sustente en la comprensión y la *comprehensión*, como lo propone Maffesoli. Así, lo incluyente convoca dos líneas libertarias de trabajo: la pluralidad y la necesidad de mantener una distancia con respecto a la institucionalidad de la denominada *ciencia normal*, que tanto Kuhn como Maffesoli se han preocupado por criticar.¹ De acuerdo con ello, lo fundamental para este estudio fue incorporar, junto con el tiempo, lo cultural, lo social y lo psicológico, a las relaciones entre los sujetos y el espacio.

¹ Un factor de coincidencia en ambos es el reconocer la necesidad de abrir el espectro analítico. El primero, en apoyo a una ciencia *extraordinaria*, que desconfía de reglas tradicionales que suelen desconocer la presencia de la subjetividad. El segundo, a favor de una ciencia formista, que reconoce que así como hay maneras de hacer, también las hay para reflexionar acerca de ellas. Ambos de algún

Tlacotalpan y las relaciones socioespaciales

Tlacotalpan representa un recipiente conformado por una hibridación cultural de reflejos históricos presentes y olvidados. Los presentes se reflejan en un orgullo por las formas sociales, arquitectónicas, pictóricas y musicales. Los olvidados parecerían confirmar lo que algunos psicoanalistas sociales sostienen respecto a aquello que molesta o que resulta afrentoso y que es trasladado al subconsciente colectivo. Están, los olvidados, representados por un desconocimiento mayoritario y una negación consecuente acerca de la cultura indígena y la africana que se expresan sincréticamente en el Tlacotalpan actual. Tal sincretismo cultural se puede observar en la fiesta tradicional y su sentido religioso, en las formas musicales, la comida y el gusto por el color.

Se puede decir que Tlacotalpan es un soporte de relaciones socioespaciales que muestra regularidades semejantes a las de otras tantas ciudades pequeñas y medias del país, con las que comparte características pertinentes a las llamadas, indistintamente, ciudades tradicionales o preindustriales.

Tlacotalpan es un espacio urbano, cuyas peculiaridades están representadas por algunas características socioculturales, que las y los tlacotalpeños comparten y perciben como rasgos de identidad. Estos rasgos han cristalizado en una idiosincrasia localmente compartida, que se refleja en diversas expresiones de la vida cotidiana. Dan cuenta de ello la alegría, la limpieza y la hospitalidad, como condiciones del ser de la región jarocho, que a decir de sus habitantes tiene su sede en esta ciudad.

modo identificados con el carácter holístico. El primero, en cuanto a la expresión multifacética de la forma y el segundo como parte esencial de las revoluciones científicas.

Por otro lado, el pasado y el presente de Tlacotalpan parecen conformar una dualidad temporal. Muestran un carácter selectivo mediante el cual se superponen dos estados de apariencias contradictorias: ayer, la bonanza y hoy, el olvido. Antaño, una bonanza económica en correspondencia con el papel desempeñado por la ciudad, como soporte urbano al servicio de los intereses del gran capital. Hoy, en cambio, momentáneamente marginada, tal vez como reserva territorial pasiva aún lejana del olfato privatizador, que tan pertinente aparece a los procesos de globalización que rigen las políticas económicas vigentes.

Las relaciones entre los y las tlacotalpeñas en y con su ciudad dan cuenta de una correspondencia físico-social. Ello se expresa a través de un carácter de reciprocidad e influencia mutua en cuanto a adaptación, valoración y significación. En la interacción de las personas y su ciudad, las primeras modifican y adaptan a la segunda de acuerdo con sus intereses y acciones; por su parte, el espacio urbano influye situacionalmente, al favorecer e inducir al ser y al deber ser acorde al contexto. Las personas en y con el espacio urbano, que es el foro de las acciones, retroalimentan formas de ser y sentir. Estas formas parecen evidenciarse en los días de fiesta, ya sea por convicción o por contagio. Por ello, se reconoce que el espacio urbano funciona como medio de perpetuación social, tal como muestran las formas de apropiación de distintos foros de la ciudad. De ese modo, las formas de apropiación dan sentido al espacio urbano en sí, y éste a su vez, refuerza el significado específico de las prácticas sociales.

El uso social del espacio urbano muestra la intervención de tres instancias que actúan como vasos comunicantes de procesos que combinan lo cultural, lo social y lo personal. Mediante tales procesos es posible una identificación ambiental a dos niveles: en

un nivel general, incluye la ciudad en su conjunto; a escala específica es pertinente a los lugares o sedes particulares. Si bien la participación de estas instancias expresa una estrecha y sutil relación, el alcance de su influencia es muy difícil de delimitar. Sin embargo, son las personas quienes sintetizan los contenidos de tales instancias y las *concretan* en forma de parámetros. En este proceso tiene que ver una manera de selección ambiental y el comportamiento humano respectivo. La naturaleza de tales parámetros corresponde a un carácter situacional en el que interviene el tiempo. De ahí que los cambios de parámetros, la selección y el comportamiento, expresen ritmos, en ondas de larga o corta duración.

Como ejemplo de parámetro de larga duración está la percepción físico-social de proximidad y lejanía que tienen las personas de Tlacotalpan, con la referencia al centro y el estatus alto. Por otro lado, están los parámetros de percepción subjetiva ante las distancias que se dan de persona a persona. Al respecto, los trayectos ejemplifican el carácter diferencial de proximidad y lejanía, donde el tiempo y la situación física y social influyen en la modificación o mantenimiento de la ruta por la que optan las personas para efectuar sus actividades rutinizadas o ritualizadas. Mediante dichas actividades se puede observar la variación de las preferencias de acuerdo con la persona y las condiciones físico ambientales. Es como un acento que enfatiza lo personal, si bien supeditado a lo cultural y lo social, mayoritariamente asumiéndolos y rara vez denegándolos.

Tlacotalpan parece ser una expresión congelada de la convivencia en un doble discurso asimétrico que denota pautas de comportamiento. Representa la vigencia de formas sociales y culturales tradicionales, visibles y no visibles; moldea viejas pautas de comportamiento compartidas y la emergencia de nuevas que logran sobrevivir al confrontarse con aquellas. Las primeras, que son de un peso mayor que las segundas, son

percibidas por la mayoría como segunda naturaleza. Las segundas, en cambio, son débilmente asumidas, preponderantemente por los y las jóvenes del estrato medio y alto. La confrontación de estas formas sociales ofrecen lecturas diversas. Estas lecturas se condicionan por el estado de conservación de la ciudad, que parece dar cuenta de un antagonismo que supone la existencia de formas nuevas y viejas. Esta contradicción constituye, hasta el momento, una suerte de pacto de coexistencia de respeto mutuo, en el que la filiación voluntaria o la inercia a nuevas pautas, parecería descansar más en el peso de la tradición, preñada de censura y autoacción.² Así, se puede decir que la expresión de las formas tradicionales es de naturaleza diversa, ya que permea la mayoría de los hábitos y las acciones de los y las tlacotalpeñas; así como a los sentidos que convoca. Y, por su parte, las formas nuevas, que son influidas por los medios masivos de comunicación, se expresan principalmente mediante ciertas formas de habla, así como en ciertos hábitos de consumo alimenticios y musicales.

Son varias las muestras de correspondencia físico-social. Por ejemplo, la situación física y social de las personas va de la mano con las características meteorológicas que en Tlacotalpan suelen representar serias incomodidades. Tal combinatoria influye en la percepción ambiental y el comportamiento. De ese modo, la situación físico social de las personas puede hacer visible un dinamismo o energía aparentemente ocultos, que subyacen aun en las acciones rutinizadas de los días ordinarios, en los cuales aparentemente nada irrumpe la calma y sosiego de la cotidianidad.

² Es notable la inexistencia de pintas en toda la ciudad u otras formas, mediante las cuales los jóvenes suelen expresar su presencia identitaria, como desacuerdo con lo establecido. Ello parece hablar de un equilibrio generacional de percepciones que se manifiestan en el espacio urbano, o bien, que las inconformidades generacionales son mediadas por un control tácitamente asumido.

Del mismo modo, la correspondencia físico-social se expresa en la selectividad ambiental que está permeada por relaciones de poder, mediante una localización topológica específica. De ello dan cuenta diversas formas de expresión como el vestido, el habla, los gestos, la dieta, los usos del espacio urbano, la forma arquitectónica, lo abierto y lo cerrado, y el gusto por el color; el manejo de las distancias socioespaciales y del tiempo, en lo afectivo, la confianza y la solidaridad. Cada una de estas expresiones permite elaborar un mapa de identidades tlacotalpeñas, lo que podría ser el verdadero sustento de la correspondencia físico-social. Ello, a la vez sugiere la pertinencia de escalas en que el nivel macro es la ciudad. También sugiere otras categorías espaciales de utilidad complementaria como las que aborda el contextualismo y que propone la psicología comunitaria, por ejemplo, el *ajuste* entre personas y el ambiente o las formas de adaptación y su naturaleza multifacética, definidas por los recursos de interacción.

Los ajustes entre las personas y el ambiente se expresan en lo afectivo y en el contexto, que si bien son producto de una construcción social, tienen asimismo una fuerte carga psicológica. Esto es así, porque si bien resultan estos ajustes de la influencia de diversos constructos práctico heurísticos, también es posible que se deban a lo que podría denominarse como constructos *emotivo heurísticos* que luego son compartidos socialmente. De ello habla el grado de detalle con el que los tlacotalpeños pueden describir los espacios de su ciudad, lo que refleja un grado de conocimiento y afecto particulares, puestos en juego de acuerdo con las vivencias personales. Así por ejemplo, las descripciones del espacio urbano ofrecen grados diferenciales de detalle. Un alto nivel de detalle corresponde al Parque Zaragoza y sus alrededores, que comienza a desvanecerse en la escala del barrio, para volverse una nube con respecto a la de la ciudad. La gran variedad

de descripciones, a la vez que muestra un vaivén de influencias entre lo práctico y lo afectivo, presentan algunas percepciones que se comparten. Son aspectos comunes que parecen dar cuenta del nivel de influencia recíproca que ha desempeñado la pintura y la fotografía en los afectos personales. Por una parte, es posible que la tradición plástica y las postales del paisaje de Tlacotalpan hayan influido en la construcción de algunas imágenes urbanas que han llegado a volverse comunes, así como lo afectivo haya influido en la selección de los espacios que han sido motivo de tales obras. Lo que parece evidente es que la difusión vigoriza la percepción identitaria compartida por los individuos acerca de su ciudad, además de que rejuvenece la idea personal acerca de lugares particulares, porque generan conocimiento y convocan vivencias pasadas.

Lo anterior parece reforzar el hecho de que a pesar de compartir un destino común, que supone expectativas análogas, lo psicológico desempeña el papel de agente modificador de relaciones, entre el interés de una acción y las preferencias ambientales. La relación que hay entre el interés por una acción particular, como lo pragmático, y el estado afectivo, que está contenido en el estado de ánimo personal, puede hacer variar, en una misma persona, y de un día para otro, su preferencia ambiental que puede estar reflejada, por ejemplo, en la selección de una ruta. Lo que es atractivo hoy, por la presencia de algo estimulante que actúa en la percepción personal del espacio, puede cambiar mañana una preferencia ambiental. Un encuentro fortuito, reforzado por los sonidos de una canción, de un olor o la alerta de un estado de conciencia, parecería contribuir a la formación del aura de un lugar determinado. Se enriquecen así los atributos de un espacio, que antes no parecía haberlos tenido.

Existe una relación estrecha entre preferencias ambientales y la percepción de las distancias, que guarda una correspondencia de doble vertiente: una encarnada en lo afectivo y la otra en lo pragmático. Ello hace que las preferencias ambientales no respondan a una naturaleza de carácter fijo, ya que pueden ser modificadas o adecuadas de acuerdo con las expectativas o demandas de diversos intereses y la percepción espacio-temporal personales. Lo que quiere decir que aunque el destino marque una ruta, y que las preferencias desempeñen un papel subordinado a aquél, no es proceso mecánico o impensado, sino valorado de acuerdo con la percepción personal en relación al tiempo y a la distancia.

Así por ejemplo, el trayecto que va de la casa a la escuela da cuenta de una percepción particular sobre la distancia y el tiempo diferencial, en una misma persona. Con una ruta equivalente, escogida con distancias y tiempos similares, la percepción sobre el entorno es mayor en el trayecto que va de la casa a la escuela que en el de regreso de la escuela a la casa. Esto parece indicar que hay una relación entre el aspecto objetivo y el subjetivo, con un carácter no fijo de las preferencias ambientales. En esta relación se ponen en juego todos los intereses de la acción: las demandas y pautas del contexto, el destino, la etiqueta, los deseos y el estado de ánimo personal.

El tiempo del reloj y las condiciones meteorológicas influyen en la percepción y uso del espacio urbano. Ambos son factores que definen las preferencias ambientales y, sobre todo, las acciones de los individuos. En tal sentido, la percepción del espacio influye no sólo en la selección de los trayectos sino también en la percepción del tiempo, de la distancia y del ritmo matutino y vespertino. De ahí que a una misma distancia correspondan percepciones de gradación distinta: mayor por la noche que por la mañana.

Por otro lado, el tiempo que parece “correr” durante el día, camina por la noche con la calma y tranquilidad que se percibe durante la siesta vespertina.

De acuerdo con ello, el papel del tiempo reloj influye en las formas de comportamiento y su expresión en el manejo de las distancias físico-sociales, ya sea incrementándolas o reduciéndolas. Influye en el control de la interacción, con preponderancias topológicamente diferenciadas. Las exigencias temporales de un destino definen la percepción de una distancia. En efecto, la percepción de una distancia es mayor o menor en correspondencia con la precisión demandada por el destino, así como por el valor y el significado, ya sea afectivo o placentero, del destino.

Consumo y formas culturales

En el consumo y las formas culturales se puede observar un carácter diferencial que moldea los gustos según la persona. Los gustos reflejan la reciprocidad entre los filtros sociales y personales, en tanto que devienen formas de autoclasificación y clasificación del otro, mediante los cuales, a su vez, se es clasificado por aquél (*Cfr.* Bourdieu; 1988:53-54). Según la edad, el sexo y el estrato socioeconómico, los y las tlacotalpeñas perciben, autocéntricamente, varios *cómos* respecto al ser, al deber ser y ser de los otros. Estas visiones se reflejan físicamente a través de modas, endógenas y exógenas, que expresan ciertos rasgos identitarios. La apropiación del espacio es una variante de lo anterior que muestra la movilidad personal local, de la cual parece derivarse una predilección ambiental y una percepción personal de los lugares de la ciudad, que además son compartidos; el gusto por el color, el vestido, los objetos, la dieta, el habla, la música son otras variantes.

La movilidad personal local es una expresión de formas culturales y sociales diversas de carácter diferencial, según el sexo, la edad y el estrato socioeconómico. De acuerdo con la información disponible es posible decir que los tlacotalpeños tienen una mayor y más diversificada movilidad personal local, que desvela varias asimetrías en la forma de apropiación social del espacio urbano. Por una parte, hay una mayor cantidad de distancias recorridas por parte de los hombres y, por otra parte, las distancias que recorren las mujeres obedecen a una repetición de los espacios de destino. Ello expresa que la relación entre lo espacial y lo demográfico se plasma en una relación asimétrica de segregación y monotonía. Evidencia que a pesar de que las mujeres representan una pequeña delantera numérica sobre los hombres, parece ser que están supeditadas a lo sociocultural y a lo personal.

Además de tales diferencias, hay otras moldeadas por el estrato y la edad, según los ámbitos de apropiación y los escenarios de interacción cotidiana, como la iglesia, el mercado, la escuela y el parque. En Tlacotalpan puede verse esa doble condición que habla de la movilidad personal en el espacio urbano; y a su vez da cuenta de que tal asimetría expresa relaciones de poder, extendiéndose a otros órdenes de la vida cotidiana.

La movilidad personal local da cuenta de la relación diferencial de acuerdo con el rol social según el sexo; de un ginecoestatismo del que habla Meillassoux (1993:45); su contraparte podría denominarse androdinamismo. De ello parece que se derivan efectos de carácter práctico y simbólico en los ámbitos de apropiación, que son lugares de residencia momentánea, y en las distintas filiaciones percibidas acerca de ellos. La apropiación se condiciona por el acontecer existencial, siempre sometido a la censura del orden, que parece basarse en una tradición de corte androcentrista. La condición ginecoestática

aproxima algunas explicaciones, más allá de determinaciones económicas, ya que refuerza la idea de que lo cultural perfila el sentido de las acciones sociales, por encima de lo económico. Ejemplo de esto es la relación socio-espacial en los pequeños locales comerciales que constituyen una parte extensiva de la casa, localizados en la Zona Central, atendidos por las mujeres de la familia. Estos espacios funcionan más bien por una necesidad de interacción que por la objetividad material que encarna el valor del suelo y sus posibilidades como complemento de la renta familiar.

Así, esos locales amplían el espacio físico que las mujeres tienen concedido dentro de la casa. La extensión física amplía su radio de interacción, al extender el territorio personal. El *umwelt* escudado por el mostrador, permite compartirlo temporalmente con los otros. De ese modo, el incremento a la renta familiar que consiguen las mujeres corresponde a una valoración subjetiva muy por encima de la rentabilidad económica. La valoración subjetiva es la que da cuenta de la persistencia de estos locales, como una forma de apropiación espacial simbólica. Los olores, el mobiliario, la ordenación interior que suelen ofrecer, de acuerdo con los giros comerciales, arman un conjunto de inmutables apariencias al paso del tiempo, así como de escasos intereses a favor de una ganancia monetaria que no es muy significativa.

Esta relación socioespacial es la forma representativa de las peculiaridades de Tlacotalpan. En ella, las estrechas dimensiones físicas de los locales, amplían las dimensiones de la interacción, estrechan las distancias entre las personas, perfilan en ellas una identidad, que las mujeres asumen mediante el espacio que les transfiere respeto y reconocimiento.

De esa manera el territorio, al ampliar su delimitación física, se convierte en un ámbito social de rasgos identitarios, que va de lo personal a lo social, de lo privado individual hasta lo público urbano. Como tal, el territorio permite observar una *exclusividad* o selectividad relativa de carácter simbólico, que se expresa en las relaciones de correspondencia físico social. El territorio se convierte en el ámbito de reconocimiento identitario, supone la presencia de los otros y una regulación o acuerdo de convivencia para hacer llevadera la vida comunitaria. Así, la localización espacial juega el papel de indicador junto a otras formas de expresión, que significan y delimitan el territorio, como el habla, los gestos, la escritura, el vestido, la comida y la arquitectura.

Territorio y lugar

El territorio en tanto que es un ámbito identitario de carácter personal, puede equipararse a la noción de lugar, en la medida en que comparten algunas condiciones análogas que pueden ser observadas en los tipos de apropiación espacial: por tradiciones una, y por consumo y medios la otra. Ambos tipos dan cuenta de un significado y unos límites acotados física y socialmente, de acuerdo con un comportamiento personal previsible.

A tal perspectiva corresponden las escalas espaciales de la plaza y la calle, como territorios compartidos de carácter público, y el portal como territorio compartido de carácter privado y transicional anexo a la casa, que es un territorio compartido de carácter privado. De ese modo, los lugares son territorios y a la inversa, se comparten recíprocamente con las personas en sus significados y sentidos. Los lugares obran en un estrechamiento afectivo, es el insumo a partir del cual puede constituirse “la tribu”, es decir el grupo social (Maffesoli, 1990). En ese intercambio, los tlacotalpeños han

construido, y construyen, un tejido social que armoniza, aparentemente, las imágenes sociales compartidas y las percepciones personales.

La plaza así, es un espacio genérico, es el ámbito que posibilita observar las más intensas formas de expresión físico-social: es el escaparate en el que se muestran los rasgos identitarios sociales y personales. De acuerdo con la intensidad y por la asignación recíproca de significado e identidad a la plaza como espacio genérico, el Parque Zaragoza y la Plaza de La Candelaria son los dos espacios con mayor carga afectiva y, por tanto, de mayor relevancia social en Tlacotalpan.

El Parque Zaragoza es el lugar por excelencia, el territorio del nosotros, en el que la forma social permite observar el abigarramiento de diversas expresiones estéticas, en estrecha correspondencia entre lo cultural, lo social y lo físico (Maffesoli; 1993:127). El Parque Zaragoza representa el lugar que distingue, que es compartido con mayor intensidad, y mediante el cual se identifican las personas de Tlacotalpan sin importar edad, sexo o estrato socioeconómico. Por su parte, la Plaza de La Candelaria es un lugar de vocación temporal y su uso se inclina por la noche. Los misterios y simbolismos del lugar son de corte más bien moral. En ese sentido, la Plaza de la Candelaria es el lugar de la permisividad amorosa, es identificado por los adultos como territorio de los jóvenes y en el que los jóvenes se identifican o lo identifican como suyo.

La calle es otra porción espacial del entorno urbano tlacotalpeño cuyo carácter diferencial tiene correspondencia tanto con su ubicación, como con las formas socioespaciales que la vinculan con la casa. Constituye un territorio exterior inmediato. En él se practican y consolidan, desde sus primeras manifestaciones, las formas de interacción social; es, por tanto, un espacio para el reconocimiento y la confianza personal y hacia los

otros. Es el espacio de la confrontación personal inicial, por medio de la cual se construyen socialmente los rasgos identitarios. La calle permite observar, mediante las formas de interacción que cobija, dos expresiones socioespaciales: una centrípeta y otra sociófuga. En la primera se funden los límites socioespaciales de lo privado y lo público. Al conformar estos dos límites un territorio común, se vigorizan los rasgos de identidad, que penetran en la casa, y desde la casa se extienden hacia la calle. Esta expresión corresponde más a la Zona Intermedia, donde los residentes perciben a la calle como un lugar al que, recíprocamente, se pertenece y les pertenece. Es el territorio donde se comparten las identidades; donde la intensidad de la interacción se encarga de fortalecer la confianza entre conocidos y de crearla con los no conocidos. Por su parte, la expresión socioespacial introvertida que muestra a la calle como un territorio frontera, con una acotación precisa, de unos límites socioespaciales públicos y privados, corresponde a la calle de la Zona Central. Ahí sus habitantes perciben a la calle, más que como pertenencia a ella, como un territorio que les pertenece y que se comparte sólo como delimitación física de la propiedad de la casa, con conocidos y no conocidos. El portal pulcramente cuidado se encarga de acentuar esta barrera física y social. La calle se asume como pertenencia ambigua, porque es un lugar que se cuida como propio a pesar de que pudiera percibirse como *tierra de nadie*, ya que la carga moral de la calle es asociada por los residentes de la Zona Central como contraria al buen vivir.

La plaza y la calle resumen el sentido identitario de la ciudad. Parece sustentarse en un acuerdo no escrito de convivencia social indiscriminada, que privilegia el aspecto por encima del conflicto. El estado de limpieza y conservación de la ciudad en su conjunto parecen dar cuenta de ello. En el cuidado de la apariencia física de la calle y los portales de

la Zona Central se explica el significado de pertenencia, limitada y ambigua, como la perciben sus residentes.

Ahora bien, los lugares son destino de trayectos, y eso da cuenta de su representatividad y significación simbólica. La valoración de los lugares como destino, de acuerdo con la frecuencia e intensidad de su uso, revela que la plaza junto con la iglesia ocupa el primer escalón en importancia. La plaza representada en ese orden por el Parque Zaragoza, la plaza de La Candelaria y la plaza de Doña Marta. En segundo término está el cine, en tercero la escuela, seguido del mercado, la Casa de la Cultura y el muelle, al final, la casa de los parientes. La periodicidad da cuenta del carácter diferencial de las relaciones socio espaciales, de acuerdo con el destino, la edad y el sexo.

Se puede observar que la forma de apropiación espacial por tradiciones es la que mejor se expresa en los lugares de destino estudiados, en tanto que las formas de apropiación espacial por consumo y medios se circunscribe al territorio compartido de carácter privado de la casa y, de modo limitado, al de la plaza de La Candelaria, aunque siempre en combinación con las formas de apropiación por tradiciones. Tal vez ello sea una expresión de la fuerza de las tradiciones, de un sentido de tolerancia entre generaciones o de una subordinación tácita de unas generaciones a otras.

Única certeza

Finalmente, a este estudio le acompaña solamente una certeza: la necesidad de fortalecer el valor social del espacio, mediante el análisis de las formas de interacción recíprocas que se dan entre el espacio urbano y los individuos. Con ello he pretendido contribuir al estudio de la forma, como una expresión de contenidos profundos y dialécticos. Su tipificación

puede allegar caminos para describir y explicar la turbulencia de imágenes y etiquetas que parecen envolver cada vez más las relaciones de las personas con las ciudades. Sobre todo, de aquellas ciudades medias y pequeñas del país en las que el molde social de las identidades se apuntala en la tradición y cuya lectura no logra desvelar las dificultades de las apariencias, que suelen expresarse en una doble tensión social, engendrada tanto por las influencias exógenas como por consensos locales.

El espacio urbano fue descrito desde la mirada de la microfísica social que sugiere Simmel. Las personas y los grupos fueron explicados como expresiones complejas de interacciones sociales que dan sentido al sin fin de acciones con las cuales transcurre la vida cotidiana. Las relaciones sociales se dan en un escenario, dentro de límites concretos o virtuales. Ellas crean y recrean ese escenario constantemente. Su espacio se expande o se reduce según sea la forma de la interacción. El espacio, por un lado, es una abstracción porque su definición no se limita a la descripción objetiva de sus límites, ni de los objetos que contiene, sino a la dinámica de su apropiación y significación. Por eso mismo el espacio, también, crea y recrea las formas de relación social. Esta característica de reciprocidad tiene su experiencia distintiva en las ciudades y es punto de partida para el estudio de las identidades urbanas, así sea que vivamos inmersos en una globalidad del espacio virtual o de la territorialidad de las tradiciones comunitarias.

Bibliografía

- AGUADO, José Carlos y María Portal (1991). "Tiempo, espacio e identidad social", en *Alteridades* Núm. 2, México, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- AGUIRRE Beltrán, Gonzalo (1992). *Pobladores del Papaloapan: biografía de una hoya*, México, Casa Chata.
- AGUIRRE Tinoco, Humberto (1988). *Tenoya*, Veracruz, México, Universidad Veracruzana.
- (1972). *Tlacotalpan*, México, SEP (Secretaría de Educación Pública).
- (1991). *Sones de la tierra y cantares jarochos*, México, Instituto Veracruzano de Cultura.
- ALAFITA Méndez, et. al. (1989). *Tlacotalpan. Cuando puerto fue...*, Anuario VI, Xalapa.
- ALTMAN, Irwin et. al. (1983). *Behavior and the natural environment*, New York, Plenum Press.
- ALVARADO, Ramón y Zavala, Lauro (1983). *Diálogos y fronteras*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- AMERLINCK, Mari J. y Fernando Bontempo (1994). *El entorno construido y la antropología: introducción a su estudio interdisciplinar*, México, Casa Chata, 1994.
- ANDER Egg, Ezequiel (1972). *Técnicas de investigación social*, Buenos Aires, Humanitas.
- ARNHEIM, Rudolf (1989). *Nuevos ensayos sobre psicología del arte*, Madrid, Alianza Editorial.
- (s/f). *El pensamiento visual*, Argentina, Eudeba.
- ARTIGAS, Juan B. (1991). *La arquitectura de San Cristóbal de las Casas*, México, UNAM, Gobierno del Estado de Chiapas.
- AUGÉ, Marc (1987). *Travesía por los jardines de Luxemburgo*, Barcelona, Gedisa.
- (1993). *Los "no lugares". Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa.
- (1996). *El sentido de los otros*, Barcelona, Paidós.
- AYALA, Enrique (Comp. 1995). *La odisea iberoamericana, arquitectura y urbanismo*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- AYMONINO, Carlo (1981). *El significado de las ciudades*, Madrid, Blume.
- BACHELARD, Gastón (1980). *La llama de una vela*, Barcelona, Laia /Monte Ávila.
- (1982). *La poética de la ensoñación*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1992). *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BAENA, Guillermina (1988). *Instrumentos de investigación*, México, Editores Mexicanos Unidos.
- BARTHELEMY, Ricardo y Jean Meyer (1987). *La casa en el bosque*, México, El Colegio de Michoacán.
- BARTRA, Roger (1987). *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo.
- BAUDRILLARD, Jean (1990). *El sistema de objetos*, México, Siglo XXI.
- (1993). *De la seducción*, Barcelona, Planeta Agostini.

- (1994). *El otro por sí mismo*, Barcelona, Anagrama.
- BAUM, Andrew y Stuart Valins (1977). *Architecture and social behavior: psychological studies of social density*, New York, Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- BEATTIE, John (1974). *Otras culturas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- X BENEVOLO, Leonardo (1979). *Diseño de la ciudad*, Tomos 1 y 5, México, Gustavo Gili.
- BENEVOLO, Leonardo, et. al. (1978). *La proyectación de la ciudad moderna*, Barcelona, Gustavo Gili.
- BENÍTEZ, Mirna, et. al. (1991). *Veracruz, un tiempo para contar* (memoria 1^{er} Seminario de Historia Regional), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia y Universidad de Veracruz.
- BENITO Araluce, Mariano (1993). *Arquitectura contemporánea*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- BERGER, Peter y Thomas Luckmann (1966). *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- BERMAN, Marshall (1991). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo XXI.
- BERTRAND, Michel-Jean (1981). *La ciudad cotidiana*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local.
- BLÁZQUEZ Domínguez, Carmen (1989). *Anuario VI*, Xalapa, México, Centro de Investigaciones Históricas, Universidad Veracruzana.
- X BOBBIO, Norberto (1998). *Autobiografía*, Madrid, Taurus.
- BOILS, Guillermo (1982). *Las casas campesinas en el porfiriato*, México, Secretaría de Educación Pública.
- BONFIL Batalla, Alfonso (1987). *México profundo*, México, Secretaría de Educación Pública CIESAS.
- BOURDIEU, Pierre (1983). *El oficio del sociólogo*, México, Siglo XXI.
- (1988). *La distinción*, Madrid, Taurus.
- (1995). *Socio-anthropologie du contemporaine*, París, Galilée.
- BRAUDEL, Fernand (1986). *La dinámica del capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1986). *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial.
- CALABRESE, Omar (1987). *El lenguaje del arte*, Barcelona, Paidós.
- CANTER, David (1978). *Psicología en el diseño ambiental*, México, Concepto.
- (1979). *Un análisis del espacio que vivimos, psicología del lugar*, México, Concepto.
- CAPEL H. y Urteaga L. (1982). *Las nuevas geografías*, Salvat, Barcelona.

- X CASTELLS, Manuel (1978). *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI.
- (1983). *The city and the grassroots: a crosscultural theory of urban social movements*, London, Edward Arnold.
- CASULLO, Nicolás (Comp. 1989). *El debate modernidad posmodernidad*, Buenos Aires, Puntosur.
- CÉSAR, Juan N. (1996). *Tlacotalpam 1859*, México, Plus Ultra Editores.
- COPPOLA, Paola (1980). *Análisis y diseño de los espacios que habitamos*, México, Concepto.
- X CORAGGIO, J. Luis (1987). *Territorios en transición*, Quito, Ciudad.
- CROCE, Benedetto (1993). *Obras maestras del pensamiento contemporáneo*, Barcelona, Planeta Agostini.
- CHABOT, Georges (1972). *Las ciudades*, Barcelona, Labor.
- CHÁZARO Lagos, Guillermo (1995). *Cantos del Papaloapan*, México, Instituto Veracruzano de Cultura.
- CHIHU, Aquiles (Coord. 1995). *Sociología de la cultura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- X DE ANDA, Enrique X. (1987). *Evolución de la arquitectura en México*, México, Panorama Editorial.
- DE FUSCO, Renato (1970). *Arquitectura como mass medium*, Barcelona, Anagrama.
- (1993). *Historia de la arquitectura contemporánea*, Madrid, Celeste Ediciones.
- DE SOLÁ Morales, Manuel (Director, 1974). *Transformación de Cuba: la Habana*, Barcelona, Gustavo Gili.
- DEL PASO y Troncoso, Francisco (1905). *Papeles de la Nueva España*, Tomo V, Madrid.
- DONDIS, A. (1976). *La sintaxis de la imagen*, Barcelona, Gustavo Gili.
- DONOSO, Roberto (1993). *Antecedentes de la sociología urbana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco.
- DURAND, Gilbert (1981). *Las estructuras antropológicas del imaginario*, Madrid, Taurus.
- DURKHEIM, Emile (1991). *Las formas elementales de la vida religiosa*, México, Colofón.
- EDER Rita y Mirko Lauer (1986). *Teoría social del arte*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- ELIAS, Norbert (1987). *El proceso de la civilización*, México, Fondo de cultura Económica.
- Enciclopedia de México (s/f.). *México*, Secretaría de Educación Pública, Edición especial, Tomo 13.
- ERIKSON, Erik (1993). *Sociedad y adolescencia*, México, Siglo XXI.
- ESTRADA de G., Elena et. al. (1995). *El arte y la vida cotidiana*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ESTRADA de Gerlero, Elena (1995). *El arte y la vida cotidiana*, México, Universidad Nacional autónoma de México.

- FEIJOO Ma. Del Carmen e Hilda M. Herzer (Comps. 1991). *Las mujeres y la vida de las ciudades*, Argentina, Grupo Editor Latinoamericano.
- ~ FERNÁNDEZ Alba, Antonio (1990). *La metrópoli vacía*, Barcelona, Antropos.
- FEYERABEND, Paul K (1974). *Contra el método*, Barcelona, Editorial Ariel.
- FLORES Marini, Carlos (1976). *Restauración de ciudades*, México, Fondo de Cultura Económica.
- FLORES, Carlos (1973). *Arquitectura popular española*, Madrid, Aguilar.
- FOURNIER G., Lourdes (1998). *Elementos sobre el método científico, estadística, muestreo y uso de computadoras personales*, Mimeo.
- ~ FUENTES, Carlos (1994). *Nuevo tiempo mexicano*, México, Aguilar.
- GARCÍA B., Aurora et. al. (1986). *El uso del espacio en la vida cotidiana*, (Actas de las IV^{as} jornadas de investigación interdisciplinaria), Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- X GARCÍA Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos*, México, Grijalbo.
- GARCÍA Ramos, Domingo (1961). *Introducción al urbanismo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- GARRONI, Emilio (1979). *Reconocimiento de la semiótica*, México, Concepto.
- GATTI, Luis M^a. (Coord. 1985). *La vida en un lance*, México, Museo Nacional de Culturas Populares.
- GEERTZ, Clifford (1990). *La interpretación de las culturas*, Madrid, Gedisa.
- GEOFFREY H. Baker (1989). *Análisis de la forma, urbanismo y arquitectura*, México, Gustavo Gili.
- GEORGE, Pierre (1974). *Geografía urbana*, Barcelona, Ariel.
- (1975). *Geografía rural*, Barcelona, Ariel.
- ~ GIDDENS, Anthony (1995). *La construcción de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1992). *Sociología*, Madrid, Alianza Editorial.
- GLAWITZ Madeleine (1975). *Métodos y técnicas de las ciencias sociales*, Barcelona, Editorial Hispano Europea.
- GLIDEWELL C., John (1977). "Competence and Conflict in Community Psychology", en *Community Psychology in Transition*, Austin, IRA ISCOE.
- GOFFMAN, Erving (1979). *Relaciones en público, microestudio del orden público*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- GÓMEZ Cruz, Filiberta et al (1989). *Anuario VI*, México, Universidad Veracruzana.

- GONZÁLEZ Aragón, Jorge(1995). "La cultura urbanística en la ciudad de México en el siglo XVI", en *La odisea iberoamericana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- GONZÁLEZ y González, Luis (1984). *Pueblo en vilo. México*, Fondo de Cultura Económica.
- GONZÁLEZ, Juliana (1996). *El ethos, destino del hombre*, México, UNAM, Fondo de cultura Económica.
- GOTTDIENER, M. (1984). "Debate on the theory of space: toward and urban praxis", en *Michel Peter Smith, Cities in the transformation, class, capital and the state*, Beverly Hills, Sage Publications.
- GRAWITZ, Madeleine (1975). *Métodos y técnicas de las ciencias sociales*, Tomos I y II, Barcelona, Editorial Hispano Europea.
- GROSSI Óscar y Tuero Ángel (1977). *Arquitectura popular*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- GROSSI, Óscar y Angel Tuero (1977). *Arquitectura popular de Marruecos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- GUIRAUD, Pierre (1972). *La semiología*, México, Siglo XXI.
- GUZMÁN Ríos, Vicente (1993). *Tlacotalpan, casas de lluvia y de luz*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- HABERMAS, Jürgen (1990). *Teoría de la acción comunicativa*, Tomo II, Argentina, Aguilar Altea, Taurus, Alfaguara.
- HALL, Edward T. (1972). *La dimensión oculta*, México, Siglo XXI.
- (1990). *El lenguaje silencioso*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial.
- HELLER, Ágnes (1991). *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península.
- HIERNAUX D. y Alicia Lindón (1993). "El concepto de espacio y el análisis regional, México", en *Secuencia* Núm. 25, México, Instituto Mora.
- HIERNAUX, Daniel (1995). *Nueva periferia, vieja metrópoli*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- (1995). "Tiempo, espacio y apropiación social del territorio: ¿Hacia la fragmentación en la mundialización?", en *Diseño y sociedad* Núm. 5, México.
- HOFFMAN, Odile y Fernando Salmerón (Coords. 1997). *Nueve estudios sobre el espacio. Representación y formas de adaptación*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-ORSTOM, México.

- HOLAHAN, Charles J. (1977). *Social ecology en Community psychology in transition*, New York, Hemisphere Publishing Corporation
- ILICH, Iván (1990). *El género vernáculo*, México, Joaquín Mortiz Planeta.
- INEGI. *Censo de Población y Vivienda 1990*.
- ISCOE, Ira et al. (1977). *Community psychology in transition*, New York, Hemisphere Publishing Corporation.
- JACOT, Frédéric (1994). *Types, modèles et emblèmes. Interfaces de la (re) présentation de soi, les styles de l'espace habité*, París, L'Harmattan.
- JAVEAU, Claude (1991). *La société au jour le jour*, 1ª y 2ª partes, Bélgica, De Boeck Université.
- JONES, Emrys (s/f). *Geografía humana*, Barcelona.
- JUANES, Jorge (1994). *Walter Benjamin: física del graffiti*, México, Dos Filos editores.
- KATZMAN, Israel (1973). *Arquitectura del siglo XIX en México*, México, UNAM.
- KERIK, Claudia (Comp. 1993). *En torno a Walter Benjamin*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- KOSÍK, Karel (1967). *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo.
- KRICKEBERG, Walter (1975). *Las antiguas culturas mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- KUHN, Thomas (1989). *¿Qué son las revoluciones científicas? Y otros ensayos*, Barcelona, Paidós.
- KULTERMANN, Udo (1969). *Nuevos caminos de la arquitectura africana*, Barcelona, Blume.
- (1989). *Arquitectura contemporánea en Europa Oriental: URSS, Polonia, República Democrática Alemana, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia*, Barcelona, Stylos.
- LANGE, Oskar (1979). *Economía política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LAPLANTINE, François (1977). *Mesianismo, posesión y utopía: las tres voces de la imaginación colectiva*, Barcelona, Gedisa.
- LAPRADE, Albert (1981). *Croquis de arquitectura, apuntes de viaje por España, Portugal y Marruecos*, Barcelona, Gustavo Gili.
- LE GOFF, Jaques (1991). *El orden de la memoria, el tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós.
- LEFEBVRE, Henri (1970). *De lo rural a lo urbano*, Buenos Aires, Lotus Mare.
- (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1980). *La revolución urbana*, Madrid, Alianza Editorial.
- LEFF, Enrique (Coord. 1986). *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*, México, Siglo XXI.

- LEVY, Albert (1994). "Le système résidentiel urbain et son fonctionnement socio- semiotique: connotations sociales de l'espace et styles de vie", en *Espaces et sociétés. Espaces et styles de vie* Núm. 73, L'Harmattan, París.
- LEWIS, David (1973). *La ciudad, problemas de diseño y estructura*, Barcelona, Gustavo Gili.
- LEWIS, David (1975). *El crecimiento de las ciudades*, Barcelona, Gustavo Gili.
- LORENZ, Conrad (1985). *Sobre las conductas animal y humana*, México, Planeta.
- LOZANO y Nathal, Gema et. al. (1991). *Con el sello de agua*, México, Instituto Veracruzano de Cultura.
- X LYNCH, Kevin (1984). *La imagen de la ciudad*, México, Gustavo Gili.
- MACKAY, David (1972). *Contradicciones en el entorno habitado*, Barcelona, Gustavo Gili.
- (1981). *Viviendas plurifamiliares, de la agregación a la integración*, Barcelona, Gustavo Gili.
- MACHUCA R. Jesús et. al. (1995). *El patrimonio sitiado*, México, Sección X del SNTE.
- MAFFESOLI Michel (1993). *El conocimiento ordinario*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1990). *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.
- MALPICA, José María (1974). *Tlacotalpan, lo que fue*, Tlacotalpan, Museo Salvador Ferrando.
- MANDOKI, Katya (1994). *Prosaica, Introducción a la estética de lo cotidiano*, México, Grijalbo.
- MANSBRIDGE, John (1969). *Historia gráfica de la arquitectura*, Argentina, Víctor Leru.
- MARTÍN DEL CAMPO, David (1987). *Los mares de México*, México, Era.
- MARTÍN Hernández, Vicente (1981). *Arquitectura doméstica*, México, Universidad Nacional autónoma de México.
- MARTIN, L., March L. y M. Echenique (1975). *La estructura del espacio*, Barcelona, Gustavo Gili.
- MARTÍNEZ Alarcón, Ángel (1995). *Los afroestizos de Tlacotalpan*, Tesis antropología, Xalapa, Universidad de Veracruz.
- MAUSBACH, Hans (1973). *Introducción al urbanismo*, Barcelona, Gustavo Gili.
- MEILLASSOUX, Claude (1993). *Mujeres, graneros y capitales*, México, Siglo XXI.
- MIER, Raymundo (1990). *Introducción al análisis de textos*, México, Trillas.
- MOLES Abraham y Elisabeth Rohmer (1972). *Psicología del espacio*, Madrid, Editorial Ricardo Aguilera.
- MOLES, Abraham y E. Rohmer (1972). *Teoría de los actos*. México, Trillas.
- MONCAYO, Víctor Manuel (1992). *Espacialidad y estado: formas y re-formas*, México, Fontamara.
- MONTERO, Maritza (1984). *La psicología comunitaria: orígenes, principios, y fundamentos teóricos*, Bogotá, Editorial ABC.

- MORELOS García, Noel (1993). *Proceso de Producción de espacios y estructuras en Teotihuacán*, México, INAH.
- MORIN, Edgar (1995). *Mis demonios*, Barcelona, Kairós.
- (1997). *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa.
- MORSON, Gary S. (Comp. 1993). *Bajtín, ensayos y diálogos sobre su obra*, México, Coed. UNAM, UAM, FCE.
- MOYA Rubio, Víctor José (1982). *La vivienda indígena de México y el mundo*, México, UNAM.
- MUNARI, Bruno (1973). *Diseño y comunicación visual*, Barcelona, Gustavo Gili.
- NISBET, Robert (1977). *La formación del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu.
- NORBERG-Schulz, Christian (1979) *Intenciones en arquitectura*, Barcelona, Gustavo Gili.
- (1980). *Existencia Espacio y Arquitectura*, Barcelona, Blume.
- ODUM, Eugene P. (1970). *Ecología*, México, Cía. Editorial Continental.
- ORTIZ Pinchetti (1996). "Nuestros cien años de soledad", en *La Jornada*, 7 de abril.
- ORTIZ, Víctor Manuel (1984). *La casa, una aproximación*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- PARIS Pombo, Ma. Dolores (1990). *Crisis e identidades colectivas en América Latina*, México, Plaza y Valdés y Universidad Autónoma Metropolitana.
- PELLEGRINO, Pierre *et. al.* (1994). *Espaces et sociétés*. Espaces et styles de vie, NÚM. 73, L'Harmattan, París.
- PELLEGRINO (1994). "Pierre. Styles de vie et modes d'habiter", en *Espaces et sociétés*. *Espaces et styles de vie* Núm. 73, L'Harmattan, París.
- PEÑA Fentanes, José (1995). *Veracruz, cuatro veces heroico*, México, Plus Ultra.
- PÉREZ Montfort, Ricardo (1992). *Tlacotalpan, la virgen de la Candelaria*, México, Fondo de Cultura Económica.
- PEZEU - Massabuau, Jaques (1988). *La vivienda como espacio social*, México, Fondo de Cultura Económica.
- PIAGET, Jean (1975). *Introducción a la epistemología genética*, Buenos Aires, Paidós.
- (1977). *Estudios sociológicos*, Barcelona, Ariel.
- (1986). *Psicología y epistemología*, México, Planeta.
- PIMENTEL, Luz Aurora (1998). *Relato*, México, Siglo XXI.
- PORTUONDO, José Antonio (1973). *Astrolabio*, La Habana, Editorial Arte y Literatura.
- PRADILLA, Emilio (1984). *Contribución a la crítica de la teoría urbana. Del espacio a la crisis urbana*. México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.

- PRIETO, Valeria (Coord. 1978). *La vivienda campesina en México*, México, Secretaría de Asentamientos y Obras Públicas.
- PRINTZ, Dieter (1986). *Planificación y configuración urbana*, México, Gustavo Gili.
- RAMA, Ángel (1987). *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI.
- RAMÍREZ V., Blanca R. (Comp. 1991). *Nuevas tendencias en el análisis regional*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- (1992). "Modernización y reestructuración territorial", en *Ciudades* Núm.13, México, 1992.
- RAPOPORT, Amos (1978). *Aspectos humanos de la forma urbana*, Barcelona, Gustavo Gili.
- RÉMY, Jean (1994). *La mode, les positions moyennes et les spatialisations du social*, París, L'Harmattan.
- RIBEIRO, Darcy (1980). *El dilema de América Latina*, México, Siglo XXI.
- ROSENAL M. y P. Ludin (1985). *Diccionario filosófico abreviado*, México, Quinto Sol.
- X ROSSI, Aldo (1982). *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili.
- SALDARRIAGA Roa, Alberto (1988). *Arquitectura para todos los días*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- (1996). *Arquitectura y cultura en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- SAMONÀ, Giuseppe (1973). *L'urbanistica e l'avvenire della città*, Roma, Laterza.
- Sánchez Lara, Rosa María (Coord. Editorial. 1980) *Arquitectura vernácula*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes.
- SÁNCHEZ Vázquez, Adolfo (1992). *Invitación a la estética*, México, Grijalbo.
- SANSOT, Pierre (1988). "Poétique de la ville", en *Meridiens Klincksieck*, París.
- SANTOS, Milton (1985). *Espacio y método*, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- SANZ, Juan Carlos (1985). *El lenguaje del color*, Madrid, Blume.
- SAUVAGEOT, Anne (1994). *Voires et savoirs, Esquisse d'une sociologie du regard*, París, Presses Universitaires de France.
- SCHEFLEN, Albert y A. Scheflen (1976). *El lenguaje del cuerpo y el orden social*, México, Diana.
- X SCHTEINGART, Martha (1989). *La producción del espacio habitable*, México, Colegio de México.
- SCHUTZ, Alfred y Thomas Luckmann (1973). *Las estructuras del mundo de la vida social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- X Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (s/f). *Manual de regionalización ecológica*.
- (s/f). *Ordenamiento ecológico de Tlacotalpan*
- (s/f). *Planimetría y archivos*.
- SEMPRINI, Andrea (1994). "Espaces privés, espaces publics Privé et public comme categories pratiques", en *Espaces et sociétés. Espaces et styles de vie*. Núm. 73, L'Harmattan, París.

- SHARP, Dennis (1990). *Twentieth Century Architecture*, Gran Bretaña, Factson File.
- SHUMACHER, E. F. (1978). *Lo pequeño es hermoso*, Madrid, Blume.
- SIMMEL, George (1927). *Sociología. El cruce de los círculos sociales*, Vol. VI, Madrid, Biblioteca de la Revista de Occidente.
- (1927). *Sociología. La lucha*, Vol. I, Madrid, Biblioteca de la Revista de Occidente.
- (1964). *The web of group - affiliations*, USA, Collier Macmillan L.
- (1977). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Madrid, Biblioteca de la Revista de Occidente.
- (1986). *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península.
- (1988). *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Barcelona, Península.
- X SINGER, Paul (1989). *Economía política de la urbanización*, México, Siglo XXI.
- X SJOBERG, Gideon (s/f.). *The preindustrial city*, New York, The Free Press Paperback, The Macmillan Company.
- SMITH, M. & Feagin (1987). J. *The capitalist city*, Cambridge Basil Blackwell.
- SMITH, W. John (1982). *Etología de la comunicación*, México, Fondo de Cultura Económica.
- SPREIREGEN, Paul D. (1973). *Compendio de arquitectura urbana*, Barcelona, Gustavo Gili.
- STRAUSS Anselm y Juliet Corbin (1990). *Basics of qualitative research*, Newbury Park, California, Sage Publications, Inc.
- TAMAYO Flores-Alatorre, Sergio (Coord. 1998). *Sistemas urbanos. Actores sociales y ciudadanías*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.
- TAYLOR, S. J. y Bogdan, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Barcelona, Paidós.
- TIGER, Lionel (1993). *La búsqueda del placer*, Barcelona, Paidós.
- TOMAS, François (1996). "Del proyecto urbano al proyecto de ciudad", en *Anuario de Estudios Urbanos* Núm. 3, México, UAM/Azcapotzalco.
- TORRE V., Ernesto (1978). *La arquitectura y sus libros*, México, UNAM.
- X TUDELA, Fernando (1980). *Arquitectura y procesos de significación*, México, Edicol.
- (1982). *Ecodiseño*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- (1985). *Conocimiento y diseño*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- TURNER, Víctor (1980). *La selva de los símbolos, aspectos del ritual ndembu*, Madrid, Siglo XXI.
- URLICH S., Roger (1983). "Aesthetic and Affective Response to Natural Environment", en *Behavior and the Natural Environment*, New York, Plenum Press.

- VATTIMO, Gianni (1990). *La sociedad transparente*, Buenos aires, Paidós.
- (1993). *Introducción a Heidegger*, Barcelona, Gedisa.
- VELÁZQUEZ Ortiz, Flora (1993). *Información demográfica del Estado de Veracruz, 1900-1990*, Xalapa, Universidad de Veracruz e INEGI.
- VEYRAT - MASSON, Isabel (1997). *Espacios públicos en imágenes*, Barcelona, Gedisa.
- VILLANUEVA, Benjamín (s/f.). *Arquitectura popular de Sinaloa*, México, Gobierno del estado de Sinaloa.
- WAISMAN, Marina (1990). *El interior de la historia*, Colombia, Escala.
- WEBBER Melvin M. et. al. (1981). *Indagaciones sobre la estructura urbana*, Barcelona, Gustavo Gili.
- WEBER, Max (1964). *Economía y sociedad, esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1976). *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, USA, Futura.
- WOLFF, Kurt H. (1994). *The sociology of Georg Simmel*, USA, The Free Press of Glencoe, Collier - Macmillan.
- WOLFF, Werner (Trad. 1970). *Introducción a la psicología*, México, Fondo de Cultura Económica.
- YAMPOLSKY, Mariana (1982). *La casa que canta*, México, Secretaría de educación Pública.
- ✓ ZEVI, Bruno (1969). *Architettura in nuce*, Madrid, Aguilar.